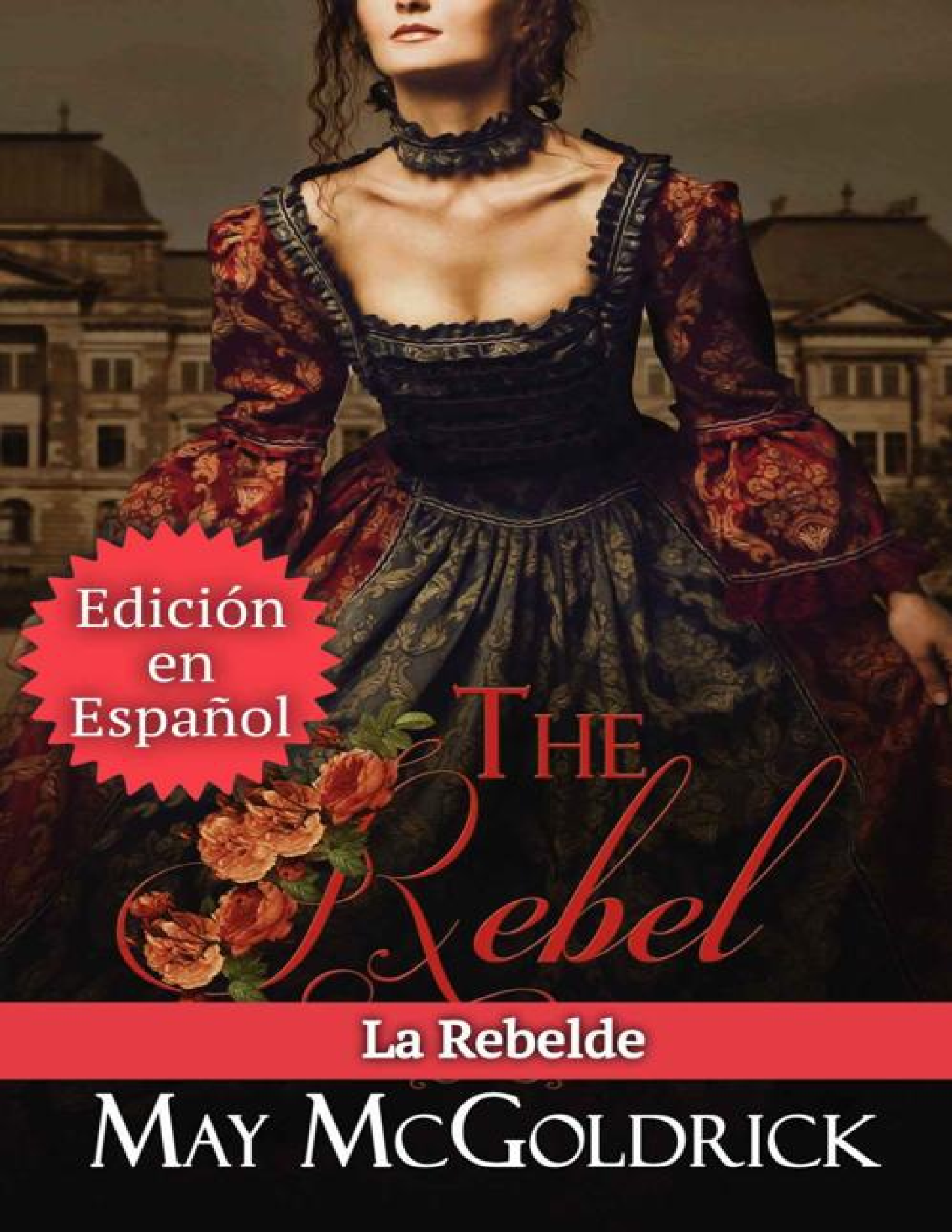


The background of the cover features a woman in a dark, ornate Victorian-style dress with a high collar and long, patterned sleeves. She is holding a bouquet of orange roses. In the background, a large, classical building with a dome is visible. The text 'Edición en Español' is in a red starburst, 'THE Rebel' is in red serif and script fonts, 'La Rebelde' is in white on a red bar, and 'MAY MCGOLDRICK' is in white on a black bar.

Edición
en
Español

THE
Rebel

La Rebelde

MAY MCGOLDRICK

The Rebel

La Rebelde

May McGoldrick

Book Duo Creative

Gracias por elegir *La Rebelde*. Si le ha gustado este libro, le rogamos que comparta sus buenas palabras dejando una reseña, o que se [ponga en contacto con los autores](#).

LA REBELDE (THE REBEL) © 2011 POR NIKOO K. Y JAMES A. MCGOLDRICK

TRADUCCIÓN AL ESPAÑOL © 2024 POR NIKOO Y JAMES A. MCGOLDRICK

Reservados todos los derechos. Excepto para su uso en cualquier reseña, queda prohibida la reproducción o utilización de esta obra, en su totalidad o en parte, en cualquier forma y por cualquier medio electrónico, mecánico o de otro tipo, conocido o por inventar, incluidos la xerografía, la fotocopia y la grabación, o en cualquier sistema de almacenamiento o recuperación de información, sin el permiso escrito del editor: Book Duo Creative.

Publicado por primera vez por NAL, un sello de Dutton Signet, una división de Penguin Books, USA, Inc. 2002

Portada de Dar Albert, WickedSmartDesigns.com

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Epílogo](#)

[Nota de edición](#)

[Nota del autor](#)

[Otras Obras de May McGoldrick](#)

[Sobre el autor](#)

Para Carol Palermo

***Amiga, motivador, programador y promotor
Extraordinaire***

Capítulo Uno

*Londres
Diciembre de 1770*

LA NIEVE CUBRÍA COMO un glaseado azul los majestuosos plátanos y los paseos de Berkeley Square. Los invitados a la cena, envueltos en finas capas de lana y mantos de pieles, apenas dedicaron una mirada a la pintoresca escena, mientras se apresuraban desde la calidez de la puerta de lord y lady Stanmore hacia sus carruajes. Al otro lado de la plaza, el viento soplaba desde el río, levantando volutas cristalinas de las ramas de los árboles y los copos de nieve se enroscaban y brillaban a la luz que entraba por las ventanas de la magnífica casa de la ciudad. Pronto, todos los carruajes menos uno se alejaron hacia la oscuridad de la ciudad, con los sonidos de los caballos, los conductores y las ruedas sobre los adoquines amortiguados por la nieve caída.

En el interior del luminoso vestíbulo de la casa, Sir Nicholas Spencer aceptó sus guantes y su abrigo de manos de un portero y se volvió para dar el último adiós a su anfitrión y a su anfitriona.

"Pasar la Navidad *solo*", reprendió Rebecca suavemente. "Por favor, Nicholas, *debes* venir con nosotros a Solgrave para las vacaciones".

"¿Y entrometerme en vuestra primera temporada de Yule juntos?" Nicolás sacudió la cabeza con una sonrisa. "Estas primeras vacaciones son para ti, para tu familia. No me entrometería por nada del mundo".

Rebecca se separó de su marido y cogió la mano de Nicholas. "No te estás entrometiendo. Cielos, para eso están los amigos. Cuando pienso en todos los años que James y yo estuvimos solos en Filadelfia. Si no hubiera sido por la hospitalidad de nuestros amigos -especialmente en las fiestas-, qué solos habríamos estado."

Nicholas se llevó la mano de la joven a los labios. "Tu amabilidad es conmovedora, Rebecca, y sabes lo desesperado que soy por negarte nada. Pero he pasado más vacaciones de las debidas con esa bestia que llamas marido. Además, tengo entendido que tienes una noticia bastante alegre que querrás compartir con el joven James".

El más bello de los rubores coloreó las mejillas de Lady Stanmore y miró a su marido.

"Soy un poco mejor guardando secretos de estado, mi amor". Stanmore extendió la mano y la abrazó con fuerza.

Nicholas se quedó mirando cómo sus amigos se adentraban en un mundo que sólo los incluía a ellos dos. El vínculo que unía sus corazones y sus almas era tan pronunciado, tan obvio, y Nicholas frunció el ceño ante la ambivalencia no deseada que tiraba de su propio corazón. A

pesar de lo feliz que se sentía por ellos, podía sentir algo más retorciéndose en su interior.

Apartó la mirada, forzando el ceño de su rostro. Sólo un tonto, se dijo, sentiría envidia de una vida que ha estado evitando como la peste.

Ya tenía el abrigo puesto y se estaba poniendo los guantes cuando los dos volvieron a ser conscientes de su presencia. Nicholas no pudo evitar notar el toque protector de la mano de Stanmore en la cintura de Rebecca, el íntimo entrelazamiento de sus dedos con los de él.

"Ven de todos modos." Stanmore habló esta vez. "Ven después de Navidad, si tienes que esperar. Ya sabes que a mi familia le gusta tenerte con nosotros, aunque sólo Dios sabe por qué. Hablando en serio, sé que James estará ansioso por hablarte de su curso en Eton, y a la señora Trent le encantará alborotarte".

Nicholas asintió. "Lo haré. Eso si mi madre y mi hermana no cumplen su amenaza de venir de visita desde Bruselas. Por el tono de la carta más reciente de mi madre, la mocosa Frances se ha convertido en demasiado para ella sola. La última amenaza es dejarla en Inglaterra para que termine aquí sus estudios".

"Es una noticia muy emocionante", dijo Rebecca.

"No para mí". Nicholas sacudió la cabeza y cogió su sombrero de ala ancha y fieltro suave del portero. "No sé nada de cómo tratar a niños de dieciséis años que hablan sin cesar, sin el menor atisbo de razón, y siguen creyéndose maduros sin medida".

"Hay una temporada para todo", replicó Stanmore mientras él y su esposa seguían a Nicholas hacia la puerta. "Todo forma parte del gran esquema de la vida. El matrimonio. Los hijos. Desplazar el centro de nuestra atención de nosotros mismos a los que amamos. Como Garrick dijo tan elocuentemente en Drury Lane la otra noche, 'Ahora es el invierno de nuestro descontento hecho glorioso verano'".

En cualquier otro momento, Nicholas podría haber soltado alguna réplica desenfadada sobre reyes jorobados y asesinos de esposas; pero al mirar a Rebecca y a Stanmore, las palabras se le anudaron en la garganta. De algún modo, incluso las palabras "soltero feliz y despreocupado" parecían difíciles de conjurar en aquel momento.

Nicholas se inclinó y depositó un beso en la mejilla de Rebecca. "Feliz Navidad".

Fuera, la nieve caía con más fuerza y el viento arreciaba. Nicholas se colocó el sombrero en la cabeza y saludó por última vez a sus amigos desde la calle. Sin embargo, cuando la puerta se cerró contra la intemperie, se encontró aún de pie y con la mirada perdida, pensando por un momento en los acontecimientos que habían traído tanta felicidad a aquella casa. Finalmente se despertó y se volvió hacia su novio.

"Vete a casa, Jack, y caliéntate. Creo que caminaré desde aquí".

Una ráfaga de viento azotó las capas del abrigo de Nicholas, y el mozo de cuadra siguió adelante como se le había ordenado.

El baronet se subió el cuello del abrigo y pasó por delante de las casas de moda que bordeaban la plaza. Muchas de las hermosas ventanas seguían iluminadas, a pesar de lo avanzado de la tarde. Era la época de las fiestas. Una hoja solitaria danzaba por la calle cubierta de nieve, empujada por una ráfaga antes de quedar atrapada en la huella de un carruaje. El viento helado le quemaba la piel de la cara descubierta, recordándole el cálido fuego de la biblioteca de los Stanmore. La imagen de sus amigos en el vestíbulo seguía insistiendo en los pensamientos de Nicholas.

La mejoría en Stanmore fue muy notable. Durante todos los años transcurridos desde que su primera esposa lo había abandonado sin decir palabra -llevándose a James y desapareciendo-, había sido un hombre atormentado. Y ahora, desde que había encontrado al muchacho y se había

casado con Rebecca, Stanmore era evidentemente feliz. "Cumplido" era quizás la mejor palabra. El cambio fue impresionante... milagroso, tal vez.

No tardó mucho en ver la casa de Nicholas en Leicester Square, pero estaba demasiado inquieto para quedarse a dormir. La nieve empezaba a amainar, así que dirigió sus pasos hacia St. James's Park.

Desde que regresó de las colonias hace más de diez años, Nicholas Spencer había trabajado diligentemente para mantener su vida lo menos complicada posible. No quería ataduras. Se había esforzado por no infligir dolor. Durante sus años como soldado, había visto suficiente sufrimiento en los heridos y muertos, y suficiente angustia en las familias que tuvieron que soportar la pérdida, como para no desear nunca ningún tipo de apego. La vida era demasiado efímera, demasiado frágil.

En algún momento de los años, también había descubierto que las mujeres estaban más que dispuestas a ponerse en su camino para su mutua diversión y disfrute. Vivir mientras se pueda. *Carpe diem*. No hay mal que por bien no venga.

La riqueza sólo significaba tener lo suficiente para vestir bien, tener buenos caballos, un poco de juego sin sentido y un poco de filantropía encubierta. Poco le importaba que la alta sociedad se burlara de su pícaro estilo de vida. Sabía que lo percibían como un jugador y un mujeriego, como un deportista que había optado por desentenderse de las responsabilidades de su posición en la sociedad.

Y Nicholas Spencer no discutía esta reputación. Estaba orgulloso de ella. Se la había ganado. Había trabajado duro para establecerla. Nunca había querido ser responsable ante nadie.

¿Cuándo, pensó, se había vuelto tan descontento?

Atravesó una puerta abierta que daba a los paseos arbolados de St. James Park. Las habituales prostitutas y galanes que frecuentaban el parque -incluso tan tarde- parecían haber buscado refugios más cálidos, al abrigo del viento y el tiempo. Abandonó el paseo pavimentado del centro comercial y salió al campo abierto, con las botas crujiendo sobre la nieve seca.

De hecho, era independiente como un águila, pero le ocurría algo inexplicable. ¿Por qué, por ejemplo, se había sentido impulsado a pasar tanto tiempo en los últimos seis meses con Rebecca y Stanmore? Por supuesto que los apreciaba profundamente, pero pasar tiempo en su compañía a menudo no le levantaba el ánimo. Al contrario, sólo le servía para darse cuenta de lo vacía e insignificante que era su vida en comparación con la de ellos.

Luchara como luchara, parecía que un deseo de pertenencia, de permanencia, se había ido abriendo paso en el corazón de Nicholas. Era una sensación extraña, nueva para él, aunque sabía que era una condición tan antigua como el tiempo. Sin embargo, no quería creerlo. Era feliz con lo que era.

O eso creía él.

"¿Le sobra un penique, señor? ¿Sólo un penique para mi hermana y para mí?"

De entre las oscuras sombras de una arboleda, vio los escuálidos brazos desnudos del chico extendidos en su dirección. Nicolás se detuvo para mirarle.

"¿Un ha'penny, señor?" Caminando con pies envueltos en harapos sucios, la figura enjuta se acercó cautelosamente. La parte superior de su cabeza apenas llegaba a la cintura de Nicholas. Incluso en la oscuridad, el muchacho estaba pálido como la muerte, y el baronet podía oír el castañeteo de sus dientes a causa del frío.

Nicolás miró más allá de los delgados hombros del niño hacia el bulto de piernas y brazos desnudos hecho un ovillo e inmóvil bajo el árbol. Mechones de pelo largo y oscuro cubrían la cara del otro.

"¿Es tu hermana?"

El chico tiró de la manga de Nicholas. "¿Un ha'penny, señor?"

Se tambaleó ligeramente y el baronet le tendió una mano. Cuando Nicholas tomó el brazo del muchacho para sostenerlo, inmediatamente se sintió consternado por la delgada camisa raída que cubría el huesudo cuerpo. Se quitó los guantes y el sombrero y se los entregó.

"¿Un ha'penny, señor?"

No fue hasta que Nicholas se quitó el abrigo y lo puso alrededor del niño cuando percibió el olor de los espíritus que emanaban de él.

"Si tú y tu hermana me seguís a una casa segura que conozco, me encargaré de que haya comida caliente y ropa de abrigo, y medio *chelín* para vosotras".

Empequeñecido por el tamaño de la ropa, el chico le miró sin decir nada.

"No os pasará nada ni a ti ni a tu hermana, muchacho. Tienes mi palabra".

Nicholas dirigió su atención a la niña en el suelo. Era mucho más pequeña que el niño y, al apartar el oscuro mechón de pelo, el baronet quedó atónito ante la angelical mirada de inocencia de su rostro dormido. Al igual que el hermano, iba vestida con unos harapos que apenas la cubrían. Le tocó la cara. Estaba mortalmente fría.

Nicolás cogió inmediatamente al niño en brazos, se levantó y se volvió hacia el hermano. El niño había desaparecido.

Sin embargo, el frágil bulto de huesos y piel que llevaba en el brazo le preocupaba más, así que cruzó el parque en dirección a la casa de Angel Court, junto a King Street. Sabía que allí un par de almas buenas cuidarían del niño mientras él buscaba al hermano.

La pérdida de su abrigo y su sombrero no era lo que le preocupaba. El chico podía quedárselos. Lo que le preocupaba era el dinero que encontraría en los bolsillos. Había suficiente para mantener a un hombre borracho durante quince días. Para un niño que lo utilizaría para verter licores y cerveza en su garganta, había suficiente dinero para matarlo.

La niña no pesaba más que un gatito, y Nicholas frunció el ceño con fiereza. La excesiva bebida de ricos y pobres seguía siendo una de las maldiciones de Inglaterra. Mientras que los ricos podían permitirse cuidar de sí mismos y de sus familias, la miseria de los pobres se transmitía pronto a sus hijos.

Una cara apareció en la ventana cuando Nicholas llamó a la puerta de la casa de Angel Court. Al oír su voz, la puerta se abrió rápidamente. El rostro de la anciana, radiante de reconocimiento, se ensombreció de inmediato al ver el fardo en brazos de Nicholas.

"La encontré en el parque". Pasó junto a ella. "Creo que el frío la ha vencido".

La anciana se apresuró a abrir una puerta a la derecha, conduciéndole a una gran habitación donde un pequeño fuego difundía un cálido resplandor sobre una docena de camas que se alineaban en las paredes. Unos cuantos niños asomaban por debajo de sus mantas, con los ojos muy abiertos por la curiosidad.

"¿Cuál, Sadie?"

La anciana apartó un cesto de remiendos de una cama vacía y Nicholas depositó al niño suavemente sobre la manta limpia.

"Ve a buscar a Martha por mí, cariño", le dijo Sadie a un niño que estaba en el catre más cercano.

Mientras la niña se apresuraba a salir de la habitación, Nicholas se quedó atrás, observando las arrugadas manos de la anciana mientras se movían por la cara y el cuello de la niña.

No era un experto en edades infantiles, pero supuso que aquel pequeño no tendría más de cinco años. Unas pequeñas manos enroscadas yacían sobre la manta. Unos pies sucios asomaban

por debajo de su vestido de trapo. La mirada de Nicholas se fijó en el pelo oscuro que enmarcaba los rasgos inocentes de la cara. Las largas pestañas descansaban apaciblemente sobre las mejillas pálidas bajo la suciedad.

Mirándola, Nicholas encontró su mente acelerada, planeando. La ciudad era un lugar difícil para una niña sola. Tal vez podría llevar a esta niña desamparada a Solgrave cuando estuviera un poco mejor. Estaba seguro de que a Stanmore no le importaría, y Rebecca aceptaría la idea. Después de todo, habían dado cobijo a Israel, y él era un muchacho completamente nuevo después de sólo seis meses. Prosperaría en el campo. Podría ir a la escuela del pueblo de Knebworth. Podría volver a ser una niña.

La aguda mirada de Sadie en su dirección le detuvo. Se acercó y la mujer se levantó.

"La pobre ya se ha ido con su Creador, señor".

Miró fijamente la boca de la mujer mientras hablaba en voz baja. De pronto sintió la necesidad de negar sus palabras, pero se contuvo.

Dio un paso atrás. Con una leve inclinación de cabeza, se dio la vuelta y en un momento estaba en la calle.

Ajeno a la crudeza de la noche invernal o a la hora, Nicholas Spencer caminaba por las calles. La injusticia de una muerte así era tan injusta. Y más inocentes, indefensos y moribundos, le rodeaban. Y lo que había estado haciendo al respecto era claramente insuficiente.

Un refugio aquí y allá. Una casa para ofrecer comidas y una cama segura. Todo muy bien, pero ¿adónde iban esos niños? ¿De qué manera sus insignificantes actos de caridad habían cambiado sus vidas? ¿Qué había hecho para evitar que acabaran borrachos, maltratados o muertos en la calle?

Tenía que haber algo más que él pudiera hacer. Una casa en el campo donde pudieran crecer sanos. Una escuela donde pudieran aprender a valerse por sí mismos. Necesitaban algo así como un hogar permanente.

De repente, se encontró de nuevo en Berkeley Square, mirando las ventanas oscurecidas de sus amigos. Ni siquiera la noche y el invierno podían entorpecer el resplandor de calidez que irradiaba desde el interior.

Nicholas se estaba haciendo viejo y eso le aterrorizaba. La confesión le dolió menos de lo que había imaginado. Pero durante tanto tiempo había estado luchando contra el vacío y la frialdad de su vida, que ahora aceptar su dolencia era un alivio increíble.

Ante sus ojos apareció la imagen del rostro inocente del niño muerto. Su vida se había convertido en un desperdicio y podía hacer mucho más. Sin embargo, tendría que hacer algunos cambios. Una nueva vida para él. Un verdadero hogar donde pudiera influir de verdad en el destino de esas almas perdidas.

Pero para eso hacía falta una esposa, ¿y dónde iba a encontrarla?

Capítulo Dos

*Waterford, Irlanda
Agosto de 1771*

A TRAVÉS de los pedregosos campos se movía el rugiente fuego, saltando hacia delante y enroscándose antes de saltar de nuevo hacia delante, una monstruosa criatura viviente que devoraba todo lo que se le ponía por delante con avidez. El humo y la ceniza se arremolinaban por encima, borrando las estrellas que habían llenado el cielo nocturno no hacía ni una hora y sustituyéndolas por chispas y cenizas que trepaban y brillaban y se extinguían rápidamente.

Legiones de hombres armados con garrotes se adentraron en el valle, incendiando los campos a medida que se acercaban. Los tejados de paja de las primeras chozas se incendiaron y decenas de hombres, mujeres y niños, presas del pánico, huyeron confundidos hacia la noche. No había forma de luchar contra semejante embestida. No parecía haber escapatoria.

De debajo de una piel que servía de puerta de uno de los cuchitriles, un bebé chillón salió arrastrándose hacia la locura.

En los campos rocosos que los rodeaban, las cosechas sembradas con esmero y cultivadas con esfuerzo y sudor ardían a medida que el infierno se extendía. Cebada, patatas, coles y trigo desaparecieron en un instante mientras las llamas consumían el cielo ennegrecido por el humo.

Una madre gritando, arrastrada por otros, miraba desesperada hacia atrás, a la masa ardiente que una vez fue su cabaña. Arrastrada por el enjambre de aldeanos, fue conducida hacia el único lugar que no estaba en llamas, la ciénaga pantanosa al norte de las cabañas. Más allá de la suciedad fétida y la hierba del pantano estaba la seguridad de un terreno más alto.

Un jinete solitario atravesó la noche y se unió al grupo cuando emergieron, sus formas oscuras silueteadas por el infierno.

El viaje por tierra había sido duro y no había habido tiempo para pedir ayuda. El ataque se había producido sin previo aviso, sin procedimientos legales, sin justicia. Lo mismo estaba ocurriendo en toda Irlanda, y el jinete contempló el pueblo en llamas. Mañana, esos mismos brutos derribarían las murallas. En una semana estarían cavando zanjas para cercar los campos. La próxima primavera, habría ovejas y ganado pastando aquí, y estos inquilinos vagarían por los caminos de una campiña moribunda.

Los gritos desesperados de una madre resonaron por las colinas mientras corría hacia el recién llegado montado.

Un momento después, el jinete estaba bordeando los límites del pantano, espoleando al corcel hacia las casuchas en llamas. En el centro de las cabañas, la niña estaba sentada en el suelo con las manos levantadas hacia el cielo, ajena a las cenizas que llovían a su alrededor.

Al ver al niño, el jinete condujo el caballo a través del infierno como un poseso. Una cabaña se derrumbó con gran estrépito, silenciando los gritos del niño sólo por un instante. El jinete desmontó mientras los merodeadores se acercaban a través del humo y las llamas. Recogiéndolo al niño, el rescatador volvió a subir al inquieto corcel y se alejó corriendo en la oscuridad.

En la colina, la madre corrió a su encuentro, con el rostro manchado de lágrimas y hollín, la garganta ahogada por la emoción, mientras recibía en sus brazos a su bebé que gritaba.

"¡Bendito seas, Egan!"

Capítulo Tres

Cork, Irlanda Un mes después

EL MOSAICO de campos ordenados y recién cosechados al norte de la ciudad de Cork había dado paso hacia tiempo a una campiña más salvaje y rocosa, y la mujer miró por la ventanilla del carruaje con ojos de artista. Esta tierra era tan diferente de las llanuras implacablemente planas que rodeaban su Bruselas natal.

Desde luego, no era menos verde que las tierras bajas del sur. De hecho, los tonos más oscuros de los pinos, tan frecuentes aquí, servían para realzar los verdes plateados de los abedules. Ahora teñidos de amarillos otoñales, los abedules se apiñaban en arboledas en las escarpadas laderas que se elevaban abruptamente desde el fondo del valle. Mirando al cielo azul, manchado por largas franjas grises, pensó con satisfacción que apenas había llovido desde que cruzaron el bullicioso puerto inglés de Bristol.

El carruaje, que avanzaba por una carretera sorprendentemente buena, había seguido las curvas del río a un ritmo pausado. Pasando de vez en cuando junto a un pequeño grupo de casas de campo -algunas más rústicas que otras-, la mujer había visto también varias hermosas casas solariegas con campos de pastos que se extendían a su alrededor. Los bosques dispersos empezaban a espesarse y Alexandra Spencer volvió a centrar su atención en sus dos compañeros de viaje con una sonrisa de satisfacción.

Su hija hablaba con toda la exuberancia que cabría esperar de una muchacha de dieciséis años, y Lady Spencer intervino cuando hizo una pausa para tomar aliento.

"De verdad, Frances. ¿Colgarte del muro de un castillo... boca abajo... y besar una piedra sólo para ganar algún dudoso don de elocuencia? ¡Qué tonterías dices, jovencita!"

"Pero es verdad, Madre. Creen que la piedra es parte de la Piedra de Scone en Westminster. No sólo uno, sino tres de los marineros del barco me hablaban de la magia de besar la piedra del castillo de Blarney".

"Bueno, yo por mi parte no tengo ningún deseo de besar nada que haya sido sentado por cualquier rey... inglés o no".

"¡Madre!" Frances contestó sorprendida.

"Pero más en cuestión, ¿qué hacías hablando con marineros? ¿Cuántas veces tengo que decirte que una mujer joven nunca debe involucrarse en...?"

"Pero Nicholas estaba conmigo". La mujer más joven se acercó al asiento de enfrente y pasó una mano por el brazo de su hermano. "Había una pelea en la bodega. Simplemente seguí a Nick hasta abajo para ver el deporte".

"Nicholas Edward", empezó a reñir, pero cambió de opinión cuando la aguda mirada de su hijo pasó del campo que pasaba a su cara.

Pasando una mano por encima de la tela de sus faldas, Alexandra Spencer buscó la forma más apropiada de expresar su desaprobación. Una diferencia de dieciocho años en las edades de sus dos hijos había sido ciertamente inofensiva cuando eran más jóvenes, pero como Frances era ahora una joven floreciente, necesitaba encontrar la manera de instruir a Nicholas sobre sus responsabilidades fraternales.

Miró a su hijo mientras su atención se desviaba de nuevo hacia la ventana. Cuando Frances era un bebé, Nicholas estudiaba en Oxford. Unos años más tarde, cuando Fanny había empezado a ir a la escuela, Nicholas había estado luchando a través de las Llanuras de Abraham durante la toma de Quebec. Y poco después, cuando su marido había fallecido, Nicholas había heredado el título y los bienes de su padre. Fue entonces cuando Alexandra decidió que había llegado el momento de regresar a su hogar ancestral al otro lado del canal, donde podría mantenerse al margen de los asuntos de su hijo. Por supuesto, esperaba que él aprovechara el tiempo para empezar una vida... y una familia... propias.

Bueno, eso aún no había sucedido, y Alexandra temía haber pasado demasiados años alejada de Nicholas como para poder ejercer algún tipo de control sobre él ahora... cualquier control manifiesto, en cualquier caso.

Frances comenzó de nuevo, sin parecer disuadida en lo más mínimo. "Me han dicho que ahora uno también puede tumbarse boca arriba e inclinarse para hacerlo con un par de brazos fuertes agarrándole las piernas". Hizo una pausa con el ceño fruncido. "No creo que deba confiar en que nadie más que tú lo haga por mí, Nick".

"No creo que el mundo pueda soportar más elocuencia en ti, Fanny", replicó Nicholas pasivamente. "Eres demasiado perfecta tal como eres".

La joven soltó una risita de placer. "Realmente deberías guardar estas bonitas palabras para tu querida Clara, sabes, y no malgastarlas con tu hermana".

"¿Querida Clara?" preguntó Nicholas Spencer con énfasis.

Frances lanzó una mirada vacilante a su madre. Tras recibir un gesto de ánimo, se volvió de nuevo hacia su hermano.

"Bueno, nos dirigimos a Woodfield House, ¿no es así? *Has* aceptado la invitación de Sir Thomas Purefoy, el padre de Clara, para quedarte quince días en su finca en este país encantador, ¿verdad?"

"Frances, me gustaría que no usaras la palabra 'deslumbrante'." Lady Spencer intervino.

"Y *usted* acompañó a esa joven extremadamente atractiva a no menos de *tres* actos sociales esta pasada primavera en Londres, ¿no es así? ¿Sigo?"

"No me presiones, Fanny. Puedo sentir cómo se aprieta el nudo sin tu ayuda ni la de nuestra estimada madre". Se pasó un dedo por el cuello alto de su impecable camisa blanca. Miró significativamente a la joven y a la anciana. "Hacemos este viaje por el bien de ustedes dos, no por el mío. A pesar de algunas opiniones contrarias, es importante en la educación de una joven que conozca a miembros de la sociedad fuera del círculo de mocosos mimados con los que te has estado relacionando tan exclusivamente en la escuela."

"Mentiroso", Frances le dio una palmada en el brazo.

Nicolás se encogió de hombros. "Muy bien. Como quieras, entonces. Estamos aquí por mí. Por mi amor a los caballos. Sir Thomas tiene fama de tener uno de los mejores establos".

"Eso es muy poco cortés, Nick", le riñó Frances, con un mohín practicado dibujándose en su joven y hermoso rostro. Retiró la mano y se deslizó hasta el extremo más alejado del asiento.

"Debo decirte que al mentir como lo haces, estás arruinando la excelente imagen que tengo de mi único hermano. No hay remedio... No hablaré contigo durante el resto de estas vacaciones".

Al ver la evidente satisfacción de Nicholas por el estado de las cosas, Alexandra alargó la mano y tocó la rodilla de su hijo. "Te ruego que resuelvas esto ahora mismo. Si ella no habla contigo, significa que se quejará sin cesar conmigo. Así que si no puedes reconciliarte con la pequeña zorra, preferiría que me dejaras bajar en la próxima parada, donde encontraré el camino de vuelta a Londres sin vosotros dos."

Durante más tiempo del que a su madre le gustaba, Nicholas pareció considerar la segunda amenaza. Finalmente se volvió hacia su hermana, y su tono indicó a Lady Spencer que se había dejado de bromas.

"He tenido mucho cuidado de no crear malentendidos con respecto a Clara y mis intenciones hacia ella. La chica tiene casi la mitad de mi edad".

"No tiene ni la mitad de tu edad", corrigió Fanny, deslizándose al lado de su hermano. "Clara Purefoy cumplió dieciocho el invierno pasado. Tú tienes treinta y cuatro. En ningún momento desde que la conoces le has doblado la edad".

"Por 'sblood, ¿qué se *hace* con un niño de dieciocho años?"

Lady Spencer arqueó una ceja. "Por los continuos rumores que me llegan de Bruselas, podría haber creído que es usted bastante hábil manejando a mujeres de todas las edades". Alexandra le dio unas palmaditas en la rodilla a su hijo, que fruncía el ceño. "Tu inquietud, querido, proviene de la idea del matrimonio y el compromiso. La edad de Clara es sólo una excusa, y calmarás tus temores rápidamente".

"De verdad, Nick..." Frances gorjeó a su lado. "Ella es todo lo que podrías desear en una esposa".

"Y como hija única, Clara trae consigo una gran fortuna."

"No es que lo necesites", interrumpió su hermana.

"Pero teniendo en cuenta tu estilo de vida, querida, nunca está de más tener un poco más". Lady Spencer miró por la ventana, no queriendo presionarle demasiado de golpe. "Un asunto que me parece muy entrañable, sin embargo, es lo prendada de ti que parece estar toda la familia".

"Pero madre, todo el mundo sabe lo ventajoso que es cuando una hija se casa con alguien con un título. Después de todo, incluso un baronet con una reputación tan mala como la de Nick es..."

"No es eso". Alexandra despidió a su hija con un gesto de impaciencia. "Es la cálida personalidad de tu hermano lo que les ha encantado. Su educación. Su ejemplar servicio militar. Su respetabilidad".

"Antes de los veinte años".

Lady Spencer dirigió una severa mirada a su hija. "Frances Marie, cuida tu lengua". La anciana alisó de nuevo las arrugas imaginarias de sus faldas y dirigió toda su atención a su hijo, que volvía a estar cautivado por el paisaje que pasaba. "¿Dónde estaba?"

"Acabas de expresar tu deseo de que detenga este carruaje", sugirió Nicholas sombríamente. "Para que *ambos* puedan encontrar el camino de regreso a Londres."

El viejo obispo y su secretario contemplaron aterrorizados cómo varios de los rebeldes de camisa blanca azotaban los flancos de los caballos y lanzaban el carruaje sin conductor carretera abajo. La media docena de asistentes del obispo, que se habían visto obligados a abandonar sus puestos cuando detuvieron el carruaje, salieron corriendo por el camino rural tras los caballos.

"No podéis salir con la vuestra, asquerosos rufianes". La voz del obispo temblaba de rabia y algo de miedo. "Vuestras máscaras y vuestras diabólicas camisas de lino no os servirán de nada cuando os pongan las sogas al cuello y os envíen al juicio del Señor. 'Mía es la venganza, dice el Señor'".

Cinco hombres a caballo miraban mientras veinte a pie rodeaban a los dos clérigos. El silencio del grupo era desconcertante. Antes de que el obispo pudiera volver a hablar, su secretario -un hombre joven y corpulento con las mejillas sonrojadas- vio un pequeño resquicio en el círculo de atacantes. Aprovechando la oportunidad, dejó caer la mochila que llevaba sobre el pecho y echó a correr. Una gruesa carpeta de cuero llena de papeles y un monedero de monedas de aspecto muy saludable se desparramaron por el camino. Nadie se molestó en detener a la aterrorizada secretaria.

"Os conozco a cada uno de vosotros detrás de esas máscaras", dijo el obispo. "Conozco a vuestros parientes y conozco las sucias casuchas en las que vivís".

Varios de los asaltantes avanzaron amenazadoramente, obligando al anciano clérigo a retroceder contra un árbol al borde del camino.

"Si me tocáis, perros, haré caer la ira de Dios sobre todos vosotros. Soy el siervo de la justicia, y vosotros sois el engendro de los demonios. Sois..." Jadeó cuando una cuerda le rodeó por detrás y le empujó contra el árbol.

"Esto es por forzar el pago del diezmo a los arrendatarios del norte de Kinsale que perdieron sus cosechas por la tempestad del mes pasado".

El obispo miró temeroso al enmascarado que había pronunciado las palabras a su derecha. La primavera pasada había oído hablar de un sacerdote *papista al que* habían dejado atado a un árbol cerca de Kildare. El cabrón había estado dos días sin comida ni agua antes de que alguien lo encontrara y lo soltara. Había habido otro incidente con un coadjutor cerca del castillo de Caher no hacía ni tres semanas. No le importaba pensar en eso. Por supuesto, ninguno de los clérigos había sido asesinado, sólo maltratados y casi muertos de miedo.

Dos hombres agarraron las manos del obispo y le ataron una cuerda a las muñecas.

"Esto es por negarse a bautizar niños en el Ulster simplemente porque la familia no podía pagar sus honorarios más altos."

"No he sido yo. No tengo nada que decir sobre lo que pasa arriba..." La protesta del obispo se debilitó cuando su bravuconería se convirtió en miedo. Otro miembro del grupo se acercó con una cuerda y la dejó caer hábilmente sobre su cabeza. "¡No! Se *lo ruego*".

En lugar de las camisas de basto lino blanco y los rostros irreconocibles por las máscaras, la mente del clérigo conjuró imágenes de la reunión que había tenido con el magistrado, sir Robert Musgrave, no hacía ni tres días. Le habían prometido que todos los sacerdotes estarían protegidos contra los ataques de los Whiteboys. Como concesión, se había ofrecido a apoyar a los terratenientes de los alrededores de Youghal que estaban obligando a sus arrendatarios a marcharse para dejar sitio a los pastores y, al final, se había garantizado su propia seguridad. Garantizada. ¿Dónde estaba *ahora* ese maldito magistrado?

"¿Desea rezar una última oración, Excelencia? ¿Desea pedir perdón al Señor por manchar su buen nombre? ¿Quizás por sus vergonzosos actos de codicia?"

Los ojos del clérigo se centraron en la cuerda que colgaba de su cuello. Los clérigos abusados antes habían sido simples párrocos. Él era *obispo*. No pudo evitar preguntarse si esta gente realmente lo mataría para enviar su mensaje alto y claro por todo el país.

Las palabras que empezaron a brotar eran, en efecto, plegarias. Oraciones pidiendo perdón por exactamente las cosas de las que estaba siendo acusado.

Cuando el carruaje frenó de repente, Nicholas sacó la cabeza y miró más allá de los caballos. Había oído que los viajeros se encontraban de vez en cuando con salteadores de caminos, aquí como en casa, pero éste era el forajido de aspecto más extraño que había visto nunca.

Más allá de una bifurcación, justo delante, donde un camino doblaba bruscamente a la derecha, un clérigo gordo resoplaba hacia ellos, con los brazos agitándose locamente en el aire, sus gritos lastimeros casi incoherentes por la falta de aliento.

Nicholas gritó al conductor y se bajó mientras el carruaje se detenía.

"¡Blancos... obispo... matando... ahí... ahí!" El hombre parecía casi fuera de sí por el terror, agarrándose a él en busca de apoyo. "¡Sálvame... ayuda... obispo!"

Nicholas soltó al hombre de su brazo y se lo entregó a su ayuda de cámara, que cabalgaba detrás en el caballo de su amo. Le indicó a Frances que permaneciera en el carruaje mientras abría la puerta para salir. Miró en la dirección por la que habían venido los clérigos. La ladera boscosa que corría hacia el oeste era oscura y estaba densamente arbolada. Desde allí no se veía nada.

"Lo más seguro, señor, para las damas sería que nos mantuviéramos en movimiento", dijo el conductor desde su posición en el carruaje. "Los lugareños los llaman Shanavests. Eso sería Whiteboys en irlandés. Son un grupo problemático... si me preguntan a mí".

El clérigo, que estaba desplomado contra el carruaje intentando recuperar el aliento, se enderezó de repente. "Pero... pero no puedes simplemente... simplemente dejarle... le matarán".

"Puede ser", aceptó el conductor. "Pero estos muchachos estarían armados hasta los dientes, señor. Rebeldes hasta la médula, sin duda, y siempre viajan en gran número. Sería peligroso... para las damas, por supuesto... no ir".

"¿Cuántos?" Nicolás se dirigió al sacerdote.

"Cinco a caballo. Yo diría que unas dos docenas a pie. No sé si los vi a todos o no".

Nicholas tomó las riendas de su caballo de manos del ayuda de cámara.

"¿Puedo ir contigo, Nick?"

Se dio la vuelta a tiempo de ver como su madre cerraba la puerta del carruaje de un golpe, aplastando el intento de Fanny de salir. Mientras Nicholas indicaba al cochero que se dirigiera directamente a Woodfield House, el ayuda de cámara ocupó un lugar en la parte trasera del carruaje.

Se volvió hacia el clérigo. "Tú, adentro".

Murmurando palabras de eterna gratitud, el secretario del obispo abrió de un tirón la puerta del carruaje y saltó al interior con más agilidad de la que su tamaño justificaba.

"El nuevo magistrado, Sir Robert Musgrave, ha fijado una recompensa por las cabezas de estos muchachos", dijo el conductor en tono confidencial a Nicholas. "Se dice que planea colgar a todos los Shanavest que pille en el viejo Mercado de la Mantequilla de Cork. Ahora, si me preguntan a mí, ese es el enfoque equivocado, ya que la mayoría de los campesinos popes aman a esos rebeldes como si fueran suyos. Pero yo sólo soy un hombre látigo... ¿qué sé yo?"

Lady Spencer asomó la cabeza por la ventanilla antes de que el carruaje se alejara. "*Puedes alejarte* de una pelea, Nicholas. Estoy preocupada por ti. Hay demasiados, y ésta es una tierra extraña".

"No hay necesidad de preocuparse, madre. Sólo pretendo acercarme lo suficiente para vigilar de cerca".

"Entonces, ¿por qué no esperar hasta que llegue la siguiente carreta? Con los sirvientes para

ayudarte..."

"Estaré bien". Hizo un gesto al conductor para que siguiera adelante. "Sólo mantén firme a mi hermana".

Nicolás esperó a que el carruaje desapareciera en la curva del camino antes de subir a su caballo. Desenvainó la espada y espoleó al animal por el camino.

El filo de la hoja del cuchillo formó una fina línea blanca en la piel rugosa y arrugada de la garganta del hombre.

El aterrorizado obispo había ofrecido todo lo que se le ocurría a cambio de su vida: desde hacer que les entregaran bolsas de monedas donde quisieran... hasta renunciar a todas las tasas eclesiásticas de la diócesis durante todo un año. Bautizos, matrimonios, funerales... todo.

Habían logrado lo que habían venido a hacer, así que el líder del grupo hizo un gesto a los hombres para que se retiraran. El tembloroso clérigo permaneció atado al árbol, con los ojos fuertemente cerrados y la boca moviéndose involuntariamente mientras musitaba plegarias y promesas sin ton ni son. Las finas ropas del hombre estaban manchadas de estiércol. Unos arañazos en la cara era todo lo que había sufrido exteriormente.

"La próxima vez que se te ocurra hacer tratos con el magistrado, acuérdate de este día", susurró amenazadoramente al oído del obispo un joven gigante mientras envainaba su cuchillo. "Siempre podremos encontrarte".

El líder observó cómo el mismo miembro del Shanavest clavaba un puño en el costado del clérigo antes de alejarse. Las cuerdas impedían que el hombre se doblara de dolor, pero la mueca en el rostro del anciano mostraba su angustia.

La bolsa de monedas se vació. El botín que se habían llevado antes del carruaje del obispo se amontonó en sacos y se lo llevaron. El grupo se dispersó tan silenciosa e inesperadamente como había llegado. En un momento, sólo quedó el líder enmascarado, sentado en su hermoso caballo, mientras los demás se alejaban.

Con su montura atada a la rama de un abedul camino abajo, Nicolás observaba desde la seguridad de un bosquecillo de pinos. Pasó algún tiempo antes de que el obispo levantara la cabeza y mirara a la figura solitaria.

"Por favor, no me mates", suplicó el hombre mientras caballo y jinete se acercaban con pasos medidos. Los dedos de Nicholas se tensaron inmediatamente en torno a la empuñadura de su espada y avanzó en silencio. El líder rebelde llevaba una pistola en el cinto, pero Nicholas sabía que podría tomar al hombre por sorpresa, antes de que tuviera la oportunidad de desenfundar y disparar.

"Admito mi culpa. Te ofrezco cada posesión mundana que tengo... Yo..." El rostro del hombre perdió todo su color cuando el jinete sacó rápidamente un cuchillo de su cinturón. "YO... YO..."

Nicolás corrió hacia delante, pero se detuvo justo antes de llegar al camino cuando vio que el rebelde se inclinaba y cortaba las cuerdas que ataban las manos del obispo.

"Enseña misericordia y compasión a tu pueblo, sacerdote. Son virtudes que faltan".

La voz era ronca y grave, pero algo en el tono hizo que Nicholas se detuviera. Inmediatamente volvió a esconderse detrás de un árbol y envainó la espada cuando el jinete hizo girar su caballo en su dirección. Escuchó el sonido de los cascos que se dirigían hacia él.

En cuanto la cabeza del caballo pasó junto al árbol donde estaba escondido, Nicholas avanzó rápidamente, agarrando la camisa del jinete y tirándolo del caballo. Ambos cayeron al suelo, y la pistola del rebelde rebotó en la maleza junto al camino.

Rodando, el líder rebelde cogió una piedra, pero Nicholas fue más rápido. Cuando el otro hombre se la lanzó a la cabeza, el inglés levantó una mano y desvió la pizarra gris lejos de su cráneo. Listo para enfrentarse de nuevo a él, se decepcionó al ver que su enemigo se daba la vuelta y corría hacia el bosque. Sin pensárselo dos veces, Nicholas salió tras él.

El hombre era pequeño, pero extremadamente rápido y ágil, y se movía con rapidez a través de la espesa maleza. Sin embargo, las largas piernas de Nicholas le permitieron alcanzar al rebelde no muy lejos del camino. Cuando se disponía a abordarle por la espalda, el forajido giró sobre sí mismo y le propinó una fuerte patada en la ingle. Nicholas esquivó el golpe, y la patada le golpeó en la cadera mientras se acercaba al hombre.

Cayendo hacia delante, Nicholas conectó un gancho de derecha un instante antes de nivelarlo con su cuerpo. Desparado sobre el enmascarado, se incorporó inmediatamente, atrapando el cuerpo delgado bajo él y retirando el puño para asestarle otro golpe. Se quedó inmóvil.

El sombrero del rebelde yacía en el suelo, y la bufanda que enmascaraba al forajido había sido tirada hacia abajo. Ante el asombro de Nicholas, el rostro de una mujer le miró fijamente. No era de extrañar que hubiera sido tan fácil tirarla del caballo. Su tamaño. Su peso.

Por 'sblood, pensó Nicholas, mirándola fijamente. Una mujer.

Mechones de pelo negro se habían escapado de sus confines, enmarcando un rostro de lo más atractivo. Unos ojos negros, oscuros como la noche, le lanzaron dardos de odio. El lado de su boca ya estaba hinchado por el golpe. Sin pensarlo, se acercó para tocarle el labio ensangrentado, pero ella le apartó la mano de un manotazo, escupiendo una retahíla de palabras en gaélico. Gracias a su experiencia en decenas de combates de boxeo con púgiles irlandeses, comprendió que la mujer no le estaba dirigiendo un saludo de cortesía.

"I...? Definitivamente me dejas sin palabras".

Nicholas enarcó una ceja ante la siguiente maldición prolongada que ella le lanzó.

"Yo en tu lugar debería tener cuidado con lo que digo, mi pequeño gato infernal". Metió la mano en el bolsillo de su abrigo y sacó un pañuelo. "Estoy dispuesto a perdonarte los insultos que *me pones*. Pero, ¿mi padre? ¿Madre? ¿Esposa y caballo? Eso es ir *demasiado* lejos".

La sangre de su boca había corrido por su mejilla. Sin embargo, cuando se agachó para limpiársela, ella empezó a agitarse debajo de él. Nicholas le cogió las manos de inmediato y las atrapó con una de las suyas por encima de su cabeza.

"Por 'sblood, *no voy a* hacerte daño."

Cuando volvió a agacharse para limpiar la sangre con el paño, sus ojos oscuros se volvieron hacia él. Pudo haber pasado una eternidad mientras los miraba, porque el tiempo se detuvo. La mujer era de una belleza deslumbrante, y él vio en aquellos ojos un fuego como nunca había visto antes.

Él seguía presionando su cuerpo contra las hojas y los helechos con su peso. No pudo evitar admirar la subida y bajada de sus pechos bajo la bata blanca. Sus ojos se detuvieron en el pulso salvaje bajo la piel de su garganta. Su mirada se detuvo en los oscuros tirabuzones que rodeaban su rostro y se detuvo en el sensual labio inferior. Las magulladuras que le había infligido le provocaron una punzada de remordimiento, pero entonces aquellos ojos mágicos le hicieron

retroceder.

En el momento en que ella dejó de luchar contra su agarre, él quedó hechizado.

"¿Quién eres?", preguntó con voz ronca, presionando suavemente el pañuelo contra el labio de ella. Luchó contra el repentino impulso de bajar la boca hasta su cara, hasta su garganta, de estirar completamente su cuerpo sobre el de ella y averiguar si estaba aquejada del mismo deseo físico que se había apoderado de él. La atracción era tan fuerte que Nicholas se obligó a soltarla. Se levantó bruscamente, luchando por despejar su mente de tales pensamientos. Con el ceño fruncido, le tendió una mano, pero ella no la cogió. Se agachó, la agarró del brazo y tiró bruscamente de ella para ponerla en pie. No la soltó.

"Si yo fuera tú, empezaría a dar explicaciones ahora, antes de que lleguen los hombres del magistrado". Ella no dijo nada, sus ojos oscuros brillaban desafiantes. "¿Tienen los chicos blancos la costumbre de hacer que sus mujeres luchen por ellos?"

Se esforzaba tanto por librarse del hechizo que ella le había lanzado que no la vio coger el cuchillo que llevaba a la cintura. Le asestó un tajo en el brazo lo bastante profundo como para hacerle apartar la mano, conmocionado y dolorido. El momento que Nicholas se tomó para mirar el corte fue todo el tiempo que ella necesitó. Antes de que pudiera actuar, ella había salido corriendo.

Cuando llegó al borde de los árboles, la mujer había recuperado su caballo. Rápidos como una brisa de verano, caballo y jinete desaparecieron por el camino. Nicholas miró la pistola que tenía a sus pies y la cogió. Se la metió en el cinturón. Volvió al bosque y cogió también su sombrero.

La sangre manchaba la manga de su abrigo y se quitó la prenda encogiéndose de hombros. El corte del antebrazo era leve, y utilizó el pañuelo que aún tenía en la mano para vendarlo antes de volver a ponerse el abrigo. Se quedó mirándola.

"Una mujer", murmuró, volviendo por el camino hacia donde el clérigo estaba quitando las cuerdas.

"Lo derribaste. ¿Le viste? ¿Le viste bien la cara?"

El hombre se quedó mirando el sombrero que sostenía Nicholas.

"El magistrado ofrece una gran recompensa por él. *Especialmente por él*".

"¿Quién es?"

"El canalla es uno de sus líderes. De todos ellos, es el que más precio pone a su cabeza. Se hace llamar Egan... aunque sin duda es un nombre falso".

"Sin duda", respondió Nicholas vagamente, mirando el sombrero.

Capítulo Cuatro

"DEFINITIVAMENTE NO VI la cara de *ningún* hombre lo suficientemente bien como para describirlo".

Sir Thomas Purefoy frunció el ceño y reanudó su agitado paseo por el luminoso salón azul de la casa Woodfield. Al otro lado de las ventanas con parteluz, las verdes colinas del paisaje irlandés descendían hacia un río centelleante.

La madre de Nicholas y su hermana Frances estaban cómodamente sentadas en un sofá frente a la chimenea, tomando té y mirando despreocupadas, mientras Lady Purefoy y Clara revoloteaban alrededor de su herido invitado como mariposas alrededor de una llama. Fey, el ama de llaves irlandesa de mediana edad, estaba terminando de vendarle la herida del antebrazo con lino limpio. El grueso tejido de la chaqueta y la camisa había servido para minimizar la profundidad del corte, y a Nicholas toda aquella atención le pareció un poco exagerada. Pero permaneció en silencio y permitió que la pelirroja terminara.

Sir Thomas volvió a detenerse bruscamente ante él. "Pero estás seguro de que el atacante - con el que te encontraste cara a cara- era el líder rebelde. Está *seguro de que* fue Egan".

"En absoluto. No tenía conocimiento previo del grupo o de sus miembros. Sólo repito lo que el obispo Russell dijo después".

"Lo sabría, por un trueno", murmuró Sir Thomas antes de empezar a caminar de nuevo.

Mientras Fey metía sus cosas en una cesta, Nicholas le dio las gracias y se puso en pie.

"Si me disculpa", dijo, inclinándose ante Lady Purefoy. "Creo que iré a cambiarme esta ropa de viaje".

"Oh, por supuesto, Sir Nicholas." La dama de ojos azules y cara redonda hizo una agradable reverencia. Inmediatamente, sin embargo, cogió la mano de su hija. "Qué tonta he sido por estar tan desatenta. Clara, querida, ¿por qué no acompañas a nuestro invitado a su habitación? Tal vez, mientras subes, puedas contarle algo de la historia de la casa Woodfield. Es muy interesante, Sir Nicholas".

La joven, muy sonrojada y con tirabuzones dorados danzando alrededor de su pálido rostro, comenzó a marcar el camino.

Nicholas hizo ademán de ignorar la mirada maliciosa que Fanny le dirigía mientras seguía a Clara fuera del salón.

A sólo unas horas en coche de la ciudad de Cork, Woodfield House era una impresionante estructura de piedra cubierta de hiedra, espectacularmente situada en una alta colina orientada al sur. Clara le informó de que la casa solariega actual llevaba aquí más de cien años, construida sobre lo que habían sido las ruinas de una casa o castillo anterior.

"Hay cuatro pisos en el edificio". La suave voz de la joven resonó en los pasillos a medida

que avanzaban. "Aunque sólo dos de ellos son utilizados por la familia. En la planta baja están las cocinas y la cervecería, los almacenes y una sala para la servidumbre. Las habitaciones de la planta superior también están ocupadas por los criados. En esta planta hay varios salones, el estudio de mi padre, una buena biblioteca y un Salón que a veces utilizamos para agasajos. Recepciones y esas cosas".

Nicholas apoyó una mano en el codo de Clara cuando llegaron al pie de la escalera. El rubor cada vez más intenso de su mejilla, el recato con que bajaba la mirada, le recordaron la razón por la que había estado tan fascinado con ella desde que los habían presentado por primera vez en Londres. Hermosa y sin pretensiones, poseía virtudes que él siempre había encontrado atractivas en las mujeres.

Era la primera vez que se quedaban solos desde que él había llegado. Nicholas hizo una pausa, corrigiéndose. Era la primera vez que se quedaban solos desde que se conocieron en Londres. Sir Thomas y su esposa empezaban a estar demasiado seguros de sus intenciones y esa no era una sensación especialmente agradable.

Su mirada se posó en sus labios y pensó si debía tomarse la libertad de probar otros encantos de la joven. Tal vez -pensó-, si se volviera más atento en ese aspecto, no seguiría pensando tan morosamente en los años que los separaban.

Además, había otro asunto que necesitaba olvidar. El rostro de la mujer que había conocido en la carretera, la tal "Egan", era una imagen que no podía quitarse de la cabeza.

El pasillo y las escaleras estaban desiertos, y Nicholas alargó la mano y cogió la barbilla de Clara, levantándola hasta que la miró a los ojos azules.

"Ya he oído bastante sobre la Casa Woodfield por el momento. Ahora quiero oír hablar de ti. Me pregunto si me has echado de menos desde la última vez que nos vimos".

"Yo... bueno... le he... echado de menos... Sir Nicholas."

Vio que la punta de su lengua rosada se mojaba inconscientemente los labios, y Nicholas supo que era su oportunidad de proceder. Pero un dolor agudo en el corte del brazo le despejó la mente. Le soltó la barbilla y miró hacia las empinadas escaleras.

"Yo también esperaba con impaciencia esta visita", dijo agradablemente, empezando a subir las escaleras.

Si estaba decepcionada, él no tenía forma de saberlo, pues mientras avanzaban, ella no apartaba la vista de las fotos familiares que adornaban la pared.

"¿Qué puede decirme de ese grupo de rebeldes que el obispo llamó los Whiteboys?"

"Apenas... bueno... no mucho. Nada más que cotilleos".

Su tartamudeo atrajo su mirada. Su rostro no revelaba ninguna emoción, pero los ojos observadores de Nicholas se fijaron en los dedos inquietos que deshilachaban el extremo de las cintas que llevaba a la cintura.

"Mientras tratábamos de alcanzar su carruaje y a sus sirvientes, pasé un rato en compañía del obispo Russell, aunque el hombre tenía mucho que decir sobre ellos. Fue bastante elocuente en su descripción de sus violentos ataques contra el clero y los terratenientes. Los llamó ladrones y asesinos que no tienen sentido de la moralidad, hombres que tampoco creen que deban rendir cuentas a ningún rey ni a ninguna autoridad religiosa."

"Naturalmente, al obispo Russell le conviene predicar tales cosas. Cuando uno considera, sin embargo, que al defender a la gente que está siendo constantemente desangrada hasta la muerte, los Shanavests son posiblemente mejores campeones de la moralidad que los sacerdotes. Así que, por supuesto, debería decir esas cosas. Sería un tonto si no manchara su reputación en cada oportunidad".

"Por su forma de hablar, cualquiera diría que es partidaria de este grupo, señorita Clara".

Las cintas se habían convertido en hilos en sus dedos. "Yo... no... Sir Nicholas. Sólo expresaba una opinión que tienen muchos de nuestros sirvientes e inquilinos. Muchos son papistas en sus creencias".

No dijo nada más y no volvió a mirarle hasta que llegaron a la puerta abierta de su habitación. Nicholas encontró a su ayuda de cámara esperando dentro.

"Gracias por la visita, Srta. Clara. ¿A qué hora me esperan abajo?"

Clara miró incómoda hacia el pasillo. "Mi madre... bueno, esperaba que conocieras al resto de nuestra familia esta tarde antes de cenar".

"Tenía la impresión de que el resto de tu familia reside en Inglaterra".

"Lo hacen... bueno, la mayoría. Madre desea que conozcas a mi hermana mayor".

"¿Una hermana mayor?" Nicholas sonrió. "Y yo que pensaba que eras hija única".

Sacudió rápidamente la cabeza, haciendo que los rizos bailaran alrededor de su cara. "Es cierto, sin embargo, que a menudo me he sentido así. A veces, ocho años de diferencia pueden parecer ochenta. Esto es cierto en el caso de Jane y mío".

Nicholas se obligó a reprimir el incómodo pensamiento de lo viejo *que* debía parecerle a una mujer tan joven. Se aclaró la garganta e intentó salvar algo de su vanidad. "¿Y el marido y los hijos de su hermana también se unirán a nosotros esta noche?"

"Oh, no." Clara volvió a negar con la cabeza. "Jane... bueno, nunca se ha casado".

Un momento después, cuando Nicholas fue a cambiarse para la cena, su único pensamiento fue que al menos tendría otra persona *mayor* con la que hablar. Conocer a Jane Purefoy sería sin duda el punto culminante de la cena.

No pudo evitarlo. La curiosidad de Lady Spencer se despertó de inmediato al escuchar el intercambio de palabras entre el anfitrión y la anfitriona cerca de la puerta. Terminó de dar la vuelta a la sala y se detuvo ante un cuadro bastante fino que colgaba a la derecha de la chimenea.

En una pequeña mesa redonda situada al otro lado del salón, Nicholas jugaba a las cartas con su hermana y Clara. El trío parecía totalmente ajeno a la conmoción que se estaba produciendo en este extremo.

"...no debería obligarla a bajar, Sir Thomas. No en las condiciones..."

"No oiré ni una palabra más sobre esto, señora. Se le informó de este compromiso con mucha antelación, cuélgalo. Ahora *envíe a* su sirviente a buscarla. ¡En *este instante!*"

Alexandra lanzó una rápida mirada a los esposos. El dominio de Sir Thomas sobre su esposa era evidente, pues Catherine Purefoy -aunque sonrojada y evidentemente alterada- hizo un gesto con la cabeza a la criada que rondaba junto a la puerta.

Cuando Sir Thomas desvió su atención hacia la habitación, Alexandra volvió rápidamente la vista hacia el cuadro. En todos los años de su matrimonio, no recordaba una sola ocasión en que su marido le hubiera hablado en ese tono. Miró a Clara y vio que la joven observaba a sus padres. Sus bonitos ojos parecían inquietos.

Evidentemente, había más en esta familia de lo que había parecido a primera vista cuando los presentaron a todos en la corte de Londres. Y aunque el mayor deseo de Alexandra para su hijo era que por fin se estableciera y eligiera esposa, ahora esperaba que Nicholas se tomara su tiempo. Era de sentido común que se aseguraran de que no había nada en la educación de Clara que pudiera haber privado a la joven de lo necesario para un buen matrimonio. Necesario, al

menos, en opinión de Alexandra.

Después de todo, pensó, la autoestima y el carácter contaban mucho más que el dinero. Y aunque habían pasado muchos de sus últimos años separados, estaba bastante segura de que Nicholas necesitaría una esposa a la que no le faltara confianza.

Una sombra llenó el umbral de la puerta y la mirada de Alexandra se fijó en la figura que entraba en el salón.

La mujer iba completamente vestida de negro.

La recién llegada llevaba un fino vestido negro. Debajo se veían las puntas de unas botas negras. Los guantes negros, ribeteados con encaje italiano, se unían en la muñeca con la larga manga del vestido. Su pelo, recogido hacia atrás, hacía juego con el color de la ropa, y sus grandes ojos oscuros realzaban su perfecta tez marfil.

Perfecta, por supuesto, excepto por el feo moratón en el lateral de su boca hinchada.

Nadie más que Sir Thomas parecía haberse percatado de su llegada, y Alexandra arqueó una ceja al ver la mirada de abierta hostilidad que se cruzó entre padre e hija mientras se miraban durante un momento.

Una silla chocó contra el suelo en el otro extremo de la sala y la mirada de la recién llegada se desvió en esa dirección. Una expresión de asombro se dibujó inmediatamente en el rostro de la joven, y Alexandra vio cómo extendía una mano enguantada para estabilizarse.

Al otro lado de la habitación, Nicholas estaba de pie junto a la mesa con cara de haber visto un fantasma.

"Entra, Jane," dijo Lady Purefoy vacilante. "Sir Nicholas, Lady Spencer, Miss Frances. Me gustaría presentarles a mi hija mayor."

Capítulo Cinco

JANE SÓLO ESPERABA PARECER MENOS sorprendida que él en ese momento.

Se mantuvo erguida y trató de calibrar lo que haría el inglés. Si revelaba su encuentro anterior, era una mujer condenada. Por supuesto, podía negarlo todo, pero dudaba que su padre o Sir Robert, el nuevo magistrado, se fiaran más de su palabra que de la de un baronet inglés.

El silencio se cernió como un sudario sobre la habitación. Jane apartó los ojos, insegura de cuánto más podría soportar. Entonces, la mujer de mediana edad que había estado de pie mirando uno de los cuadros se acercó a ella.

"Srta. Jane... o más bien, debería decir Srta. Purefoy, ya que usted es la hija mayor".

Jane miró sorprendida la mano extendida de su invitada. La inglesa parecía tener más o menos la misma edad que su propia madre, pero sus afilados ojos azules hablaban de una fuerza interior que superaba con creces la de Lady Purefoy.

"Con llamarme Jane bastara, milady", contesto en voz baja, cogiendo la mano y haciendo una pequena reverencia. "Hace tiempo que estoy más allá de esas formalidades".

"Entonces me llamarás Alexandra". La mujer no soltó la mano de Jane inmediatamente, atrayéndola hacia la habitación antes de tomarla del brazo. "No sabes lo encantados que estamos de haberte conocido por fin. Tu familia ha sido muy reservada contigo, querida. No puedo evitar sentirme privilegiada por haber tenido la oportunidad de conocer al tesoro escondido de Sir Thomas y Lady Purefoy".

¿Tesoro? Jane se habría reído si no le doliera la boca al sonreír. Miró a su padre y lo vio volverse hacia la chimenea mientras se llevaba una copa de brandy a los labios.

"Esta es mi hija Frances. Una joven más incorregible que nunca conocerás".

Ligeramente más alta que su madre y con sus rizos rubios oscuros peinados a la moda, Frances era una imagen más joven de Lady Spencer. También mostro un carácter igualmente agradable, abandonando la mesa de cartas y acercándose a las dos.

"Vaya, pero qué *bonito* corte tiene en el labio, Srta. Purefoy, si no le importa que se lo diga".

"Cielo santo, Frances", replicó la madre.

"Sinceramente, me recuerda a algunos que he visto lucir a Nicolás después de uno de sus combates de boxeo".

"Fanny".

"Por favor, no la castigue por mi culpa, milady", le dijo Jane a Lady Spencer antes de volverse para saludar a la joven de rostro brillante. "Estoy segura de que el comentario de la señorita Spencer es exactamente correcto... aunque debo admitir que yo misma procuro no hacer del boxeo un hábito".

"Dime cómo lo conseguiste. No me malinterpretes. Creo que es bastante guapo".

Lady Spencer soltó el brazo de Jane y se acercó a su hija. "Francis Marie Spencer, eres una urraca de lo más gárrula e indisciplinada. *Debo* disculparme por esta criatura que tiene ante usted. Estoy segura de que debe haber sido cambiada al nacer por mi propia..."

"Estaré encantada de relatar el origen de mi pequeño moratón, aunque me temo que mi historia es algo mundana". Jane se encontró con los amistosos ojos azules de la joven. Vacilante, se tocó el labio dolorido y sintió que otro par de ojos estudiaban atentamente su rostro. "Un poco de mala suerte. Hoy me he golpeado la cara con el borde del tocador de mi dormitorio. Suelo tener más cuidado".

Frances abrió la boca para decir algo más, pero un fuerte tirón de Lady Spencer en el brazo cortó su siguiente pregunta.

Jane desvió primero la mirada hacia el rostro de su hermana. Clara parecía tan pálida como para desmayarse, y vio que su hermana miraba rápidamente el brazo vendado del inglés.

"Sir Nicholas". Jane logró salir, volviéndose hacia el otro visitante. "Es un honor tenerle aquí en la Casa Woodfield".

Esperaba que su voz no la traicionara. Él seguía mirándola de un modo totalmente incómodo, y su inquietud no hizo más que aumentar hasta convertirse en pánico cuando cruzó la habitación hacia ella. Tuvo que contenerse mucho para no dar un paso atrás. Llevaba nueve años colaborando activamente con los Shanavest. ¿Por qué, después de todo ese tiempo, el futuro marido de su hermana tenía que ser el primer enemigo que lograra vislumbrar su identidad?

"Señorita Purefoy." Se inclinó cortésmente, y cuando levantó la mirada, Jane se encontró de pronto detenida por la misma intensidad que emanaba de las profundidades de aquella mirada y que había visto antes. Permitir que aquel hombre la mirara a los ojos equivalía a abrir la ventana de su alma. Un sentimiento de extrema vulnerabilidad la invadió, pero Jane no se atrevió a apartar la mirada.

"Usted no es la única herida hoy, señorita Purefoy". Las palabras de Frances Spencer cortaron el silencio, y ella agradeció la distracción.

"Jane", dijo en voz baja a la mujer más joven. "Por favor, llámame Jane".

"Jane, deberías decirle a Nicholas que te cuente la gran pelea que tuvo hoy con el líder de los bandidos. Él mismo salió con una herida bastante elegante". Frances hizo una pausa pensativa, lanzando una mirada orgullosa a su hermano. "Conociendo la astucia con la que lucha Nick, no me cabe duda de que el canalla recibió algo mucho peor en el intercambio".

"Sin duda", murmuró Jane, aliviada al ver que su madre se adelantaba para instar a todos hacia el comedor.

Jane se retiró a un segundo plano y consiguió tocar de pasada el brazo de Clara.

"Lo siento", susurró, a lo que la hermana menor asintió con una suave sonrisa.

De todas las personas presentes, su hermana Clara era la única por la que Jane se preocupaba lo más mínimo. Desde el día en que su propia vida se había entrelazado tan inextricablemente con el grupo secreto de la resistencia, su hermana se había convertido y había seguido siendo la única aliada que Jane tenía en la familia. Clara era la única persona en la que se había atrevido a confiar. Jane Purefoy había cometido muchos actos peligrosos e imprudentes a lo largo de su vida, pero siempre se había asegurado de que ninguno de ellos trajera peligro o dolor a la puerta de Clara. Hasta ahora.

Mientras su madre tomaba el brazo de Lady Spencer y Sir Thomas escoltaba a la vivaracha joven Frances hasta la cena, Jane se desvió hacia la ventana, como siempre, olvidada. No le importó, sin embargo, mientras observaba como el alto inglés ofrecía su brazo a Clara.

Al instante, apartó el tirón de atracción -la debilidad, corrigió- que había sentido en el

bosque. No estaba acostumbrada a sentirse dominada por un hombre, así que la vulnerabilidad del momento debió de jugarle una mala pasada.

En su mente, difícilmente era el tipo de noble que ella habría pensado que su padre habría elegido para dar buen nombre y restaurar el honor de su familia. Con su nariz rota y su pelo rubio sin empolvar atado con una cinta, el gigante de ojos azules parecía más un rastrillo y un salteador de caminos que un miembro respetable de la *tonelada* londinense. Sir Nicholas Spencer, apuesto y rudo, albergaba obviamente una cualidad rebelde bajo sus refinados modales, de lo contrario la habría acusado inmediatamente de crímenes contra el rey.

Mirándolo ahora, se preguntó qué razón podría haber detrás del silencio del hombre. Y lo que es más importante, se preguntó cuánto duraría ese silencio.

Fueron los últimos en abandonar la sala.

Nicholas se detuvo junto a la puerta y miró por encima del hombro a Jane Purefoy, que parecía olvidada y perdida en su propio mundo.

"¿No nos acompañará tu hermana a cenar?". Su pregunta iba dirigida a Clara, que apenas dejaba que sus dedos rozaran la manga de su chaqueta.

"Creo que sí".

Se giró para mirar a la hermana mayor. "Señorita Purefoy. ¿Me concedería el honor de acompañar a las dos hermosas hijas de Sir Thomas a cenar?"

Un destello instantáneo de desagrado recorrió sus bellas facciones, y Nicholas se preguntó por un momento si él y su oferta o la mención del nombre de Sir Thomas eran la causa de ello. Sin embargo, la mujer vestida de oscuro se acercó y aceptó el ofrecimiento de su brazo. Su mano se posó suavemente sobre el corte vendado oculto bajo la manga de su chaqueta.

Nicholas no recordaba cuándo en los últimos años se había sentido tan instantáneamente intrigado por una mujer. Después de todo, en qué curiosa situación se había encontrado de repente. Sir Thomas Purefoy, ex magistrado del rey -un hombre que había sido elevado a caballero de la Orden del Cardo tras luchar con distinción junto al mismísimo duque de Cumberland en la batalla de Culloden-, albergaba bajo su propio techo a una conocida rebelde renegada que casualmente era su hija. Claro que, pensó Nicholas, a él tampoco le había cortado nunca una mujer con un cuchillo.

Y esto no era ni la mitad. El obispo Russell le había contado a Nicholas todo sobre la mano dura de Sir Thomas cuando se trataba de aplastar a los rebeldes de los Whiteboys. Al parecer, el nuevo magistrado, Sir Robert Musgrave, tenía que recorrer un buen trecho para igualar la severidad de Purefoy cuando se trataba de los Shanavest y otras facciones como ellos.

La vida *no puede* ser más entretenida.

Dirigió una rápida mirada a la mujer que sujetaba su manga derecha y fue recompensado por el inteligente destello de sus ojos oscuros. La pregunta estaba grabada en su rostro, exigiendo una respuesta. Sin duda quería saber a qué jugaba y qué quería. Nicholas miró al frente mientras se acercaban a la mesa del comedor. No tenía intención de satisfacer su curiosidad. Al menos, no mientras el juego era tan joven.

La cena en si fue un espectáculo que bien valió el precio de la entrada. Fanny y Alexandra eran las que mas hablaban, mientras que Clara y Lady Purefoy desempeñaban tranquilamente su papel de perfectas anfitrionas. Sir Thomas, por su parte, era claramente un hombre muy acostumbrado a su posición como señor de la mansión. Entre beber grandes cantidades de vino y

encontrar algún defecto en todo lo que se servía, se las arreglaba para hablar sin parar de su mayor pasión, la cría de caballos.

Normalmente, éste era un tema que Nicholas habría encontrado extremadamente divertido. En ese momento, sin embargo, estaba mucho más interesado en el trato que la familia daba a Jane Purefoy. Ni una sola vez durante la cena se dirigió un solo comentario hacia ella. Parecía que para la familia ella no existía. El aroma del escándalo permanecía en el aire.

"Tendrá el placer de conocer a nuestro querido reverendo Adams después de la cena", ofreció tranquilamente Lady Purefoy en respuesta a una pregunta de Alexandra sobre los vecinos de Woodfield House. "Es un joven bastante diligente, que viaja todos los días por el campo..."

"No va a venir. Envié sus excusas ayer".

Ante la brusquedad de su marido, la voz de Catherine adquirió un tono apaciguador. "Por supuesto, tiene usted razón, Sir Thomas. Pero ha enviado una segunda carta esta mañana, diciendo que hará una parada aquí en su camino de regreso a Ballyclough. El párroco Adams dijo que podíamos esperarlo después de la cena".

"¿Y cuándo pensabas contarme todo esto?"

"No pensé que fuera un..."

"Hice que un conductor le llevara una carta esta tarde. ¡Maldita sea! Si hubiera sabido que venía, no le habría hecho perder el tiempo. Una vez más, has conseguido hacerme quedar como un imbécil. ¡Por el diablo!"

"Mis disculpas, Sir Thomas. Yo... estaba en un error."

La tartamuda incomodidad de la mujer mayor extendió una gruesa capa de vergüenza sobre la mesa. Toda conversación cesó. Incluso Fanny parecía no tener palabras.

"¿Ve lo que me veo obligado a soportar, Sir Nicholas?". El anciano sacudió la cabeza y cogió su vaso. "Mujeres irreflexivas y de cabeza hueca. ¿Cree que esta deficiencia es inherente a la especie, señor, o es que me ha tocado una mala suerte?"

Nicolás pudo ver que el inglés estaba haciendo un intento de humor para cubrir su muestra de mal genio, pero a Nicolás no le hizo ninguna gracia.

"He observado, señor, que la irreflexión y la cabeza hueca no son características más innatas en las mujeres que en los hombres. Sin embargo, teniendo en cuenta lo deliciosamente simpáticas que han sido estas damas al no recordarnos nuestras propias y flagrantes deficiencias masculinas, tal vez no deberíamos ser demasiado duros con ellas por una falta de comunicación tan pequeña."

"Oh, bueno..." El hombre hizo un gran espectáculo aclarándose la garganta y cogiendo más vino. "Veremos si sigue cantando tan alegremente, Sir Nicholas, después de que haya pasado algún tiempo en compañía de estos imbéciles. Le aseguro que son un grupo problemático. Entrará en razón, señor. Ciertamente lo hará".

Mientras se servía otro plato, la mirada de Nicholas se posó en el perfil de Clara, que estaba sentada a su lado. La tez de la joven se había vuelto un poco más pálida y parecía preocupada por el intrincado tejido del mantel que había bajo su plato. Una mirada a Jane, que estaba sentada a la izquierda de su madre, enfrente de él, y Nicholas supo que el pulso de las mujeres Purefoy latía con más fuerza en la hermana mayor. Su rostro estaba enrojecido, su temperamento apenas contenido. Lady Purefoy puso la mano despreocupadamente sobre la de Jane, y la hermana mayor apretó los puños antes de meterla debajo de la mesa.

"Señorita Purefoy", preguntó, "¿qué tipo de actividades ocupan su tiempo aquí en esta hermosa campiña?"

"Yo... yo soy..." Clara empezó a responder, pero se detuvo bruscamente, al darse cuenta de

que la pregunta de Nicholas iba dirigida a Jane y no a ella.

La hermana mayor parecía tan sorprendida de que se dirigieran a ella. Mientras buscaba una respuesta, Nicholas disfrutó de la oportunidad de mirarla abiertamente.

A pesar del severo peinado y del "atractivo" moratón que tenía junto a la boca, había una vivacidad en su rostro que brillaba con luz propia. Teniendo en cuenta su forma de vestir y la herida que había sufrido, la belleza de Jane distaba mucho de ser la que aspiraba a tener la gente de moda de Londres. Sin embargo, más allá de los adornos superficiales, vio en ella una vitalidad, una belleza y un espíritu naturales, imposibles de ignorar.

"Creo que hay muy poca diferencia en la forma en que se espera que una mujer inglesa pase sus días en Irlanda que en Inglaterra".

"He observado que lo que se espera de las mujeres y lo que realmente hacen no siempre es lo mismo".

"Parece usted todo un observador de la naturaleza humana, Sir Nicholas". Jane comentó.

"Te sorprenderían las cosas que uno observa cuando se toma el tiempo de mirar".

Un suave rubor subió por sus mejillas. "Bueno, no puedo saber nada de eso, señor, pero sí sé que cuando se trata de satisfacer la curiosidad de los observadores, es deber de una mujer mezclar lo que se espera y lo que debe hacerse. Si ella es lo suficientemente cuidadosa en sus acciones, lo único que se notará es el cumplimiento".

"¿Quieres decir que uno debe decir una cosa y hacer otra, Jane?" preguntó Fanny excitada.

"Espero que no, señorita Frances", dijo Jane con suavidad. "Si me las repite, mis propias palabras suenan horripilantes. Lo que intento decir es que incluso dentro de las rígidas limitaciones del decoro social -limitaciones que se imponen a las mujeres prácticamente desde el nacimiento- hay libertades que pueden ejercerse, buenas acciones que pueden llevarse a cabo. Aunque se nos imponga el silencio...".

La fuerte llamada de Sir Thomas a uno de los criados para que trajera más vino, hizo que la hija mayor se detuviera momentáneamente.

"...tenemos voz y se nos puede escuchar. Ser mujer nunca debe equipararse a indefensión".

"¿Ahora ve lo que quiero decir, señor?" El ex magistrado fulminó con la mirada a su hija mayor.

"A Jane le gusta dibujar". Lady Purefoy se apresuró a interrumpir. "Ella ha reunido un buen portafolio de su trabajo."

"¿Y tú?" preguntó Alexandra con entusiasmo. "¿Puedo verlas? A mí también me interesa el arte".

Lady Purefoy lanzó una mirada nerviosa en dirección a su marido. "Aunque me temo que ninguno de ellos está completamente terminado. ¿No es cierto, Jane? Tal vez... en algún momento en el futuro... te enviemos algunos de sus trabajos. Clara, por otro lado, tiene una excelente mano para la costura, Sir Nicholas. Ha hecho una buena representación de la Casa Woodfield. Después de la cena, le mostraré a usted y a la Srta. Spencer..."

Nicholas perdió interés en la discusión y dejó de escuchar. Una vez más, la familia había excluido a la hija mayor de la conversación. El rostro de Jane era una imagen de ira tensa y controlada. Desvió la mirada de Lady Purefoy a su marido. Nicholas empezaba a resentirse por el descarado empujón de Clara en su dirección. Sir Thomas tenía toda la sutileza de un tratante de caballos. Aunque alguna vez había estado interesado, el comportamiento de los Purefoy con respecto a sus dos hijas lo estaba desanimando rápidamente.

El anfitrión dejó el vaso vacío sobre la mesa.

"Ahora tendremos algo de tiempo para nosotros, Sir Nicholas". Miró significativamente a su

esposa, y ella se puso inmediatamente en pie. "Usted y yo nos quedaremos aquí para tomar un puro y un poco de brandy que acabo de recibir de mi hombre en Cork City. Tenemos que resolver algunos detalles que podemos dejar atrás esta noche. Estoy seguro de que tiene algunas preguntas que le gustaría hacerme sobre el arreglo de los asuntos."

Las demás mujeres siguieron el ejemplo de Lady Purefoy y se levantaron de la mesa. Nicholas dejó de lado por el momento su desagrado por el tema.

"Nos retiraremos al Salón Azul, Sir Thomas, y dejaremos a sus hombres con sus discusiones".

Sin embargo, Nicolás no recordaba haber pedido aún la mano de Clara, y el tono confiado del caballero con respecto a cualquier posible discusión matrimonial sólo consiguió molestarlo aún más. Nunca había tolerado que lo presionaran.

"Creo que me excusaré de aceptar su invitación esta noche, Sir Thomas". Se levantó en cuanto las mujeres abandonaron la habitación. "El viaje desde la ciudad de Cork, combinado con esta herida, no me hará una compañía muy agradable. Tal vez en otra ocasión, tengamos la oportunidad de discutir *lo que sea que tenga en mente*".

Nicholas supo por la expresión del rostro de Purefoy que el hombre mayor estaba de nuevo sorprendido, aunque no debería haberlo estado. Sir Thomas era muy consciente de su reputación de soltero y deshonesto cuando se conocieron en Londres. Sin embargo, a pesar de todo, la posición de Nicholas y su riqueza habían hecho que la apuesta de invitarlo a Woodfield House valiera la pena.

"Muy bien, señor". El hombre se levantó.

En el pasillo fuera del comedor, Nicholas vio a Jane Purefoy hablando en voz baja con un extraño muy atento y de rostro sobrio que no había visto antes. Estaban demasiado cerca. Sus cabezas estaban juntas en un gesto confidencial. La dentellada de celos que atravesó a Nicholas en aquel momento fue tan inesperada como palpable.

"Reverendo Sr. Adams", llamó Sir Thomas en voz alta, llamando la atención del recién llegado. "Ha llegado antes de lo esperado".

"Así es, señor".

Jane murmuró algo a modo de despedida al párroco y, con una rápida mirada a Nicholas, desapareció hacia las escaleras que conducían a los pisos superiores. A él le costó un gran esfuerzo no subir tras ella.

El ministro se volvió hacia los dos hombres. "Espero no importunar su compañía, Sir Thomas".

"En absoluto, señor. En absoluto. Sólo le hablábamos de usted a Sir Nicholas".

Mientras se hacían las presentaciones, Nicholas estudió al clérigo. El hombre tenía rasgos delgados y regulares. Sus ojos grises eran penetrantes y su rostro expresaba una seriedad acorde con su vocación. Sus botas y sus ropas, aunque salpicadas de barro por sus viajes, estaban bien hechas. Tenía el aspecto de un hombre que habría sido un buen soldado, de haber sido ésa su vocación. El aspecto íntimo del pequeño tête-à-tête que habían interrumpido hizo que Nicholas se preguntara si el joven ministro de cabello oscuro podría ser el objeto del afecto de Jane Purefoy. La punzada de decepción que sintió ante esa posibilidad tan clara fue repentina y aguda.

Para sorpresa de las damas, los tres hombres se reunieron con ellas en el Salón Azul y, mientras Lady Purefoy hacía el resto de las presentaciones, Nicholas se puso al lado de la hija menor.

"Veo que no tendremos el placer de la compañía de su hermana esta noche. La vi retirarse arriba".

"Como usted, señor", respondió Clara tras una vacilación casi imperceptible, "mi hermana ha tenido un día agotador. Me pidió que le presentara sus excusas".

"¿A mí?"

"Por supuesto, Sir Nicholas. Ella no desearía que se ofendiera".

"Ninguna tomada. No se encuentra mal, espero".

"No. Creo que Jane está bastante bien."

"El hematoma de su cara parece grave. ¿Sabe si alguien se ha ocupado de ella?"

"Estoy segura de que Fey sí", dijo Clara amablemente.

Nicholas observó al párroco conversando cómodamente con Alexandra. "¿El reverendo Adams es amigo íntimo de su familia?"

"Así es, señor".

"¿Está casado? ¿Tiene familia propia?"

"No, no tiene". Con una sonrisa tensa, Clara se alejó un paso de Nicholas, deteniendo así cualquier otra pregunta que pudiera hacerle.

Nicholas estudió despreocupadamente a la joven. Con una bonita sonrisa pintada en un rostro agradable, permanecía en silencio, sin participar en ninguna discusión, pero desempeñando el papel de anfitriona adecuada. De repente, se sintió aburridísimo.

"Si me disculpa, señorita Clara, creo que yo también me retiraré", dijo.

Ella no hizo ninguna objeción ni expresó ninguna opinión. Nicholas se inclinó cortésmente ante ella y también presentó sus excusas al anfitrión y a la anfitriona.

El párroco, sin embargo, se apresuró a hacer un comentario. "Sir Nicholas, he lamentado el ataque que ha sufrido esta mañana. Espero, sin embargo, que no juzgue a Irlanda como una tierra de bárbaros. El problema que encontró fue, después de todo, un incidente aislado. Hay mucho bueno que ofrecer aquí".

"Estoy bastante seguro de que es cierto, párroco, aunque no soy quién para juzgar. El pequeño incidente de esta mañana no fue diferente de cualquier otro que uno pueda encontrarse cuando viaja desde Londres a los alrededores. Además, fue algo insignificante para nosotros. Fue el obispo Russell quien se llevó el mayor susto".

"Dime, ¿cuánto hay de cierto en el rumor que he oído esta tarde en el pueblo de que desenmascaraste a uno de los líderes de esos rebeldes Whiteboys?"

"Ninguna verdad, en absoluto". Nicholas ofreció, mirando con impaciencia hacia la puerta. "Nos peleamos, eso es todo."

"Pero seguramente usted debe tener alguna idea del tamaño del hombre. Su constitución o su complexión. Algo que pueda ayudar al nuevo magistrado a arrestar al canalla".

"No puedo ofrecerle nada", repitió, ya sin tratar de mantener la impaciencia fuera de su voz. "El 'canalla', como usted le llama, podría haber sido cualquiera. Dudo mucho que le reconociera si le volviera a ver".

"Pero tú lo descabalgaste..."

"El hombre que desencabalgué podría haber sido *cualquiera*, por lo que recuerdo. Podría haber sido *usted*, señor".

"No lo creo, Sir Nicholas", respondió su anfitrión con una risa áspera. "¿Qué haría un respetable eclesiástico episcopal luchando por un puñado de descontentos campesinos papistas?"

"Exactamente." Nicholas ofreció secamente. "No sé nada en absoluto del asunto. Ahora, si me disculpan..."

"De hecho, mis deberes están bastante ocupados en mi vida en la casa parroquial en un pequeño pueblo llamado Ballyclough, no una hora a caballo hacia el norte. De hecho, señor,

debería verlo. Es un país precioso". Henry Adams se volvió y dirigió sus siguientes palabras a Lady Spencer. "Me encantaría que vinieran a visitarnos pronto. Quizás incluso mañana".

"Me temo que tendré que declinar, párroco, después de un día tan largo de viaje". Lady Spencer sacudió la cabeza y miró significativamente a su hija. "Gracias, pero no. Frances y yo nunca nos permitiríamos imponernos. Nos encontraría una compañía aburrida, de hecho, después de nuestro viaje. Pero Nicholas, por otro lado, estará generalmente preparado para cualquier desafío que se le ofrezca".

"Sí, una buena idea", dijo Lady Purefoy alegremente. "Clara, querida, ¿por qué no cabalgas con Sir Nicholas por la mañana... si él desea ir? Hay muchas cosas que puedes enseñarle. Haré que el cocinero le prepare una cesta. Pueden tomarse su tiempo y parar en algún lugar para un picnic si el tiempo lo permite".

Henry Adams se volvió hacia Nicholas. "Sería un gran placer para mí tener la oportunidad de visitar más con usted, señor. Le prometo que el día no le parecerá un desperdicio total. Y quizás, Lady Purefoy, podría convencer a Jane para que les acompañe".

"Sí, en efecto, párroco", respondió Lady Purefoy, obviamente sorprendida por la sugerencia. "Preguntaré a Jane si quiere acompañarme".

"También me encantaría que la señorita Purefoy aceptara acompañarme". Dijo Nicholas, volviéndose para encontrarse con la aguda mirada del párroco. "Me decepcionó no tener la oportunidad de conocerla mejor esta noche".

Un profundo silencio inundó la sala. Pero a Nicholas no le importó lo más mínimo la idoneidad de su afirmación y siguió calibrando la reacción de Henry Adam. La expresión del hombre parecía imparcial.

"Entonces... insistiré... en que Jane vaya". El rostro sonrojado de Lady Purefoy reflejaba su confusión.

Satisfecho con los resultados, Nicholas se inclinó ante sus anfitriones y se detuvo junto al párroco Adams al salir. "Nos encontraremos de nuevo en Ballyclough mañana".

El hogar seguía vivo con las actividades de la noche cuando salió de la habitación. Pero su mente estaba totalmente preocupada por las decisiones que había que tomar.

Nicholas se negaba a ser un engañoso si podía evitarlo. A pesar de su salvaje reputación con respecto a las mujeres, le parecía totalmente impropio estar persiguiendo a estas dos hermanas al mismo tiempo. Pero, ¿era eso lo que estaba haciendo? ¿Su curiosidad por Jane se había convertido ya en una atracción lo bastante fuerte como para ignorar a la hermana menor?

Mientras subía las escaleras, intentó calmar sus sentimientos hacia Clara. Le había parecido tan encantadora en Londres. Había imaginado que sería una buena esposa, ahora que por fin había llegado el momento de establecerse y formar un hogar en el campo. Pero todo eso fue antes de verla aquí, entre su propia familia. Parecía demasiado joven, demasiado ingenua, demasiado indecisa. Le faltaba voluntad y espíritu.

Sin embargo, antes de llegar a la cima, Nicholas admitió la verdad. Fue el encuentro con Egan, o mejor dicho, con Jane, lo que le hizo ver tantos defectos en Clara.

Oyó que una puerta se abría y cerraba silenciosamente cuando se acercaba al final de la escalera. Al detenerse en las sombras del rellano, vio la oscura figura de una mujer que se alejaba de su puerta. Les había dicho a su ayuda de cámara y a su criado que ya no los necesitaba esta noche, así que su habitación estaba desocupada y sin vigilancia. Vio cómo Jane Purefoy desaparecía por la última puerta de la izquierda.

Despertada su curiosidad, Nicholas salió de las sombras y se dirigió a su habitación. Dentro, sus pertenencias estaban como recordaba que las había dejado su ayuda de cámara. Comprobó su

pistola y su espada. También estaban intactas. Su mirada se fijó en la mesilla de noche, donde había colocado la pistola y el sombrero que le había dejado el huidizo Egan.

Ambos, por supuesto, habían desaparecido.

Capítulo Seis

EN UNA EMPINADA colina orientada al sur, media docena de cabañas de piedra se acurrucaban para protegerse de la tormenta que se avecinaba. Pequeñas ventanas oscuras miraban como ojos vacíos hacia la noche. Más allá de la cima de la colina, en un pequeño desfiladero excavado en el escarpado terreno, la solitaria ruina de un granero que antaño había sido el centro de la vida agrícola se agazapaba en la sombra, con su gran tejado de paja parcialmente derrumbado y caído.

Una figura embozada, que salía rápidamente de un bosquecillo de pinos y abedules, levantó la vista cuando un relámpago lejano acompañó a las primeras gotas de lluvia. Fue casi un alivio sentir las, pues el aire de septiembre era mucho más cálido de lo que debería.

Del grupo más numeroso que se había reunido en el interior del destartado granero a primera hora de la tarde, sólo quedaban seis hombres y dos mujeres. Habían oído el relincho de un caballo y permanecieron sentados en silencio hasta que un silbido grave del vigilante les indicó que Egan se acercaba. Un momento después, todos miraron fijamente, mostrando sus ojos preocupación y alarma ante el rostro magullado de la mujer que salía a la luz.

Se detuvo justo delante de la puerta y se encontró con el círculo de miradas familiares.

"No hay nada que mirar". Dejó a un lado su capa y se acercó al pequeño fuego. El silencio y las miradas continuaron. "Siento llegar tarde. Estoy segura de que estabas diciendo algo, Liam".

Asintió hacia el líder y se agachó ante el fuego, donde Ronan le hizo sitio. Mantuvo el lado magullado de su rostro en las sombras y trató de ignorar el minucioso escrutinio del hombre sentado a su lado.

El líder se aclaró la garganta. "Todos han acordado, Egan, que parte de la moneda de la redada de hoy debe ser enviada a la viuda de Seamus y a los niños. Encontrar..."

Ronan se acercó y giró la cara de Egan para que todos pudieran ver los daños. Liam volvió a guardar silencio.

"Le cortaré el cuello por esto, Egan", amenazó Ronan amenazadoramente. "Juro por Dios que lo haré".

"Sé que podrías afeitarte a un ratón dormido, pero no seas tonto". espetó Egan. "Puedes ver que es sólo un moretón,"

La preocupación se reflejaba en los rostros de todos. Se quitó de encima la mano de Ronan e inclinó la cabeza hacia la mayor de las dos mujeres.

"Jenny ha cosido a menudo a muchos chicos tan maltratados que apenas podía juntar la carne. Mira a Patrick". Tocó en el brazo al hombre sentado a su izquierda. "En sus mejores días su cara parece menos magullada que la mía. Te digo que esto no es nada".

"Te ha abierto el labio", empezó de nuevo el joven de temperamento acalorado. "Tiene que..."

"¡Basta!" Egan se levantó bruscamente, agitando una mano impaciente en señal de disgusto. "Llevo luchando mis propias batallas desde que ni siquiera eras un pequeño destello en los ojos de tu padre, muchacho. No necesito que me cuide ningún *enano* como tú".

Una risita de Liam rompió el silencio. Un momento después, todos los demás se unieron.

Ronan, que medía más de un metro ochenta, con músculos endurecidos por el trabajo en la cantera de piedra caliza y un temperamento conocido desde Cork hasta Kerry, finalmente se unió también. Todos sabían que sólo Egan podía permitirse llamarle "enano". Cualquier otro habría necesitado dientes nuevos para comer su próxima comida.

"Hablabas de enviar unas monedas a la viuda de Seamus", ofreció Egan, sin atreverse a sentarse de nuevo. Apoyó la espalda en una viga oscura. "Puedo llevárselas yo mismo, ya que por la mañana iré con mi hermana y este inglés a Ballyclough. Mientras ellos visitan al párroco Adams, yo iré a caballo".

"Adviértele que no los divulgue demasiado pronto". Jenny advirtió. "Con tres pequeños en sus faldas y un marido muerto hace poco más de quince días, no tiene necesidad de levantar sospechas del magistrado o de sus hombres ahora".

"Hablaré con ella", les aseguró Egan.

La conversación giró en torno a los mercados de Cork, donde algunos de los agricultores locales tenían problemas para obtener un valor justo por sus cosechas. Mientras hablaban, Egan volvió a pensar en el gobierno inglés de Irlanda y en la miseria y la injusticia con que vivía esa gente a causa de ello. A lo largo de los años, había visto la sangre y el dolor que costaba la resistencia, pero no estaba dispuesta a renunciar por completo a las pequeñas luchas y victorias. Sabía que este grupo de luchadores, los Shanavest de Cork, tenía sus homólogos en todos los condados y ciudades de Irlanda. Pero en el fondo, Egan también sabía que sus intentos diarios no cambiarían nada en última instancia. No todos los días podían echar el guante a un obispo. Los grandes terratenientes eran ingleses, y los que tenían poder real eran intocables para los que luchaban a este nivel.

Por otra parte, aquí en Irlanda había demasiados muertos, como Seamus, y demasiadas viudas y niños que pasaban hambre.

Cuando se levanta la sesión, la tormenta azota el campo. Chubascos impulsados por vientos racheados se abatían sobre los campos empapados, mientras relámpagos intermitentes iluminaban la escena. Los pocos que vivían en las cabañas de la ladera salieron a duras penas, mientras otros esperaban a que amainara la lluvia. Ronan sacó el caballo de Egan de la arboleda y condujo al animal de vuelta al granero en ruinas. A pesar de la ferocidad de la tormenta, el corcel parecía imperturbable.

Jenny puso una mano en el brazo de Egan mientras se ponía la capa. "Todos estaban enfermos de preocupación al saber que este inglés había visto tu cara esta mañana".

Egan le dio unas palmaditas tranquilizadoras en la mano. "Algunas personas se preocupan por nada. El granuja me quitó el sombrero, pero no vio nada". Pensó en la pistola que se había llevado -ahora escondida de nuevo en su alcoba-, pero no dijo nada al respecto. "Me senté con él esta noche en la cena y no se dijo ni una palabra."

"Si sospecha, pero aún no ha dicho una palabra, podría significar que le están tendiendo una trampa". La voz grave de Liam sonó detrás de ellas. Ambas mujeres se giraron. "Puede que ya haya hablado con Musgrave. Podrían haberos seguido esta noche. Tal vez estén pensando en tender una red para todos nosotros".

"Di la palabra, y te digo que le cortaré la garganta."

El gruñido bajo de Ronan levantó la carne de gallina en la espalda de Egan. El pelo pelirrojo

del joven estaba empapado por la lluvia, y la furia del tiempo a sus espaldas era un reflejo perfecto de su estado de ánimo. Vio el intercambio de miradas entre los dos hombres y sintió que se le helaba la sangre.

"No", se obligó a decir.

Los ojos de Liam se entrecerraron.

"No", repitió, dando un paso hacia Ronan, aún sujetando la brida de su caballo. "No somos asesinos de inocentes".

"Es uno de ellos".

"Pero él no ha hecho nada malo". Se volvió bruscamente hacia Liam. "Los Shanavest creemos en el honor. Luchamos por la justicia".

"Y la justicia a veces exige venganza", replicó el anciano. "Si este inglés es una amenaza para nosotros, debemos hacer lo que sea necesario para protegernos y proteger a aquellos por los que luchamos".

"Pero él *no* es una amenaza", exclamó un poco demasiado apasionada y un poco demasiado deprisa. Los tres la miraron fijamente. "Ha venido a casarse con mi hermana. Sólo está interesado en su futura esposa y en algunos caballos... todo lo cual se llevará a Inglaterra cuando se marche. Por la forma en que habló esta noche, no le importa lo que pasa en este país".

"Vio tu cara".

"Yo digo que no lo hizo", le ladró a Ronan. "Me dio un puñetazo. Se le cayó el sombrero. Le apuñalé en el brazo y, antes de que pudiera levantar la vista, me había ido. Te digo que no hay forma de que hubiera hecho la conexión... o incluso de que supiera que Egan era una mujer".

"Tiene el sombrero..."

"Lo retiré", dijo en respuesta a la pregunta de Liam. "Fey está lavando la ropa de viaje del hombre. Pensará que se llevó el sombrero por error. Haré que pongan otro en su alcoba".

"Pero vio el moretón en tu cara esta noche. ¿Cómo...?"

Jenny levantó una mano y silenció la siguiente pregunta de Liam. "Confiaremos el uno en el otro". La mujer miró largamente a los rostros de los otros dos. Su avanzada edad, los años que había dedicado a esta causa y los parientes que había perdido por ella, le daban una voz de autoridad que ninguno de los dos hombres se atrevía a desafiar. "Egan lleva luchando por nosotros más tiempo que tú, Ronan, y casi tanto como tú, Liam. Si ella cree que es seguro dejar en paz a este inglés, entonces yo digo que aceptemos su palabra".

La incómoda pausa que siguió fue una prueba de fortaleza para la propia Egan. Había participado en las actividades de este grupo durante la mayor parte de su vida adulta. Sin embargo, con el paso de los años, y a medida que rebeldes más jóvenes y de sangre más caliente como Ronan se unían a la lucha, no había día en que Egan no sintiera que se cuestionaba su lugar, por no hablar de su autoridad. Era una protestante nacida en Inglaterra y criada en casa de su padre, un hombre que hasta hacía poco ejercía como magistrado del rey. Para quienes no conocían su historia, naturalmente llevaba tiempo aprender a confiar en ella.

Y ahora esa confianza se ponía a prueba una vez más. Y con razón.

Liam habló finalmente. "Si matamos a uno de ellos a sangre fría, Musgrave utilizará la excusa para masacrar a más gente de Cork, jóvenes y viejos, y lo llamará la justicia del rey". Se volvió hacia Egan mientras subía a su caballo. "Pero no lo pierdas de vista. Haremos lo que haya que hacer si sentís que vuestro inglés está a punto de agitar la olla".

Ella asintió y, mientras los dos hombres se adentraban en la oscuridad del granero, los finos dedos de Jenny se alzaron y estrecharon los suyos por un instante. Los ojos verdes de la mujer eran dulces cuando se encontraron con los suyos.

"Siempre habéis sido como una hija para mí, mi alegría, y sé en mi corazón que siempre lo seréis. Esperemos que tu hermana te agradezca las oportunidades que tomas ahora en su nombre".

Egan apretó la mano de la mujer pero no dijo nada. No deseaba oír más explicaciones de Jenny. Algunas palabras era mejor no decirlas abiertamente. Salió sola del granero.

La lluvia caía a cántaros sobre el caballo y la amazona mientras ella descendía la resbaladiza colina y galopaba a lo largo de los setos. En el llano, se inclinó hacia delante, dándole la cabeza a la yegua mientras se dirigían a casa.

Aunque las preocupaciones de la anciana eran muy reales, por primera vez en su vida Jane estuvo de acuerdo con algo que su padre intentaba hacer. Clara necesitaba un marido. Necesitaba un hogar respetable y un futuro lejos de la confusión que seguía desgarrando las entrañas de este país. Durante demasiado tiempo, la sangre, el dolor y la angustia que habían provocado tal abismo en Irlanda habían afectado también a su familia, enconándose y contaminándolo todo.

Clara, sin embargo, era joven, hermosa y lo bastante flexible como para olvidarlo todo aquí. Aún estaba a tiempo de empezar una nueva vida en Inglaterra.

La hermana menor había acudido a la habitación de Jane esta noche, después de que todos se hubieran retirado, pero no para interrogarla sobre el incidente ocurrido por la tarde. Había venido a informarla de los planes para visitar Ballyclough mañana. Le había pedido que la acompañara y Jane había aceptado a regañadientes.

Y mientras Jane se protegía la cara de la lluvia punzante, sólo esperaba que su familia concluyera pronto la negociación matrimonial. No le importaba mirar la cara de Spencer ni un momento más de lo necesario. Su primer encuentro con él era un recuerdo que deseaba enterrar para siempre.

El arco de piedra sobre la puerta empotrada que daba a los jardines ofrecía a Nicholas un lugar seco para fumar su puro. La lluvia corría a torrentes por los senderos empedrados del jardín. Uno de los perros que vagaban por la finca yacía enroscado cerca de sus pies. Más allá de los jardines, podía ver la oscura mole del antiguo establo con sus dos largos brazos de cuadras que se extendían hasta el muro de piedra que completaba el recinto del prado. Más allá se alzaba un establo más moderno. Cuando relampagueaba, la pizarra del tejado parecía plateada bajo la lluvia.

A pesar de las excusas que había utilizado antes para escapar, el sueño seguía eludiendo a Nicholas mucho después de que los habitantes de la Casa Woodfield se hubieran instalado para pasar la noche. El ruido de la tormenta y el azote de la lluvia contra las ventanas habían acabado por sacarle de la cama. Inquieto e insatisfecho con el mundo, Nicholas se quedó en la oscuridad fumando y observando la lluvia que caía.

Una brillante serie de relámpagos en la distancia atrajo su atención, y en silencio contó el retraso como siempre había hecho desde la infancia. Apoyado en la piedra y la argamasa de la entrada arqueada, esperó a que el trueno llegara hasta él, un trueno sobre otro, impresionante por su indomable potencia. Entonces, sin que se lo propusieran -incluso mientras el aire reverberaba por el trueno-, desde algún lugar en el fondo de su mente, se formó la imagen del rostro de Jane Purefoy. Mechones de pelo negro bailando al viento. Ojos negros, oscuros como la noche, que lo desafiaban a seguirla hacia la tormenta.

Nicholas tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con la bota, enfadado por dejarse embrujar tan

fácilmente. Nunca antes se había dejado consumir por ninguna mujer, y no iba a empezar a hacerlo ahora.

Cuando se dio la vuelta para volver a la casa, otro rayo iluminó los campos más allá de los establos, y se detuvo, bastante seguro de haber visto a un jinete solitario cabalgando por el fondo del valle.

Hechizado" era la palabra adecuada. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que Irlanda era tierra de fantasmas y hadas. De sacerdotes paganos, colinas encantadas y banshees que montaban tormentas y prometían una muerte repentina.

Se quedó mirando en la oscuridad hasta que otro destello iluminó la escena. Allí estaba de nuevo, un fantasma encapuchado y con la cabeza oscura, cubriendo terreno. Los costados mojados por la lluvia del caballo negro brillaban mientras atravesaba el valle. Cuando la neblina volvió a envolver el campo, Nicholas pudo ver en su mente la capa barrida por el viento que volaba hacia atrás mientras aquel jinete fantasmal cabalgaba con fuerza desde el corazón de la tormenta.

Esperó a que se acercara el caballo, pero los truenos que retumbaban en los campos y la lluvia torrencial anularon cualquier señal. Cuando otro rayo iluminó por fin el cielo, los campos verde oscuro estaban vacíos.

Permaneció inmóvil durante un largo momento, esperando cualquier señal reveladora de lo que realmente podía haber visto. No había nada en el prado bajo los jardines y los establos, pero en unos instantes, el sonido de un caballo atrajo su atención brevemente hacia una de las alas del establo. Al mirar a través de la oscuridad, le pareció ver que llevaban a un caballo al prado. Como si le hubieran incitado a actuar, el peludo perro gris se levantó, olfateó el aire un momento y se alejó trotando despreocupadamente en dirección a los establos.

Nicholas se quedó parado un momento más. El perro no emitía ningún sonido. Por fin le picó la curiosidad y salió a la lluvia. Cuando pasó junto a los jardines amurallados que separaban la casa de los establos, su camisa estaba empapada y la lluvia le goteaba por la barbilla. Se acercó al establo con cautela, manteniéndose en la sombra.

Mirando por encima del muro de piedra hacia la hilera de establos que daban al prado, escuchó cualquier señal del jinete de medianoche.

La lluvia caía del tejado formando charcos, pero a través de ella le pareció distinguir el sonido de los cascos de un caballo arrastrando los pies. El suave murmullo de la voz de una mujer. Se esforzó por oír. Las palabras parecían las de alguien que habla a un animal. Nicholas se elevó por encima de la pared y se acercó a las puertas de los establos. La mitad superior de una de ellas estaba parcialmente abierta.

"Oidhe maithe agut, mo bourine."

Jane. Dijera lo que dijera, las palabras habían sido susurradas en gaélico, y Nicholas habría apostado a que tenían un significado mucho más suave que las maldiciones que le había lanzado esta mañana. Sonrió en la oscuridad y esperó, sin querer sorprenderla en el puesto. Era rápida con el cuchillo, y Nicholas no confiaba en sus propias acciones si volvía a acorralarla. Esperó un momento más, esperando que ella saliera por la puerta del establo hacia el prado, pero no hubo ningún otro sonido.

Finalmente, abrió la mitad superior de la puerta y carraspeó.

El olor a caballo y a cuero mojado le recibió, y pudo oír cómo la yegua se movía en la oscuridad del interior, pero no había ningún otro sonido. Una manta cubría el lomo del corcel.

Hablando en voz baja al animal, entró. Acarició la crin húmeda de la bestia y miró por encima del alto lomo hacia otra puerta que daba a los establos. Pasó de largo y se abrió paso a

través del establo hasta un callejón iluminado sólo por pequeñas ventanas. Frunció el ceño, se volvió y acarició la crin del caballo.

Incluso en la oscuridad del estrecho espacio, pudo ver que todo estaba en orden; todo estaba donde debía estar. Excepto por la cara mojada del caballo y la silla goteando en la puerta que conducía a los establos, era como si Jane Purefoy no hubiera llegado cabalgando tras una violenta tormenta momentos antes. La rutina estaba practicada y era perfecta.

"Tan rápido y tan listo", le susurró a la yegua antes de salir del establo por donde había entrado.

Volviendo sobre sus pasos hacia la casa, se movió a través de la lluvia con más velocidad de la que había empleado al bajar. Quería un momento con ella. A solas. Mientras subía rápidamente la colina, se dio cuenta de que estaba buscando una razón para ponerse de nuevo en su camino.

La puerta donde había estado antes estaba parcialmente abierta, como la había dejado. Subió las escaleras de tres en tres y se apresuró a atravesar la casa. Fuera cual fuese el pasadizo secreto o las escaleras ocultas que había tomado para llegar a este piso y a su alcoba, Nicholas estaba decidido a adelantarse a ella.

Llegó a la habitación de Jane demasiado tarde. Una línea de luz de velas asomaba bajo la puerta. Impulsivamente, levantó una mano para llamar, pero al hacerlo, la luz se apagó.

Nicholas bajó la mano. Su puño se relajó. Una sonrisa se dibujó en su rostro y sacudió la cabeza mientras avanzaba por el pasillo hacia su habitación.

Podía esperar. Y mañana seguramente sería un día interesante.

La cama permanecía intacta, aunque hacía horas que habían apagado las velas. Un hombre de mediana edad, que parecía mucho mayor que sus años, estaba sentado en una silla tapizada y desgastada junto a la ventana, manteniendo su solitaria vigilia. Había sido una noche larga. Mucho más larga de lo habitual.

La tormenta estaba amainando un poco cuando oyó crujir una antigua bisagra al fondo del pasadizo secreto. Como hacía tan a menudo, estaba utilizando el pasadizo que conducía desde el muro situado entre su alcoba y la contigua hasta los sótanos del castillo original y los antiguos establos.

Inmediatamente alerta, esperó a oír los únicos sonidos que le reconfortaban estos días. Escuchó atentamente cómo Jane subía por las escaleras estrechas y polvorientas, cómo se abría y cerraba el panel de su habitación, cómo hacía clic el pestillo tras ella.

Aliviado, Sir Thomas Purefoy flexionó sus doloridas articulaciones, empujó su cansado cuerpo fuera de la silla y caminó silenciosamente por el suelo hasta su cama.

Habían pasado nueve años, pero él sabía que podrían pasar otros novecientos antes de que ella le perdonara.

Jane era muy parecida a él. Nunca olvidó y nunca perdonó. Pero seguía siendo su padre. Ella nunca sabría lo mucho que él ya había sufrido por su rechazo hacia él.

Tumbado en vela, como tantas interminables noches antes, Thomas Purefoy contempló la negrura del dosel de la cama sobre él e intentó recordar los días en que una niña de pelo negro había corrido alegremente por los verdes prados que rodeaban Woodfield House.

Capítulo Siete

LE DOLÍA EL CUERPO. Le crujían los huesos por el impacto del duro cuerpo de Spencer sobre el suyo. Pero eso no era lo peor. Era por la mañana.

Las mañanas no eran una de las partes favoritas del día de Jane, especialmente las mañanas *tempranas*. Sin embargo, Fey, el ama de llaves, estaba acostumbrada a sus fallos y, a pesar de todas las quejas de Jane, la vieja sirvienta se limitó a quedarse, empujando suavemente a la joven hasta que estuvo levantada y lavada. Supervisando con aire de déspota benigna, Fey observó con satisfacción cómo una criada ayudaba a su ama a ponerse un vestido negro de montar y unas botas negras.

Mirando somnolienta por el espejo, Jane se estremeció al ver el color del moratón que tenía en la cara. Aunque la hinchazón del labio y del lateral de la boca había disminuido considerablemente durante la noche, los dieciséis tonos de verde y amarillo parecían estar superando a los morados y rosas en la carrera por dominar. Se tocó el sensible hematoma y maldijo por enésima vez su negligencia por permitir que el inglés la superara de la forma en que lo había hecho.

Sólo podía esperar que el corte del brazo le doliera como un demonio.

Otra mirada a su reflejo y supo que no podía salir a la luz del día con el aspecto de un cadáver de una semana. A pesar de su habitual despreocupación por su aspecto y su forma de vestir, Jane no podía imaginarse exhibiendo en público un rostro tan horriblemente descolorido. Una cosa era escandalizar a su padre cuando le había exigido que se reuniera con sus invitados en el salón, pero lo de hoy era algo totalmente distinto. Y llamar la atención sobre sí misma era algo que Jane Purefoy evitaba habitualmente como la peste.

Con una débil sonrisa a Fey, salió cojeando al pasillo y se coló en la alcoba de Clara sin llamar. Tal vez su hermana tuviera una solución a su problema. Clara ya estaba levantada y vestida, y la recibió con la habitual alegría matutina que tanto caracterizaba a la joven.

Jane pensó que sería el momento perfecto para matar al pequeño querubín, si tuviera la energía necesaria.

"Puedo ponerte un poco de talco en la cara", sugirió Clara, "y atenuar los tonos más salvajes de los moratones". Siguió a Jane al lado de la cama. "Pero aún así se notará. Y la gente hará preguntas. Y por favor Jane, por el amor de Dios, no uses la misma excusa que usaste anoche".

"Me pareció bastante inteligente".

"Venga ya. Golpearse la cara con el borde del tocador es una excusa demasiado floja para intentar recorrer cualquier distancia".

"Empiezas a hablar como papá". Jane miró las suaves sábanas de la cama pulcramente hecha. "Creo que es una historia muy buena. Un accidente así podría ocurrirle a cualquiera".

"En efecto, a cualquiera que intente mentir. No creo que alguien pueda salir rodando de la cama, presumiblemente medio dormido, y hacerse esta cantidad de daño sólo en la boca y no en el resto de la cara... o en la frente... o..."

"No puedo comprender un razonamiento tan analítico a una hora tan temprana". Jane apartó las sábanas y se metió en la cama con las botas y el vestido puestos, tirando de la colcha hasta la barbilla. "Vete sin mí, arpía, y déjame dormir".

"No. No podemos ir sin ti", protestó Clara, intentando quitarle las mantas a su hermana mayor. "No puedo quedarme sola con él en un viaje tan largo. Incluso con un novio que nos atienda, no sería..."

"Por supuesto que puedes ir. Todo el mundo sabe que nuestra querida madre ya se ha encargado de dar los últimos retoques a tu vestido de novia. No me sorprendería que los avisos de boda no salieran anoche".

"No seas horrible. *Tienes que venir*". Clara siguió tirando de la manta que la hermana mayor sujetaba con fuerza contra su pecho. "Por favor, Jane. Hazlo por mí. No es apropiado que esté a solas con Sir Nicholas, y lo sabes".

"Es apropiado estar frustrado. Él está aquí para casarse con usted, y eso es todo lo que hay que hacer. "

"Jane", gimoteó.

La hermana mayor sacudió la cabeza y se aferró con fuerza. "No hay nada que podáis hacer ahora que no vayáis a hacer dentro de muy poco... después de casaros. ¿Qué más da quince días?"

Siguió tirando. "Por favor, ven con nosotros."

"Necesito dormir". Jane se dio la vuelta y apoyó la cabeza en las almohadas, arropándose con la manta. "Necesito descanso, paz y tranquilidad. Déjame en paz".

"Pero te necesito. No *quiero quedarme* sola con él".

Jane soltó la manta y Clara cayó de espaldas sobre sus nalgas en el suelo.

"¿Por qué no?" Medio incorporándose en la cama, Jane miró a su hermana por encima del borde.

"Eso dolió. Me hiciste caer intencionadamente".

"¿Por qué no quieres quedarte a solas con él?"

"Ayúdame a levantarme". Clara extendió las manos hacia su hermana.

Jane se levantó de la cama, pero en lugar de ayudar a la joven, se cruzó de brazos y se alzó sobre ella. "¿Padre te obliga a casarte con este hombre contra tu voluntad?"

"No seas tonta. No me obliga a nada".

"Pero *estás* intentando, una vez más, ser la hija perfecta, ¿no es así? Estás de acuerdo con todo esto, no por tus propios sentimientos hacia el inglés -como me hiciste creer después de tu regreso de Londres- sino porque piensas que esto sería lo mejor para la familia. Sacrificándote por el..."

"No voy a hacer tal cosa". Clara se levantó y se enfrentó a su hermana. "Estás poniendo palabras en mi boca".

Jane estudió a la joven. "¿Entonces te gusta?"

"Por supuesto que sí. ¿Cómo no? Es un hombre apuesto, adinerado; es baronet y está bien relacionado con la sociedad londinense. Es el sueño de cualquier chica. Es el partido perfecto".

"Entonces, ¿lo *amas*?"

Las mejillas de Clara se sonrojaron de inmediato, se giró bruscamente y se dirigió hacia el espejo. Pasó un largo rato antes de que respondiera. "Si quieres que te diga que le quiero como tú

querías a Conor, la respuesta es no".

Jane frunció el ceño, sintiendo la vieja y familiar opresión en el pecho al encontrarse con la mirada de su hermana en el espejo.

"No conozco a ninguna mujer que pueda amar a un hombre como tú has amado a Conor. Probablemente nunca me acerque a lo que tú has tenido: tu alegría cuando él aún vivía o el sufrimiento que has padecido desde que lo mataron. Sinceramente, Jane, no conozco a nadie que sea tan capaz de amar a un hombre como tú".

Un doloroso nudo en la garganta impidió a Jane responder. Luchó contra las lágrimas que amenazaban con derramarse.

"Pero en mi caso, le estás dando mucha más importancia a las cosas de la que deberías". Clara se volvió y encaró a su hermana. "La razón por la que no quiero quedarme a solas con Sir Nicholas es que es mucho mayor, mucho más experimentado, y por eso, naturalmente, todavía me siento bastante tímida en su compañía. Creo que, con el tiempo, aprenderé a confiar en mí misma y a no sentirme tan intimidada por su buena apariencia o su encanto."

Jane estudió la sonrisa nerviosa de su hermana y trató de recordar si alguna vez se había sentido así. Pensó en todas las veces que se había escapado para encontrarse en secreto con Conor junto a las piedras erguidas del páramo cercano a Knocknakilla. Ese año, ella había cumplido quince años y Conor dieciséis, pero la timidez nunca había sido un problema para ninguno de los dos. Pero, ¿cómo iba a serlo? Los dos se conocían de toda la vida... ella, hija del magistrado; él, hijo de un pobre campesino. Justo cuando la mente de Jane empezaba a desviarse hacia aquellos recuerdos del pasado, la voz de Clara la devolvió al presente.

"Puedes usar el sombrero negro con el velo oscuro que mamá usó en el funeral de la madre del párroco Adam el invierno pasado. Eso debería cubrir el moratón y más". Clara cogió la mano de Jane y empezó a tirar de ella hacia la puerta. "Fey me dice que Sir Nicholas está listo desde hace tiempo. Deberíamos darnos prisa, supongo. No queremos que se forme una mala opinión de nosotros ahora, ¿verdad?"

"En absoluto." Jane murmuró en voz baja mientras era arrastrada fuera de la habitación. "Como su futura cuñada, estoy absolutamente desesperada de miedo de que se forme cualquier cosa menos la más alta opinión de mí."

Por enésima vez, al menos, Nicholas observó cómo Jane intentaba enderezarse el sombrero de aspecto ridículo que llevaba en la cabeza. La brisa otoñal seguía empujando el sombrero de un lado a otro, tirando de los mechones de pelo oscuro que Jane debía de haber recogido con tanto cuidado. Sin embargo, las largas horquillas se habían soltado y el cabello amenazaba con escaparse, y sólo el velo oscuro que le cubría el rostro mantenía anclada aquella tontería.

La hermana mayor no había aparecido en el desayuno con el resto de la familia. E incluso después, Nicholas no había visto ni rastro de ella hasta que él y Clara se dirigieron a los caballos que les esperaban en el prado. Allí les esperaba ella, entre bulliciosos mozos de cuadra y mozos de cuadra. Vestida de negro, estaba sentada a horcajadas sobre su yegua de ébano, un espectáculo para la vista. Nada de delicadezas a horcajadas. Jane Purefoy era una "goer" en todos los sentidos.

Excepto, por supuesto, por ese ridículo sombrero.

La brisa se endureció mientras cabalgaban hacia el norte a través de campos abiertos. Aunque el sol brillaba en lo alto, hacia el noroeste las nubes se extendían como un jirón sobre los picos

redondeados de las antiguas montañas grises. En su mente, podía ver claramente la visión de Jane la noche anterior, montada en el mismo animal, arrastrada por el viento y la tormenta. Había deseado fervientemente alcanzarla antes de que regresara a su habitación. Sólo podía adivinar por qué ella no quería hablarle también, aunque sólo fuera para satisfacer su curiosidad por él. Nicholas había descubierto su secreto, pero cuanto iba a revelarle -y a quien- debía ser una pregunta inquietante. Y Jane Purefoy no le parecía una persona muy paciente.

El viento seguía azotándoles. Desde su posición, a media docena de metros por detrás de Jane, Nicholas pudo ver que ella se había subido por fin la red oscura que cubría el estrecho ala del sombrero.

Por impulso, Nicholas espoleó a su corcel hacia delante, deseoso de pronto de verle la cara. Sin embargo, al oírle acercarse, Jane dio un codazo a su yegua, manteniendo la distancia de seguridad que había mantenido entre ellos desde que salieron de Woodfield House. Por un momento de locura consideró la posibilidad de colocar su fusta sobre los flancos de su montura y retarla a correr con él. Pero la idea de Clara rezagada detrás le frenó a tiempo.

Reprimió el ceño mientras esperaba a que la hermana menor llegara hasta él. A diferencia de Jane, iba sentada a la moda y parecía un poco nerviosa. Se acercó a él y se estiró para ajustarse el delicado sombrero de plumas que llevaba.

"Lo siento mucho. Veo que debería haber elegido un caballo más animado esta mañana". Se dio unas palmaditas en la frente con el dorso de la mano enguantada y se metió algunos de los rizos dorados bajo el sombrero. "No soy tan mala amazona como crees. Es sólo mi elección de..."

"En absoluto. Cabalgas bien", le felicitó, tirando de las riendas de su corcel para que siguiera el paso del suyo. Pudo ver que Jane había aminorado la marcha y se estaba cubriendo la cara con el velo. "Debo disculparme por no seguir tu ritmo".

"No, señor", dijo en voz baja. "No se justifica ninguna disculpa, se lo aseguro".

La atención de Nicholas volvió a centrarse en la tentadora imagen de la experta amazona que iba delante y en el cruel juego que estaba jugando. Una vez más se mantenía justo delante de ellos. Lo bastante cerca como para atormentarlos, pero no lo bastante como para tocarlos.

"Me he estado preguntando, señorita Clara", dijo, asintiendo con la cabeza en dirección a Jane, "por qué es que su hermana se niega a cabalgar con nosotros".

"Ella... supongo... debería pensar que no quiere molestar".

"¿Entrometerse en qué?" Sus palabras estaban teñidas de burla, y carraspeó para corregir su tono. "Lo que pretendía decir es que no podía haber intromisión, y que éste sería un viaje mucho más cómodo si pudiéramos viajar juntos. Tuve muy poco tiempo para conversar con tu hermana anoche, y francamente no veo por qué los tres no deberíamos pasar una hora disfrutando de nuestra mutua compañía."

"Me gustaría mucho que conocieras mejor a mi hermana", respondió Clara, y Nicholas observó cómo Jane volvía a levantar la mano y se ajustaba el abominable sombrero.

"¿Ayudaría si ambos nos acercáramos y le dijéramos que no se *entrometería* en nuestra conversación?"

"Me temo que mi hermana tiene mente propia". Los ojos azules se volvieron hacia él. "Espero que me creas cuando digo que no fue idea mía que Jane cabalgara tan adelante".

"Te creo. Pero si me permites curiosear un poco en los asuntos de tu familia, tengo una pregunta que me gustaría hacerte". Nicholas continuó después de recibir un cauteloso asentimiento de Clara. "Estoy bastante perplejo desde que conocí ayer a la señorita Jane. ¿Podría decirme por qué su hermana no acompañó a su familia a Londres la pasada primavera?"

"Ciertamente. Esa fue la elección de Jane. Ella ha hecho un hábito de nunca viajar con el

resto de nosotros ".

"¿Por qué, entonces, tu familia nunca mencionó que había una hija mayor?". Nicholas le dirigió una mirada penetrante. "¿Fue también decisión de Jane no ser reconocida ni por sus padres ni por su hermana? Dime, Clara, ¿fue tu hermana abandonada por gitanos en su infancia a la puerta de tus padres?".

"¡De ninguna manera, señor!" La mirada de Clara se posó en las riendas enroscadas con fuerza en sus manos enguantadas. "Jane es mi única hermana, y muy querida por mí... por todos nosotros".

"¿Y aún así no tiene respuesta para el secreto que rodea su existencia? Aunque no me opongo particularmente a un poco de misterio... o escándalo, tampoco... debo decir que hay una pizca de ambos en el aire de Woodfield House. Pero tal vez debería hablar de esto con Sir Thomas".

"Yo... bueno, como usted crea conveniente, señor. Pero puedo decirle honestamente que mi hermana nunca tuvo ningún deseo de ser presentada en sociedad, como yo he sido presentada. No hubo bailes en su honor. No hubo personas que la cortejaran. Jane nunca tuvo la intención de elegir un marido entre la *alta sociedad* londinense". Vaciló. "Mis padres, sin embargo, tenían planes diferentes para mí. No es ningún secreto, y no me avergüenza admitirlo ante usted, que mis padres me llevaron a Londres con el propósito de concertar un matrimonio apropiado."

Y con el título, las cualificaciones y la riqueza adecuados, pensó Nicholas, habría bastado cualquiera que llevara calzones. Una vez más, el asunto del matrimonio asomaba su cabeza mercenaria, y a Nicholas le repugnaba la idea. Para él, todo el proceso no era muy diferente de lo que sería para el dueño de una yegua ir a una feria rural y elegir un semental. Sólo quedaba regatear el precio... y Sir Thomas estaba, sin duda, bien preparado para ello.

Mientras cabalgaban en silencio, le vinieron a la mente pensamientos sobre la boda de su amigo Stanmore con Rebecca Neville el año pasado. Antes de partir para Irlanda, había hecho un corto viaje a Solgrave para conocer al nuevo miembro de su familia. Samuel Frederick Wakefield nació a finales de julio. Con el hijo mayor, James, en casa durante el verano y mimando al nuevo bebé, Nicholas no recordaba haber conocido nunca una familia tan contenta y feliz como los Stanmore.

Nicholas no pudo evitar preguntarse si Rebecca y Stanmore sabían lo afortunados que eran por haber evitado por completo la terrible experiencia de tener que hacer trueques por un cónyuge. Sí, estaba seguro de que lo sabían.

Pero, pensó con una punzada de culpabilidad, al fin y al cabo, ¿en qué se diferenciaba su propio enfoque para encontrar esposa del enfoque utilizado por los Purefoys? No mucho, a fin de cuentas.

Más adelante, en lo alto de la colina, Jane estaba sacando un alfiler para ajustarse el sombrero cuando, de repente, una fuerte ráfaga se lo arrancó de la cabeza y lo lanzó -con velo y todo- volando junto a ellos como un cuervo andrajoso y malévolo. En un instante, Nicholas hizo girar su caballo y, desenvainando la espada, se inclinó hacia ella y la inmovilizó contra el suelo. Levantó el sombrero como un trofeo en la punta de la espada y, volviéndose hacia las dos mujeres, hizo todo lo posible por parecer avergonzado. Con cautela, retiró el sombrero del arma y envainó la espada mientras cabalgaba hacia las hermanas, que lo miraban con los ojos muy abiertos.

La cara de Jane, sin embargo, era todo lo que Nicholas veía mientras se acercaba. Con el pelo suelto alrededor de los hombros y bailando al viento, sus ojos oscuros observaban todos sus movimientos mientras él se acercaba. Una vez más, vio a la mujer que había derribado el día anterior. A medida que se acercaba, su mirada se fijaba en toda ella, desde las puntas de sus

botas negras hasta la barbilla orgullosa y la boca amoratada. No pudo evitar mirar sus sensuales labios y preguntarse por su sabor.

"Bueno, señor..." Jane dijo cuando llegó a ellos. Parecía sonrojada y sin aliento, como si hubiera estado adivinando la dirección de sus pensamientos. "Parece que no sólo lo has llevado a tierra; le has dado un golpe mortal".

"Me temo que sí". Introdujo un dedo enguantado donde su espada había cortado la piel del castor. "E insisto en comprar un reemplazo a la primera oportunidad".

"No hace falta", respondió Jane. "Puedo llevarlo tal cual. Cuando volvamos a la Casa Woodfield, estoy segura de que Fey podrá remendarlo... bueno, de alguna manera".

Extendió la mano hacia el sombrero y Nicholas acercó su caballo. Pero justo cuando la mano de Jane estaba a punto de cerrar el ala, él la soltó. Como si hubiera salido disparado de su mano, el sombrero volvió a salir volando, arrastrado por otra ráfaga de viento.

Jane observó cómo el sombrero alzaba el vuelo. En lugar de ir tras él, Nicholas disfrutó del estudio de su bonita cara tan de cerca. "Veo que *tendrás* que permitirme encontrar un sustituto, ahora".

"En realidad era de nuestra madre", dijo Clara suavemente desde atrás antes de tirar de su caballo a la par. "Te aseguro que ella no lo echará de menos".

Jane observó por un momento el sombrero que caía por el páramo antes de volver a centrar su atención en su hermana. "Bueno, el destino ha querido que, después de todo, no pueda acompañarte a Ballyclough. Pero si pudieras presentar mis excusas al reverendo señor Adams y a la señora Br...".

"No, Jane. Prometiste venir".

"Sé que lo hice. Pero dadas las circunstancias de mi aparición..."

"El párroco ya vio el moretón en tu cara anoche".

"Pero la Sra. Brown no".

"No se ve tanto a la luz". Clara se inclinó y tocó el brazo de la otra mujer. "Te ves bien, Jane. Dígale, Sir Nicholas, que se ve bien".

"Yo diría que la Srta. Purefoy está mucho mejor que bien", dijo en voz baja mientras su mirada acariciaba su rostro. "Me decepcionaría mucho que nos robara su encantadora compañía en un día tan agradable".

Un suave rubor apareció en sus mejillas, y Nicholas se alegró de saber que no era totalmente inmune a sus palabras.

"Ven, Jane. ¿Por favor? El párroco Adams lleva tiempo detrás de ti para que vengas a Ballyclough, y ya casi hemos llegado".

Una expresión de frustración cruzó las bellas facciones de la hermana mayor y volvió a mirar en la dirección en la que había salido volando su sombrero. Aún se veía a lo lejos, el velo enganchado en una zarza y el sombrero colgando en el barro de lo que parecía ser una zanja llena de agua.

"¡Jane!" El tono insistente y suplicante de Clara dejaba claro que no quería quedarse a solas con él, y eso le venía perfecto a Nicholas.

"Te acompañaré hasta las afueras del pueblo, pero no más allá. Allí la dejaré y cabalgaré para visitar a un amigo cerca de Buttevant. Si insiste, sin embargo, regresaré a tiempo para tener una breve visita con el párroco Adams antes de volver a Woodfield House con usted".

Clara se sintió evidentemente aliviada, y los tres volvieron a dirigir sus caballos hacia el norte. Sin embargo, antes de que Jane pudiera adelantarse de nuevo, Nicholas dirigió inmediatamente la conversación hacia ella.

"Debo decir, Srta. Jane, que me sorprende que su familia apruebe que vaya sola a ese lugar de Buttevant, sin escolta. ¿No teme a los chicos blancos?"

"Ninguna, Sir Nicholas." Mantuvo la mirada al frente. "Nunca se ha sabido que permanezcan en la misma zona después de un incidente como el de ayer. ¿Está preocupado, señor?"

"En absoluto".

"¿Y cómo está tu brazo hoy?"

"Mucho mejor. ¿Y tu cara?"

"Estoy *muy* bien, gracias".

Nicholas reprimió una sonrisa y los tres cabalaron en silencio durante un momento.

"Fueron unas tormentas mayúsculas las de anoche. ¿Alguno de ustedes tuvo dificultades para dormir?"

"Dormir es lo único que Jane valora en la vida", dice Clara. "De hecho, parte del mal humor de mi hermana esta mañana tiene que ver con que la despertaron demasiado temprano".

"La comprendo perfectamente", respondió con indiferencia. "Como criatura nocturna que soy, anoche me costó conciliar el sueño. Así que acabé saliendo y observando la tormenta desde la seguridad del arco que da a los establos. Es increíble lo encantadora que puede ser la noche cuando uno pasa algún tiempo en ella".

Jane le lanzó una mirada interrogativa y Nicholas le sostuvo la mirada. Sus ojos se oscurecieron, brillando como zafiros, y él se deleitó al saber que había vuelto a captar su atención.

La voz de Clara irrumpió. "Ahí está el pueblo. Pequeño pero encantador, ¿no cree, Sir Nicholas?"

Delante de ellos, enclavado en un valle y rodeado de un mosaico de campos marrones cosechados y verdes pastos salpicados de algunas vacas y más ovejas, se extendía el grupo de casas de campo. En un extremo del pueblo, frente a un antiguo castillo, se divisaba la torre gris y achaparrada de una capilla.

"El castillo fue construido por los Desmond hace siglos", dijo Clara, siguiendo la dirección de la mirada de Nicolás. "Ahora viven allí los Purden, pero no nos relacionamos con ellos. Y también hay una cantera de piedra caliza en ese extremo..."

"Me pondré en camino, entonces". Jane dio la vuelta a su caballo y lo condujo hacia el este. "Te veré de nuevo en algún momento de esta tarde".

Nicholas trató de pensar en alguna objeción, alguna excusa que la mantuviera con ellos. "Es una lástima que no podamos acompañarle en su visita a Buttevant. Me gustaría mucho ver más de este campo".

La mirada de Jane le dijo que no había ninguna posibilidad de que le llevara con ella.

"Es una buena idea, Sir Nicholas. ¿Por qué no vas con Jane a Buttevant?" El comentario de Clara atrajo la atención de los demás. "Es una buena tierra para los caballos. Los valles a lo largo del río Awbeg son famosos en toda Irlanda. Incluso los irlandeses de aquí son jinetes desde la infancia. Mi padre a menudo alaba los magníficos animales que ha visto y comprado a la gente que los cría a lo largo del río".

"Pero no voy a visitar a ningún comerciante de caballos, Clara". Jane hablaba con los dientes apretados. Sus ojos oscuros brillaban.

"Lo sé, pero sería mucho más seguro", le aseguró Clara agradablemente. "Y mientras visita a su amigo, estoy segura de que a Sir Nicholas no le importaría esperar en el pueblo y disfrutar del hermoso paisaje. Incluso hay allí una abadía en ruinas, que se rumorea que es tan antigua como cualquier iglesia de Dublín. Es realmente encantador".

"No me digas", respondió Nicolás con interés.

"Discúlpanos un momento, ¿quieres?" Jane empujó su caballo hacia su hermana. Sus susurros iban dirigidos sólo a Clara, pero Nicholas no pudo evitar oírlos.

"¿*Por qué* haces esto?"

"Ya sabes por qué".

"Te doy mi palabra de que volveré. Iré solo".

Clara negó con la cabeza, y Nicholas pudo ver cómo subía el color al rostro de la hermana mayor.

"Creo que Sir Nicholas tiene razón en cuanto a la posibilidad de que los Shanavest aún permanezcan en la zona", dijo Clara en voz alta, volviéndose hacia él. "¿Le haría el honor a mi hermana de acompañarla a casa de su amiga y luego de vuelta aquí, señor?"

Miró de la cara feliz de una hermana a la tensa de la otra. "¿Estás segura de que Parson Adams estará de acuerdo con este cambio de planes?"

"Absolutamente."

"¿Pero qué hay de ti? No me gustaría verte menospreciada".

"En absoluto, señor". Clara le dedicó su sonrisa más brillante. "Yo lo sugerí, ¿no? En realidad, estoy deseando pasar algún tiempo en compañía del párroco. Y con usted manteniendo a Jane a salvo de los bandidos errantes, señor, tendré la tranquilidad de que ambos regresarán pronto. Me encargaré de que la Sra. Brown tenga té esperándole".

"Si ese es tu deseo".

"Entonces está decidido". Clara sonrió y tocó con su fusta el flanco de su yegua. "Nos veremos pronto".

"¿Y *yo qué*?" protestó Jane, observando cómo su hermana descendía por la colina. Un pequeño rebaño de ovejas se separó cuando la mujer más joven se acercó a ellas. "¿Nadie me ha preguntado si estoy dispuesta a *llevármelo*?"

Nicholas empujó su caballo entre Jane y su hermana que se marchaba. "Lo siento mucho, señorita Jane, pero parece que se queda conmigo el resto de la mañana. Ahora, ¿intentarás recordar algo de tu encanto y hospitalidad inglesa y al menos fingir que me toleras?"

"Creo que no, señor". Ella miró significativamente su brazo. "Ayer no pudiste conmigo en tu mejor momento. Pero si no tienes cuidado, hoy puede ser infinitamente peor para ti".

Capítulo Ocho

"SRTA. CLARA, QUÉ ENCANTADOR TENERLA AQUÍ". Mrs. Brown recibió a la invitada en la puerta de la casa parroquial. "El párroco esperaba que no le importara esperar en el salón y entretenerse con su compañía hasta que él regrese. Le han llamado de improviso y temía retrasarse un poco. Pero espere, señorita, ¿dónde *está* su compañía?"

El ama de llaves se asomó al solitario caballo de Clara, atado junto a la verja frente a la casa parroquial.

La luz del sol brillaba en los charcos que aún quedaban en el camino lleno de baches que atravesaba la aldea. Aunque el tenue humo de una docena de fogones coloreaba la brisa sobre los tejados de paja, la aldea estaba casi desierta. Sólo unas cuantas gallinas antiguas, una cabra en un cercado de piedra al otro lado del camino y un obrero cargado de palos a la espalda en el extremo más alejado de la aldea dejaban entrever la presencia de otros habitantes.

"Mi hermana necesitaba visitar a un amigo en Buttevant, así que envié a nuestro invitado, Sir Nicholas, con ella. Quería estar seguro de que Jane volvería a tiempo para visitarla".

"Bien por ti", dijo Mrs. Brown animándola. Cerró la puerta y la condujo por un estrecho pasillo hacia el salón. "No vemos lo suficiente la cara brillante de la señorita Jane en estos días. No pasa un día sin que alguien en el pueblo pregunte por su salud o cuándo será su próxima visita. Se la echa mucho de menos aquí, se lo aseguro, y sé con certeza que el párroco ha estado preocupado por su ausencia de Ballyclough."

"¿Lo ha hecho?" Clara se sorprendió por la agudeza de su propio tono.

"En efecto. Lo pienso a diario, diría yo". El ama de llaves asintió con énfasis y abrió la puerta del salón.

Las cortinas ya estaban abiertas y las contraventanas bajadas. La luz del sol se colaba por las ventanas abiertas, iluminando el mobiliario sobrio pero confortable de la habitación. En el aire flotaba un aroma hogareño y acogedor a turba y tabaco de pipa. Al respirar los olores, una sensación de bienestar se extendió por ella, calentándola, haciéndole olvidar la inquietud que le habían causado las palabras del ama de llaves. Le encantaba esta casa.

La señora Brown se acomodó en su silla junto al pequeño fuego de turba y tocó una campanilla de plata que sacó del bolsillo de su delantal. Clara se sentó frente a ella.

"Espero que no le importe que se lo diga, Srta. Clara, pero a su hermana le habría venido muy bien haberse ido a Inglaterra con el resto de ustedes la pasada primavera".

Una joven sirvienta asomó la cabeza en la habitación y la señora Brown ordenó que trajeran una tetera con té recién hecho.

"Sí. Como le decía al párroco Adams esta misma mañana, si la señorita Jane encontrara un marido inglés, uno bueno como el que usted ha encontrado, la niña podría sacudirse la tristeza

que ha llevado todos estos años. Sí, lo que ella necesita es uno bueno como el suyo".

"Realmente, Sra. Brown, no me he buscado un marido, inglés o no. Sir Nicholas es el invitado de mi padre, y aún no ha pedido mi mano en matrimonio. Para ser sincera, no me gusta que la gente vaya por ahí presumiendo cosas que pueden no llegar a suceder."

"Tienes toda la razón, querida", dijo ella, recogiendo sus labores de aguja de una cesta junto a la silla. "No deberíamos estar contando nuestros huevos... y todo eso. Pero no debería preocuparme. Eres tan encantadora".

"Esta es la primera visita del baronet a Irlanda. Puede que no le importe lo que vea". Tratando de ocultar su impaciencia, Clara se levantó y se acercó a la ventana. En el bonito jardín que había junto a la casa, uno de los últimos capullos de rosa del año mecía la cabeza con la brisa. "Si me permite la pregunta, señora Brown, ¿ha expresado el párroco Adams alguna postura con respecto a mi hermana?"

"En efecto. El párroco me dijo, en términos inequívocos, que no cree que uno de cada cien nobles nacidos en Inglaterra -excluyendo a su caballero- sea lo suficientemente bueno para su hermana."

"¿Es así?"

La señora Brown continuó sin levantar la vista. "Cree que la mayoría son demasiado superficiales. Y para darle crédito, el párroco fue educado entre ellos, así que debería saber lo suficiente. Y no es por sacar un tema difícil, querida, pero cree que en cuanto un posible pretendiente se entere de la juventud de Jane, el caballero inglés medio pondrá el grito en el cielo y dejará a la pobre en el altar. Pero yo digo, encuentra uno decente y no le digas nada. Es una buena mujer para cualquier hombre, si me preguntas".

"Bueno, creo que Jane no tiene intención de aceptar pretendientes". Levantó la mano y se quitó el sombrero. "Creo que es perfectamente feliz en Woodfield House y que permanecerá allí el resto de su vida". Dejó el sombrero en el alféizar de la ventana y se reunió con el ama de llaves junto al fuego.

"Me alegra oír que piensas así, niña, pero el párroco no está de acuerdo contigo. Es un hombre muy observador, y ha estado vigilando de cerca a Jane durante algún tiempo".

"¿En serio, Sra. Brown?"

"Sí, y si dice que tu hermana es infeliz en Woodfield House, le creo".

Clara se mordió la lengua cuando la joven criada entró en la habitación con una bandeja que contenía una tetera con tazas y varios pastelitos. Mrs. Brown le cogió la bandeja y la colocó en la mesa junto a ella. Sin embargo, justo cuando se disponía a servir el té, se oyó entrar al párroco por la parte trasera de la casa.

"Ya está aquí". Mrs. Brown terminó de servir el té y se levantó inmediatamente. "Iré a decirle que estás aquí. Cielos, también tengo que decirle a la cocinera que espere el almuerzo hasta que lleguen la Srta. Jane y su inglés".

Clara observó cómo la oronda figura de la mujer mayor salía a toda prisa de la habitación. Ella también se levantó, mientras una oleada de desdicha por todo lo que le acababan de contar se apoderaba de su estómago. Se acercó a la ventana, se quitó los guantes y los colocó junto al sombrero. Deseó tener un espejo, pero sabía que no había ninguno. Sin darse cuenta, levantó la mano e intentó arreglarse los rizos.

"No hay necesidad de eso. Su prometida aún no ha llegado, Srta. Clara".

La joven dio un respingo y se volvió rápidamente hacia la puerta. Henry Adams estaba en el umbral, llenando la puerta. Vio los ojos grises que la estudiaban críticamente y sintió que el calor le subía a la cara.

"La Sra. Brown me dice que usted envió a su baronet inglés con Jane a Buttevant". Se quitó los guantes al entrar en la habitación. "Sabes que te arriesgas a la ira de tu hermana cuando empiezas a entrometerte en sus actividades".

Clara se acercó a la mesita. "¿Puedo servirle un poco de té?"

Asintió con la cabeza. La brisa le había alborotado el corto cabello negro y su mirada penetrante no hizo sino aumentar su inquietud. "¿Cómo lo has conseguido? O, una pregunta mejor, ¿por qué enviarlos juntos?"

La taza tembló ligeramente contra el platillo cuando Clara la extendió hacia él. "Esperaba tener unos momentos a solas contigo, para que pudiéramos hablar".

"¿De qué tenemos que hablar?", dijo con frialdad.

"Sobre nosotros".

Sus dedos se rozaron cuando él aceptó la taza. "No tenemos nada más que decirnos, en privado".

Se le encogió el corazón y luchó contra el nudo que le subía por la garganta. "Por favor, dame la oportunidad de explicarte".

"Lo has explicado, Clara, clara y completamente. Lo hiciste hace seis meses. He seguido adelante, y no tiene sentido volver a ese desagradable asunto".

Cuando levantó la cabeza, su bella imagen estaba borrosa y ella parpadeó para contener las lágrimas. "No sabía que podías ser tan cruel".

"¿I? ¿Cruel? Por favor". Dejó la taza de té en el estante sobre la chimenea y la miró con el ceño fruncido. "La falta de memoria nunca ha sido uno de tus defectos. Pero dicho esto, debo dejarte. Me parece totalmente inapropiado perder el tiempo aquí con una mujer casi casada". Hizo una reverencia. "Creo que dejé mis *Meditaciones Diarias* en la capilla. Puede decirle a la Sra. Brown que envíe a buscarme cuando regresen su prometida y su hermana".

Clara contempló por un instante su ancha espalda mientras él se daba la vuelta. El pánico se apoderó de ella y corrió hacia la puerta, impidiéndole el paso. "Te lo ruego, Henry".

Se detuvo a un paso. "Clara, estás haciendo el ridículo".

"¿Y qué si lo soy?" Se acercó a ciegas a la puerta que tenía detrás y la cerró, apoyando su peso en ella.

"No debes poner en peligro tu reputación de esta manera".

"La reputación ya no significa nada para mí". Lágrimas frescas rodaron por sus mejillas. "No puedo dejarte ir. No hasta que me escuches".

"Clara, abre la puerta". Él se acercó un paso y ella pudo ver las chispas de temperamento ardiendo en sus ojos grises.

"Te quiero, Henry." Las palabras salieron a borbotones. "Por favor, debes perdonarme por lo pasado... por la forma en que me comporté antes. Fueron palabras vacías las que pronuncié hace seis meses. Sé que te ofendí... que te lastimé. Fui un tonto".

"Clara, es demasiado tarde para esto. Tienes un pretendiente que ha venido desde Inglaterra con ese único propósito".

"No me importa". Se lanzó contra él, rodeándolo con los brazos. Él se mantuvo rígido mientras ella lo abrazaba, pero ella ya no podía detenerse. Apretó la cara contra la basta tela de su chaqueta. "Hace seis meses me pediste que fuera tu esposa. Me dijiste que me amabas... que me querías a tu lado para siempre. Por favor Henry, pídemelo otra vez".

"No."

"Por favor, pídemelo y seré tuya".

"Entonces no era lo bastante buena para ti". Sus dedos le agarraron los hombros con firmeza

y la empujó hacia atrás hasta mirarla a la cara. "Y nada ha cambiado. Nunca podría estar a la altura de lo que esperas de un marido. Sigo siendo un segundo hijo, un pobre clérigo feliz de trabajar aquí, lejos de los placeres de la sociedad. Hace seis meses, fui un tonto al pensar que podría competir con las ventajas que ibas a recibir en Londres. Le esperaban vestidos elegantes, recepciones y bailes. Riqueza y fama te esperaban. 'Debo casarme con alguien con un título', dijiste".

"Por favor, Henry", sollozó. "Pero sabes que no era por mí. Lo hacía todo por mis padres. Después de lo que Jane había hecho para deshonorar su nombre, tenía que hacer algo para reparar el pasado".

"Jane. Siempre culpando a Jane". Escupió las palabras. "Me gustaría que dejaras a un lado esa pretensión de desinterés, Clara. Otros podrían creerte y dejarse engañar, pero yo no".

Sus palabras la sacudieron, arrancándole el aire de los pulmones.

"No", jadeó. "Es verdad. Lo hacía por ellos, y pensé que podría superarlo".

"¿Y ahora?" Se alzaba sobre ella.

"No puedo. Ahora que Sir Nicholas está aquí, ahora que veo que realmente puede ofrecerse por mí, no puedo hacerlo. No me importa nada ese inglés. Nunca me importará. Tú eres quien tiene mi corazón. Eres el único en quien pienso. Tú eres con quien quiero pasar mi vida". Ella levantó los dedos temblorosos y le tocó los labios. "Él es demasiado experimentado. Demasiado mundano para alguien como yo. Todo en él me intimida. Pero tú, Henry, mi gentil Henry".

Se puso de puntillas y apretó los labios contra los suyos. Suave, tentativa, inocentemente, depositó pequeños besos en su firme barbilla, en su mejilla apretada y de nuevo en sus labios. Lo besó con la misma inocencia con la que él la había besado seis meses antes, cuando se le había declarado.

"¿Qué va a pasar ahora? Le apretó el pelo con fuerza y ella gritó cuando él le echó la cabeza hacia atrás hasta mirarla a la cara. "¿Y qué si cedo a tus deseos? Sólo vuelvo a hacer el ridículo ante ti. Y qué si echas a este pretendiente que te asusta con su... con su hombría. Te lo diré. Mañana, tu naturaleza inquieta y codiciosa volverá a imponerse, y otro aparecerá para ocupar el lugar de éste."

"¡No!"

"¡Sí! Porque usted sabe que no hay nuevos armarios de vestidos cada temporada para la esposa de un clérigo de campo. No hay viajes a bordo. No hay fiestas en Londres. Ni una docena de elegantes pícaros persiguiéndote por los salones de Bath. Te aburrirías como una ostra, Clara. Me maldeciría eternamente por llevarla a la aburrida monotonía de la vida de un clérigo".

Sacudió la cabeza. "Seré fiel a mi promesa. Nunca me arrepentiré de nuestra vida juntos". Las lágrimas seguían empapando sus mejillas. "El amor que compartimos será suficiente. No pido nada más".

"¿Y qué hay de tus padres? ¿Del honor que presumiblemente querías devolver a tu apellido?"

"No puedo pensar en nada de eso ahora. No cuando existe la posibilidad de perderte para siempre".

"Eres tan hermosa", susurró amargamente, su mirada recorriendo cada centímetro de su rostro. "Tan perfectamente joven e ingenua y hermosa".

Antes de que Clara pudiera oponerse, los labios de Henry se posaron en los suyos. Pero no era un beso de inocencia, sino el desencadenamiento de un deseo reprimido. Sus fuertes dedos se adentraron en su pelo y su boca devoró sus labios, forzándola a abrir la boca y a introducir su lengua en su interior. Dio un grito ahogado y sintió que su cuerpo se moldeaba contra él. La

repentina conciencia de sus miembros la hizo desear algo más. Le rodeó el cuello con las manos.

Entonces, sin previo aviso, terminó bruscamente el beso y la apartó de un empujón.

"Ahora te entiendo mejor que antes. Como un niño, sólo quieres lo que no puedes tener".

Ella sacudió la cabeza e intentó volver a sus brazos, pero él la mantuvo alejada.

"Bueno, tu 'gentil Henry' se ha ido", dijo burlonamente. "No era más que un tonto que te trataba como a una flor rara y delicada, pero se encontró picado por esos hermosos pétalos". La empujó más lejos, endureciendo su voz. "Elegiste tu camino hace seis meses. Cásate con tu inglés y termina lo que has empezado. Te deseo todos los tesoros mundanos para los que naciste y creciste, pero déjame en paz".

En un instante, desapareció.

Clara miró estupefacta durante un largo rato la puerta cerrada y luego se volvió hacia la pared. De pie, sola, lloró amargas lágrimas de angustia por el único y verdadero amor que tan estúpidamente había desechado.

Su montura era muy buena y estaba muy acostumbrada a la hierba blanda y al terreno irregular de la campiña irlandesa. Y Jane era la jinete adecuada para manejarla.

Durante un cuarto de hora, la mujer le llevó en una alegre persecución. Cuesta arriba y cuesta abajo. Con su melena negra ondeando a sus espaldas, saltó arroyos, zanjas y setos con una facilidad y una gracia asombrosas.

El ritmo que imprimía hacía imposible que Nicholas hablara con aquella diabólica amazona. Si el terreno se nivelaba en un prado verde y liso, ella estaba segura de atajar hacia algún paso más alto donde los afilados bordes de la roca blanca sobresalían de la ladera, poniendo en peligro tanto al caballo como al jinete.

Al salir de un arroyo ancho y rápido que le dejaba medio campo por detrás de ella, Nicholas sacudió la cabeza ante su espíritu. Tenía que reconocer su mérito. Jane Purefoy había utilizado con éxito todas las tácticas de carrera conocidas para ralentizarle y crear distancia entre ellos. Puede que se viera obligada a llevarlo con ella, pero eso no significaba que tuviera que soportar su compañía. En la cima de la siguiente colina, Nicholas vio a Jane frenar a su corcel, y rápidamente acortó la distancia entre ellos.

Tenía las mejillas sonrosadas por la salud y se giró ligeramente en la silla, con los ojos negros brillantes y el pecho agitado por el esfuerzo del viaje.

Nicholas creía que nunca había visto un sitio tan magnífico.

Ella apartó la mirada mientras él cabalgaba hacia ella. El Awbeg se hizo visible. Allí, a lo largo de las empinadas orillas verdes del serpenteante río, vio los edificios y los muros rotos de una abadía y la pequeña y ordenada aldea situada justo al norte.

"Deberías poder encontrar la calle principal de Buttevant sin dificultad", dijo, pronunciando sus primeras palabras desde que dejó a Clara en Ballyclough.

"¿Qué son esas dos torres?" Nicolás señaló interesado en dirección al pueblo. Buscaba la forma de detenerla.

"Las ruinas del castillo de Lombard".

Se fijó en la actividad que había más allá. "Y lo que se está construyendo más allá de la ciudad".

"Un cuartel para alojar tropas".

"Ya veo", levantó una ceja con curiosidad. "Bueno, eso debería desalentar la rebelión,

debería pensar".

"Con ese pensamiento, Sir Nicholas, me despido de usted."

"Pensé que planeabas visitar a un amigo aquí tú mismo."

"Sí, pero no vive en el pueblo propiamente dicho. Aunque vive cerca". Jane señaló en la vaga dirección de la abadía. "Pero el pueblo tiene una posada, varias tiendas y un par de establos muy buenos para pasar el tiempo. Iré a buscarte cuando haya terminado mis asuntos".

Se puso en marcha a lo largo de la cresta siguiendo el río, pero se detuvo y se volvió bruscamente hacia él cuando empezó a seguirla.

"Por ahí". Señaló hacia el pueblo. "Ve por ahí. Eso te llevará a donde quieres ir".

"¿Podría decirme al menos a quién visita? ¿Por si acaso me pierdo y necesito su ayuda?"

"Vamos, Sir Nicholas, es imposible que se pierda. Ahora, por favor, márchese. Clara y el reverendo Adams nos esperan de vuelta al mediodía".

Por un momento consideró la posibilidad de mostrarse desagradable y seguirla, pero decidió no hacerlo. Con una inclinación de cabeza, Nicholas empujó su caballo cuesta abajo, sin perder de vista a Jane mientras cabalgaba por la cresta de la colina.

Era un hombre que conocía bien a las mujeres de todas las clases y tipos sociales. Durante mucho tiempo había sido una actividad de ocio intentar comprender los muchos estados de ánimo y necesidades femeninos. En general, las mujeres le apreciaban y buscaban su compañía. En general, esperaba la misma respuesta aquí.

Obviamente, Jane Purefoy no debía ser clasificada con otras mujeres.

Nicholas se detuvo y la vio desaparecer más allá de la cresta de la colina. De alguna manera, tenía que hacerle entender que no era una amenaza para ella ni para sus sediciosas actividades. Al mismo tiempo, quería hacerle saber que ya no tenía ningún interés en cortejar a la hermana menor.

Espoleó a su caballo hacia la aldea, sabiendo que la explicación y la extradición pueden ser asuntos complicados en el mejor de los casos.

Y no eran los mejores tiempos.

El camino de la rectoría a la capilla estaba vacío de habitantes del pueblo, y Henry Adams se alegró de ello.

Su pasión se había apoderado de su razón y ya se estaba arrepintiendo de su comportamiento. Había cedido demasiado rápido a su ira. Su orgullo personal, herido hacía tiempo, se había apoderado de su alma con demasiada facilidad.

El sol le daba en la cabeza desnuda, pero no se dio cuenta en absoluto, concentrado como estaba en sus propios defectos. ¿Cómo podía un hombre de traje -pensó con dureza- poseer un carácter tan falible y débil?

Al llegar a la pesada puerta de hierro de la capilla, vaciló y se volvió hacia el camino que cruzaba el pequeño arroyo y subía la colina hacia el cementerio, junto a la carretera de Mallow. No quería entrar en la casa de Dios con el ardor de la pasión aún agitando su mente y su cuerpo.

La suave boca de Clara había estado tan dispuesta. La presión de su cuerpo firme le ofrecía la fantasía de muchos sueños tempestuosos. Pero sus palabras le atormentaban. Eran palabras que anhelaba creer, pero todo era tan difícil.

La pasión de Henry por la hermana menor de los Purefoy se había apoderado de él hacía un año, pero la fiebre de la misma aún rugía en su sangre.

Aunque conocía a la familia desde hacía años, era a Jane a quien conocía mejor desde su juventud. Las dos tenían más o menos la misma edad. Las dos habían compartido la misma indignación por los malos tratos que sufría Irlanda. Cuando eran más jóvenes, las dos incluso habían hablado con esa indignación que se encuentra tan a menudo en los ingenuos contra las Leyes Penales inglesas que afligían tanto al campesinado como a los terratenientes y a los comerciantes. De hecho, a pesar de las habladurías que rodeaban a Jane cuando eran más jóvenes, su amistad se había mantenido durante toda su adolescencia y los años de él en la universidad. Hasta el día de hoy, él sabía que ella lo consideraba un amigo de confianza, y él a ella lo mismo.

Sin embargo, una cosa que no le había confiado eran sus sentimientos por su hermana.

Enrique se sentó en el bajo muro de piedra que rodeaba las tumbas atestadas de campesinos, curtidores y canteros. Aquí yace la historia de este pueblo, pensó, encerrada en un cuadrado de tosca piedra gris. Nuestro tiempo aquí es muy corto. Hemos nacido para trabajar, y trabajamos. Sufrimos y luego morimos. Pero en algún lugar entre los años de sangre y lágrimas, esperamos momentos de amor.

Miró hacia atrás, a través del pedregoso arroyo, hacia el pueblo y su rectoría. El verano pasado, las flores florecían en su pequeño jardín y los campos alrededor de Ballyclough estaban verdes y vivos cuando Henry vio, por primera vez, esa luz en los ojos de Clara. Había dejado de ser una niña para convertirse, sin que él se diera cuenta, en una hermosa joven. Henry también se había dado cuenta de otras cosas entonces. Su tranquila dignidad. Su determinación para mantener la paz entre los miembros de su tumultuosa familia. También se dio cuenta de la forma en que ella trataba de ocultar su inclinación a estar pendiente de cada palabra que él decía y de cada uno de sus movimientos.

Había sido fácil enamorarse de Clara. Había sido aún más fácil permitirse soñar con pedir su mano algún día. Y soñó. Porque, aunque bien nacido, él seguía siendo un clérigo rural y ella la hija de un magistrado. Sin embargo, independientemente de lo que sus padres hubieran querido para ella, cuando él se dispuso a cortejarla en privado, ella se mostró más que dispuesta a recibir sus atenciones.

Los capullos de rosa estaban llenos y listos para abrirse cuando Henry Adams sostuvo su corazón en las manos extendidas y se acercó a Clara con su oferta de matrimonio. Quería su consentimiento antes de abordar el tema con Sir Thomas. Su mayor error había sido dar por sentado ese consentimiento.

La rabia al recordarlo le hizo ponerse en pie, y Henry cruzó el camino y se adentró en un campo que había permanecido en barbecho ese año. Sabía que en aquellas tierras habían pastado en otro tiempo libremente el ganado vacuno, ovino y caprino, y que sus pieles abastecían a los curtidores de Ballyclough con los materiales de su oficio. Ahora lo rodeaban fértiles granjas, y los beneficios del trabajo de los arrendatarios iban a parar a los bolsillos de los grandes terratenientes. Las tierras plantadas de los ingleses eran muy superiores a los pantanosos trozos de tierra de ciénaga que se permitían a los irlandeses más allá de la siguiente línea de colinas. Y fue el mismo culto a Mammon que estaba arruinando este país lo que hizo que Clara lo rechazara.

Frustrado más allá de las palabras, Henry se detuvo en medio del campo. No era lo bastante bueno. Simplemente se reducía a eso. No había forma de que consintiera un matrimonio que no mejorara el nombre de su familia, o su riqueza, o su posición, o lo que fuera. Clara había sido educada para rechazarlo aquel día. La habían criado para tomar ese terreno fértil... y él sólo podía ofrecerle una vida en los pantanos.

Aunque se había sentido herido, nunca había mencionado nada de esto a Jane, no por orgullo, sino porque sabía que sería otro golpe para ella. En una familia que prosperaba gracias al privilegio y la superioridad que conllevaba ser inglesa, Jane siempre había luchado contra ello, y él sabía que creía haber ejercido alguna influencia positiva en su hermana pequeña. ¿Cuán decepcionada se sentiría Jane al conocer los verdaderos sentimientos de Clara? ¿Cuántas noches sin dormir le había costado llegar a comprenderlo?

Henry Adams sacudió la cabeza. Bueno, eso ya había quedado atrás.

Dio la espalda a los verdes campos y se encaminó hacia las decrepitas ruinas de las cabañas de curtidores que se agolpaban junto al arroyo, en la parte baja del pueblo. Sabía adónde ir.

Darby O'Connell, con una terquedad heredada de su padre, se había quedado en Ballyclough, decidido a ganarse la vida a duras penas en el oficio de curtidor que su abuelo y el abuelo de su abuelo habían practicado antes que él. Pero su dura vida se complicó cuando su mujer dio a luz a un bebé muerto hacía dos semanas.

Ni una sola vez había vuelto a ponerse en pie después de aquello, ni una sola vez había dejado de perder sangre. Hacía casi una semana que la mujer deliraba de fiebre, y ayer Darby fue a buscar al cura a Mallow. Mientras el marido estaba de viaje, Henry la había visitado. Una mujer de una casa de campo cercana estaba haciendo lo que podía para mantener cómoda a la moribunda. Durante la visita de Henry, los tres pequeños O'Connell se habían limitado a mirarle con expresión inexpresiva desde el suelo de tierra junto al jergón de su madre. De un vistazo pudo ver que a la pobre mujer se le acercaba la hora, y sabía que Darby perdería la cabeza cuando su esposa falleciera. No quería pensar lo que le ocurriría a los niños.

La cabaña del curtidor quedó a la vista y Henry pensó por un momento en lo diferente que era aquella choza con techo de paja de los grandes edificios de Woodfield House.

No, necesitaba despejar su mente de las palabras y promesas que Clara le había dicho hoy. Era demasiado complaciente para soportar las presiones sociales y familiares que seguramente se abatirían sobre ella si él era tan tonto como para abordar el tema del matrimonio con Sir Thomas.

Sir Nicholas Spencer había llegado para llevarse su premio, y no había forma de competir con él. El título y el dinero hablaban alto... y Henry no tenía ni lo uno ni lo otro. Ella había sido la sabia y él el tonto hacía seis meses. Bueno, ahora él era más sabio, y era mejor para todos que siguiera siendo así.

El hijo menor de Darby, descalzo y apenas cubierto por sus harapos, estaba sentado contra el muro de piedra de la cabaña cuando Henry cruzó el arroyo. Mientras el párroco observaba, al niño se le cayó al barro un trozo sucio de patata cruda que había estado agarrando con una mano mugrienta. La cara del niño estaba manchada de lágrimas y suciedad, y cuando se puso a cuatro patas y se arrastró tras su posesión perdida, un pequeño perro se acercó corriendo y engulló el trozo de comida, huyendo de nuevo tan rápido como había venido. El niño se puso inmediatamente a llorar, pero se detuvo de repente al notar que Henry se acercaba.

Los ojos llorosos y el rostro manchado de suciedad se volvieron hacia el párroco con reconocimiento, y el niño levantó sus delgados brazos en el aire para que lo cogieran. Henry se inclinó y levantó al niño sin dudarle un instante y se dirigió hacia la puerta de la cabaña.

Mientras el niño acurrucaba una cabeza cansada contra su hombro, Henry supo que no podía perder más tiempo en salones íntimos, cortejando a mujeres jóvenes a las que nunca les había faltado nada en la vida.

No, pensó mientras agachaba la cabeza y entraba en la oscura cabaña, este era su lugar.

Capítulo Nueve

ALEXANDRA SE QUEDÓ boquiabierta durante un largo rato ante las docenas y docenas de cuadros que ocupaban las paredes y una gran parte del ático. Con telas cubriéndolos, se alineaban en las paredes como batallones de soldados. Se quedó atónita.

La joven sirvienta no se lo había pensado dos veces a la hora de llevar a lady Spencer más allá de las dependencias de la servidumbre, hasta el gran espacio bajo el tejado donde la señorita Jane solía pintar y guardar sus bocetos y otros trabajos. Lady Spencer era una invitada, y cuando le dijo que Lady Purefoy la había animado a ver el trabajo de la hija mayor, la muchacha se limitó a hacer una reverencia y abrirle paso.

El último tramo de escaleras, estrecho y empinado, los condujo a un gran espacio abierto, escasamente amueblado, con un tejado inclinado de vigas justo encima. Era el estudio de un artista serio, *eso* podía verlo Alexandra. Y uno muy ocupado, pensó, observando las hileras de lienzos cubiertos.

"Disculpe el olor, milady", dijo el criado, sin pasar del último escalón. "Me han dicho que son las pinturas. Pero sé que a la señorita Jane le gusta pasar el tiempo aquí".

"Comprendo por qué", murmuró Alexandra mientras dejaba que su mirada se dirigiera a las dos grandes ventanas con contraventanas situadas a ambos lados del espacio. En este extremo, había un taburete maltrecho junto a un caballete vacío y dos mesas de trabajo, mientras que cubos, rollos de lienzo, bolsas de pigmento y barriles de óleo estaban apilados y esparcidos por todas partes. "Puedes dejarme. No tocaré nada que no deba tocar".

La sirvienta devolvió la sonrisa a Alexandra, pero no se retiró. "Milady, ningún invitado que yo sepa ha pedido venir a ver las cosas de la señorita Jane".

Le gustó la actitud protectora que vio en la chica. "Quizá sea porque ninguno de ellos sabe el talento artístico que tiene. Yo también pinto un poco y me encanta ver algunas de sus obras".

El comentario de Alexandra pareció satisfacerla. Con una pequeña reverencia, volvió a bajar las escaleras, y un momento después la invitada oyó que la puerta se cerraba al fondo. Al quedarse sola en la habitación, sintió una punzada de excitación recorriéndole la piel. Aún no había visto nada de la obra de Jane y se sentía como una niña a punto de abrir el cofre de un tesoro.

Caminó por el centro de la buhardilla con cuidado de no golpearse la cabeza con las vigas toscamente labradas. Pasando junto a las mesas y el caballete, Alexandra abrió las contraventanas de un extremo y dejó que entrara la luz del sol. La vista de la verde campiña desde tan arriba era impresionante y la luz sorprendentemente abundante. Alexandra comprendió al instante la preferencia de Jane por trabajar aquí. La única silla y un sencillo catre que no había visto estaban escondidos en la sombra bajo el alero. Estaba claro que Jane utilizaba este extremo

del ático para trabajar y el otro para guardar cosas.

Paseó unos instantes, admirando la organización de la joven y hojeando un cuaderno de bocetos que habían dejado sobre una de las mesas de trabajo. Los dibujos parecían hechos con prisas y eran en su mayoría toscos esbozos de un grupo de niños jugando. Su mirada se posó en una serie de pinceles que llenaban un gran cubo, y sus dedos ansiaban tocar las cerdas cuidadosamente limpiadas. Una tabla, que obviamente se utilizaba como paleta para mezclar colores, se apoyaba en el cubo. Como un perro adiestrado para captar un olor concreto, Alexandra se volvió y sus ojos se fijaron en un grupo de lienzos apoyados en una viga cerca del catre.

En general, a las mujeres se les enseñaba a dibujar, dejando el trabajo de pintar -sobre todo al óleo- en manos más "capaces" de los hombres. Alexandra sabía que ella y Penelope Cawardine en Londres eran raras excepciones. Por supuesto, pensó, acercándose al grupo de lienzos, a la señora Cawardine no le venía mal tener al mismísimo sir Joshua Reynolds como amigo y mentor.

Pero a Alexandra le resultaba del todo agradable pensar en Jane Purefoy, aquí, en medio del rústico verdor de Irlanda, rebelándose contra nociones tan retrógradas.

Quitando la tela que los cubría, miró rápidamente los dos primeros cuadros. Eran escenas de paisajes y estaban bien ejecutadas con un estilo único que habría hecho tomar nota incluso al gran Gainsborough. Sin embargo, los pensamientos de Alexandra sobre el estilo y la estructura, sobre el uso de la luz y el color, se disiparon en el aire cuando descubrió el tercer paisaje. Mientras la anciana contemplaba la obra, Jane empezó a comprender su intención.

Volvió a estudiar detenidamente cada una de las imágenes. Todos estaban pintados desde la misma perspectiva, mirando desde una elevación hacia un valle rural. Sólo por las pinceladas, Alexandra no tenía ninguna duda de que habían sido pintados por el mismo artista y representaban el mismo lugar. Pero los tres cuadros no reflejaban la misma escena.

Sacó los lienzos a la luz de la ventana y los colocó uno junto al otro, contra el caballete y el taburete. Al estudiarlos más de cerca, se sintió fascinada por los hábiles toques que acentuaban el paso de las estaciones en los cuadros. El talento de la joven era evidente. Mediante el uso de la luz, Jane atraía la mirada hacia un objeto o una persona diferente en cada cuadro, pero también había creado una perspectiva totalmente nueva de la misma escena con sólo unas cuantas pinceladas hábiles.

Alexandra se agachó ante el primero que miró -el cuadro más reciente- y estudió la escena pastoral de verano. El ganado pacía en unos pastos rodeados de zanjas y setos bajos. Entre la alta hierba estival se veían parcialmente las pintorescas ruinas de algo, tal vez una abadía abandonada que había existido en la hondonada.

Miró el siguiente, un cuadro que representaba el valle en primavera y en el que aparecían unos cuantos hombres trabajando al borde del campo. Volvió a mirar el cuadro del verano y luego otra vez. Los hombres estaban cavando zanjas para delimitar los pastos. Un hombre a caballo, de espaldas al pintor, señalaba algo y dirigía a los trabajadores.

Alexandra pasó a estudiar el tercer lienzo, un paisaje invernal. Una niebla impenetrable se extendía por la parte baja del valle, sus gruesos dedos de niebla se extendían como garras por un campo ennegrecido. El efecto general de la escena era inquietante, y Alexandra se estremeció involuntariamente al apartarse para contemplarla mejor.

El cuadro contenía numerosos detalles que se ocultaban hábilmente en los bordes de la niebla con meros toques del pincel del artista. Las ruinas que parecían tan pintorescas en la escena veraniega ahora se abrían paso a través del vapor, fantasmales y ominosas. Alexandra miró

atentamente los muros de piedra rotos. ¿Qué eran? Le entraron ganas de extender la mano y apartar la niebla con los dedos, como si quisiera descubrir el secreto que se ocultaba bajo ella. ¿Niebla o humo? Por un momento pensó que las piedras podían ser incluso las ruinas carbonizadas de un edificio... de más de un edificio.

Miró hacia los otros dos lienzos que seguían apoyados en los aleros.

Entusiasmada, Alexandra cruzó y dio la vuelta a uno de ellos. Un grito ahogado se escapó de sus labios cuando su mirada se posó en el cuadro. Lo apoyó contra la mesa de trabajo, retrocedió y se sentó pesadamente en la silla de madera.

Un gran incendio consumió el valle. Violentemente vivo con una impactante salpicadura de color, había rostros y manos levantadas, todos indefensos ante el furioso infierno. El miedo y la ira gritaban silenciosamente al espectador. Con el sutil toque del óleo sobre el lienzo, los rostros angustiados de las almas perdidas se convirtieron en parte de las llamas que se elevaban hacia el cielo negro de medianoche.

Alexandra sintió que le brotaban lágrimas calientes, un doloroso nudo que amenazaba con ahogarla. El cuadro mostraba a todo un pueblo siendo pasto de las llamas. Contempló las imágenes de personas que huían en la noche y otras atrapadas en el holocausto. A lo lejos, grupos de hombres con aspecto más diabólico que humano incendiaban los campos y cazaban a los inocentes.

Era una visión de pesadilla del mal encarnado, y Alexandra Spencer creía que nadie lo había hecho con más eficacia desde el fallecimiento del genio flamenco, Hieronymus Bosch.

Volvió a mirar otros cuadros. Y ahora era capaz de ver a través de la niebla. Ahora comprendía que las ruinas eran las lápidas desatendidas de una terrible tragedia.

La tristeza de todo aquello pesaba sobre el corazón de Alexandra. Miró en dirección al último lienzo que aún permanecía en la sombra. Se levantó a la fuerza, caminó hacia el cuadro y lo volvió hacia la luz.

Un grupo de cabañas. No es exactamente un pueblo. Casitas cuidadas, con tejados de paja y huertos, y dos viejas campesinas hablando junto a un pozo. Niños corriendo alegremente junto a un arroyo centelleante. Hombres y mujeres acaban de empezar a cosechar los campos que rodean las casitas, con niños mayores atando gavillas de grano dorado. El cuadro reflejaba la alegría de la prosperidad ganada con esfuerzo, de la familia, del orgullo del patrimonio.

La sensación de serenidad que este lienzo infundió en Alexandra fue efímera. En cuanto colocó éste junto a los demás, se sintió golpeada de lleno por la fuerza de la secuencia. Al contemplar estas escenas, *sintió* más que vio la destrucción de una comunidad agrícola y de sus gentes.

Se llevó el puño a los labios para acallar un sollozo. Nunca se había sentido tan afectada por una obra de arte como en ese momento. Nunca había vislumbrado la horrible realidad de lo que le estaba ocurriendo a la gente de esta tierra hasta ese instante. Era el tipo de trabajo que Hogarth había hecho en su serie de representaciones satíricas de Londres... pero esta joven había llevado el trabajo a los reinos etéreos del arte elevado.

La capacidad de Jane Purefoy para captar la esencia del sufrimiento de un pueblo era un don maravilloso. Y su obra hablaba de alguien que había experimentado ese sufrimiento, algo más que las simples percepciones de una artista que había sido testigo directo de una persecución. ¿Pero cómo podía haberlo hecho?

El ruido de la puerta que se abría al pie de la escalera levantó a Alexandra de la silla. Cuando Lady Purefoy la llamó, volvió a colocar rápidamente los lienzos contra el alero y los cubrió con un paño. Se pasó la mano por la cara para serenarse y se volvió para ver aparecer la cabeza de la

mujer al final de los estrechos escalones.

"Lady Spencer, ¿qué demonios está haciendo aquí arriba?"

Alexandra se volvió despreocupadamente hacia la otra mujer. "Disfrutando".

"¿Aquí?" Miró con desdén alrededor del ático, pero no subió los dos últimos escalones. Cualquiera podría haber pensado que era un nido de víboras. "Ni siquiera alojaría aquí a los criados. ¿Y qué es ese horrible olor?"

"Es el aroma de la grandeza, Lady Purefoy. ¿No lo reconoce?"

La dueña de Woodfield House miró bruscamente a su invitada.

"Pero no podría estar más de acuerdo contigo sobre esta zona. Es una habitación demasiado maravillosa para usarla sólo como dormitorio. Para un artista, este ático ofrece un espléndido refugio. Y simplemente me encanta la forma en que Jane ha organizado el espacio. ¿No es absolutamente grandioso?"

"Bueno, voy a diferir a su juicio, por supuesto ..." Lanzó una mirada dubitativa a su alrededor.

"Y los cuadros de su hija". Alexandra hizo un movimiento de barrido sobre las hileras de lienzos que cubrían las paredes. "¡Aquí se exhibe un talento asombroso! Aunque sólo he visto unas pocas cosas, su obra rivaliza con la de los grandes de nuestro tiempo".

"¿Jane?" Lady Purefoy respondió con escepticismo.

"En efecto. ¿Quién la educó en bellas artes? Tengo *mucha* curiosidad por saber qué tipo de formación profesional ha recibido. No sabes lo impresionado que estoy con todo esto".

"¿Profesional?" La mujer miró desconcertada a su invitado. "Estoy segura de que no sé a qué se refiere. La educación de Jane no fue diferente a la de Clara".

"Aún más impresionante. Por favor, muéstreme en qué lugar de Woodfield House ha colgado sus obras maestras. Seguramente son de una calidad que podrían adornar cualquier galería de Inglaterra".

"Bueno... yo... nosotros... no creo que hayamos llegado a colgar ninguno de los cuadros de Jane". Se detuvo, obviamente perdida. "Pero si me acompaña abajo, en el salón, puedo enseñarle algunas de las labores de Clara que mandé enmarcar el verano pasado. Es muy competente por derecho propio, quiero que lo sepas. Yo misma encuentro de lo más relajante contemplar su trabajo".

Ahora le tocaba a Alexandra mirar incrédula a la mujer que esperaba. Calmante. A eso se habían reducido las cosas. Clara era tranquilizadora y Jane no. Qué decepción, pensó, sabiendo en el fondo de su corazón que *calmar* era algo que nunca haría por su hijo.

Rita miró incrédula la bolsa de monedas que tenía en la mano.

La viuda de Seamus y la mujer a la que conocía como Egan estaban de pie frente a la pequeña casita, con una brisa creciente que agitaba las faldas andrajosas de la joven madre. El líder rebelde cerró la mano de Rita en torno a la bolsa mientras el hijo mayor corría hacia el patio, con los otros dos niños a la zaga.

"Que nadie lo vea. Gástalo sólo un poco cada vez y nunca el mismo día de mercado". susurró Egan. "Ahora que sé de cuánto prescindes, traeré ropa para los pequeños y comida para ti y la anciana. Si no puedo ir yo, enviaré a alguien".

La cabaña de paja en la que se habían refugiado Rita y sus tres hijos era la mitad de grande que la habitación de Jane en Woodfield House. Apenas lo suficientemente grande para la mujer y

su prole, la cabaña se compartía con una viuda mayor llamada Bridget, a quien la enfermedad había dejado ciega de ambos ojos el verano pasado. El acuerdo funcionaba bien para las dos mujeres por el momento, pero ambas sabían que no debían apegarse demasiado a él. Ningún terreno o refugio era seguro. Como pobres campesinas arrendatarias, sabían que vivían a merced del próximo capricho de sus terratenientes. La brutal apropiación de tierras por parte de los Royal Dragoons para su nuevo cuartel al norte de Buttevant no hizo sino aumentar el número de familias sin hogar.

Rita había huido de su propia casa en llamas en mitad de la noche, llevando bajo el brazo una Biblia que apenas podía leer y empujando a sus tres hijos pequeños delante de ella. Ignorando las súplicas de su esposa, Seamus se había quedado atrás para hacer frente a los atacantes.

Aquí, como en tantos otros lugares de Irlanda, se desalojaban pueblos enteros de campesinos arrendatarios. Una vez recogidas las cosechas de los terratenientes, se incendiaban los campos restantes y se derribaban las casas de campo. Se cercaban tierras que habían sido comunales durante generaciones. Las praderas tomadas por la fuerza y plantadas por los colonizadores ingleses dos siglos antes volvían a convertirse en pastizales. El ganado pasta ahora donde los arrendatarios han luchado por sobrevivir a fuerza de trabajo y sudor.

Seamus fue asesinado aquella noche, y Rita aún no había tenido la oportunidad de hacer el duelo. La cruda realidad de la pobreza a la que se enfrentaban ella y sus hijos era un destino mucho peor que la brutal pero repentina muerte de su marido.

Ahora, de pie al sol, con la brisa tirando de sus faldas, miró la ofrenda de monedas de Egan. Estaba claro que era demasiado para comprender. Aunque el dinero representaba el primer rayo de esperanza de la desesperada mujer desde la tragedia, no podía llorar.

"Dios te bendiga, Egan. Dios bendiga a tus Shanavests". La mirada de la mujer se levantó del tesoro en su mano. "No sabía cómo iba a cuidar de nosotros."

"Esto no reemplaza tu pérdida. Cuida de los tuyos... y de Bridget... pero ten cuidado de no hablar. Volveré con más cuando pueda".

Cuando Egan se dio la vuelta para marcharse, Rita se quitó el chal de los hombros y lo extendió hacia ella.

"Para ti, Egan", susurró tímidamente. "Puede que necesites esto para ocultar los moratones de tu cara".

El tosco chal de lana tenía más agujeros que los calzones de un mendigo, pero el detalle del regalo conmovió profundamente a Jane. Aceptó la ofrenda y volcó sus emociones en el abrazo que le dio a la mujer.

"Me lo pondré". Y así lo hizo, poniéndoselo sobre los hombros y anudándolo por delante.

Los tres niños acompañaron a Egan hasta el caballo que la esperaba e incluso corrieron tras ella hasta que llegó a la cresta de la siguiente colina. Más allá, intentó no mirar el creciente mosaico de campos cercados por zanjas y recordar las vidas que habían sido desplazadas. Sin embargo, el humor de Jane era negro como la tierra quemada cuando llegó al puente que conducía a Buttevant. Por un momento pensó en dejar a Spencer a su suerte y dirigirse al norte, hacia Churchtown, donde Rita le había dicho que otras familias habían huido. Pero ya no tenía nada que ofrecer a esas familias, y la estratagema de Clara de enviar al inglés no podía desatenderse sin consecuencias. No tuvo más remedio que escoltar al granuja de vuelta.

En un extremo del estrecho puente de piedra que cruza el Awbeg, esperó mientras un carro tirado por un burro antiguo terminaba su lento recorrido por el puente. Un ancianito, con aspecto de duende nudoso, estaba sentado en el carro fumando una pipa de arcilla. Mientras esperaba, se ajustó el nudo del pañuelo en la garganta e intentó decidir cómo podría arreglárselo para ocultar

la barbilla y la boca, si fuera necesario. Finalmente, se rindió. El maldito hematoma era demasiado pronunciado. Ahora deseaba no haber perdido el sombrero de su madre.

Cuando el burro y el carro estaban a punto de cruzar el puente, Jane divisó el cuerpo alto y delgado de Sir Nicholas, que guiaba su caballo por detrás. También había alguien más siguiendo el carro.

A pesar de sus fundados prejuicios contra él, en aquel momento tuvo que admirar el aire de confianza que rodeaba al inglés. Se trataba de un hombre consciente de sus ventajas en la vida. Pero mientras los otros aristócratas se regodeaban en ellas, Spencer aparecía libre de cargas. El hombre no mantenía un aire de hostilidad para ocultar sus temores hacia las clases inferiores. No parecía sentir la necesidad de escudarse en altivas muestras de indiferencia. Ella había visto cómo había tratado a los mozos de cuadra en Woodfield House esta mañana. También lo había visto antes, durante el paseo, observando el paisaje y a la gente con gran interés. Tenía una aguda capacidad de observación, eso era obvio, y era una cualidad que lamentablemente faltaba en otros de su clase. La mayoría, pensó Jane, preferían vivir aislados, moviéndose a ciegas.

Había que vigilarlo.

El carro se acercó a la orilla del río, y Jane conoció el momento en que Sir Nicholas dirigió su mirada hacia ella. Sus ojos se encontraron sólo un instante y, al sentir una calidez que ya le era familiar, apartó inmediatamente la mirada.

Se trataba de un futuro cuñado, se recordó a sí misma, totalmente horrorizada por las sensaciones que recorrían su cuerpo. La imagen de Clara junto a Spencer la tranquilizó de inmediato.

Cuando el carro cargado pasó el último bache y cruzó el puente, el viejo carretero le levantó el maltrecho sombrero, pero no dijo nada. Asintiendo con la cabeza, Jane empujó su caballo hacia delante para recibir a su invitado, y se fijó en con quién caminaba Sir Nicholas. Sus dedos se tensaron inmediatamente alrededor de las riendas. Cada nervio de su cuerpo se tensó y luchó contra el deseo de huir.

"Lo mejor de la mañana, Srta. Jane. No puedo creer mi buena suerte hoy".

No pretendió corresponder a la exuberancia del saludo de Sir Robert Musgrave. En su lugar, dirigió su atención hacia Spencer, tratando de imaginar lo bien que podrían conocerse estos dos hombres. Volvió a pensar en la posible razón de su silencio sobre su secreto en Woodfield House. Frunció el ceño, dándose cuenta de que simplemente no quería creer que él hubiera estado esperando hasta que pudiera reunirse con el magistrado. Su expresión no reveló nada.

"Debo disculparme por haberla hecho esperar, señorita Jane", dijo Nicholas cuando los dos hombres finalmente llegaron hasta ella. "Fui interceptado por el magistrado aquí presente. Parece que estaba planeando una visita a Woodfield House con el propósito de entrevistarme. Intenté terminar nuestro asunto y ahorrarle el viaje".

"Buenos días, Sir Robert", dijo escuetamente. "¿No hay compañía de dragones para acompañarle esta mañana?"

"No en una mañana tan buena como ésta", contestó el hombre, con la mirada fija en el moratón junto a su boca. "Pero para ser completamente honesto, Sir Nicholas, tenía una segunda razón para llamar a Woodfield House... y aquí está ante mí".

Desde el principio de la llegada del magistrado, la pasada primavera, Jane se había encontrado en desacuerdo con el hombre. El calvario había comenzado en una feria de Mallow, donde, tras su presentación inicial, Musgrave se había mostrado casi beligerante al intentar convertirse en su acompañante. Desgraciadamente, las negativas de Jane habían caído en saco roto. Y cuando por fin se puso firme y rechazó sus continuas insinuaciones en términos

inequívocos, otros lo oyeron y se corrió la voz rápidamente.

Por supuesto, todo esto había ocurrido antes de que el nuevo magistrado conociera los escándalos del pasado de Jane.

Y eso había hecho que el insulto fuera mucho más profundo.

Jane se negó a inmutarse ante la mirada depredadora del hombre. "¿Qué asuntos tiene conmigo, señor?"

"Creo que lo sabe, Srta. Jane."

"Me temo que se equivoca, Sir Robert."

"Pero verás, he decidido mejorar mi última oferta... sustancialmente".

Jane contuvo su temperamento. Tras haber visto de pasada a la reina Mab en la Feria del Caballo de Buttevant el pasado mes de julio -y haber observado el apego que Jane sentía por el caballo-, el magistrado había desarrollado de repente un vivo deseo de adquirir el animal. Desde entonces, había estado presionando para comprar el caballo, alegando que quería que Mab se reprodujera con sus propios sementales de premio. Al sentir la resistencia de Jane a vender, Sir Robert había hecho una oferta a Sir Thomas para la compra de la yegua.

Naturalmente, Jane se había enfurecido. Aunque era su caballo, no se sabía lo que su padre podría hacer. Sir Thomas, sin embargo, no parecía muy dispuesto a satisfacer el capricho del nuevo magistrado, un hombre al que había calificado abiertamente de petimetre ante la familia, pues había declinado tajantemente la oferta.

"He aprendido la lección, señorita Jane. Ahora sé que es más prudente hablar de la compra de su buena yegua con usted, la persona que obviamente tiene la última palabra."

Las palabras de Sir Robert olían más a condescendencia que a humildad. Mientras pensaba en ello, vio la sonrisa confiada que se dibujaba en su rostro mientras recorría su cuerpo con la mirada antes de posarse de nuevo en su boca magullada.

"Me habría sentido mucho más cómodo discutiendo con Sir Thomas actividades tan decididamente terrenales como montar, acoplar y criar...".

"Le tomaré la palabra en eso, Sir Robert."

Sus ojos se entrecerraron ante su insinuación, pero a ella no le importó. Estaba harta de las insinuaciones sexuales que el magistrado insistía últimamente en entretejer en sus conversaciones con ella. Siempre -en los bordes de sus palabras, en la inflexión de su voz, en su mirada- encontraba sus insinuaciones socarronas.

"Pero antes de que lleguemos a eso, señorita, tengo mucha curiosidad por saber cómo se ha hecho un moratón tan feo en su preciosa cara. De hecho, sus labios están..."

"Los accidentes ocurren, señor. Esta contusión no es asunto suyo. Pero si se le ocurre hacer otra oferta por mi caballo, la respuesta es la misma. No está en venta".

Empujó su caballo un paso hacia delante, hasta que sus botas rozaron las de ella. Mab se mantuvo firme, y Jane también se negó a dejarse intimidar. Acarició el cuello del caballo.

"Pero si ni siquiera has oído la nueva oferta".

"La respuesta es la misma". Pronunció cada palabra como si le hablara a un niño pequeño. "Y te ruego que no hagas de esto la fuente de más disgustos."

"Lo dejé descansar por ahora. Pero sobre el moretón..."

"Y ahora, señor, si nos disculpa, el reverendo Adams nos espera".

Apartó a Mab del magistrado y se encontró mirando el rostro severo de Spencer. La mirada asesina que el hombre dirigía a Musgrave la complació de algún modo.

"Me temo que no puedo permitirle que se vaya todavía. Los accidentes *son* asunto mío", dijo Musgrave, girando también su caballo. "Especialmente cuando le ocurren a una encantadora

damisela que he jurado proteger".

"Señor, no soy *una damisela* y *nunca* he necesitado su protección".

"Di lo que quieras". Los ojos oscuros del hombre se entrecerraron y su mirada se centró más en la boca de ella. "Pero es mi responsabilidad domar toda rebeldía en Cork... y eso podría incluir resolver el misterio de cómo y por qué alguien como tú debería sostener tal violencia en su cara".

Clara tenía razón. La excusa que había utilizado el día anterior sólo empeoraría las cosas y atraería las sospechas del magistrado. Pero su mente estaba vacía de otras explicaciones.

"Soy responsable del estado de su cara".

Jane se giró para mirar a Spencer.

La atención de Musgrave se centró también en el visitante. "¿Es así, Sir Nicholas?"

"Me temo que la amable señora simplemente intenta proteger mi reputación. Un torpe accidente en los establos ayer, y del que debo cargar con toda la culpa".

"No creo que Sir Robert..."

El inglés la interrumpió. "El magistrado me parece un hombre comprensivo. De hecho, sabe que los accidentes ocurren. El hecho es, señor, que empujé la mitad superior de una de las puertas del establo, sin saber que la señorita Purefoy se acercaba por el otro lado. Fue un grave error, pero ella ha *tenido la* gentileza de no avergonzarme ante su familia."

"¿Quieres decirme que *tú*...?"

"Quiero decir exactamente lo que te he dicho".

Spencer se volvió hacia Jane, a quien le costaba ocultar su sorpresa. El cosquilleo de calor que la invadió cuando sus ojos azules se cruzaron brevemente con los suyos tampoco ayudó en absoluto.

El magistrado tiró de la brida de su montura. "Parece, señor, que ayer tuvo un día *muy* ajetreado. Rescatando sin ayuda a un clérigo de una horda de forajidos, desencajando a su líder, y luego este gran daño. Me pregunto qué posibilidades hay de..." Las palabras se interrumpieron, pero la sugerencia quedó en el aire.

Con deliberada lentitud, Spencer se quitó uno de los guantes. "Por el tono de sus palabras, señor, parece que le cuesta aceptar las declaraciones que le transmiten. *Espero equivocarme*".

La mirada del magistrado se cruzó con la del baronet durante un largo y tenso instante.

"Mis mas profundas disculpas a usted y a la señorita Purefoy", dijo finalmente Musgrave, inclinándose con fría cortesía. "El deber de uno para con la Corona puede hacer que uno salte sobre las sombras a veces, me temo. Mis mejores deseos para su familia, Srta. Jane".

Capítulo Diez

"GRACIAS.

Las palabras eran sólo un susurro en el viento, pero Nicolás las oyó de todos modos.

Cuando llegaron a la cima de la siguiente colina, dejando atrás el valle del río y al magistrado, miró a Jane, pero no respondió. Aún le corroía la ira, pero le complacía tenerla por fin cabalgando con él, en lugar de llevarle por toda la campiña en otro alegre juego de zorro y sabueso."

"¿Es siempre tan insolente?"

"Cada vez que me encuentro con él, parece empeorar". Era obvio que aún sentía los efectos del intercambio. "Pero tengo entendido que muchos de la alta burguesía inglesa lo encuentran bastante complaciente."

"Así que es insolente sólo cuando elige serlo".

"Y cuando ha considerado el rango social de la persona con la que trata". Ella le dirigió una mirada complacida. "Creo que le has intimidado".

Nicholas no lo dijo, pero deseó haber hecho más.

Había sentido los ojos de Sir Robert en sus espaldas mientras cabalgaban lejos de Buttevant. No es que le importara mucho. Por su sangre, había estado a punto de desafiar al perro sin principios por el trato que le había dado.

"Admiro tu moderación", dijo. El cumplido, dicho con sencillez, le valió una cálida sonrisa. "A pesar de tu agitación, nunca perdiste los estribos". O le maldijo en gaélico, terminó en silencio.

"Puede sonar a cobardía, pero no lo es. Prefiero no llamar la atención, sobre todo de alguien como él".

No tuvo que dar más explicaciones, pues Nicholas la entendió. Su autocontrol practicado se debía a sus actividades encubiertas con los Shanavest.

Ella avanzó delante de él por un estrecho pasadizo en la cresta de una colina. Hablar con Jane ya le estaba tranquilizando. Esperaba que tuviera el mismo efecto en ella.

"Debería haber insistido en acompañarte en tu visita a tu amigo".

Se dio media vuelta en la silla. "No creo que sea una persona a la que puedas encontrar en tu círculo de conocidos."

"No voy a corregirte en lo que no sabes. Pero diré que cualquier cosa habría sido preferible a andar por Buttevant y confraternizar con algún maldito funcionario del gobierno."

"Mejor usted que yo, señor".

Sonrió y se fijó por primera vez en el harapiento pañuelo que llevaba sobre los hombros. "Veo que has encontrado un pañuelo para reemplazar tu sombrero perdido".

Tocó la lana de su hombro mientras él se acercaba a ella. "Muy observador. Es un regalo, y vino de una mujer que, lo sé, lo valoraba mucho. Aparte de sus hijos, puede que fuera su posesión más preciada".

Observó cómo ella volvía a tocar la lana como si estuviera hecha de la más fina seda. El simple gesto reveló otra capa de esta mujer que le estaba resultando fascinante.

Cabalaron durante unos instantes, ambos perdidos en sus propios pensamientos. Nicolás rompió el silencio.

"A pesar del pequeño disgusto del puente, ha sido un día de lo más agradable. Te debo mi más sincero agradecimiento por tu insistencia en que viniera".

Cuando ella volvió a mirarle, Nicholas se sorprendió de la sacudida de conciencia que le recorrió.

Ella le miró fijamente durante un largo rato y luego soltó una carcajada. Encantado por la transformación en ella, se unió a ella. Cuando se rió, Jane Purefoy se deshizo de la tristeza que pesaba sobre ella como una nube. Otra cosa ocupaba su lugar. Algo libre y lleno de vida. Era atractiva hasta el punto de ser realmente deslumbrante.

"¿*Insistencia en que vengas?*" Ella sacudió la cabeza, repitiendo lo que él había dicho. "Sir Nicholas, habla como si no hubiera oído ni una palabra de lo que pasó entre mi hermana y yo".

"Admito no haber oído nada de lo que fue una conversación privada. Pero *debe* haber sido agradable, de lo contrario estoy seguro de que no estaría cabalgando con usted en este momento".

Sacudió la cabeza con buen humor. "Señor, usted sabe muy bien que no tuve elección. Pero ahora que lo menciona, creo que debe haber estado en todo este plan".

"Córteme como quiera, Srta. Purefoy, pero no me acuse injustamente". Añadió como una ocurrencia tardía. "Pero dígame, ¿no es esto mucho más agradable que nuestro pequeño desacuerdo de ayer en el bosque?"

Era un tema que ninguno de los dos había abordado todavía. Un parpadeo de conocimiento compartido pasó entre ellos. Nicholas no pudo evitar notar el suave rubor que apareció en su rostro.

"Llegamos tarde", respondió finalmente en voz baja, espoleando a su caballo al galope.

Se acomodó a su lado y miró el reloj. "Tenemos tiempo de sobra. Aún no ha salido el sol y mi reloj me dice que tenemos tiempo más que suficiente para acudir a nuestra cita con el buen párroco Adams. ¿Tienes alguna otra razón para apresurarte?"

"Señor, hoy has venido a pasar el día con mi hermana. Ya te he alejado de ella innecesariamente. Es mi responsabilidad devolverte a ella lo antes posible".

"Permítame corregir este malentendido". La observó atentamente para calibrar su reacción. "He venido hoy con la esperanza de pasar un rato en *su* compañía. He estado buscando una oportunidad en la que pudiéramos hablar".

Su rostro se serenó de inmediato. "Fue una desgracia encontrarnos ayer como lo hicimos. Debes tener muchas preguntas y preocupaciones". Poco a poco redujo la velocidad de su yegua. "Le aseguro que Clara no participa en nada inapropiado. Es una hija perfectamente educada y súbdita de la Corona. Es totalmente inocente de mis intereses, y siempre lo ha sido".

"No me interesa hablar de Clara".

"Y no debes permitir que esa escena de ayer afecte a tus planes de matrimonio", insistió Jane. "No debes culparla por lo que hago ni responsabilizar a mi familia de *mis* actos. Créeme, durante años he vivido con la certeza de que si mis padres me descubrían alguna vez, serían los primeros en entregarme al magistrado y a su verdugo."

Había tristeza en su tono, y Nicholas deseó poder rebatir sus palabras. Pero por lo poco que había visto de Sir Thomas y su esposa, no dudaba lo más mínimo de ella.

"Y ahora, de repente, me encuentro a merced de un desconocido", añadió un momento después.

Nicholas sabía que debía asegurarle que no había revelado su secreto a nadie y que tampoco pensaba hacerlo en el futuro. Lo que la motivara a actuar como lo hizo era asunto suyo. Le importaba un bledo, personalmente, la posibilidad de un escándalo. Y a pesar de la implacable condena de ayer del obispo Russell, el propio Nicholas la había visto cortar las cuerdas que ataban las manos del clérigo. Pero no estaba dispuesto a admitir nada que pudiera tranquilizarla. No estaba listo para que ella lo ignorara totalmente.

"Lo único que puedo asegurarle hasta ahora es que mis respuestas a quienes me han interrogado sobre lo de ayer han sido...". Buscó la palabra adecuada. "Imprecisas".

"¿Y *por* qué? Sus ojos eran penetrantes mientras esperaba su respuesta.

"Porque he visto cómo los ingleses solemos tratar a los que conquistamos y colonizamos". Inconscientemente, apretó las riendas. "Tengo por costumbre no juzgar a los demás basándome en tan poca información. Tengo por costumbre no intervenir a menos que haya una razón de peso".

"Aunque no se lo merecía, ayer liberé a ese obispo. Entonces, ¿cuál fue tu razón para tirarme del caballo?"

"Estaba desesperado por una presentación. Le pido disculpas. *Estoy* intentando mejorar mis métodos para conocer gente".

Esta vez, su risa era plena y persistía en su oído como la más hermosa de las canciones. La miró, preguntándose si tendría idea de su poder de seducción. Sus ojos oscuros y encantadores se volvieron hacia él, y sintió una innegable atracción en sus entrañas.

"Entonces, ¿puedo suponer que no le dijiste nada de nuestro anterior *encuentro* al magistrado?"

"Estás perfectamente seguro al hacer esa suposición".

"¿Qué tal revelar algo en las futuras reuniones con el hombre?"

"Es usted muy persistente", comentó, disfrutando de esta atención sin reservas. "Tal y como están las cosas ahora, Sir Robert y yo parece que hemos desarrollado una aversión inmediata el uno hacia el otro. A menos que algo cambie, dudo que tengamos futuras discusiones sobre el tema".

La picardía bailó en sus ojos mientras le presionaba aún más. "Por supuesto, esta vaga seguridad sólo sirve hasta que vuelva a apuñalarte en el brazo".

"No volverá a tener esa oportunidad, Srta. Jane". Le dirigió una mirada significativa. "No creo que la próxima vez le permita bajar tan rápido".

Esta vez el rubor era más profundo y la conciencia entre ellos más intensa. Nicholas se dio cuenta de que el nerviosismo empezaba a apoderarse de él por la forma en que ella apretaba las riendas del caballo. Se apresuró a cambiar de tema, pues no deseaba acortar el tiempo que pasaban juntos.

"En cualquier caso, le aseguro que no elegiría a Musgrave como confidente. Si surgiera alguna pregunta o malentendido, mi inclinación sería buscar explicaciones y respuestas en *usted*."

Ella lo estudió más de cerca, y Nicholas se encontró esperando que ella aprobara lo que veía.

"Eres mucho más abierto de mente de lo que esperaba, y mucho más sincero. Está claro que nos equivocamos mucho al juzgar a una persona sólo por su posición en la vida."

"Eres demasiado duro contigo mismo".

"Creo que no", dijo ella con naturalidad. "Aunque no se me ocurre ningún otro inglés que haya conocido que no hubiera considerado su deber exponerme -a un forajido y a una mujer- si no ante el magistrado, desde luego ante mi padre".

"Veo que no tienes muy buena opinión de mis hermanos".

"Me temo que tienes razón en esa observación". Le dedicó una media sonrisa. "Pero, por supuesto, siempre hay excepciones. El párroco Adams es un hombre que sitúa la decencia y la compasión por encima de la codicia y la dominación clasista y colonial."

Incluso la mención del nombre del ministro consiguió irritar a Nicholas. Estaba disfrutando de la sensación de comodidad que se estaba desarrollando con esta mujer, y la idea de un posible competidor le irritaba un poco.

"¿Y puedo preguntarle si ha formado algún plan firme respecto a su matrimonio con el buen párroco Adams?".

La mirada de incredulidad que le dirigió fue tan placentera como inesperada.

"¿Qué, en nombre del cielo, te haría decir algo así? ¿Matrimonio? ¿Henry Adams y yo? Eso es simplemente absurdo".

"¿Lo es?"

"Absolutamente. No somos más que viejos amigos de confianza".

"Una relación que la mayoría de las parejas sólo pueden esperar alcanzar... en el *mejor* de los matrimonios".

Ella negó con la cabeza. "Me temo que no ha estado por aquí el tiempo suficiente para entender cómo son las cosas por aquí, señor".

"Quizá sea tan amable de iluminarme".

Jane se tomó su tiempo para responder, y él observó con cierto interés la batalla interna que se reflejaba abiertamente en su bello rostro.

"Él... el reverendo Adams es un clérigo respetado. Y yo... bueno, tengo una reputación que logré arruinar en mi juventud. Y mi transgresión fue tal que, por muchas décadas que pasen, nadie la olvidará jamás". Sus mejillas se sonrojaron cuando le miró de frente, pero sus ojos eran claros y firmes. "Menos mal, sin embargo, que ha surgido este tema. Y es mejor que oigas la verdad de mí, porque tarde o temprano la oirás de otra persona. Y, francamente, no quiero que ninguna versión embellecida de *mi vida* arruine la futura felicidad de mi hermana".

"¿Así que así son las cosas aquí? ¿Usted y el buen párroco se mantienen separados por chismes y lo que asumo es alguna antigua transgresión contra un vago y anticuado estándar de respetabilidad?".

"No."

"¿Qué hizo, señorita Jane? ¿Participar en esa carrera de obstáculos de la que me habló el posadero de Buttevant? Debió darle una buena paliza al caballo y al jinete del obispo antes de que la descubrieran. ¿Es eso?"

"Bromea si quiere, señor, pero no es eso, en absoluto. Nada de eso nos separa al párroco Adams y a mí". Sacudió la cabeza con firmeza y más mechones de su sedoso cabello bailaron alrededor de su rostro. "En cuanto a mi pasado... y reputación... la verdad y los cargos que se me imputan son mucho más graves de lo que usted acaba de mencionar. Permítame decirlo de esta manera... *no soy considerada de ninguna manera casadera por la sociedad gentil*".

Nicholas sólo podía adivinar que una fuga sería la causa de tal alboroto. Había tantas cosas que quería saber sobre Jane. Pero tenía que esperar a que ella estuviera dispuesta a confiar en él.

"Pero como he dicho antes, los rumores y las acusaciones *no* son lo que nos separa. Henry y

yo simplemente somos amigos".

"¿Amigos?"

"Ciertamente. Somos amigos y nada más. *Nada más*. ¿Nunca has tenido una mujer como amiga? ¿Una relación basada simplemente en la confianza y el respeto mutuo? ¿Una amistad pura y elevada... que pudiera considerarse platónica?"

Nicholas hizo ademán de pensarse la pregunta. Por dentro, sin embargo, estaba encantado de saber que no competía con el clérigo por sus atenciones.

Compitiendo por su atención.

La admisión le hizo mirarla de nuevo. La encontró aún esperando una respuesta.

"Una o dos veces, creo haber estado cerca de establecer una amistad como la que usted describe. Pero cada vez que ocurrió, mi *amigo* pronto se sintió insatisfecho con los límites de esa relación. Le ruego me disculpe, pero mi experiencia me dice que las mujeres siempre parecen querer más."

"¿Una o dos veces?" Sacudió la cabeza con desaprobación. "Según mi experiencia, las generalizaciones basadas en conocimientos limitados rara vez son correctas y nunca son productivas para encontrar la verdad, señor".

"Mis disculpas". Se inclinó cortésmente. "Las mujeres *que* he conocido pasan a buscar más".

"Mujeres *inglesas*". Pronunció la palabra como si fuera veneno en su lengua.

"Me parece curioso que no te clasifiques como inglesa, pero veo que tampoco *les tienes* mucha estima".

"No puedo creer que *realmente* quieras escuchar mi opinión sobre este tema".

"Pero yo sí".

Ya no había mucho debate silencioso.

"Muchas mujeres inglesas que he conocido simplemente se han sometido a tradiciones que les han sido impuestas. Como resultado, se han dejado cegar por las sutilezas superficiales de ser admiradas por su aspecto agradable o por el corte de moda de sus prendas o por su obediencia silenciosa. Y en el proceso, las cosas que son importantes -espíritu, independencia, inteligencia- son vistas por el mundo y también por muchas mujeres como muy poco femeninas e incluso *antinaturales*".

"Entiendo que esto te parece falso y limitante para las mujeres".

"Y a la sociedad. Se dice que el Dr. Samuel Johnson, un hombre que tal vez sea la luz principal de las letras inglesas de hoy, dijo: 'Una mujer predicando es como un perro caminando sobre sus patas traseras. No se hace bien, pero uno se sorprende de que se haga'. Qué estrecho es este tipo de humor tan bajo cuando se considera a mujeres como Margaret More Roper y la duquesa de Pembroke y Lady Mary Wroth, por nombrar sólo a algunas".

"En efecto", respondió. "Mujeres de gran ingenio y carácter".

"Y, sin embargo", prosiguió, "muchas mujeres inglesas -quizá incluso la mayoría- están dispuestas a pasar por alto lo bajo que están situadas en el mundo. Se las entrena para que vivan en la obediencia y en la feliz ignorancia, y entierran su espíritu, su voluntad y sus pasiones más profundas incluso antes de cruzar el umbral de la feminidad. Se dejan robar la esencia de lo que es ser un ser humano".

Jane tenía las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes de apasionada convicción. Y Nicholas supo en ese momento que nunca había conocido a una mujer tan excitante e inteligente como ésta en toda su vida. El hecho de que fuera Egan, una líder rebelde, tenía mucho sentido, pues sería imposible no seguirla si llevaba esa misma pasión a la causa por la que luchaba.

Cuando se acercaron al final de un campo, ella empujó a su caballo hasta el borde de la

hierba alta, manteniendo sus caballos uno al lado del otro.

"No quise sonar tan quejosa, tan crítica. Ciertamente tu propia familia es tan diferente de lo que acabo de describir".

"En efecto, mi madre y mi hermana pueden considerarse fácilmente 'diferentes'". Sonrió. "Pero puede que haya algo en lo que dices".

"No." Agachó la cabeza bajo una rama baja cuando se adentraron en un surco de árboles. Las hojas le rozaron el pelo. "*Debo* disculparme. Después de lo cortés que has sido conmigo, y de lo agradables que Lady Spencer y tu hermana fueron con todos nosotros anoche, es totalmente incorrecto por mi parte cometer el mismo error que acabo de acusarte de cometer. No hay que generalizar. Hay muchas excepciones al tipo de mujeres de las que hablaba. Hay muchas excepciones para todo en la vida".

"Y te lo agradezco, pues no hay nada más cansado que lo mundano, una acusación que nunca se te podría imputar".

Sus miradas se cruzaron de nuevo cuando ella se volvió hacia él, y fue imposible ignorar la conciencia del deseo que fluía entre ellos. Ella apartó inmediatamente la mirada, pero la de Nicholas se detuvo en las pocas hojas otoñales que se habían enredado en su pelo. Ella formaba parte de la naturaleza, de esta tierra. Nada del descontento que sentía en compañía de Clara existía en estos momentos con Jane. Se sentía perfectamente a gusto en su compañía.

Le decepcionó encontrar el pueblo de Ballyclough bajo ellos cuando coronaron la siguiente colina. Jane levantó la mano y se quitó el chal del hombro. Lo dobló con cuidado y se lo puso en el regazo. Le sorprendió mirándola.

"Por el bien de Clara, no puedo parecer demasiado andrajoso en público. Le horrorizaría pensar que me viste así".

"Guardaré tu secreto".

Sonrió cohibida. "Me doy cuenta de que estoy en deuda contigo por guardar tantos de ellos".

Estaban a las afueras del pueblo, pero Nicholas no estaba dispuesto a que su tiempo juntos terminara. Un perro embarrado salió trotando de la primera de las casas del pueblo, olfateando la bota de Jane.

"De lo que hablábamos antes... de amistades entre hombres y mujeres. ¿De verdad crees que tal cosa es factible".

"Absolutamente. Hay muchos hombres a los que considero amigos. La diferencia de género nunca me ha impedido tratar a otra persona como a un igual. Como mujer, sin embargo, sólo puedo esperar que me traten igual".

Jane respondió al saludo de una mujer mayor que se enderezó tras cavar en un pequeño huerto junto a una casa de campo.

"¿Y crees que podríamos ser amigos?"

Ella se volvió hacia él, evidentemente sorprendida. "No veo por qué no. Como futuros hermanos, sin duda será beneficioso para todos que lo seamos".

"He cambiado de opinión. No le pediré a Clara que se convierta en mi esposa".

Jane tiró de las riendas de su caballo, deteniendo bruscamente a Mab. Él también se detuvo.

"¿Por qué?", preguntó ella. "Me dijiste que no dejarías que lo que sabes de mí..."

"Mi decisión no tiene nada que ver contigo", mintió Nicholas, sabiendo perfectamente que tenía todo que ver con ella. "Incluso antes de que mi familia y yo dejáramos Londres, no estaba totalmente convencido de la idea de casarme. Si me hubiera comprometido a casarme con tu hermana, al menos habría enviado a mis abogados de antemano".

"Pero mis padres. Clara creía..."

Dejó traslucir su agitación. "No engañé a nadie. Acompañé a su hermana en algunas ocasiones durante la primavera pasada, pero apenas le pedí nada. No hubo promesas, ni suposiciones, ni conversaciones posteriores. Y cuando tus padres te invitaron a visitar Woodfield House, entendieron que yo no había hecho ninguna insinuación matrimonial."

"Pero me acabas de decir que has *cambiado de* opinión. El cambio indica que hubo un..."

"Intentaba ser completamente honesto contigo. Siempre he supuesto que un amigo puede ser sincero con otro. Y como nunca he hablado de matrimonio ni te he propuesto matrimonio, Clara no debería notar la diferencia".

Se inclinó hacia él, agarrando la brida de su caballo. Sus ojos mostraban el temperamento que ardía en su interior. "Entonces, como *amigo*, te ruego que me expliques a qué se debe tu cambio de opinión".

"Ella no es la elegida... y por muchas razones. La diferencia de nuestras edades. Su ingenuidad y mi experiencia. Su indecisión ante la vida y mi temeridad". No soltó la mirada de Jane, ni la dejó hablar cuando abrió la boca. "Es cierto que este último año he estado contemplando seriamente el matrimonio. He llegado a una etapa de la vida en la que es necesario tener una esposa y un heredero para cumplir con mis obligaciones familiares. Y también deseo perseguir algunos otros planes que han ido madurando en mi mente durante los últimos años. Ahora me doy cuenta de que tenía una visión poco práctica, casi hipotética, del matrimonio. No había considerado con suficiente detenimiento las cualidades de la mujer con la que debería casarme."

"Vamos, Sir Nicholas. La verdad es que, ahora que *me conoces*, mi hermana te parece 'poco práctica'. Y puedes permitirte ser más juicioso en tu elección".

"Te dije que esto no tiene nada que ver *contigo*".

"Pero lo hace", le espetó. "Si era lo suficientemente buena hace una semana... hace un mes... la primavera pasada. Entonces debería serlo ahora".

"Pero no lo estaba". La expresión de dolor en el rostro de Jane fue inmediata.

"¿Puedo atreverme a interrumpir?"

Ambos se giraron simultáneamente. Había casi una docena de personas mirando desde una respetuosa distancia a su alrededor. El reverendo Adams también estaba cerca, mirando expectante a los dos jinetes. Nicholas no se había dado cuenta de que Jane seguía sujetando la brida de su caballo hasta que la soltó bruscamente.

"Por supuesto", respondió Nicolás tardíamente al clérigo. Se dio cuenta de que estaban a poca distancia de la casa parroquial, así que bajó del caballo. "Habíamos terminado nuestra discusión".

"No lo creo", corrigió Jane, desmontando también antes de que Nicholas pudiera ofrecerse a ayudarla a bajar. "Pero continuaremos donde lo dejamos en un momento y lugar más apropiados".

El comentario iba dirigido a él, su mirada directa le retaba a contradecirla. Nicholas se inclinó cortésmente. Si eso significaba que Jane estaba dispuesta a pasar más tiempo en su compañía -incluso para tratar de influir en su decisión sobre el matrimonio y Clara-, sería un tonto si se opusiera. De hecho, estaba bastante satisfecho con el giro de los acontecimientos y con la perspectiva de lo que estaba por venir. Sin embargo, su humor se ensombreció cuando vio que el cura rural levantaba la mano y quitaba las hojas sueltas del cabello de Jane.

El contacto parecía demasiado íntimo, demasiado casual, pensó. Y las atenciones del ministro hacia ella hicieron que Nicholas volviera a preguntarse si no habría entre ellos más de lo que ella admitía.

"¿Vienes?" Se volvió y preguntó después de que Adams la guiara unos pasos en dirección a la rectoría.

"Así es". Nicholas comenzó a subir la colina tras ellos. "No tengo intención de quedarme atrás".

Capítulo Once

"¡*MADRE!*"

Alexandra Spencer dio un respingo al oír un repentino grito detrás de ella y se llevó una mano al pecho. No había oído abrirse la puerta de la habitación de su hija. No se había percatado de ningún otro ruido que el crujido que había oído entre aquellas paredes. Hubiera jurado que había algo detrás de aquel tramo de yeso pintado.

"¿Te he asustado?" Frances cerró la puerta de su habitación tras de sí.

"¡Claro que no!"

"Entonces, ¿qué haces escuchando a la pared?"

"No estaba escuchando a la pared, Fanny."

La joven se acercó y echó un vistazo a la sólida pared del pasillo y de nuevo a la cara de Alexandra. "Entonces, ¿qué haces aquí parada? Madre, no fue mi imaginación que estuvieras apretando la oreja contra esta pared".

"Sin duda *fue* tu imaginación". Se sacó un pañuelo de la manga y se acarició las gotas de sudor que se le habían formado en la frente y el labio superior.

"¿Has oído algún ruido?" Aparentemente poco convencida, Frances imitó lo que había visto hacer a su madre y pegó una oreja al frío yeso. "Quizá este lugar esté embrujado. ¿O crees que hay pasadizos secretos detrás de estas paredes? Me encanta eso de las novelas, ¿a ti no? Por lo que he averiguado hasta ahora sobre la historia de este lugar, hubo un castillo que se construyó anteriormente en esta colina. ¿No sería emocionante si...?".

"No, *no lo* sería". Lady Spencer puso una mano en la espalda de su hija y, presionando ligeramente, la hizo avanzar por el pasillo. "Sea lo que sea lo que pensabas que estaba haciendo, no era más que tu imaginación dejándose llevar. Mi habitación está muy calurosa esta tarde, y simplemente estaba disfrutando del frescor de este pasillo antes de bajar a cenar."

Frances esbozó una sonrisa pícara. "¿Sabes que hay manchas rojas que te suben por la piel del cuello cada vez que intentas mentir?".

"Frances Marie, esta no es forma de que una joven hable con su madre". Alexandra se detuvo al final del pasillo y antes de empezar a bajar las escaleras. "Pero hablando de otra cosa, ¿qué hacías en tu habitación? Me pareció oír tus voces y las de Nicholas procedentes del pasillo hace sólo unos minutos. ¿Por qué no estás con él... molestándole... cumpliendo con tu deber de hermana?".

"Me despidió". Fanny hizo un mohín en dirección a su puerta. "No quiso decir ni una palabra sobre su día. Es horrible. No contestó *ni una sola* pregunta. Y se puso muy nervioso, incluso brusco, cuando le pregunté si ya había tenido la oportunidad de pedirle matrimonio a Clara. Será mejor que se case pronto, madre. Se está volviendo un cascarrabias".

"Sabes, querida, creo que sería mejor que dejaras ese tema en paz por ahora".

"¿Pero por qué?" La joven cruzó los brazos sobre el pecho. "¿No hemos venido hasta Irlanda para que Nicholas pudiera declararse? Sería mucho más agradable conocer a Clara a la manera de una futura hermana que seguir en esta relación obligada de anfitriona e invitada. Estamos tan cerca en edad, y hay tantas cosas que podríamos planear y hacer juntos si todo el mundo dejara de pasar de puntillas sobre el tema. Nosotras..."

Ambos volvieron la cabeza cuando Nicholas salió por la puerta. Desde sus relucientes botas oscuras hasta la chaqueta negra corta y entallada, pasando por los pantalones de piel de ante color ante, era la viva imagen del caballero de campo que se dirigía a cenar. Alexandra notó, sin embargo, la tensión que se había instalado en sus labios. La mirada que dirigía a Fanny era impaciente, cuando no francamente peligrosa.

"¿Interrumpo algo?"

"Pues sí". La joven se apresuró a responder.

"¿Por qué no vas bajando, jovencita?". Alexandra dirigió una mirada aguda a su hija.

"Pero madre, creo que esta es una buena oportunidad..."

"Abajo, Frances Marie." Esta vez el tono de la madre no dejaba lugar a dudas de que quería ser obedecida. "Dile a Sir Thomas y a Lady Purefoy que Nicholas y yo bajaremos en breve."

Enfadada pero obediente, la joven recogió sus faldas en dos puños y desapareció escaleras abajo.

"Gracias". Nicholas cerró la puerta y ofreció su brazo a Alexandra. "La quiero mucho, pero últimamente he adquirido mucho aprecio por lo que me has estado salvando estos últimos años".

"Fanny es una buena chica. Y no siempre es tan impaciente". Puso una mano en el pliegue del brazo de su hijo pero se negó a bajar todavía. "¿Hay algo de lo que quieras hablarme?"

La miró con cautela.

"Sabes, Nicholas... podría serte de ayuda". Hizo una pausa, suavizó aún más su voz y miró a unos ojos azules que no podían ocultar su angustia. "Sigo siendo tu madre, y no hay razón para que cargues con toda esta presión tú solo. Puedo, con gran sutileza, sacar un tema. Puedo soltar una indirecta sobre tu estado de ánimo. Lo que quieras. Incluso puedo distraerlos, si eso es lo que deseas. Pero sobre todo quiero que sepas que tienes todo el derecho a tomarte tu tiempo antes de comprometerte con algo permanente".

Su otra mano subió y apretó cariñosamente la de Alexandra contra su brazo.

Miró el pasillo vacío y bajó la voz. "Sé que debería haber tenido esta charla contigo incluso antes de llegar aquí. Pero ahora es tan buen momento como cualquier otro, supongo". Hizo una pausa para ordenar sus pensamientos. "Ambos sabemos que en nuestra sociedad hay ciertos requisitos -*formalidades sería* una palabra más adecuada- que deben cumplirse antes de que un hombre y una mujer se unan en matrimonio. Sí, de hecho, asociación es la forma correcta de decirlo, porque se ha convertido en una relación de negocios. Por lo tanto, todas las partes deben firmar un contrato de negocios".

"¿Cuál es tu punto, madre?"

"Estoy llegando a ello, Nicholas. Conociéndote como te conozco... comprendiéndote mejor de lo que crees... creo que necesitas algo más que una compañera de negocios. Necesitas una mujer que pueda igualarte en voluntad e ingenio. No necesitas un adorno que espere que la pongan en un pedestal como esposa".

"Eres *muy* observador".

"Y tú también". Le dio una palmadita en el brazo. "Una cualidad heredada totalmente de mi parte de la familia".

Le hizo una suave inclinación de cabeza y sonrió.

"Espero que no consideres mis comentarios como entrometidos, pero me ha inquietado mucho la idea de que tal vez mi presencia aquí pueda presionarte para que tomes una decisión precipitada...". Dejó que las palabras flotaran en el aire. Era la vez que más se había permitido involucrarse abiertamente en la vida de Nicholas en muchos... muchos años.

"Además, tú debes ser el primero al que se lo digan". Apoyó una mano en la madera de la barandilla, de un brillo oscuro. "Ella *no es* para mí. No haré ninguna oferta por la mano de Clara".

Alexandra ahogó un gran suspiro de alivio. Intentó contener cualquier signo de júbilo y mantener una expresión impasible.

"Y yo tampoco estoy a favor de ella. Le comunicaré mis intenciones a Sir Thomas esta noche, pues no deseo que surjan malentendidos ni resentimientos. Intentaremos evitar cualquier disgusto". Miró hacia las sombrías escaleras antes de volver a centrar su atención en ella. "De hecho, si Sir Thomas y Lady Purefoy no tienen inconveniente, deseo permanecer en Woodfield House durante los quince días que habíamos planeado en un principio".

"Espléndido", alcanzó a decir, demasiado contenta para decir más.

Mientras bajaban las escaleras para reunirse con sus anfitriones para cenar, Alexandra pensó en contarle a Nicholas su pequeño descubrimiento de aquella mañana en el desván. Aunque él nunca se había dedicado a la pintura, sabía que era tan aficionado a las artes como ella. Estaba segura de que a él también le encantarían los cuadros de Jane. Le gustaría estar allí para ver su cara cuando el poder de su mensaje se transmitiera a él. Pero se abstuvo de cantar las alabanzas de la hermana mayor. Nicholas tendría que descubrirla por sí mismo.

Y alojarse en Woodfield House durante toda la quincena podría presentar las oportunidades más provocativas.

"¿Y cómo encontró al nuevo magistrado, Sir Nicholas?"

Clara empujó distraídamente el faisán en su plato mientras todos esperaban en silencio a que el baronet respondiera a la pregunta de su padre. Sin embargo, no se atrevió a mirarle, pues empezaba a sospechar que Sir Nicholas no había oído la pregunta. De hecho, durante la mayor parte de la cena había parecido considerablemente distraído. Su interés parecía detenerse pensativo en el lugar vacío que Jane ocupaba al otro lado de la mesa.

Antes, cuando su hermana y el visitante habían llegado a la rectoría de Ballyclough con Henry, Clara había percibido inmediatamente la tensión entre ambos. El aire del pequeño comedor parecía cargado, como una noche de verano antes de una tormenta. De hecho, habían intercambiado pocas palabras durante el modesto almuerzo. Al pensar en el tiempo que habían pasado en la rectoría, Clara sintió de nuevo un nudo en el estómago. Henry no la había mirado ni una sola vez durante la comida.

Luego, en el viaje de regreso a Woodfield House, Jane había optado de nuevo por ir muy por delante de Clara y Sir Nicholas. Nadie había dicho nada más allá de las cortesías necesarias, ni en el camino ni al llegar a Woodfield House.

Sin embargo, todo esto no sirvió de mucho para distraerla de su propio dolor.

Su padre se aclaró la garganta, llamando la atención de su meditando invitado. "Esperaba tu opinión sobre..."

"El nuevo magistrado".

Clara se sintió aliviada al oír hablar por fin al baronet.

"Sí."

"Estaba considerando mi respuesta, Sir Thomas."

"Medirlo, querrás decir". Su padre soltó una carcajada y Clara sintió que su humor se aligeraba. "No te gustaba, por un trueno. Estoy segura de que Musgrave se angustiaría al oír eso".

Sir Nicholas dirigió una aguda mirada hacia la cabecera de la mesa. "No tenía ni idea de que al magistrado le importara mi opinión en un sentido o en otro. Tal vez debería haberla compartido con él antes de separarnos esta mañana".

"Entonces no lo niegas". Evidentemente complacido, Sir Thomas sacudió la cabeza y bebió un gran trago de vino. "Permítame, señor, que le comunique su reacción. Disfrutaría mucho arruinando el humor de Sir Robert con semejante noticia".

"¿Realmente malgastarías tus energías en un ejercicio tan inútil? Seguro que debe haber cosas más estimulantes que hacer en este país".

El comentario, pronunciado en tono ligeramente burlón por Sir Nicholas, provocó un murmullo de diversión en todas las mujeres de la mesa. Clara, sin embargo, ahogó rápidamente su propia risa al ver que una nube oscura descendía inmediatamente sobre el estado de ánimo de su padre.

Él se aclaró la voz de aquella manera tan familiar que indicaba su disgusto. Ella lo miró fijamente, buscando desesperadamente una forma de aliviar la tensión.

"Me pregunto, sin embargo", añadió Sir Nicholas con sobriedad, "si su disfrute al 'arruinar el humor de Sir Robert' podría provenir del hecho de que él le ha sucedido en una tarea en la que usted destacó durante tantos años. Creo que no es raro ser algo crítico con la persona que ha asumido el propio cargo y responsabilidades."

Tras una larga e incómoda pausa, el anciano asintió con la cabeza y pidió más vino a un criado. "En efecto, señor. Muy observador. Y tampoco tiene nada de malo".

Clara contuvo su sorpresa. Nunca había oído a nadie dirigirse a su padre con tanta franqueza. Pero la respuesta serena y sincera de Sir Thomas casi la deja boquiabierta. Su padre vació otro vaso de vino antes de continuar.

"Fui magistrado del rey en esta región durante más de veinte años. Cuando asumí el cargo aquí, la violencia contra la alta burguesía era más despiadada que cualquier cosa que pueda haber oído en las historias de la guerra de los contrabandistas de Sussex de los años cuarenta. Pero los manejé, señor. Con mano dura, hice saber a la gente de aquí que la autoridad civil sería respetada y obedecida. Aquellos que no respetaran la ley del rey, sin embargo, aprenderían a temerla. Gracias a mi trabajo, señor, los terratenientes por fin pudieron hacerse cargo de sus propias tierras y controlar a sus inquilinos."

La mano de Sir Thomas tembló al levantar de nuevo su copa. "Y más tarde... cuando la inversión en pastos se hizo más rentable que la labranza, cuando algunos de los terratenientes decidieron arrendar la tierra a los pastores en lugar de a los agricultores arrendatarios, fui yo quien desafió a los rebeldes... los Whiteboys... o Shanavests... o como demonios se llamen".

A Clara se le hizo un nudo en el estómago. La cara de su madre se había puesto blanca como la muerte. Totalmente indiferente, Sir Thomas bebió otro vaso de vino y continuó.

"Los Blancos sólo existen porque se atreven a desafiar la decencia común y amenazan a los de su clase. Esos desgraciados obligan a otros de su clase a prestar juramento bajo amenaza de violencia. Y eso, señor, es ilegal. Hace nueve años, atrapamos a cinco de sus líderes no lejos de Waterford. Yo fui uno de los jueces que ordenó ahorcar a los rufianes. Al colgar a esos cinco,

envié un mensaje a todo el mundo de que la administración de juramentos de esa manera sería tratada como el delito capital que era. De un solo golpe, reduje drásticamente su agresividad". Señaló a Nicolás con el dedo. "Y ésta es la raíz del problema con Musgrave. Sigo diciéndole que en lugar de perder tanto tiempo socializando con la nobleza terrateniente... gente que en su mayor parte lo encuentra intolerable de todos modos... y en lugar de ir por el distrito acosando a los inquilinos papistas por asuntos insignificantes como el impago de las rentas, debería ir tras estos líderes rebeldes. Tiene que concentrar sus esfuerzos en escoria como ese Egan con el que te topaste ayer... o esos otros dos a los que llaman Liam y Patrick, un par de canallas tan malos como el primero. Y luego hay otro granuja que se hace llamar Finn. Ese no muestra su cara muy a menudo, pero sabemos que tiene sus dedos metidos en las actividades de al menos tres de los condados vecinos. Hasta el día en que las cabezas de estos bribones sean colgadas en un poste en la ciudad de Cork, Musgrave no obtendrá el respeto de la alta burguesía. Hasta ahora, no ha hecho nada para infundir miedo en los corazones de estos rebeldes".

"Vi un cuartel bastante grande siendo erigido en Buttevant."

"¡Por todos los truenos, hablando de un ejercicio inútil!" Sir Thomas golpeó su vaso contra la mesa. "Esos dragones no harán más que agitar a esos rebeldes. Necesitamos una autoridad *civil* fuerte en Irlanda, no una ocupación militar".

Clara echó un vistazo con el rabillo del ojo y vio que Sir Nicholas miraba el brocado del mantel de seda. Su rostro era una máscara, pero ella intuyó que *sabía* lo de Jane. No había interrogado abiertamente a su hermana sobre lo que había ocurrido ayer, pero cuando Clara consideró el corte en su brazo, el golpe en su cara, el mensaje silencioso que claramente pasó entre ellos cuando se conocieron, tuvo la certeza. Sir Nicholas *tenía* que saber que Jane y Egan eran la misma persona.

"Incluso he hecho algunas recomendaciones a Musgrave sobre cómo podría proceder para tenderles una trampa".

"¿Una trampa...?"

Lady Purefoy prácticamente se puso en pie de un salto. "Yo... yo... creo que sería mejor que las mujeres nos retirásemos al salón. Este tipo de conversación es demasiado chocante, Sir Thomas, y asustará a nuestros invitados". Miró al otro lado de la mesa. ¿Nos hará el favor de acompañarnos esta noche, Sir Nicholas? ¿O se quedará con mi marido esta noche?

Clara sabía que no era propio de su madre tomar las riendas de una situación así, pero mientras su padre apuraba una vez más su copa de vino, agradeció la interrupción.

"Si me disculpa esta noche, milady..." El baronet se levantó e hizo una cortés reverencia mientras el resto de las mujeres se levantaban también, "me gustaría quedarme y hablar con Sir Thomas. Hay algunos temas urgentes que creo que debemos discutir".

Catherine Purefoy prácticamente sonrió. "Absolutamente, Sir Nicholas. Y por favor tómese su tiempo. Los estaremos esperando en el salón".

Clara sintió como si una piedra fría se le hubiera clavado en el estómago. Se arrastró hacia la puerta y vio cómo sus padres intercambiaban una mirada de satisfacción. Sin embargo, el momentáneo aire de armonía que flotaba entre ellos era un duro recordatorio del sacrificio que ella había hecho seis meses atrás, el sacrificio que esa misma mañana había confesado que no tenía valor para llevar a cabo.

Pero con el rechazo de Henry hoy, Clara estaba perdida, a la deriva, destinada a ser arrastrada por las corrientes de la vida.

Este matrimonio iba a ser un contrato sin emociones entre familias. Muy bien. Ella lo sufriría y cosecharía el bien que traería a sus padres. *Era* desinteresada, a pesar de la condena de

Enrique, y lo demostraría.

Egan contuvo sus objeciones inmediatas a la idea y -como siempre hacía- trató de considerar el bien que podría reportar a las personas más afectadas por la brutalidad del rey inglés.

"Todos sabéis que no es la primera vez que nos hacen una invitación", dijo Liam. "Pero esta reunión en Kildare de los líderes de Shanavest será la mayor que se haya celebrado nunca. Y al contar con representantes de todo el sur, saben que pueden planear una campaña de agitación que se dejará sentir hasta Londres. Muchos creen que ha llegado el momento de enviar ese mensaje de unidad a todos los magistrados y altos sheriff de Irlanda".

"Podría ser una trampa". Jenny, la mayor del grupo, frunció el ceño al ver el círculo de rostros antes de volverse hacia Liam y Egan.

Liam se encogió de hombros. "Podría ser. Pero todos vivimos cada día con la soga al cuello".

El líder hizo una pausa, y Egan le observó concentrado en la discusión de los que se habían reunido en el interior de la abadía en ruinas. Sabía tan bien como él que esta decisión no podía tomarse sin el consenso de los que estaban aquí. Lo que decidieran afectaría al futuro de todos.

Liam lanzó una mirada a Egan, pero ella continuó guardando silencio. En el pasado, siempre se había pronunciado en contra de unir sus propios esfuerzos con el trabajo de los Shanavest de Carlow, Queen's County o Kildare. Las noticias corrían deprisa en el campo, y lo que más había oído hablar de esos grupos en los últimos años tenía que ver con su creciente tendencia a la violencia. Mientras que su propia pequeña banda sólo llegaba a asustar a un terrateniente o clérigo, o a veces robaba lo que le habían quitado a los arrendatarios, estos otros eran conocidos por quemar casas, mutilar ganado e incluso cometer asesinatos si lo veían necesario.

Mientras que tanto Liam como Egan se esforzaban por concentrar sus esfuerzos en ayudar a los desplazados, muchos de los Whiteboys, desde Dingle hasta Dundalk, parecían sólo empeñados en vengarse. Por el momento, sin embargo, asistir a esta reunión en Kildare parecía ofrecer beneficios demasiado grandes como para ignorarlos.

"Son dos días para llegar... y lo mismo para volver", dijo Patrick, expresando la preocupación que unos cuantos ya habían manifestado en voz baja. "La mayoría de nosotros no podemos irnos y dejar a nuestras familias y nuestras granjas. Todavía tengo una cosecha que terminar... y me sorprende un poco que la reunión se vaya a celebrar ahora".

"Esa es la razón de tenerlo ahora". Liam se agachó y recogió una paja vieja. "Espera a que terminen las cosechas y los ingleses nos estarán vigilando".

La mirada de Liam se encontró con la de Egan. Buscaba su apoyo. Ella asintió.

"¿Va Finn?" Jenny preguntó a continuación.

"No puede... y bueno, no debería". respondió Liam, estudiando el trozo de paja destrozado que tenía en la mano. Arrojándolo al suelo, se levantó y miró al resto. "Finn nos sirve de ojos y oídos. No podemos permitirnos prescindir de él durante tanto tiempo. Además, fuera de Cork, Waterford o Tipperary, la mayoría de nuestros hermanos y hermanas dicen que es algo que hemos soñado".

"No hace falta ir tan lejos para oír eso". Todos rieron y se volvieron para mirar a Ronan, que estaba de pie contra una pared en ruinas, con los musculosos brazos cruzados sobre su enorme pecho.

"Liam y yo deberíamos irnos", dijo Egan para zanjar el asunto antes de que nadie pudiera distraerse. "Y mientras estamos fuera, Patrick puede vigilar al enano. Todos los demás deben

continuar con la cosecha como si nada".

Egan miró al grupo. Los conocía a todos. A Jenny. Liam. Ronan. A Patrick. A todos ellos. Todos ellos vivieron toda su vida en este pequeño rincón de Irlanda, y se conocían como de la familia, celebrándose y apoyándose mutuamente en bautizos, bodas y funerales.

Todos parecían dispuestos a aceptar la sugerencia. Jenny, sin embargo, fue la que sacó a relucir el problema que Egan aún tenía que resolver.

"Todos echaremos una mano y nos aseguraremos de que la ausencia de Liam no suponga un problema para su familia. Su casero no le echará de menos. Pero tú, Egan... a mi modo de ver, necesitarás dar algunos pasos de fantasía para pasar desapercibido durante tanto tiempo".

"Esa es mi especialidad". Asintió tranquilizadora al grupo. "Pasos elegantes".

"Sí, tenemos fe en ti, Egan." Patrick preguntó. "Entonces, ¿cuándo debes irte?"

"Diez días". respondió Liam. "Es lo más tarde que podemos ir, si queremos llegar a tiempo".

Capítulo Doce

NADA DE ESTO TENÍA SENTIDO. ¡Nada de eso!

La joven sirvienta sostuvo la bata mientras Catherine Purefoy empujaba sus brazos en ella. Sus nervios no podían soportarlo. No se había retirado ni media hora antes, ¿y ahora su marido deseaba verla en el comedor?

¡Vaya noche! El comentario de Sir Nicholas durante la cena la había sorprendido. La anticipación casi la había matado mientras esperaba a que los hombres salieran del comedor. Los minutos se habían convertido en horas y no había noticias. Finalmente, la esperanza dio paso a la decepción y se dio cuenta de que no podía seguir esperándoles despierta. La decencia le dictaba que debía retirarse, así que lo hizo... aunque a regañadientes.

Qué curioso que Lady Spencer no pareciera compartir la emoción en absoluto. Qué mujer tan extraña. Y además hija. Poco después de que las mujeres se retiraran al salón tras la cena, la joven señorita Spencer se había retirado sin más a su habitación con un libro bajo el brazo. Lady Spencer se había ido a la cama poco después que la hija sin una sola preocupación en el mundo, según parecía. Bueno, pensó Catherine con satisfacción, Lady Spencer tendría su tiempo cuando Frances estuviera lista para el mercado matrimonial.

"¿Está seguro de que no deseaba ver también a la señorita Clara?"

"Sí, muy seguro, milady."

"¿Y Sir Thomas *dijo* que quería que viniera solo?"

"Bueno, milady... no exactamente con esas palabras. El escudero acaba de pedir que le atiendas".

La anciana miró hacia abajo en busca de sus zapatillas. La sirvienta las sacó inmediatamente. Nada tenía sentido. *Nada*, se repitió a sí misma.

Clara y ella siguieron velando un rato más, pero Clara no tardó en rogarle que se retirara a su habitación. Catherine recordaba haber pensado que aquella era una noche para celebrar, pero la expresión de desánimo en el rostro de su hija pronto había puesto fin a su propia felicidad.

"¿Y dices que Sir Thomas sigue en el comedor?" Metió los pies en las zapatillas.

"Sí, milady. Esperando hablar con usted".

Catherine se dirigió hacia la puerta, pero luego pensó en el aspecto que debía de tener en bata, zapatillas y gorro de dormir. Se volvió bruscamente hacia la doncella. "¿Está Sir Nicholas todavía con él?"

"No, milady. El caballero salió del comedor hace un rato". Se quedó pensativa un momento.

"Y tampoco había nadie en el salón cuando estábamos limpiando. Fey también pensó que se había retirado a dormir... aunque yo tampoco lo vi, señora".

La casa estaba en silencio cuando bajó las escaleras. Al parecer, los criados también se

habían retirado. Apenas sabía qué esperar, pero llamó en silencio a la puerta del comedor antes de entrar.

Su marido seguía sentado en su silla. El fuego se había reducido a brasas en la chimenea y una sola vela parpadeaba en el centro de la mesa. Ante él había una jarra de oporto medio vacía y una copa. No la saludó cuando entró y cerró la puerta. El pasillo que conducía al ala de la cocina estaba oscuro y desierto. Estaban solos.

"Querías hablar conmigo".

Agitó el líquido de color ámbar en su vaso y se lo bebió antes de levantar la vista.

"Aunque no debería sorprenderme, has vuelto a fallar, Catherine."

Su voz era áspera: el ataque pretendía herirla. Ella permanecía atenta en el extremo opuesto de la mesa al de su marido, con los dedos aferrados al alto respaldo de la silla.

"Tenía la impresión de que habías planteado bien esta tontería. Me aseguraste que ésta no me deshonraría. Que ésta sabría qué decir y hacer... y cómo actuar para buscarse un marido apropiado".

Sacudió la cabeza. Él estaba atacando la única cosa brillante que había salido de este matrimonio. "Lo hace, señor. Los modales de Clara son impecables. Su encanto..."

"No lo suficiente, por un trueno". Golpeó la mesa con una mano, haciéndola saltar. Vio cómo le temblaba la mano mientras servía más oporto de la jarra. "Le falta delicadeza. Actúa como una simplona. Joven... ingenua... inocente. Parece no tener mente propia". Sus palabras se arrastraban y ella le vio apartar el vaso, ignorándolo cuando cayó sobre el borde, manchando el mantel.

"¿De qué otra forma querrías que actuara?" Catherine no podía comprenderle, en absoluto. "Es la joven perfecta. Experta en las artes femeninas. Moral. Deferente. Tranquila."

"Bueno, por lo visto estas cosas están pasadas de moda". Se recostó en la silla, mirándola. "Y no le culpo por no quererla. Todavía no la he oído expresar una opinión sobre ningún tema. Nunca se ha pronunciado sobre nada. Nunca la oigo hablar sin que le hablen primero. Es sólo una cara bonita. No tiene alma. No tiene sustancia. Ni presencia. Es un maldito fantasma".

Catherine sintió que se le llenaban los ojos de lágrimas ante aquella crítica injusta hacia su hija. Sabía que podía defenderla. Podía recordarle a su marido que Clara era lo contrario de *todo lo* que él odiaba en Jane. Que había sido él mismo quien había exigido que fuera exactamente como él la describía.

Luchó por mantener la calma, devanándose los sesos en busca de la verdadera razón por la que Sir Nicholas no se había declarado como esperaban. Debe haber otra razón, pensó. Bueno, ella no iba a cargar con la responsabilidad de esto. No, claro que no.

"Habrán otros pretendientes", dijo con seguridad. "Clara es una belleza notable, y además tiene una fortuna que ofrecer. Otros que no sean tan críticos o *modernos* no encontrarán defectos en nuestra niña".

"Aquí es". Se inclinó hacia delante. "Clara *no* es una niña. No me interesa estar entreteniéndolo a otros pretendientes. Quiero a *este* hombre. No es como los otros petimetres que vimos colgados en la puerta de todas las fiestas de Londres. Al diablo con su título y su riqueza. Incluso sin ellos, le daría la bienvenida a mi familia. Es un hombre de verdad".

Catherine se quedó mirando, sorprendida por las palabras de su marido.

"Os digo que me dio una reprimenda cuando os fuisteis... como no había visto desde que Cumberland relevó al general Hawley del mando en Escocia". Sir Thomas se puso en pie, apoyando una mano en la mesa para estabilizarse. "Cuelgue, éste no me tiene miedo en lo más mínimo. El valiente bribón me miró directamente a los ojos y me dijo: 'Te equivocas'. 'Te equivocas', me dice... ¡en mi propia casa!".

El grito de Sir Thomas resonó en la habitación y Catherine miró vacilante detrás de ella, contenta de haber cerrado la puerta.

"La... charla... que quería tener conmigo esta noche tenía poco que ver con Clara, en absoluto". La fulminó con la mirada al otro lado de la mesa. "Tuvo el descaro de reprenderme... reprenderme... por la forma en que permito que traten a *Jane*".

"¿Jane?"

"Jane". Dice que no le importa cómo permito que la trate *Musgrave*. Por los truenos, se pasó un cuarto de hora hablando de la insolencia con que el nuevo magistrado se dirige a ella. Se quejó de cómo *nosotros*..." La señaló con el dedo y luego se señaló a sí mismo. "No la incluimos adecuadamente como miembro de esta familia. Habló sin cesar de Jane. Defendiéndola. ¿Me oyes? No a Clara... no le interesa. Sólo defiende a *Jane* y su maldita impertinencia". Se rió brevemente y luego tomó aire. "Ah, sí. Dijo que tu potra es demasiado joven para él. No puede considerar tomarla como esposa".

"¿Qué vamos a hacer?", preguntó nerviosa cuando Sir Thomas empezó a rodear la mesa hacia ella. "No podemos cambiar su edad... ¿cómo podemos convencerle de lo contrario?"

"Nuestro invitado se quedará los quince días previstos. Así que ahora es *su* trabajo, señora, asegurarse de que mientras esté aquí, reconozca los otros encantos de Clara."

"Puedo... puedo planear una fiesta. Un baile", dijo, moviéndose y manteniendo la mesa entre ellos. "Las chicas siempre son mejor vistas en esos ambientes. Lo planearé para la semana que viene".

"Haz lo que tengas que hacer", espetó.

"Enviaré las invitaciones mañana. Haré que Fey traiga media docena más de trabajadores de las granjas para ayudar con el servicio. También le pediré más ayuda para la cocina. Y sí, un vestido nuevo para Clara. Algo más sofisticado y... y revelador".

"No falles. No tendremos otra oportunidad".

"Sir Nicholas quedó prendado de ella en Londres", dijo Catherine con firmeza. "Estará enamorado de ella otra vez."

Su marido gruñó y se tambaleó hacia la puerta. Se detuvo con la mano en el picaporte y la miró fijamente.

"Estás ignorando lo más crítico", dijo sombríamente. "Jane".

"¿Jane?", repitió simplemente. Ella negó con la cabeza. "No creerás que está seriamente interesado en Jane, ¿verdad?"

Se encogió de hombros. "Haz que una de tus criadas revele la verdad sobre su pasado a Lady Spencer o a su hija. Eso debería acabar efectivamente con cualquier hechizo que Jane pudiera haber lanzado sobre él".

"Pero... ¿realmente crees que es prudente hacérselo saber. Quiero decir, el pasado de Jane es un reflejo vergonzoso de todos nosotros. Sobre Clara."

"Hazlo", ordenó. "Lo descubrirán tarde o temprano, en cualquier caso. Al menos así, podemos estar seguros de que persigue a la chica correcta".

Mientras Catherine observaba a su marido desaparecer en la penumbra del pasillo, decidió que, por una vez, no podía estar más de acuerdo con él.

Nicholas respiró el aire fresco de la noche mientras caminaba despreocupadamente en dirección a los establos. Era difícil mantener la calma, pero necesitaba ser paciente y mantener la cordura.

Su conversación con Sir Thomas había limpiado su conciencia y su camino. Ahora era libre para ser él mismo y perseguir a Jane.

Pero ella era un misterio. Exaltada, impetuosa, pero sin vanidad ni ensimismamiento, no se parecía a ninguna otra mujer que él hubiera conocido. Y le estaba evitando.

Después de preguntar por ella cuando bajaron a cenar, Clara le dijo que su hermana estaba demasiado cansada por las actividades del día. Estaba descansando en su habitación, pero posiblemente se reuniría con todos más tarde.

La cena había pasado, pero no había rastro de Jane. No es que a nadie de su familia pareciera importarle, cuestionar o echar de menos su presencia entre ellos. Nadie en la mesa había sido tan consciente de su ausencia, o tan perturbado por ella como él.

Después de su charla franca y sincera con su anfitrión, Nicholas había tirado la cautela al viento. Subió a su dormitorio y llamó a la puerta. No contestó, no se veía ninguna luz bajo la puerta. Incluso intentó abrirla, pero estaba cerrada. A pesar de todo, sabía que ella no estaba dentro... y estaba igualmente seguro de que su caballo tampoco estaría en el establo.

Un mozo solitario estaba fumando en pipa y apoyado en un poste junto a la entrada del prado cuando Nicholas rodeó el muro de piedra. Acurrucados a sus pies, dos perros parecían montones de pelo, y al acercarse levantaron la cabeza sólo con despreocupado interés. En el otro extremo del prado, un farol se balanceaba suavemente en su gancho junto a la puerta principal del establo. Incluso en la oscuridad, Nicholas reconoció de inmediato a Paul, el jefe de cuadra y adiestrador a cargo de la empresa de cría de Sir Thomas.

Cuando regresaron esta tarde de su paseo a Ballyclough, Nicholas había pasado una buena hora hablando con el hombre sobre el adiestramiento de cazadores. Al parecer, la cría de caballos no sólo era una actividad caballerosa en Irlanda, sino también rentable.

"Hermosa noche, ¿no te parece, Paul?"

"Sí, eso es, señor". El hombre mayor se enderezó y se sacó la pipa de la boca. "No tendremos muchas más de estas antes de que llegue el frío".

"No me importa el frío. Aunque anoche hubo una tormenta salvaje. Parecía salir a toda velocidad de las colinas". Nicholas se detuvo junto al hombre corpulento y miró hacia los campos sombríos donde había visto a Jane. Aún podía imaginarse la capa negra volando detrás de ella. "Debe haber molestado a los caballos, creo".

"La mayoría estaban bien, pero siempre hay uno o dos más exaltados que los demás". Volvió a ponerse la pipa en la comisura de los labios. "Pero me mantengo alerta. Siempre estoy cerca. Así que me fijo en los que lo necesitan. Hablo con ellos. El olor del humo de la pipa también reconforta a los caballos".

Los dos permanecieron un momento en silencio. "Anoche comprobé cómo estaba tu montura. Era un joven y valiente caballero. ¿Lo recogiste en Cork City, dijiste?"

Nicholas asintió. *Siempre alrededor*. Tras unos mechones de nubes, empezaba a salir la luna por el este. Miró de reojo al hombre. Sin duda Jane pasaba por aquí con regularidad y a todas horas del día y de la noche, así que era de suponer que necesitaría un aliado aquí. "¿Qué tal le va al caballo de la señorita Jane? Es una buena amazona en terreno accidentado".

"Sí. Eso es. Y la Reina Mab no teme a nada". El rostro barbudo del hombre se arrugó en una sonrisa. "Y la señorita Jane lo supo desde el primer momento en que vio a la pobrecita como un potrillo. Ahora, el resto de nosotros podía ver claramente que la potranca era coja y poco probable que llegara a ser un gran caballo, pero no la señorita Jane".

"Coja, dices. No podrías decirlo mirándola ahora".

"Sin duda, señor".

"¿Le puso nombre?"

"Sí. La llamó Mab por la reina de las hadas. Puedo decirle, señor, que la buena muchacha pasó suficiente tiempo cuidándola, entrenándola y mimándola hasta que incluso la yegua creyó que era la propia Mab. Ya han pasado cuatro años y puedo decir que esa yegua *sabe que es una reina*". Terminó con una risita.

Nicholas echó un vistazo al ala que contenía la hilera de establos donde sabía que guardaban a Mab. Las sombras de la noche se extendían pesadamente sobre la hilera de puertas. Se preguntó si el caballo estaría allí ahora.

"En nuestro viaje para visitar a Parson Adams, estuve observando a la Srta. Jane. Es una jinete muy hábil. Incluso se podría decir que es un poco temeraria, sobre todo cuando sabe que alguien podría estar mirando."

"Cada cana que tengo en esta cabeza está ahí por la señorita Jane, te lo aseguro". Paul le hizo un gesto de complicidad y una sonrisa. "Debería verlos, señor. Hay veces que miro colina abajo y veo a los dos, caballo y jinete, moviéndose juntos como una sola creación. Atraviesan esos campos tan rápido que uno esperaría que les salieran alas y despegaran hacia los cielos. Sí, señor, hay veces que me rasco la cabeza y me pregunto si lo que ven mis ojos es real o sólo mi imaginación".

Nicholas tenía una imagen similar grabada en la mente. Una de las perras se levantó y se estiró, apoyando el hocico en la mano de Nicolás, que le rascó detrás de las orejas. Pensó en su creciente fascinación. Jane Purefoy era una contradicción con todas las mujeres que había conocido. Sabía sin lugar a dudas que el enfoque que generalmente utilizaba con otras mujeres sería totalmente insuficiente con ella. Era una mujer que vivía la vida plenamente cada día. Ella no aceptaría nada menos que al verdadero Nicholas Spencer.

"Pero no creo estar hablando fuera de lugar al decirles que no todos aprueban la forma en que ella y ese caballo deambulan por estas colinas".

Nicolás entendió que "todos" era su familia. Asintió y volvieron a quedarse en silencio.

"Oí que el nuevo magistrado la presionaba hoy para que le vendiera la yegua. Su señora se enfadó un poco".

"¡Que el diablo se lleve al hombre!" Paul se sacó la pipa de la boca y escupió al suelo. "Sir Robert estará avivando el fuego del infierno mucho antes de que la señorita Jane acceda a vender a la reina Mab a alguien como él... ¡y el maldito lo sabe!".

Al ver que el novio cobraba vida, Nicholas vio que el hombre era mucho más frívolo de lo que pretendía ser, más fiero de lo que permitía que se supiera y más protector con Jane de lo que Nicholas había supuesto en un principio. Paul se apartó impaciente de la pared.

"Durante todos los años que he trabajado para esta familia, nunca he sabido que la señorita Jane pidiera una sola cosa. Desde que era pequeña, corría descalza y se metía en medio de todo el mundo, no ha pedido ni una maldita cosa. A otras muchachas primogénitas las miman hasta los huesos, pero a ella no. Puedo decirle, señor, que la primera vez que esa chica quiso algo para sí misma fue el día que puso sus dulces ojos en ese potro".

Paul sacó una bolsa de cuero del bolsillo de su maltrecho abrigo y empezó a guardar de nuevo su pipa. Sus ojos parecían casi brillar, reflejando la luna creciente.

"Y para cuando nació Mab, no era fácil pedirle nada a su padre". Hizo una pausa y miró hacia la casa. "No después de todas las aguas turbias que se interpusieron entre ellos en los últimos años. Pero la muchacha se tragó su orgullo y pidió".

"¿Y pedir una potra coja era algo difícil?"

"Sí, señor. Más de lo que cree. Pero Sir Thomas planeaba sacrificar al animal de todos

modos, así que le dio el potro a la señorita Jane". Volvió a meterse la pipa en la boca. "Cuatro años, la ha tenido ahora. Durante los últimos cuatro años, Queen Mab ha sido el caballo de Miss Jane... lo único que ha reclamado en Woodfield House. Y creo que será mejor que ese maldito magistrado dirija sus codiciosos ojos hacia la propiedad de otra persona".

Nicholas sintió que su propia ira aumentaba en su interior. "Más vale que su intercambio sea el final, porque Sir Robert oyó claramente su negativa... y puedo decirle que la respuesta de la señorita Jane fue clara y directa".

"La cabeza del magistrado está llena de telarañas, me temo, señor. Oye lo que le da la gana".

"Entonces puede que le quite algunas de esas telarañas. Si ignora la negativa de la Srta. Jane, lo hará por su cuenta y riesgo".

La ruda posesividad de su comentario atrajo de inmediato la curiosidad de Paul, pues Nicholas vio que los ojos brillantes se volvían hacia él. No sabía por qué había expresado sus pensamientos en voz alta, pero ya era demasiado tarde para preocuparse por ello. Demonios, pensó, se había sentido lo bastante protector con Jane como para darle una buena reprimenda a su propio padre. ¿Qué importaba si alguien más en Woodfield House adivinaba dónde estaba su interés?

Paul siguió estudiándole en silencio.

"Se está haciendo tarde". Nicholas miró hacia los establos. "Creo que voy a ver a mi 'valiente caballero' antes de retirarme".

El mozo de cuadra le deseó unas buenas noches, pero Nicholas se dio cuenta de que seguía vigilando en el prado hasta que estuvo seguro de que el invitado había cumplido su tarea y se dirigía de nuevo hacia la casa.

Al llegar al arco de piedra junto a la casa principal, Nicholas se volvió y miró hacia los establos. Mientras miraba, Paul cruzó por fin el prado y apagó la luz del farol.

La sombría casa Woodfield se vislumbró más allá de la cresta de la colina, y Jane decidió cómo iba a ocultar su viaje a Kildare.

Su antigua tutora, la Sra. Barry, vivía con su hija casada en Dublín. Perfecto. La habían invitado muchas veces a visitar a la profesora jubilada. El hecho de que la anciana no supiera nada de la visita era irrelevante. Lo único que importaba era que sus padres supieran que partía hacia Dublín. Lo que ocurriera para que no llegara hasta allí era algo que podría averiguar más tarde.

Pensó en la última vez que la Sra. Barry se empeñó en invitarla a una visita y a una estancia prolongada. La Pascua pasada. Sí, perfecto.

Jane siempre había sido la favorita de la inglesa. Viuda poco después de que su marido la trajera a ella y a su hija del norte, la señora Barry había sido la primera maestra de Jane y, sin duda, la más paciente. Ella había sido la que reconoció la inquietud de la niña por los temas tradicionales y pensó en animar a la joven Jane a ir más allá de los bocetos y experimentar con pinturas.

Naturalmente, no eran pocas las familias protestantes que buscaban una instrucción bien fundamentada para sus hijas, por lo que Jane no había sido la única alumna de la tutora. Sin embargo, a pesar de su popularidad, la señora Barry no se había quedado mucho tiempo cuando su única hija se había casado con una buena familia de Dublín. Jane sabía que la mujer había estado felizmente al cuidado de sus nietos desde entonces.

Aliviada por tener un plan, Jane espoleó a su montura por los campos montañosos hacia la familiar forma negra de los establos. Sin embargo, al acercarse, se sorprendió al ver el resplandor de la pipa de Paul a la sombra de un roble a pocos metros de la puerta del prado. Disminuyendo la velocidad de Mab, guió al animal hasta donde él se encontraba.

"¿Pasa algo?"

"No, muchacha. Nada de nada". Se puso la pipa entre los dientes y cogió la brida del caballo mientras Jane se apeaba.

"¿Por qué has esperado despierto?", le preguntó ella, caminando a su lado mientras se dirigían hacia el prado.

"Vieja costumbre".

Algo le preocupaba, pensó, mientras echaba un vistazo al campo desierto que había detrás.

"No habéis visto a nadie por ahí ahora, ¿verdad?"

"Ni un alma". ¿Cuántos años llevaba esperándola? Pensó en todos esos primeros años, y en cómo lo encontraba enfermo de preocupación al pie de la colina. Esperando. Regañando. Cuidando. Durante demasiados años, él había sido para ella más un padre que Sir Thomas. Miró la gorra que llevaba baja sobre la cabeza, los ojos brillantes que seguían escudriñando los campos que ella había cruzado hacía unos momentos.

"¿Qué pasa, Paul?", preguntó en voz baja.

"Me enteré de que ese maleducado de Musgrave te hizo pasar un mal rato hoy. Eso fue suficiente para ponerme en marcha".

"Hablaste con el inglés".

"Eso hice, muchacha... y más de una vez".

Qué curioso que Spencer se negara a limitar su tiempo a socializar sólo con la alta burguesía. Incluso en Ballyclough le había observado en silencio entablar amistad con la señora Brown y la cocinera de Henry, e incluso con dos de los aldeanos que habían pasado por allí por casualidad para tratar algún asunto con el reverendo Adams.

Llegaron al prado. Empujó la puerta. "Y eso es lo que me tiene aquí pensando, señorita".

"Vamos, Paul. Sácalo."

"Muy bien. Es sólo esto. Creo que todo el mundo se equivoca".

Jane se dio la vuelta y cerró la puerta del prado tras ellos. "¿Qué les pasa a todos?", preguntó por encima del hombro.

"No quiere a la Srta. Clara, muchacha. Ha puesto su gorra sobre ti, tan seguro como que estoy aquí."

"De verdad, Paul. De todas las nociones!" Su negación resonó débilmente cuando el mozo de cuadra abrió la puerta del establo de Mab. Ella le siguió. "No tienes que hacer eso. Puedo cuidar de ella".

"Lo sé, mi alegría. Pero no me importa mimarte un poco de vez en cuando".

"Gracias."

"Ve de camino a la casa ahora."

Los siguió con la mirada mientras desaparecían. Jane sacudió la cabeza y se dio la vuelta, sin entender muy bien qué le pasaba a su vieja amiga.

La casa yacía oscura y silenciosa en la colina. La luna iluminaba un sendero brillante a través del jardín. Aunque no se arriesgaría a ir por allí, Jane también decidió no atravesar el húmedo pasadizo subterráneo que existía desde que un castillo se alzaba en esta colina.

La noche era demasiado hermosa y había demasiadas cosas en su mente que necesitaba aclarar. Decidió tomar el sendero, sabiendo que si la puerta bajo el gran arco de piedra estaba

cerrada por la noche, podría entrar por el ala de la cocina. Con un suspiro, se dirigió a la puerta del prado.

"Y Jane..."

El susurro de Paul la detuvo. Se asomaba desde la caseta de Mab.

"Creo que hay mucho más en él de lo que parece".

Capítulo Trece

SIGUIENDO EL SENDERO, subió la colina hacia el armatoste dormido de una casa... tal como él había esperado que lo hiciera. A medida que se acercaba, Nicholas sintió que sus sentidos se agudizaban perceptiblemente al verla. Con ella llegó el olor del viento y la hormigueante promesa de la oscuridad. Se movía como un gato, su cuerpo ágil se deslizaba sin esfuerzo por la noche.

Por 'sblood, pensó Nicholas, no recordaba la última vez que una mujer había despertado en él tanta expectación.

"Una noche mucho más agradable para cabalgar, creo".

Sobresaltada, Jane se giró y se asomó a las sombras de la entrada del jardín. Nicholas casi se sintió decepcionado cuando ella no echó mano de la daga que él sabía que llevaría. Le habría gustado acercarse lo suficiente como para tener que manejarla a ella y al cuchillo.

"¿Qué haces aquí?" Sus ojos oscuros brillaron como dos joyas a la luz de la luna. "No debería haber pensado que eras de los que se esconden en rincones oscuros y espían a la gente".

"Yo no... suelo hacerlo". Siguió apoyando un hombro en la tosca piedra del muro del jardín. Su mirada se fijó en los holgados pantalones oscuros, las botas altas y el delantal negro. "Sólo estaba disfrutando de la hermosa vista".

Iba vestida de hombre y, sin embargo, Nicholas no podía comprender ni por un momento cómo alguien que la mirara podía ser engañado. Sus ojos se detuvieron en los rizos oscuros que enmarcaban una tez que rivalizaba con el brillo de la luna. ¿Cómo podía un observador no darse cuenta de que era *toda una* mujer?

Jane echó un vistazo por encima del hombro a la casa que se alzaba tras ella. "Si lo que buscas es una hermosa vista, entonces estás mirando en la dirección equivocada".

"No creo que lo sea."

Tardó en darse cuenta del verdadero significado de su afirmación. No estaba acostumbrada a recibir tales cumplidos. Se apartó lentamente de la pared y se acercó a ella a la luz de la luna. Su objeción al cumplido se marchitó en su lengua cuando una extraña sensación de hormigueo comenzó a extenderse rápidamente por sus miembros. Se había quitado la chaqueta. Su mirada se dirigió sin control hacia el cuello abierto de la camisa y las mangas remangadas que mostraban unos brazos musculosos.

"Es muy tarde. Debería entrar". Pero sus pies, por alguna razón, parecían haber echado raíces.

"Por favor, quédate".

Si hubiera intentado utilizar su encanto físico para persuadirla, habría escapado fácilmente. Pero la simple petición sólo consiguió ponerla más nerviosa. Buscó palabras seguras que decir

mientras él se detenía ante ella, pero no se le ocurrió nada.

"¡Clara!", soltó. "Sí, Clara es madrugadora. Deberías entrar tú también. Seguro que estará deseando desayunar contigo".

"Bueno, tengo la intención de dormir hasta mañana al mediodía."

Se enfureció. "Ojalá dejaras de tratarla tan mal". No se atrevía a mirarle a la cara, no cuando estaba tan cerca. "No se merece que la trates así".

"Ella parece estar perfectamente contenta con la forma en que está siendo tratada... al igual que tus padres y todos los demás en Woodfield House. Tú, Jane, eres la única que se queja".

Esta vez, su mal genio la obligó a levantar la vista, y se sorprendió inmediatamente de lo alto que era y de la intensidad con que estudiaba cada defecto de su rostro. Las palabras de Paul volvieron a ella. "Pero Clara..."

"Abandona esa causa, Jane. Simplemente no me interesa hablar de Clara".

Su brazo rozó el de ella y el calor que emanaba del lugar la sorprendió. Ella dio un paso atrás inmediatamente. "Yo... necesito entrar".

"Quédate... sólo unos minutos". Una mano fuerte se extendió y le agarró la muñeca. Su pulgar acarició suavemente su piel.

"¿Por qué?"

"Hace una noche preciosa. Estaba desesperado por dar una vuelta por los jardines".

"Iré a despertar a Clara para eso. Ella es mucho más conocedora..."

"Mentí."

"¿Qué?"

"Mentí. No quiero una visita guiada. Pero recuerdo haber visto un banco de piedra junto al muro en el extremo inferior del jardín. Me gustaría mucho sentarme en ese banco y hablar".

Intentó ignorar la suave presión de sus dedos, su calor. "Como no quieres hablar de mi hermana, no tenemos nada que decirnos".

"Pero nosotros sí". Tiró suavemente y atrajo su mirada. "Tengo preguntas que no querría hacer a nadie más que a ti".

Arqueó una ceja. "¿Sobre Clara?"

Él se rió, una risa profunda y sincera que la hizo sonreír a pesar suyo. "Por 'sblood, señora, eres persistente."

"Gracias por el cumplido".

"Pero no era un cumplido", gruñó con buen humor, tirando de nuevo de su muñeca y desequilibrándola ligeramente. "Créeme, cuando te haga un cumplido, lo sabrás. Ven y siéntate conmigo unos minutos. Puede que te ganes uno".

Jane tiró de su muñeca y dudó un momento. No podía negarlo. Quería ir con él. Al mismo tiempo, ni siquiera se atrevía a pensar por qué quería. Asintió y trató de quitarle importancia a la situación.

"Te falta mucho poder de persuasión". Le vio abrir la boca para discutir y le hizo un gesto para que se callara, continuando. "*No obstante*, supongo que ya le he hecho rogar bastante. He decidido, por tanto, complacerle un poco, señor. Caminaré hasta el muro del jardín y volveré".

Otra carcajada del baronet hizo sonreír a Jane. En cuanto a las reglas de etiqueta, sabía que era totalmente impropio pasear a medianoche con un caballero por un jardín oscuro. Pero por otra parte, penso, no tenía reputación que proteger. Y en cuanto a posibles intenciones deshonorosas por su parte, sabía que era muy capaz de protegerse a sí misma. Era una líder rebelde y él lo sabía. No era una ingenua virgen de ojos estrellados que esperaba ser besada por un pícaro bajo un enrejado de rosas tardías.

Estos pensamientos tranquilizaron el cuerpo y la mente de Jane, al menos momentáneamente, mientras caminaban bajo el arco de piedra. Sin embargo, enseguida les rodearon los perfumados aromas de los parterres del jardín y sintió que el pulso se le aceleraba de nuevo al ver las seductoras sombras proyectadas por la luz de la luna. Sintió que su sensación de seguridad empezaba a disolverse y se obligó a alejar tan estúpidos pensamientos. Simplemente tenía que tratarle como trataba a todos los hombres que conocía: con franqueza e indiferencia.

"Los madrugones que tenemos en el campo deben ser un tormento para alguien como tú".

"Los horarios *que* tenemos son perfectamente satisfactorios. Para ser sincero, no me importaría tener a nadie más cerca ahora mismo".

Jane se dio cuenta de que él la miraba y negó con la cabeza. "Hablabas en términos generales al decir 'nosotros'. Pero más le valdría dejar a un lado su discurso hábilmente disimulado y sus maneras encantadoras, Sir Nicholas. No tienen ningún efecto sobre mí".

Su brazo volvió a rozar el suyo, esta vez intencionadamente, pensó ella. "¿Estás segura de que no tengo ningún efecto sobre ti?"

Sacudió la cabeza y le sonrió. Se acercó al borde del camino y se separó de él. "No soy una de tus doncellas de la sociedad londinense. Soy incapaz de que me desafíen, se burlen de mí o me tiente. Ahora dime amablemente qué es lo que querías preguntarme".

La mirada que le dirigió le dijo que no se creía sus bravuconadas ni por un momento. Pero era lo suficientemente caballero como para no presionarla. "El tema es un asunto de cierta seriedad".

"Me alegro. Odiaría pensar en perder el sueño necesario por algo menos".

Ahora tenía las manos entrelazadas detrás de la espalda, con expresión grave, mientras los dos seguían por el sendero.

"Desde nuestra llegada a su parte del mundo", continuó, "he tenido la suerte de encontrarme cara a cara con una banda de conocidos rebeldes y su líder. También he sido interrogado y he soportado interminables conferencias sobre este mismo grupo. Desgraciadamente, muchos de los que hacen las preguntas y las conferencias me parecen poco objetivos en su presentación de la verdad."

Jane frunció el ceño en la oscuridad. Se esperaba las preguntas. Era natural que él quisiera saber el motivo de su relación con los Whiteboys. Como miembro de la nobleza inglesa, Spencer consideraba sin duda que era su deber absoluto preguntar esas cosas. Y tras las respuestas vendrían los consejos que un caballero *debe* dar a mujeres insignificantes, poco inteligentes y vulnerables. Ya casi podía oírle.

Jane tenía que darle crédito, sin embargo. Al menos había sido capaz de retrasar su intromisión durante casi dos días.

"Mucho de lo que leemos y oímos en Inglaterra se basa en una burda generalización. Sé que eso es cierto, porque recuerdo las discusiones que oí con respecto a las colonias americanas después de regresar de allí. Lo que se decía a menudo tenía poco que ver con la verdad o con la exactitud. Aquí hablamos de luchas y divisiones, pero ignoramos la pobreza y la explotación que las causan. Hablamos de la amenaza de implicación de españoles y franceses contra Inglaterra. Conferimos los títulos de "héroe" y "villano" en función de si una persona es inglesa o no. Sólo vemos lo que nos interesa ver".

Llegaron al fondo del jardín, pero Jane se sintió demasiado cautivada por sus palabras para dar marcha atrás. Los dos caminaron bajo una larga parra enrejada. Sin pensarlo, ella arrancó un racimo de la fruta madura de la parra.

"Vi este tipo de ignorancia cuando luché hace muchos años contra los franceses en las

Llanuras de Abraham en la toma de Quebec, y más tarde en las campañas contra los Cherokee. Incluso me dejé llevar por ella hasta cierto punto. Pero esta vez quiero hacerlo mejor. No quiero cometer el mismo error. Quiero entender la verdad". Le oyó respirar hondo y soltar el aire lentamente. "Durante las dos últimas noches -con el permiso de tu padre- he pasado algún tiempo en su biblioteca revisando los documentos que ha reunido sobre la cultura y la historia de esta zona. Pero no hace falta que te diga que estos relatos han sido escritos en su mayoría por ingleses y carecen de cualquier intento de objetividad y exactitud."

Se detuvieron ante un banco de piedra bajo el enrejado y él apoyó la bota en él. Apoyándose en una rodilla, se volvió hacia ella. "Entonces, lo que te pregunto es si hay alguien en Woodfield House... o alguien que viva en los alrededores... que tenga los conocimientos y la objetividad suficientes para darme una idea clara de lo que está ocurriendo aquí".

Esto no había sido lo que ella esperaba. Llevaba tantos años enfrentándose continuamente a los defectos del sistema inglés -y a los defectos de la aristocracia- que no podía evitar preguntarse por los motivos de este hombre. No se parecía en nada a sus hermanos.

"Debo preguntarle, señor, si este deseo de 'comprensión' puede remontarse a nuestra pequeña escaramuza de ayer y a su silencio sobre la identidad del rebelde. Quizá le preocupe su decisión de no delatarme".

"No". Su negación fue rotunda. "Y te doy mi palabra de que hasta donde el resto del mundo sabrá, tú y yo nunca nos conocimos hasta anoche... en el salón de tus padres".

Hizo una pausa. "Dime, entonces. ¿Por qué te importa?"

"Ya se lo he dicho. He sido interrogado al respecto, sermoneado por gente como Sir Thomas, y esta mañana por Musgrave. Me gusta conocer los hechos antes de formarme una opinión".

"Hechos". Apoyó un hombro en el enrejado y se enfrentó a su mirada desafiante. "Los hechos son sólo una cuestión de percepción". Levantó la fruta que tenía en la mano. "¿Qué ves aquí?"

"Uvas. Alimento. La materia prima para el vino, supongo".

"Lo que veo es la sustancia que contiene las semillas del crecimiento futuro. La semilla de uva individual tiene pocas esperanzas de convertirse en una vid. Pero si enterrara todo este racimo, en primavera encontraríamos varias vides brotando de la tierra. Los hechos pueden interpretarse de distintas maneras".

Nicholas sacó una uva del racimo que tenía en la mano y se la metió en la boca. "Y a veces una uva no es más que una uva". Sonrió. "Pero acepto tu punto de vista".

"¿Por qué necesitas formarte una opinión sobre nosotros?". Le lanzó una mirada desafiante. "Hoy estás aquí, pero mañana te irás con mi hermana. ¿Por qué...?"

"No me iré con Clara mañana... ni después. Y deja de enturbiar la discusión".

"Muy bien". Se encogió de hombros. "Pero lo que quiero decir es que hoy estás aquí, pero mañana te habrás ido. Tengo entendido que en Quebec te enviaron a luchar. Era imposible no involucrarse. Aquí está de visita con su familia. ¿Por qué no simplemente disfrutar de la belleza del campo? ¿Entretenerse con todo lo que esta zona tiene para ofrecer? En el fondo, te irás de aquí siendo la misma persona que eras cuando llegaste. No hay necesidad de que sepas nada más de nosotros".

Su mirada se entrecerró. Se inclinó hacia ella. "¿Por qué te opones tanto a que conozca tu causa?".

Jane se encogió de hombros y se alejó un paso. Levantó la vista hacia el cielo estrellado y trató de mantener un tono ligero. "Intento hacerte un favor... ahorrarte las vacaciones... eliminar preocupaciones indebidas".

"No pedí tu caridad, sino tu conocimiento".

Le sintió acercarse a su lado. Intentó ocultar el inesperado escalofrío que la recorrió cuando sus brazos se rozaron.

"De todas las personas que has conocido desde que llegaste, ¿por qué me lo preguntas a mí?".

"Porque, a pesar de tu nacimiento y filiación, has elegido el camino más difícil. Y tú eres el único líder rebelde famoso que he tenido el privilegio de conocer". Incluso en la oscuridad podía sentir el peso de su mirada en su rostro. "Fue bastante impresionante escuchar a Sir Thomas usar el nombre de Egan en el mismo aliento que los otros que son una espina en el costado de la Corona".

"Y pensabas: 'Qué triste que esté tan ciego'".

"Difícilmente. Estaba extrañamente agradecida por su ignorancia. Hay algo impresionante y a la vez desconcertante... en la ironía de que una inglesa sea líder de un movimiento así". No había burla en su tono, sólo una tranquila admiración. "Cuando te involucraste por primera vez en todo esto, ¿alguna vez pensaste que algún día podrías ser considerada una heroína para aquellos por los que luchas?".

"¿O pensar que un día me colgarían por traidora?". Jane bajó la mirada, escarbando la tierra con la punta de una bota. No estaba acostumbrada a recibir cumplidos. "Los caminos que recorremos no siempre son los mismos por los que empezamos... o por los que habríamos continuado... si nos hubieran dado a elegir".

"¿Te arrepientes de tu participación?"

"Me conformo con ser la persona en la que me he convertido. Estoy resignado al papel que parezco destinado a desempeñar. Pero lo sacrificaría todo... me sacrificaría a mí mismo... si pudiera cambiar sólo algunas de las tragedias del pasado o incluso una tragedia por venir."

Jane dejó caer el racimo de uvas en la tierra junto al camino. La brisa, perfumada con flores tardías y fresca en la cara, despertó recuerdos enterrados hacía mucho tiempo, imágenes de rostros muertos hacía mucho tiempo.

"Me convertí en Egan para cerrar el dolor... para olvidar..." Una repentina opresión apretó la garganta de Jane. Nunca se habría convertido en Egan si aquellos cinco jóvenes no hubieran sido ahorcados tan injustamente. Nunca habría arremetido contra la crueldad de la clase dirigente de este país si no hubiera visto el cadáver de su amante pudriéndose en la horca.

Si Conor hubiera vivido, lo más probable es que la participación de Jane hubiera consistido en suspirar por él durante su ausencia. Ella no era una heroína. El hombre que había amado y sus cuatro desafortunados amigos eran héroes. Ella sólo era una superviviente.

Cuando Jane sintió los dedos de Nicholas apartar una lágrima que había derramado sin darse cuenta, se volvió y sus miradas se cruzaron. Tuvo la incómoda sensación de que se había revelado demasiado.

"¿Me hablarás algún día de tu pasado?"

"Mi pasado es un libro abierto... hasta donde se produjo el cambio en mí. Pregúntale a cualquiera y seguro que te lo cuenta todo".

Demasiadas emociones estaban demasiado cerca de la superficie, y Jane reconoció su vulnerabilidad en ese momento. Sus sentimientos estaban demasiado a flor de piel. Las costras de viejas heridas se estaban abriendo. Jane respiró hondo, hizo acopio de fuerzas y se volvió hacia la casa.

"Alguien como Henry Adams debería poder contarte... lo que sea que desees aprender sobre el pasado de este país".

"Qué tonto fui al no adivinarlo. Es un hombre que parece estar demasiado familiarizado con

todo y con todos por aquí".

Estaba demasiado absorta en sus propios pensamientos e ignoró la desaprobación en su tono.

"Aunque mi vida es mía, Sir Nicholas, sé que hay expectativas que conlleva ser un invitado. Quizás deberíamos retirarnos a nuestros respectivos lugares. Buenas noches."

Sabía que la formalidad de sus palabras sonaba forzada, pero tenía que escapar.

Jane avanzó rápidamente por el sendero del jardín, rezando para que él no la siguiera. Mientras caminaba, se obligó a respirar con normalidad y a mantener la calma.

No podía explicar la melancolía que la invadió de repente. Con unas pocas palabras, pronunciadas allí mismo, en el mismo lugar del jardín, los años se habían desvanecido y los recuerdos enterrados durante tanto tiempo se habían abierto paso desde su interior, destruyendo sus entrañas en su camino hacia la superficie. Ahora podía sentir de nuevo el ardiente dolor en su carne y en su propia piel.

Pero esto no era en lo que ella había trabajado tan duro para convertirse. Nunca había esperado que el tiempo la curara, sino que le enseñara. Y con los años había aprendido a sobrevivir. Había luchado y finalmente había conseguido mantenerse por encima de las mareas fundidas del recuerdo. Pero esa noche, con ese hombre, había vuelto a ser vulnerable y frágil.

Enjugándose las lágrimas, miró hacia delante. El cielo estaba despejado, la casa negra e intimidante. La brisa venía del este, de Waterford. Y Jane recordó.

Nueve años atrás, había recorrido este mismo camino para conocer a un hombre al que había amado. Era la víspera de su cumpleaños. Cumplía diecisiete años, y Conor la había conocido bajo ese mismo enrejado a medianoche. Un beso. Iba a ser un beso de despedida, pero ninguno de los dos lo había sabido. Sólo habían susurrado sobre el futuro.

¿Cómo podían saber que sería detenido al día siguiente y ejecutado antes de que transcurrieran quince días? ¿Cómo podían saberlo?

"Jane", la llamó Spencer.

Un grito doloroso se liberó con la siguiente respiración, y ella aceleró sus pasos.

"¡Jane!"

Mientras las lágrimas corrían por su rostro, se apresuró a cruzar la puerta del jardín, con la esperanza de escapar a la casa. Pero sus fuertes manos la atraparon justo cuando llegaba al rellano, haciéndola girar para quedar frente a él.

"Jane, ¿qué pasa?"

Las palabras no salían de sus labios. Las lágrimas, sin embargo, luchaba por controlarlas. El pasado había quedado atrás... ¿por qué seguía persiguiéndola?

Luchó contra el dolor, forzándola a retroceder, y en un momento o dos consiguió mirarle a la cara.

"Si lo que dije te molestó... no tenía idea de que tu amigo significara tanto". Sus dedos apretaron sus hombros. "No era de mi maldita incumbencia."

"¿Qué amigo?" La sobriedad le llegó al instante al darse cuenta de lo desconcertado que parecía. Se secó la humedad de la cara con el dorso de una mano.

"Reverendo Adams. No tengo derecho a ser crítico con él. Es sólo que usted dice que él es sólo un amigo, pero me encuentro... diablos, me encuentro compitiendo con el hombre por su atención en todo momento."

"¿Competiendo por mi atención?" Se encontró a sí misma sonriéndole a través de sus lágrimas. "¿Por qué? ¿Por qué alguien como tú... *querría* competir por *mi* atención?"

"Puedes burlarte de mí o continuar con esta obstinada ignorancia de mi interés por ti..." Su pulgar apartó suavemente la humedad bajo sus ojos. "Pero te pido que me perdones por la forma

en que hablé de tu amigo".

El rostro del baronet era muy serio, pero Jane estaba demasiado consumida por sus palabras y sus caricias como para darse cuenta. La necesidad de recibir el consuelo de otro ser humano, de sentir el calor desconocido del contacto de un hombre, casi la abrumaba con su fuerza. Se quedó mirando la piel que se vislumbraba bajo el cuello abierto de su camisa, el sólido pilar de su garganta, su ancho y musculoso pecho. En un instante, sintió otro tipo de calor agitándose en su interior. Un suave resplandor parecía fluir por cada miembro, suavizando el dolor y sustituyéndolo por otro.

Apartó bruscamente la mirada. ¿Qué le pasaba? Estaba perdiendo el control de sí misma. Necesitaba recuperar el control de sus emociones.

"Soy yo quien debería sentirlo", consiguió decir. "Esto... cómo actué... fue totalmente inapropiado. Mis lágrimas no tienen nada que ver con Henry... o con lo que sea que hayas dicho".

No parecía convencido. Sin dejar de sujetarla por los hombros, la miró más de cerca a la cara. "¿Entonces por qué estás tan disgustada?"

La pregunta susurrada le llegó directamente al corazón, llevándola a otro nivel de conciencia. La caricia de su aliento contra su piel le resultaba tan agradable.

"Fantasmas". Buscó y encontró su voz. "De vez en cuando, tengo fantasmas que me persiguen".

"¿Así que tus lágrimas no tienen nada que ver con Henry Adams?"

"Nada de nada".

Jane sacudió la cabeza y sintió que el calor seguía extendiéndose por ella mientras su rostro se relajaba. No se había permitido pensar en su atractivo hasta ese momento. No se había dado cuenta de que estaban bajo el arco de piedra que protegía su casa. Jane no se había permitido admitir que deseaba que la distancia entre sus cuerpos desapareciera.

Ella trató inmediatamente de apartarlo, pero no pudo. Nicholas le levantó una mano del hombro y le tocó con ternura el moratón que tenía junto a la boca.

"Ahora que hablamos de disculpas, debo decirte que lo siento mucho".

Jane tenía toda la intención de hacer algún comentario ligero, pero la siguiente respiración quedó atrapada en su pecho al sentir los dedos de él trazar las líneas de sus labios.

"Eres tan hermosa, Jane. Estás tan viva y hermosa".

Tenía que negarlo. Tenía que alejarse. Pero su contacto había desatado un torrente de sensaciones, y se encontró luchando por mantenerse a flote.

"No creo que esto... sea una buena idea."

"Tienes toda la razón". Las palabras fueron pronunciadas como si lo dijera en serio. De repente, sin embargo, ella estaba estrechamente envuelta en sus brazos, y sus labios aplastaban los suyos.

Se olvidó de respirar. No encontraba motivos para quejarse. Sólo era consciente del fuego que la consumía.

Sus manos parecían moverse por sí solas, tirando de su camisa, palpando las líneas musculosas de su espalda. Él gimió de aprobación. Sus poderosos brazos la acercaron más a su cuerpo, apretándola contra él hasta que no quedó nada entre dos corazones que latían salvajemente como uno solo.

La pasión era algo que había experimentado hacía mucho tiempo, pero que había enterrado. Creía que ningún hombre podría evocar en ella la necesidad que una vez había probado e incluso consumido. Pero ahora, envuelta en el férreo abrazo de Nicholas, se sentía arder.

Mientras él la besaba, ella se abría a él, acercándolos un poco más al borde del olvido. Sintió la lengua de él buscando, saboreando. Cuando la apretó contra el arco de piedra, su cuerpo la siguió, abrasando cada centímetro de ella con su calor.

"Jane". Le arrancó la boca de los labios y se la acercó a la garganta. Sus manos se deslizaron por su cuerpo -tocándola, poseyéndola- y todo lo que ella pudo hacer fue aferrarse a su pelo y arrastrar su boca hasta la suya para darle otro beso abrasador. "Sabía que lo nuestro sería así".

Su boca se acercó a su oreja, acariciándola, mordiéndola.

...sea así entre nosotros... entre nosotros...

Las palabras resonaban en su mente. *Nosotros...*

Era casi como si flotara fuera de su propio cuerpo. Como en un sueño, Jane se miró a sí misma. La boca de Nicholas trazaba un camino por su cuello mientras sus manos estaban en su espalda, deslizándose por la curva de sus nalgas, apretándola contra él.

Nosotros...

Y entonces, cuando algo hizo clic en su cerebro, volvió a su cuerpo, consciente y casi presa del pánico. El gemido en su garganta se convirtió en un grito, y las manos que no podían acercarlo lo suficiente, de repente empujaron para liberarse.

Se detuvo al instante y dio un paso atrás de inmediato. "Jane..."

A Jane aún le costaba recuperar el aliento, pero se aseguró de pronunciar las palabras que gritaban en su interior. "No hay un *nosotros*, Nicholas. Nunca puede haber *nosotros*".

Ella levantó una mano para silenciarle cuando él abrió la boca para hablar.

"Y por favor... por favor..." le suplicó mientras se acercaba a la puerta. "Olvida lo que ha pasado esta noche. Los dos cometimos un error. Y nunca... nunca... volverá a ocurrir".

Jane corrió hacia el interior, sin saber cómo podría perdonarse a sí misma por haber estado a punto de seducir al futuro marido de su hermana. Nunca más, juró en silencio, subiendo dos escalones a la vez hasta su cuarto de trabajo bajo el tejado. Nunca más se permitiría estar a solas con Nicholas Spencer.

Ni por un segundo.

Desde la ventana de su oscura alcoba, Sir Thomas observó al baronet adentrarse en la noche. Incluso desde esa distancia, percibió la frustración del hombre mientras se pasaba una mano por el pelo.

"Es mucho más difícil de lo que creías", murmuró.

Como siempre, Sir Thomas había estado esperando el regreso de Jane. De pie junto a su silla, la había visto subir por el sendero, sólo para ser abordada por el visitante. Y luego los había visto caminar hacia los jardines.

La visión de los dos le hizo detenerse un momento, pero rápidamente se deshizo de ese pensamiento. No había ninguna posibilidad de que surgiera nada entre ellos. Jane no lo permitiría. Tal vez debería habérselo advertido al joven durante la charla privada que mantuvieron después de cenar.

Había acertado, como siempre. No había tardado mucho en ver a Jane prácticamente corriendo hacia la casa con Spencer pisándole los talones. Y ahora contemplaba la frustración de un hombre rechazado.

Era más que el escándalo de su pasado lo que mantendría separados al baronet y a Jane. Era más que su propia orden de ahorcar a aquel presuntuoso muchacho papista nueve años atrás lo

que mantenía la cuña sólidamente entre él y Jane.

De hecho, había mucho más.

Al principio, cuando se había dado cuenta de que ella entraba y salía a todas horas, había sido tan tonto como para pensar que había otro hombre implicado. Poco después, empezó a estudiar sus cuadros y a observarla atentamente. No había tardado en darse cuenta de que su propia hija había hecho suya la causa de su amante muerto. Jane apoyaba ahora a los Shanavest.

Sir Thomas se apartó de la ventana y se hundió pesadamente en el borde de la cama. Era para protegerla por lo que había seguido siendo magistrado durante tanto tiempo, con la esperanza de que ella se cansara de la insensatez del movimiento. Él mismo no volvería a actuar contra los rebeldes mientras Jane estuviera involucrada con ellos, pero ella era la razón por la que seguía insistiendo a Musgrave para que tomara medidas más enérgicas para capturar y ahorcar a los líderes locales. El anciano sabía que con los cabecillas fuera, quedaría poca lucha en el resto.

Sólo entonces, Thomas sabía, tendría una oportunidad de quitar la cuña. Sólo entonces, rezó, podría recuperar a su hija.

Capítulo Catorce

LA PEQUEÑA SALA de trabajo que Catherine Purefoy utilizaba como centro para el funcionamiento de su casa estaba alborotada cuando Jane asomó la cabeza a la mañana siguiente. Ya había cuatro sirvientas en fila ante su madre y recibiendo diversas instrucciones de su líder, un tanto histérica. Mientras tanto, Clara permanecía de pie junto a la única ventana de la habitación, mirando hoscamente hacia el exterior, totalmente ajena a la locura que reinaba en la estancia.

Una afilada aguja de culpabilidad se clavó inmediatamente en Jane al ver la tristeza en el rostro de su hermana, pero tal como había hecho miles de veces durante la noche de insomnio, cerró firmemente la puerta a la imagen de Nicholas y ella juntos bajo el arco de piedra. Con amargura, empujó la imagen al fondo del pozo sin fondo de los errores que había cometido.

Justo cuando Jane se planteaba si debía dar a aquella locura una o dos horas para calmarse, las víctimas de su madre empezaron a dispersarse. Dos criadas del piso de arriba prácticamente tropezaron entre sí en su prisa por escapar. Uno de los criados de la cocina salió furioso murmurando una maldición profana en gaélico. Fey, para su desgracia, fue la única víctima que quedó atrás. La voz de la señora se alzó excitada mientras disparaba a la pelirroja una docena de indicaciones relativas a una docena de tareas diferentes. A Jane le disgustó ver que incluso la calma habitual del ama de llaves se veía afectada por las continuas arengas de su madre.

Cuando Lady Purefoy hizo una pausa para tomar aliento, Jane aprovechó la oportunidad e intervino.

"Necesito un momento de tu tiempo, madre".

"Tendrá que esperar, Jane. Ahora no".

"Pero no puede esperar". Entró y se sentó cómodamente en una de las dos sillas disponibles. Se sintió aliviada al ver que Clara le dedicaba una mirada de soslayo y una sonrisa antes de volver a centrar su atención en lo que fuera que tanto la consumía.

Su madre la miró exasperada. "Bueno, entonces, ¿qué es, Jane? Date prisa".

"Estoy planeando visitar a la vieja Sra. Barry, en Dublín. Tomaré un autocar desde Cork y partiré dentro de unos nueve días".

"¿Y cuánto tiempo estarás fuera?"

"Quince días, quizá unos días más".

"Muy bien. Se lo contaré a Sir Thomas". Lady Purefoy se volvió hacia el ama de llaves.

Todo como Jane había esperado. Salvo contadas excepciones, hacía años que no hablaba directamente con su padre. Todo lo que necesitaba saber podía comunicárselo a través de su madre. Y ahora que sabía del viaje, realmente no había ninguna razón para que Jane se quedara. Sin embargo, la curiosidad la retenía en su asiento.

"Ah, sí. La costurera que usamos antes de nuestro viaje a Londres", dijo Lady Purefoy, recordando sus instrucciones a Fey. "Quiero que Paul envíe un mozo contigo a Cork City y traigas a la mujer de vuelta. Ahora, te dije qué comprar en cuanto a telas y colores. Asegúrate de que cualquiera que sea el novio que Paul elija enviar, debe entender que no debe darte prisa".

"No me apresuraré, milady."

"Pero te quiero de vuelta inmediatamente. No te entretengas en la ciudad. Hay mucho que hacer, Fey. *Mucho por hacer.*"

"¿Preparando una fiesta, madre?" preguntó Jane con buen humor, tratando de ganar un momento de respiro para el ama de llaves.

"Un baile", corrigió inmediatamente Lady Purefoy. "El más grandioso que hemos tenido en Woodfield House".

Catherine saltó de su silla y se escabulló detrás de un escritorio, frunciendo el ceño ante una pila ordenada de papeles.

"Creía que pensabas ayudarme con estas invitaciones, Clara". Se quedó un momento mirando el perfil preocupado de su hija. "Tienes que empezarlas ahora, para que podamos entregarlas hoy".

Jane observó a su hermana, obediente como siempre, abandonar su lugar y sentarse detrás del escritorio. Era un ángel de la casa, entrenada para seguir obedientemente las órdenes de sus padres.

"¿Es esta la fiesta de compromiso... er, baile que todo el mundo ha estado esperando?" A pesar de lo que le había dicho, Nicholas Spencer estaba aquí para casarse con Clara, y todo el mundo lo sabía. Todos lo habían aceptado. Ella no tenía ningún derecho... ninguna razón para sentir ese hierro candente que de repente le había atravesado el pecho.

Un silencio incómodo se apoderó de la habitación. Su madre y Fey la miraban fijamente. Clara, sin embargo, seguía rascando el papel con el bolígrafo sin detenerse.

"La señorita Jane acaba de bajar". Fey recordó suavemente a Lady Purefoy. "Ella aún no lo sabe".

"Si no estuvieras durmiendo medio día, como haces, entonces sabrías lo que está pasando por aquí". La madre de Jane le dio la espalda y acercó el lacre y el sello a Clara sobre el escritorio. Cogió una lista y empezó a quejarse de todo lo que había que hacer.

"Bueno, ¿alguien quiere decirme qué está pasando aquí?"

Clara dejó la pluma y habló. "No hay oferta de matrimonio. Sir Nicholas le dijo anoche a papá que no desea casarse conmigo".

"No hace falta que lo digas como si fuera definitivo", protestó Catherine de inmediato. Se colocó detrás de su hija, protegiéndola con las manos sobre los hombros y fulminando a Jane con la mirada. La hermana menor se limitó a volver a escribir las invitaciones. "Es evidente que no está preparado para tomar una decisión, pero sus intenciones son muy claras. Él y su familia piensan quedarse quince días más, como estaba previsto".

"¿Así que vas a dar una fiesta... perdón, un baile?"

"¿Por qué no?" Lady Purefoy cogió una invitación que Clara había terminado y la dobló cuidadosamente. "Las ventajas de una joven se muestran mejor en tales ocasiones. No hay nada como una buena comida, bebida y baile para abrir los ojos de un baronet a lo que se va a perder. Predigo que pedirá la mano de nuestra Clara al día siguiente del baile". Asintió a Fey. "Ya puedes irte. Y no olvides lo que te dije sobre los escarceos".

Fey dudó antes de irse. "¿No deberíamos planear también un vestido para la señorita Jane, milady? Si ella no tiene planes de partir hasta dentro de nueve días y el baile es en seis..." Fey

dedicó a Jane una suave sonrisa. "¿No cree, señorita, que ya es hora de que deje de vestir de negro?".

"Sigue tu camino, Fey." Lady Purefoy cortó bruscamente. "Jane es demasiado mayor para beneficiarse de nada de esto. Y además, sabes tan bien como yo que a ella no le interesan este tipo de cosas. Nunca le han interesado. ¿Y a ti, Jane? De hecho, ¿cuál es la diferencia entre nueve días... seis días... o dos días? ¿Por qué no planeas irte a casa de la Sra. Barry ahora mismo? Estarás mucho más feliz allí, de todos modos, mientras toda esta actividad tiene lugar aquí. Le diré a Sir Thomas que te permita irte inmediatamente".

"No, madre", protestó Jane. Se puso en pie mientras Fey desaparecía por la puerta. Lady Purefoy la había picado. A pesar del difícil estado de las cosas en Woodfield House, aún era raro oír a su madre afirmar abiertamente que Jane no era deseada. Pero eso bastó para que se quedara. "Me iré en nueve días como te dije."

Catherine pareció ligeramente molesta cuando Jane se detuvo en la puerta y se volvió hacia ella. "Y madre, por el bien de Clara, por favor piensa antes de hablar. No creo que sepas lo hiriente que puedes ser a veces".

Jane miró a Clara, que levantó la vista de entre sus ojos encapuchados sólo un instante antes de volver a trabajar en silencio y con diligencia en las invitaciones.

Parches de bosque ralo serpenteaban por las desgastadas colinas. Un sendero solitario entraba y salía del bosque y desaparecía en la cresta de la siguiente elevación. Alexandra Spencer levantó el carboncillo del papel mientras una nube gris se movía por encima del sol. Dirigió su atención hacia el este y estudió el contraste de sombra y luz que se deslizaba en el amplio panorama de estribaciones, bosques y pastos.

Mirar el trabajo de Jane el día anterior había vuelto a estimular en ella esa vieja y familiar sed. Alexandra necesitaba dibujar y pintar. Necesitaba crear.

También tenía que hablar con Jane y felicitarla por su trabajo. Dudaba que Jane recibiera muchos ánimos, viviendo con los aburridos rústicos que supuestamente eran sus padres. No podía evitar preguntarse si, después de todo, la hermana mayor no había sido una huérfana.

El sol volvió a salir, pero mientras Lady Spencer preparaba de nuevo el carboncillo sobre el papel, otra sombra se movió sobre ella. Era la de su propia hija, que ahora estaba de pie junto al banco del jardín, tapándole la luz. Sin embargo, la queja de la artista se silenció cuando miró el rostro lloroso de Frances.

"Oh, Fanny. ¿Y qué pasa ahora? ¿Aún no ha vuelto Nicholas de su paseo con Sir Thomas y el domador?" Puso una mano reconfortante sobre la de su hija y la atrajo hacia el banco de piedra. Había oído a Nicholas y a Frances intercambiar unas palabras esta mañana durante el desayuno. No estaba dispuesta a ponerse del lado de nadie por una disputa insignificante, pero de todos modos le había parecido que el carácter de su hijo había sido más corto de lo habitual. De hecho, se había mostrado impaciente incluso por escuchar la petición de Frances. "Tenía razón cuando dijo que no quería llevarte. Están mirando caballos, hablando de negocios, cabalgando por los pastos y paseando por los establos. Probablemente estén hasta las rodillas de estiércol mientras hablamos. ¿Qué diversión sacaría una joven como tú de algo tan espantoso?"

"No estoy enfadada con Nicholas". Frances se secó la humedad de la cara. Pero las lágrimas frescas no tardaron en volver a correr por sus pálidas mejillas.

"Entonces, ¿por qué estás tan disgustada, querida?". Alexandra dejó a un lado su obra de arte

y sacó un pañuelo. Se lo entregó a su hija. "No hay razón para estar aburrida. Lady Purefoy me ha dicho que están planeando una gran fiesta para el final de esta semana. Estoy segura de que le vendría bien algo de ayuda si te ofrecieras".

La joven negó con la cabeza. "No me aburro, madre. Y pensaba... pensaba ser de alguna ayuda. Pero cuando escuché la historia". Tuvo un hipo. "Oh, madre, es *tan triste*... tan triste. Pobre Jane".

Antes de que Alexandra pudiera decir una palabra, Frances había apoyado la cabeza en el pecho de su madre y sollozaba desconsoladamente.

"¿Qué le ha pasado a Jane? ¿Se encuentra mal? ¿Ha tenido un accidente?"

Frances tardó unos instantes en explicarse.

"No, ella está bien ahora. Quiero decir en la superficie. Esto pasó hace algún tiempo, pero aún así..."

Un dolor sordo había empezado a corroer a Lady Spencer. En el poco tiempo que llevaban en Woodfield House, ya empezaba a preocuparse por Jane, y toda aquella charla enigmática era demasiado inquietante.

"Frances Marie. Empieza a explicarme qué..."

"Descubrí por qué. Por qué la familia la trata tan mal". La joven se enderezó en el banco y utilizó el pañuelo para sonarse la nariz. "Ellos... se avergüenzan de ella... creo".

Alexandra puso objeciones al instante, pero las reprimió cuando Fanny la miró con ojos acuosos.

"Es verdad, madre. Esta gente nunca nos habló de Jane... hasta que llegamos. Y... y..." Agitó una mano impaciente hacia la casa. "No se preocupan por ella. Anoche... nadie preguntó dónde estaba. ¿Te diste cuenta? Y esta mañana... ¿alguien preguntó por ella siquiera una vez?"

Había muchas cosas en la casa Purefoy que Alexandra no entendía. "Cada familia tiene sus pequeñas excentricidades. Sólo porque no hemos visto mucho de Jane, eso ciertamente no significa..."

"Pero así es". Frances apretó las manos de su madre. "Lo es si creen que su reputación está arruinada y la consideran una desgracia".

Alexandra guardó silencio. Conocía a su hija. Sabía que, con lo angustiada que estaba Frances, todo lo que debía de haber oído saldría a la luz.

"El problema es que creo que Jane es una víctima trágica. Madre, tuve que interrogar a *dos* personas antes de tenerlo todo". Los ojos azules de Frances se entrecerraron, y su voz bajó mientras miraba hacia la casa. "Y eso es otra cosa. Creo que lo han planeado todo. Quiero decir, hacernos saber sobre el pasado de Jane".

"De verdad, Frances..."

"Sinceramente. Creyéndome un simplón o algo así, enviaron a una criada a ordenar mi alcoba. Y mientras estaba allí, me contó todos los cotilleos sobre la hija mayor. No creo que sea una coincidencia, madre. Creo que, después de ver cómo Nicholas anoche no estaba contento con la ausencia de Jane, querían asegurarse de que todos pensáramos lo peor de ella". Miró a su madre a los ojos. "Puede que sólo tenga dieciséis años, pero me han educado para saber qué es qué. En cuanto esa chica empezó a parlotear sobre lo *horrible que fue* para la familia que la señorita Jane se fugara hace nueve años con un pobre papista bueno para nada, supe que algo iba mal. Naturalmente, continuó diciéndome que, a pesar de la desgracia, los generosos Sir Thomas y Lady Purefoy se apresuraron a aceptarla".

Aunque Alexandra no conocía todos los detalles, se sentía satisfecha de que su hija viera los rumores con escepticismo.

"Sabía que no me lo iban a contar todo. Así que cuando la criada terminó en mi habitación, fui en busca de Fey".

"¿El ama de llaves?"

Frances asintió, secándose los últimos restos de humedad de la cara. "Es obvio que se preocupa por Jane. Así que pensé que la mejor oportunidad de escuchar la verdad sería de ella".

"¿Y Fey estaba dispuesta a hablar contigo sobre esto?"

"Lo estaba, después de que le contara lo que había oído". La joven volvió a bajar la voz. "La reputación de Jane se arruinó hace nueve años. Pero lo que la primera mujer no dijo es que nunca llegó a huir. No pudo. Porque el muchacho del que había estado enamorada durante algunos años fue arrestado y mandado ahorcar en la misma semana. ¡Oh, madre! Sir Thomas ordenó el ahorcamiento del chico. Y Jane... y Jane tuvieron que verlo morir".

Había lágrimas frescas que la joven apuñaló.

"Por eso viste de negro. Después de todos estos años, todavía llora al joven que amó. Eso es muy triste. Tan triste".

Alexandra estrechó a Frances entre sus brazos y dejó que la joven llorara. Aquella historia, incluso con la tragedia del padre ordenando la muerte de aquel joven, era perfectamente creíble. Una reputación perdida era una condena de por vida para una mujer. Pero no quería recordarle nada de esto a su hija ahora, pues lo que era habitual no era necesariamente correcto... o justo.

Recordó los cuadros que había visto en la buhardilla. El poder que había en ellos correspondía a alguien que conocía el sufrimiento. Y ahora Alexandra lo comprendía. ¿Qué mayor angustia podía soportar una joven que ser condenada a vivir de por vida bajo el mismo techo que el verdugo de tu amado? Especialmente cuando esa persona era tu propio padre.

"Creo que deberíamos contárselo a Nicholas". Frances una vez más se soltó del brazo de la madre y se sonó la nariz. "Ya puedo decir que está interesado en Jane, pero no puede... nunca funcionaría".

"No le diremos nada, querida". Alexandra levantó la barbilla de la joven y miró su rostro sorprendido. "Tu hermano aprenderá lo que necesita saber por sí mismo. Luego tomará sus propias decisiones. Estaremos aquí siempre que nos necesite. Pero Nicolás puede decidir sobre su futuro sin nuestra interferencia".

Capítulo Quince

AL PRINCIPIO, Nicholas no sabía qué era lo que le había despertado. Aún estaba oscuro fuera y no se oían ruidos previos al amanecer por la ventana que había dejado abierta durante la noche. Escuchó con más atención y le pareció oír un suave susurro de voces en el pasillo.

Al instante siguiente ya estaba fuera de la cama y había abierto la puerta por una rendija. El pasillo estaba a oscuras, a excepción de un parpadeo de luz procedente del fondo. Reconoció la suave voz del ama de llaves. Abrió un poco más la puerta y vio a Fey de pie ante la puerta de Jane, hablando apresuradamente.

Sólo podía oír fragmentos de lo que se decía.

"...la viuda de Seamus...los pequeños...Buttevant..."

Cuando se había retirado la noche anterior, ya estaba lo bastante impaciente como para echar abajo todas las puertas cerradas y buscar en todos los pasadizos secretos de Woodfield House. Le había evitado con éxito durante dos días enteros. La mayor parte del día del sábado la había pasado con Sir Thomas y Paul. El ex magistrado estaba muy orgulloso de mostrar sus establos y los progresos que había hecho desde que se retiró del servicio a la Corona. Sin embargo, cuando habían regresado a la casa solariega, Jane había seguido ausente durante toda la tarde, sin aparecer siquiera para la cena. Nicholas había recorrido un sendero entre la casa y los establos, pero su caballo había desaparecido. Más tarde, había encontrado a Mab instalada para pasar la noche, aunque seguía sin ver a Jane, en absoluto. Y el domingo, la única persona que había preguntado por ella había sido el párroco Adams, que había vuelto con ellos después del oficio religioso para quedarse a cenar.

La curiosidad del clérigo no había hecho más que avivar la impaciencia de Nicholas.

"...Musgrave..."

Frunció el ceño al oír ese nombre. La puerta de la habitación de Jane se cerró. Cuando los pasos de Fey comenzaron a bajar por el pasillo, Nicholas cerró su propia puerta en silencio. Se vistió a toda prisa. Aunque desconocía la naturaleza de la visita mañanera de Fey, las pocas palabras habían logrado llenarlo de angustia. Estaba casi seguro de que Jane se marcharía pronto.

El pasillo volvía a estar sumido en la oscuridad cuando Nicholas salió de su habitación. Se tomó un momento para dejar que sus ojos se adaptaran a la oscuridad y miró en dirección a la puerta cerrada de Jane. Sabía que no debía suponer que ella se marcharía por allí, así que empezó a bajar las escaleras. La interceptaría en los establos.

Suaves tintes de amanecer iluminaban el cielo sobre las colinas orientales cuando Nicolás llegó a los establos. Fue primero al establo de Mab, donde encontró el caballo ensillado y listo, aunque no había nadie atendiéndolo. Se dirigió en silencio hacia donde estaba su propio caballo y comenzó a prepararlo.

El sábado, cuando había salido con Sir Thomas y Paul, el entrenador no había dejado de cantar las alabanzas de Jane siempre que el padre estaba fuera del alcance de sus oídos. Si antes Nicholas estaba bastante seguro de la devoción del anciano por Egan, ahora no albergaba ninguna duda. Y esta mañana había descubierto a Fey transmitiéndole un mensaje.

Nicholas se preguntó cuántos otros en Woodfield House eran partidarios de Egan, a pesar del apasionado odio que el ex magistrado albergaba hacia el rebelde.

Acababa de ensillar su caballo cuando oyó el ruido de un caballo en el prado. Un momento después, oyó que se marchaba. Apresurándose, estaba sacando a su corcel del establo cuando el alto cuerpo de Paul apareció en la puerta abierta.

"Sir Nicholas", dijo el hombre con una silenciosa sorpresa.

"Voy con ella, Paul". Empezó a montar pero se detuvo cuando el jefe de cuadra le puso una mano en el brazo.

"¿Ir con quién, señor? Todos siguen durmiendo en la casa, que yo sepa".

"Voy con Jane". Nicholas mantuvo la voz baja y se volvió hacia el hombre. "No pienso interponerme en su camino. Y no interferiré a menos que ella me necesite".

El domador cogió la brida del caballo. "No, señor. No me cabe duda de que la señorita Jane está durmiendo como el ángel que es. Por qué..."

"Va a Buttevant, por un asunto que tiene que ver con el nuevo magistrado". Nicholas sabía que podía dominar a Paul si era necesario, pero esperaba la cooperación y la confianza del hombre. Pero el jefe de cuadra tenía aproximadamente cinco segundos. "Sea cual sea el problema, podría ser una trampa tendida por Musgrave."

El hombre miró fijamente a Nicholas.

"Sé quién es desde el primer día. He sido testigo de lo que hace. Sabe que su secreto está a salvo conmigo". Bajó aún más la voz y sacó a relucir el brazo que había sido acuchillado por Jane. "Siento un gran respeto por sus habilidades y sé que es muy capaz de defenderse. Pero vi a Musgrave en Buttevant hace tres días, y creo que está planeando algo".

La mano de Paul soltó la brida del caballo. "¿Qué vas a hacer?"

"Sólo tienes que estar allí", respondió Nicholas con confianza. "Sólo por estar con Jane, puedo ser capaz de distraer la atención de Musgrave de ella".

La sombría expresión de duda dio paso a un rastro de alivio. "Si cabalgáis duro por el valle hacia el norte y luego seguís hacia el este a lo largo del arroyo, deberíais alcanzarla".

Nicholas subió a su caballo. "Inventa alguna excusa por mí si alguien pregunta".

"Sí, señor. A la hora de la verdad, me he convertido en un experto mentiroso", le aseguró Paul. "Pero tengo que advertirte. Una vez que alcances a la Srta. Jane, no hay duda de que se sentirá cómoda en tu compañía".

"Una vez me creí un experto en encantar mujeres, pero su señora me dice que mi poder de persuasión es escaso cuando se trata de ella".

"Entonces, ¿cómo vas a convencerla para que te acompañe?"

"Ruega", dijo Nicholas conspiradoramente, poniendo las espuelas a su caballo.

Jane cabalgaba por la noche, con el vestido y la capa volando tras ella. Había pensado si lo mejor sería cabalgar como Egan o como ella misma. Hasta que no estuviera segura de lo que había que hacer, decidió que lo mejor sería actuar como ella misma. Más tarde, si era necesario, involucraría a sus compañeros de Shanavest.

El mensaje había llegado de Buttevant. La súplica de una madre para que cuidara a sus tres hijos. Rita, la viuda de Seamus, había sido arrastrada por los dragones hasta las puertas del cuartel.

El muchacho que había llevado el mensaje a Woodfield House también había contado que los soldados se habían presentado ayer por la tarde en la decrepita casa de campo y habían arrancado a Rita de las manos desesperadas de sus gritones hijos. Los pequeños habían sido abandonados a su suerte en compañía de la anciana ciega que compartía el mismo techo. Se desconocía la acusación presentada contra la madre, pero mientras Jane atajaba por un arroyo poco profundo y se adentraba en la carretera de Buttevant, temió que tuviera algo que ver con la bolsa de monedas que le había dado a la mujer hacía tres días. Espoleó a Mab a lo largo del camino, agradecida por los primeros destellos del alba que se extendían por el cielo oriental e iluminaban su camino.

Jane tenía otra razón para no involucrar inmediatamente a sus compañeros rebeldes. Sabía que no había forma de que pudieran desafiar a Musgrave y a un cuartel lleno de dragones sin un considerable derramamiento de sangre. Y era lo bastante lista como para saber que eso era exactamente lo que esperaba el magistrado cuando ordenó el arresto de la pobre mujer.

La primera vez que se dio cuenta de que *no* era la única viajera que se dirigía al norte tan temprano llegó casi media hora después de salir de casa. En la cima de una colina -como siempre era su costumbre- miró hacia atrás y vio al caballo y al jinete que corrían tras ella.

Al principio, debido a la distancia y a la tenue luz del amanecer, no lo reconoció. Pero al dudar unos instantes más, Jane se dio cuenta de que el hombre que empujaba el semental gris a una velocidad vertiginosa sólo podía ser Nicholas Spencer.

La inmediata chispa de alegría de Jane se transformó rápidamente en enfado. Forzó la sonrisa y dejó que la ira aflorara en su interior. Nadie la seguía. En todos los años que llevaba saliendo de Woodfield House, a cualquier hora del día o de la noche, nadie la había perseguido nunca. Hasta ese hombre.

Tenía la suficiente confianza como para saber que podría perderlo *en el camino* si se lo proponía. Pero en lugar de eso, dejó que su temperamento aumentara y giró a Mab para enfrentarse al entrometido y desafiar su presuntuoso comportamiento.

Esperarle era lo más duro, pero Jane lo soportaba imaginando los castigos más perversos que podía infligirle. Incluso pensó en cabalgar hasta la hondonada de árboles del valle contiguo y saltar sobre él por sorpresa. Pero el tiempo apremiaba, los hijos de Rita la necesitaban y no podía permitirse distraerse, por muy dulce que fuera la recompensa.

"Que tengas un buen día, Jane."

El animado saludo que le dedicó cuando se acercó avivó aún más el fuego. La sonrisa de su apuesto rostro era contagiosa, así que ella le dedicó su ceño más fiero.

"Necesita ser corregido en dos aspectos, señor", dijo mientras caballo y jinete se detenían a su lado. "No considero que esta hora sea oficialmente de día, y prefiero que mantengamos los modales formales, Sir Nicholas".

"Mis disculpas, señorita Purefoy."

No le pareció que lo lamentara. Y trató de pasar por alto lo atractivo que parecía con los bigotes que le habían crecido un día y el pelo rubio suelto y al viento sobre los hombros. Era la viva imagen del pícaro, más que el noble caballero que todos suponían que era.

"Sir Nicholas, ¿podría explicarme, y brevemente, qué hace aquí?".

"Montar, señorita. Resulta que me gusta el ejercicio".

"Podría guardar su ingenio, señor, para el salón. ¿Podría explicarme por qué me está siguiendo?"

"I?"

"Y dime por qué no debería sospechar de tus motivos".

"Bueno, yo..."

"Porque usted me ha dicho repetidamente que no tiene intención de exponerme, señor. Y sin embargo te encuentro siguiéndome."

"Ahora..."

"Y debo decirte que considero que mentir es algo espantoso en situaciones como ésta". Ella pudo ver la expresión divertida grabada en sus ojos azules. "Y este no es el momento de pensar en uno de tus ingeniosos comentarios".

"Señorita. Jane-"

"Me niego a que me trate como a un imbécil rústico y medio tonto, señor", soltó ella, inclinándose amenazadoramente en su dirección. "Lo menos que puede hacer es intentar pensar en una respuesta".

Sonrió. "Si..."

"Pero si no puedes, te sugiero encarecidamente que des la vuelta a tu caballo en este instante y emprendas el regreso".

Se acercó tan deprisa que Jane se quedó atónita cuando su gran mano se deslizó alrededor de su nuca y sus labios se posaron en los de ella. Todo quedó inmóvil durante un instante de locura. Las ganas de luchar quedaron suspendidas en el aire. Y cuando su otra mano la acercó aún más, el temperamento se convirtió instantáneamente en calor. Sus manos se aferraron desesperadamente a la solapa de su chaqueta. Le sorprendió aún más el extraño sonido de satisfacción que percibió en su garganta cuando él intensificó el beso.

"Así está mejor". Dijo Nicholas con voz de terciopelo cuando rompió el beso. Sus dedos se detuvieron un momento más y le acarició los labios. "Espero no haberte lastimado de nuevo. Tienes la piel más delicada. Si alguien se encontrara con nosotros, sabría con certeza que te han besado como es debido".

Una niebla se cernió sobre Jane durante largo rato. Luego, de repente, recobró la claridad y se enderezó en la silla de montar. Qué vulnerable era a sus encantos, pensó alarmada.

"Te prometo que estos moratones desaparecerán mucho antes". Se pasó una mano por la cara sin afeitarse mientras sus ojos azules reflejaban su sonrisa. "Pero estaré mejor preparado la próxima vez".

Quería quitarle la sonrisa de la cara, pero pensó que el castigo era demasiado trivial. Tenía que pensar en algo más doloroso. Para apartar la mano de la pequeña daga que llevaba al cinto, levantó las riendas, haciendo que parecieran un lazo.

"No tenía intención de seguirte a distancia", empezó él, observando sus manos. "Mi intención era acompañarte a Buttevant. Pero cabalgas con tanta habilidad y velocidad..."

"¿Cómo sabías a dónde me dirigía?"

Su mirada volvió al rostro de ella. "I..."

"Me *has estado* espiando. No hay otra forma de que lo supieras".

Cuando él la alcanzó de nuevo, hizo que Mab se apartara de su alcance. "No te atrevas a besarme de nuevo".

"Oh, pensé que querías... bueno, ¿me darás la oportunidad de explicarte, entonces?"

Jane abrió la boca, pero la cerró inmediatamente al darse cuenta de la verdad. No podía negarlo. En el fondo, deseaba que él la besara. Hizo retroceder a Mab un paso más para que sus pasiones se calmaran.

"Muy bien, Sir Nicholas. Esta es su oportunidad. Explíquese".

Nicholas empujó su corcel hacia Mab hasta que las botas de los jinetes se rozaron. Ella sintió que sus rodillas se tocaban.

"Escuché por casualidad fragmentos de una conversación en el pasillo. Mis intenciones no eran espiar, sino encontrar una oportunidad para pasar tiempo contigo". Se inclinó sobre el caballo y dejó que su mirada acariciara cada parte de su rostro. "Ha sido un maldito infierno, Jane. Has estado huyendo de mí desde nuestra charla en el jardín".

Jane no quería reconocer el calor que sus palabras produjeron instantáneamente en ella. No quería admitir que había pasado gran parte de los últimos días pensando en él, recordando todo lo que le había dicho y el beso que se habían dado. Le temblaban los dedos mientras fingía ajustarse la corbata de la capa. Rezó para que, a la tenue luz del amanecer, él no viera cómo el rubor subía a sus mejillas.

"Le advertí, señor... incluso le rogué... que no volviéramos a hablar de aquella noche en el jardín. Ya lo he sacado de mi mente. Le pido lo mismo a usted".

Parecía picado, pero sólo por un momento. "No creo que hayas olvidado lo que pasó. Nuestro beso de hace unos momentos fue la prueba".

"Por favor. Tengo grandes dificultades para entender mi propio comportamiento. Se lo ruego". Sacudió la cabeza. "Tengo cosas importantes que hacer y debo seguir mi camino".

Se hizo un largo silencio. "Como quieras. Pero dejaré descansar este tema sólo por esta mañana".

La batalla debía librarse en muchas etapas. Su concesión era un buen comienzo. Jane suavizó el tono y trató de centrarse en la preocupación más inmediata que tenía entre manos. "Ya he perdido demasiado tiempo. Y no voy a dar un paseo para hacer ejercicio ni a hacer una visita social esta mañana. Le agradecería mucho que respetara mis deseos y dejara de seguirme".

"No vas vestido como Egan, así que asumo que no vas a ninguna reunión secreta".

"No obstante, señor, se trata de un asunto privado y no es de su incumbencia".

"Sea cual sea el problema, irás a Buttevant, y puede que tengas que tratar con Musgrave".

"Me molesta la gente que asume que soy incapaz. No es la primera vez que hago este viaje... ni es la primera vez que me enfrento a este tipo de asuntos".

"Eres muy capaz. Te admiro por ello". Su tono era tan seguro que ella no pudo evitar mirarle escrutadoramente a la cara. Todos los signos anteriores de diversión habían desaparecido. "Te pido este favor para mi propia tranquilidad. La última vez que me reuní con el magistrado me sentí tremendamente irritada. Tal vez, si fuera sincera, admitiría que el origen de mi irritación residía en el hecho de que cada uno de nosotros competía, a su manera, por su atención."

"No creo que..."

"Por favor, permítame terminar". Volvió a acercar su caballo, y esta vez Jane no retrocedió. "Superé a Musgrave en ese incidente, pero creo que el hombre es lo bastante despreciable como para intentar hacerte daño... aunque sólo sea para darme una lección".

"Sir Robert no necesita una excusa para ser hiriente. Y creo que los asuntos que condujeron a las angustiosas noticias que me llegan hoy son totalmente independientes de su reunión con el magistrado."

"Por favor, Jane", insistió. "¿Harás esto por mí? Permíteme acompañarte. Sólo esta vez".

Debería haber puesto mil objeciones, pero no dijo nada. Se sentía dividida entre lo que quería y lo que creía que debía hacer. Al final, no se atrevió a rechazarle.

"Si... si te permito venir, debes entender que vas sólo como observador y nada más".

"Comprendo".

"No planeo ninguna reunión con Musgrave. De hecho, basándome en lo que me ha dicho,

prefiero *que* se quede conmigo en vez de separarse en Buttevant."

"Nada me complacería más".

Su rápido y, obviamente, sincero acuerdo provocó un nuevo revoloteo de excitación en el estómago de Jane.

"Pero al venir", continuó, "debes darme tu palabra de que no se hablará más de... de nada de lo que pasó entre nosotros... ni en el bosque ni cuando nos encontramos en el jardín".

No hubo respuesta inmediata. Luego le hizo un gesto perceptible con la cabeza.

"Estoy de acuerdo".

Debería haberse alegrado, pero en el fondo lloraba su concesión. Volvió la cabeza de Mab hacia el camino.

"Ciertamente puedo manejar este castigo..."

Jane miró por encima del hombro y vio que Spencer parecía estar hablando consigo mismo... o con su caballo. Volvió a centrar su atención en la carretera.

"Pero, claro... hablar puedo prescindir... Ella no dijo que tuviera que renunciar a nada más".

Jane ocultó la sonrisa que se dibujó en sus labios. Debería haber sabido que era demasiado granuja para hacer concesiones reales sin oponer resistencia.

Capítulo Dieciséis

EN UN RINCÓN sombrío de la casita de una sola habitación, una niña estaba agachada junto a su hermano mayor, que seguía durmiendo irregularmente, a pesar de todo el ruido que había en el lugar. Los rastros de suciedad que manchaban su inocente rostro indicaban lágrimas recién secadas. Los ojos de la niña se volvieron temerosos en cuanto entró Nicolás.

Jane le había dicho que no hablara con ningún irlandés con el que se cruzaran. También le había pedido que se quedara fuera. Sin embargo, Nicholas no podía dejarla entrar sola y se había quedado justo detrás de ella cuando atravesó el tablón de madera alabeada que hacía las veces de puerta. Una vez dentro, sin embargo, se mantuvo fiel a su otra petición y no dijo ni una palabra.

"No sé de dónde sacaría esas monedas", explicó la anciana ciega, removiendo una olla que colgaba sobre un pequeño fuego de turba. El líquido de la olla no parecía más que un caldo fino. "Rita regresó del pueblo y enseguida envió a Bowie para que le dijera al joven Mick que os llevara. Sabía que vendrían problemas y así fue".

El más pequeño seguía gimiendo miserablemente, pero se apartó cuando Jane intentó acercarse a él.

"Quería avisar a Egan. ¿Tú serías Egan?"

Era la tercera vez que la ciega hacía la misma pregunta. Nicholas se preguntó si otra persona hubiera entrado aquí y afirmado ser Egan, si la mujer estaría revelando tanto.

"Soy Egan, Bridget," Jane respondió suavemente. "Debes recordar mi voz. Estuve aquí no hace ni tres días".

La expresión de la viuda no revelaba nada que dijera que recordaba. Mientras tanto, pensó Nicholas, las arrugas de la edad y el dolor en su rostro delataban a alguien que había sufrido mucho a lo largo de los años, alguien que por fin había encontrado la forma de olvidar.

"La oí decirlo. Quería que se enviara un mensaje a Egan". Bajó la voz a pesar de los fuertes berridos de la niña. "También la oí hablar consigo misma de las monedas. Corrió al jardín de atrás... Aún estaba allí cuando llegaron los soldados".

El bebé seguía llorando. La niña del rincón se arrastró cautelosamente por el suelo de tierra y cogió a su hermano en brazos. El niño apoyó al instante la cabeza en su hombro y el llanto se relajó en un suave sollozo. Nicholas pensó que no era mucho mayor que su hermano, pero la niña había envejecido emocionalmente mucho más allá de sus años.

"¿Dijeron algo cuando se la llevaron? ¿Entraron y lastimaron a los niños?". Jane se acercó a la esquina y se agachó junto al niño dormido. Nicholas vio que sus hombros se ponían rígidos en cuanto le tocaba la cara.

"La cogieron en el jardín. Sólo entró uno, dio la vuelta a la mesa y se fue". Dijo Bridget en voz baja.

"¿Cuánto tiempo lleva Bowie durmiendo, Maire?" preguntó Jane a la hermana, tratando de mantener el tono tranquilo. Sus manos recorrieron el cuello del muchacho y se apretaron contra su pecho mientras esperaba una respuesta.

La joven no parecía haber oído la pregunta. Siguió meciendo al bebé en brazos y manteniendo una mirada cautelosa hacia Nicholas.

"Maire", llamó Jane en voz baja, pero seguía sin haber respuesta.

Desvió la mirada del niño dormido hacia la expresión asustada de la niña.

"¿Puedes agacharte?", le preguntó suavemente. "Creo que tu tamaño... y tu ropa podrían ser la distracción aquí".

Se sintió como un tonto por no haberse dado cuenta él mismo. Inmediatamente se quitó la chaqueta y la dejó caer al suelo junto a la capa de Jane. Enrollándose las mangas, se acercó al chico y se agachó a su lado. Se dio cuenta de que Jane no le había llamado por su nombre intencionadamente.

"Fue muy desconsiderado por mi parte", susurró. Pudo ver que Jane había abierto la parte delantera de la camisa del chico. Había moratones oscuros en las costillas.

"¿Quién estaría con vosotros?" susurró Bridget, con miedo evidente en su voz. Unas manos frágiles buscaron frenéticamente en el aire. "¿Dónde están los niños? Maire, ¿dónde está Daniel? Despierta a Bowie ahora mismo, Maire. Despiértalo".

La joven apretó más a su hermano pequeño contra su frágil pecho y se alejó del alcance de la viuda.

"No hay nada que temer, Bridget", le aseguró Jane. "Este hombre que está conmigo es un amigo. Como yo, sólo está aquí para ayudar".

"Tú no debes ser Egan", dijo Bridget acusadoramente. Intentó ponerse en pie, pero se cayó. "Vino sola. Trajiste a un hombre contigo. No... Egan nunca haría eso".

Nicholas puso una mano sobre la frente de Bowie. El chico ardía de fiebre. Así de cerca podía oír también el silbido de su pecho.

"Sólo tiene siete años, pero ha sufrido más que alguien de setenta", dijo Jane en voz baja. "Y le pasa algo más que la fiebre. Creo que puede haberse roto algún hueso del pecho".

Jane se apresuró a acercarse a la ciega cuando ésta consiguió ponerse en pie. Sus manos seguían extendiéndose a su alrededor y estuvo a punto de tropezar con la olla humeante.

"Bridget, soy yo." Jane cogió las finas manos entre las suyas. "Siente esto... es el mismo chal que Rita me regaló hace sólo tres días". Apretó la mano de la mujer contra la lana y luego aflojó su agarre sobre ella, permitiéndole sentirlo por sí misma.

Nicholas había visto el chal andrajoso cuando Jane se había deshecho de su capa. Su mirada se fijó ahora en el pálido rostro de Maire. El rostro de la niña se había iluminado y parecía alerta por primera vez. La niña se acercó vacilante a Jane. Incluso el pequeño Daniel dejó de llorar y levantó la cabeza para mirar el rostro de su hermana.

"Bowie está enfermo, Bridget". Jane habló mientras la ciega alzaba la mano y tocaba ligeramente la cara de Jane.

Nicholas no tenía fe en el estado mental de Bridget. Si esta mujer era interrogada por Musgrave y sus hombres, quién podía decir que no les describiría a Egan. Ya era bastante malo que supiera que Egan era una mujer.

"Quiero llevarme a Bowie... a donde pueda verlo un médico".

"No". Bridget sacudió la cabeza una vez. "Rita va a volver a por ellos".

"Sé que lo está. Pero Bowie está enfermo con fiebre ahora. Necesita ayuda... ahora mismo. Tenemos que conseguirle ayuda antes de que su madre regrese".

Al oír la palabra "fiebre", Bridget dio un paso atrás.

Desde la otra esquina de la pequeña habitación, Maire se acercó aún más, con lágrimas frescas brotando de sus ojos. Nicholas no estaba seguro de si Jane era consciente de la transformación de la niña desde que había reconocido el envoltorio de la madre. Buscó la forma de decírselo y entonces vio que Jane extendía la mano hacia la niña.

"Quiero llevarme a los tres conmigo. Los niños deben permanecer juntos".

A Nicholas se le encogió el corazón cuando vio que Maire ponía su pequeña mano en la de Jane. Su mirada se sintió incontrolablemente atraída por aquella mujer que no dejaba de sorprenderle.

"No, señorita. No quiero que Rita piense que yo... que yo empujé a sus pequeños a la carretera".

"Ella nunca pensará tal cosa", le aseguró Jane. "Ella sabía que estos tres serían demasiado para ti. Por eso me mandó llamar".

Antes de que Bridget pudiera objetar algo, Jane tocó el brazo de la ciega. "Me encargaré de que Rita sepa lo de los niños. Me aseguraré de que sepa dónde encontrarlos cuando las autoridades la liberen".

Esta vez, cuando Jane cogió al bebé, éste se movió voluntariamente hacia sus brazos, aunque su mirada permaneció fija en el rostro de su hermana. Por su parte, Maire volvió a deslizar su mano entre las de Jane, apretándose contra los pliegues de las faldas negras.

Bridget murmuró unas palabras sobre santos y hadas y volvió a la olla.

Nicholas se hizo cargo del febril muchacho mayor. Mientras envolvía el cuerpo inerte con su abrigo y lo levantaba suavemente, le vino a la memoria la amarga imagen de la joven que había encontrado en el parque de St. James aquella noche justo antes de Navidad. Bowie era casi tan ligero e inconsciente como ella. Ambos vestían sólo harapos. Parecían niños abandonados a su sufrimiento, aunque la situación de este muchacho también era muy diferente. Una débil tos sonó en el pecho de Bowie, y Nicholas se obligó a sacudirse la sensación de fatalidad que lo afligía. Todavía había tiempo.

Que aún haya tiempo para éste, rezó. Frunció el ceño ante la respiración agitada del chico.

El sol radiante del exterior contrastaba sorprendentemente con la penumbra del interior. El roce de la brisa de principios de otoño contra la cara de Bowie le hizo toser de nuevo y hundir más la cara en el pecho de Nicholas.

El baronet arrancó enérgicamente hacia su caballo, pero se detuvo un momento para grabar en su memoria la alegre visión que tenía ante sí.

Jane ya había subido al lomo de la reina Mab y los dos niños estaban sentados ante ella. Hablaba en voz baja a Maire y, al mismo tiempo, cogía la mano de Daniel y animaba al pequeño a acariciar las suaves crines del caballo. Había suavidad-afecto-amor en las acciones. A Nicholas se le ocurrió que podría tratarse del espectáculo más hermoso que jamás había tenido la suerte de ver.

La mirada de Jane se volvió en su dirección, y él vio su mirada ansiosa hacia Bowie. Luego levantó la vista hacia el rostro de Nicholas y, cuando sus miradas se cruzaron, él vio en ella a la mujer que había estado buscando.

El silencio se cernía como un manto sobre el salón matinal. Sentada con sus dos invitadas en una mesita junto al fuego, Lady Purefoy sorbía su té y observaba los pasteles de estilo francés

dispuestos con gusto en una pequeña bandeja. Clara se enfurruñó en una silla junto a la ventana, ignorando el pequeño plato y el platillo de té que había sobre la mesa a su lado. Las palabras de saludo de esta mañana habían sido breves y superficiales, y el apetito de las mujeres Spencer apenas igualaba el de su anfitriona.

Lady Purefoy hizo un gesto a uno de los criados para que sirviera más té a Alexandra y miró a su hija con la esperanza de llamar su atención. Clara miró por la ventana, ignorando a su madre.

Catherine, frustrada por la actitud distante de la chica, mordió un pastel del que podía prescindir. Llevaba dos días igual, Clara deprimida abiertamente ante su compañía. Ni una sola vez la joven había seguido sus indicaciones de invitar a Sir Nicholas a dar un paseo, o de darle una vuelta por los jardines, o incluso de leerle alguno de los libros en los que siempre tenía metida la nariz. Clara no había intentado iniciar una conversación ni una sola vez.

Dar un baile había sido una gran idea, pero Catherine sabía que una noche no bastaría para resolver el futuro de su hija. Escogió otro trozo de pastel, pero antes de llevárselo a la boca, se le ocurrió otra idea.

"¿Han oído hablar de nuestro legendario Castillo de Blarney?"

Su invitada se volvió hacia su hija, aparentemente esperando su respuesta. Pero la hosquedad de Frances había aumentado cada día desde que habían llegado. Clara y ella hacían una pareja perfecta, pensó.

"Sí, así es", respondió finalmente Lady Spencer. "En nuestro viaje hasta aquí desde la ciudad de Cork, Frances nos estaba contando todo sobre el don de la elocuencia que se rumorea que está relacionado con besar alguna piedra de la muralla del castillo".

"Sí... en efecto. Ese es exactamente el caso," dijo Catherine emocionada. "Estaba pensando... cuando Sir Nicholas baje esta mañana, tal vez podamos convencerle de que debería llevar a mi Clara y a la señorita Spencer al castillo de Blarney. No conozco a ninguna joven que no encuentre emocionante..."

"Preferiría quedarme hoy en casa", dijo Frances en voz baja. Cuando su madre abrió la boca, Lady Purefoy se percató de la aguda mirada que la joven de dieciséis años dirigió a su mayor. "Me duele la cabeza".

"A Clara, estoy seguro, le encantaría ir, de todos modos. ¿No es así, querida?" Catherine presionó.

La falta de entusiasmo de su hija, aunque tácita, se reflejaba claramente en sus ojos azules, preocupados y suplicantes.

"Entonces está decidido." Catherine se volvió hacia Lady Spencer y le hizo un gesto tranquilizador con la cabeza. "Esto es lo que estos jóvenes necesitan hoy en día. Alguien que les empuje a salir por la puerta y les haga disfrutar. Cuando yo era más joven, no necesitábamos que nuestras madres nos dijeran cómo cortejar a un joven".

El ama de llaves entró en la habitación en ese momento, examinando el té y los pasteles.

"Fey, estaba a punto de mandar a buscarte", llamó Lady Purefoy con júbilo. "Lady Spencer y yo hemos tenido la maravillosa idea de que Sir Nicholas y Clara vayan hoy de picnic al castillo de Blarney. Dígale a la cocinera que les prepare una cesta. Ah, y dile a Paul que lo mejor sería que preparara mi carruaje abierto". Sonrió ante la cara de duda de Alexandra. "Sé que a su hijo le gustan los caballos, y le aseguro que mi Clara es una jinete de gran talento. Llámeme anticuado si quiere, pero creo que un hombre y una mujer jóvenes pueden disfrutar mucho más de sus conversaciones en un carruaje que a caballo."

Vio que el ama de llaves seguía en la habitación, obviamente buscando una oportunidad para

hablar.

"¿Qué pasa, Fey?", dijo secamente.

"Sir Nicholas ya ha salido, milady."

"¿Salió? ¿Está fuera con Sir Thomas?"

"No tengo motivos para pensar eso. Oí a Sir Thomas preguntar por él cuando tomaba su propio desayuno. Cuando Paul subió, le oí decir que Sir Nicholas había salido a dar un paseo hacía algún tiempo".

"¿Sola?" Catherine se volvió con curiosidad hacia su invitada, que sorbía delicadamente su té. "¿Sabe adónde ha ido, Lady Spencer? ¿O cuándo volverá?"

"Hace más años de los que quisiera contar, señora, dejé de preocuparme por el paradero de Nicholas".

"Pero hace un día tan bonito". Catherine se levantó impaciente y se dirigió a la ventana mirando al exterior. "Simplemente *odio* ver como se desperdicia. ¿No estás de acuerdo?"

"Sí, quiero". Algo en la voz de su invitada hizo que Lady Purefoy se volviera a tiempo de ver a la otra mujer sonriendo enigmáticamente por encima del borde de su taza. "Pero quizás Nicholas no lo esté desperdiciando, después de todo."

Las dos mujeres miraron con preocupación mutua al niño enfermo que yacía en la cama entre ellas.

"¿De dónde salieron estos moretones, señorita?"

"De camino hacia aquí, la pequeña Maire me contó que Bowie regresó justo cuando los soldados se llevaban ayer a su madre. La pequeña luchadora cogió un palo e intentó detenerlos".

Jane escurrió el exceso de agua de la toalla en el lavabo y continuó bañando suavemente la cara del muchacho. La señora Brown cacareó compasivamente y trató de quitarle los jirones de la camisa con la mayor delicadeza posible.

"Maire dijo que lo patearon varias veces".

El rostro rubicundo de Mrs. Brown se enrojeció aún más a medida que subía su temperamento. "Son unos hijos del diablo. Golpeando a los pequeños".

Jane se tragó su propia ira, pero se prometió a sí misma que habría represalias por aquello. Algunos de los Shanavest, como Ronan e incluso el sensato Patrick, habían sugerido en repetidas ocasiones que se tendiera una emboscada a los dragones en el cuartel de Buttevant por la violencia que estaban cometiendo cada vez con más libertad contra los irlandeses. Pero Jane siempre se había pronunciado en contra. No quería dar a Musgrave una razón para empezar a buscar a los Shanavest. No era el temor a los éxitos del magistrado lo que la molestaba, sino la certeza de que muchos inocentes resultarían heridos por los enfrentamientos que seguramente se producirían.

Inocentes como Bowie.

"¿Ha llamado ya el párroco Adams al médico?" Jane volvió a tocar la piel febril del muchacho.

"Fue tras el Dr. Forrest en persona. No quería que el hombre se demorara porque era sólo el hijo de una viuda irlandesa que necesitaba atención. Ah, no... mire eso". La señora Brown señaló más magulladuras a lo largo del costado de Bowie.

"¿Pero vendrá?"

"El párroco se asegurará de que así sea", respondió el ama de llaves con seguridad.

"La hermana del chico también dijo que Bowie había estado enfermo unos días antes de que llegaran los soldados. Tosía y temblaba". Jane observó cómo las hábiles manos de la otra mujer abrían suavemente la boca de su paciente y le administraban unas gotas de agua. "La enfermedad... y luego el disgusto de que se llevaran a la madre... y luego la paliza. Demasiado para alguien tan joven".

La garganta del joven trabajó dolorosamente, pero pareció tragar el líquido.

"Sí", dijo la mujer mayor, enderezando la espalda. "Si no le importa, Srta. Jane, ¿podría ir a ver a los pequeños? Cook estaba tratando de darles de comer, pero la muchacha..."

"Maire".

La Sra. Brown asintió. "No creo que pruebe bocado a menos que usted mismo la consuele. Se nota que está preocupada".

El ama de llaves levantó la cabeza de Bowie sobre unas almohadas y colocó una sábana limpia sobre el pecho del muchacho.

Jane se levantó de mala gana. Sabía que la señora Brown era mucho más capaz que ella para atender las necesidades de aquella niña enferma. Pero también sabía lo frágil que era Maire.

"¿Sir Nicholas sigue abajo, o se fue con el párroco Adams?"

"Tampoco". El ama de llaves levantó la vista, sorprendida. "No sé dónde desapareció. Subió al muchacho aquí y lo puso en la cama, y luego bajó esas escaleras y salió por la puerta".

No me sorprende, pensó Jane. Seguramente era mucho más de lo que había esperado. Mucho más de lo que estaba dispuesto a comprometerse.

Pero ahora no tenía tiempo para pensar en nada de eso. Lanzó una última mirada a la figura inmóvil del niño y salió silenciosamente de la habitación.

Esto era lo que estaba destinada a hacer con su vida. Y no se permitiría dar un paso fuera de este camino, sin importar la tentación.

Se dijo a sí misma que debería alegrarse de que Spencer hubiera entrado en razón.

Capítulo Diecisiete

REZANDO para que no la vieran, Clara metió el ajado ejemplar de *El castillo de Otranto* bajo la manta que llevaba sobre el brazo y se escabulló junto al pequeño bosquecillo de árboles frutales donde se había topado accidentalmente con Lady Spencer, que se afanaba en dibujar.

Más que nada, sólo quería unos momentos de alivio. Unos momentos a solas. Una palabra descuidada más de su madre, una mención vulgar más de cómo podría lucirse más eficazmente delante de Sir Nicholas, y Clara sabía que seguramente se volvería loca.

Por el rabillo del ojo, vio que Lady Spencer dejaba la pizarra, se levantaba y se estiraba. Clara apartó la mirada y se adentró en el prado. Aunque sus invitadas -tanto la madre como la hija- eran personas bastante agradables, ella simplemente no podía soportar entablar conversación en ese momento.

Después del desayuno, Lady Purefoy había insistido en tener una larga charla con su hija en su despacho. La *charla* había consistido en un largo sermón sobre lo decepcionados que estaban ambos padres con la forma en que Clara se había comportado con su estimada compañía. Y la reprimenda había terminado con instrucciones directas sobre cómo debía comportarse Clara para ganarse la atención, el afecto y la propuesta de matrimonio del distinguido caballero.

Clara se sintió mal al recordar algunas de las cosas que le había dicho su madre. Qué diferencia con las instrucciones que había recibido de camino a Londres. Sacudió la cabeza, dándose cuenta de lo terriblemente arruinada que estaría si intentara poner en práctica la mayor parte de lo que su madre le había dicho. Más le valdría ir a Cork y unirse a las prostitutas del paseo marítimo.

Y pensar que Catherine se apresuraba a oponerse a que Clara leyera simples libros como el que llevaba bajo el brazo. Y aquí, cuando se trataba de la vida real...

Pronto llegó a su lugar favorito: un rincón del prado, cerca del prado pero protegido por un seto. Aquí, con el valle extendiéndose bajo ella, el sol era cálido y podía oír lo que ocurría en el prado y en el establo sin ser vista.

Extendió la manta, se sentó y abrió el libro que tenía sobre el regazo. Mientras lo hojeaba, Clara recordó la emocionante parte en la que había dejado la historia por última vez. *Isabella acababa de desaparecer del monasterio*.

Mientras buscaba el lugar, se detuvo un momento, pensando en la semilla de una idea que se le había ocurrido mientras soportaba el sermón de su madre.

Henry había sido invitado a la fiesta de este viernes, y Clara sabía que estaría aquí. Ahora bien, su madre se había asegurado de que absolutamente nadie fuera de la familia inmediata y Fey hubiera sido informado del rechazo de Sir Nicholas.

Qué interesante sería que Henry se lo contara de algún modo... tal vez a través de una carta.

Henry la había amado una vez. La idea de que pudiera considerar su deber consolarla por la pérdida la hizo estremecerse de expectación. Y lo absolutamente delicioso que sería utilizar algunos de los métodos sugeridos por su madre, no para intentar atrapar al mundano Sir Nicholas, sino para seducir al infinitamente más bondadoso Henry Adams.

La sola idea hizo que un escalofrío de excitación recorriera los brazos de Clara. Sin haber leído una sola palabra, cerró el libro y se levantó impaciente.

Era el momento. Ella tenía el camino. Había probado su pasión hacía tres días. Él todavía la amaba, a pesar de sus duras palabras. Él sucumbiría si ella lo perseguía. Y era demasiado honorable para no casarse con ella si... de alguna manera... se encontraban en una situación comprometida. Todo lo que tenía que hacer era enviarle la carta para poner en marcha su plan.

Casi mareada, estaba recogiendo su manta cuando oyó que un caballo se acercaba por el camino. El jinete llamó a alguien que estaba en el prado y Clara reconoció de inmediato el acento del hombre. La voz pertenecía a un mozo de cuadra que trabajaba para Henry. Con él enviaría su carta al párroco Adams. Sin duda, pensó, la providencia está actuando.

Atravesó el seto y se dirigió hacia la puerta del prado. La carta sería muy breve. Tal vez ni siquiera explicaría nada, sino que diría que era fundamental que Henry se reuniera con ella en algún lugar... en privado.

Sí. En persona y en privado. Cara a cara, ella tenía la mayor oportunidad de éxito.

Clara ralentizó intencionadamente sus pasos. No podía parecer demasiado ansiosa. El hombre se había apeado y hablaba con uno de los mozos de cuadra de Woodfield House.

"Roger", llamó.

El mozo de cuadra de Enrique se volvió inmediatamente y, al reconocer a Clara, se quitó la gorra.

"Vaya, Srta. Clara. Que tenga un buen día. Justo subía a casa para entregar una carta del párroco".

"Tal vez pueda tomarlo... ya que estoy aquí... y voy en esa dirección".

El otro mozo le hizo un gesto cortés con la cabeza y se alejó con el caballo de Roger. El mensajero sacó una carta del bolsillo y se la ofreció a Clara.

"Gracias, señorita."

"¿Es para mi padre?"

"No, señorita... quiero decir sí, señorita. Ahora que lo pienso, el párroco Adams no dijo a cuál de tus padres entregárselo. Sólo pensé en dárselo a Fey, aunque creo que hay un nombre en el exterior, ¿no es así, señorita?"

Clara lo miró. "En efecto, lo hay".

"¿Dice Lady Purefoy, señorita?"

"No sabía que supieras leer, Roger". Clara se lo metió en el bolsillo. "Eso es exactamente lo que dice".

"Leer es algo para lo que nunca he tenido tiempo, señorita. Pero pensé, es sobre la Srta. Jane, así que debe ser para su madre".

"Se lo llevaré directamente".

"Gracias, señorita."

"¿Te importaría esperar unos momentos antes de volver, Roger? Puede que mi madre quiera enviarte un mensaje. Además... tengo una carta que me gustaría que llevaras a Ballyclough por mí".

"Como desee, Srta. Clara". Volvió a asentir cortésmente. "Tengo que ocuparme del caballo del párroco. El viejo diablo tiró una herradura al pie de la colina, hace un momento".

Clara empezó a subir la colina, pero en lugar de pensar en lo que iba a escribir, su atención se centró en el mensaje que llevaba en el bolsillo. Roger había dicho que las noticias eran sobre Jane. Hacía ya demasiados días que Jane entraba y salía de Woodfield House. Durante los dos últimos días, Clara ni siquiera había pensado en preocuparse por ella cuando no había aparecido para comer. Sabía, sin embargo, que sus padres tampoco se habían molestado en darse cuenta de las idas y venidas de Jane.

En cuanto salió del prado, cruzó y tomó el camino que atravesaba los jardines. Cuando estuvo a salvo, Clara sacó el sobre y se quedó mirando el sello de Henry. De todos modos, Lady Purefoy siempre le pedía que leyera y respondiera a la correspondencia. Así que su curiosidad por lo que había dentro -su preocupación por Jane, se corrigió Clara- la empujó a romper el sello.

Apoyada contra un árbol, la joven dejó vagar su mirada por la elegante letra de Henry antes de que las palabras empezaran a llegarle.

Jane estaba hoy en Ballyclough. Henry estaba informando a Lady Purefoy y a Sir Thomas de que su hija estaba visitando a algunas familias de la parroquia. Y como también estaba decidida a pasar algún tiempo junto a la cama de un niño enfermo del pueblo, la recomendación del párroco era que pasara la noche en la casa parroquial en lugar de arriesgarse a viajar a casa a altas horas de la noche.

Tardó un momento en asimilar las palabras. Cuando lo hicieron, unos celos que nunca antes había sentido arañaron con fuerza las entrañas de Clara. Sus ojos se llenaron de lágrimas calientes y repentinas.

Henry ya no se preocupaba por ella. Estaba enamorado de Jane y Clara debería haberlo sabido. Arrugó la carta y se la metió en el bolsillo antes de correr hacia la casa.

Debería haberlo visto, pensó amargamente. Durante todos estos años, Clara lo había admirado en secreto, lo había observado, había estado enamorada de él, pero su atención siempre había estado puesta en Jane.

Clara subió a ciegas las escaleras hasta su habitación.

Ella había rechazado su oferta hacía seis meses, no sólo por los planes de sus padres, sino en parte por ese continuo medirse con Jane. El día anterior a su proposición, Henry había pasado toda la tarde con Jane. La semana anterior -y una docena de veces desde entonces- Jane había opinado que él vendría a buscarla a Woodfield House. Una y otra vez, preguntaba por la salud de Jane... o por su arte. De hecho, él era el único al que Jane invitaba a su taller en el ático.

A Clara le dolía pensar cuánto tiempo habían pasado los dos juntos allí arriba. Solas. Ahora sabía la verdadera razón por la que Jane no había hecho ningún escándalo por no ir a Londres.

Abrió la puerta de su dormitorio de un golpe y la cerró de un portazo. Las lágrimas habían cesado en algún punto del camino y una fría furia las había sustituido.

"¿Cómo de ciego? ¿Cómo de ciego he podido estar?"

Comenzó a pasearse por la gran habitación. Incluso la señora Brown había insinuado las preocupaciones e intereses de Henry la semana pasada, pero Clara -demasiado ciega para reconocer lo evidente- se había lanzado sobre él.

Y él la había rechazado. La había *rechazado*, no por las razones que había enumerado, sino porque quería a su hermana arruinada.

Dolor... ira... venganza... emociones reprimidas durante tanto tiempo se agitaban en su interior. Estaba a punto de estallar cuando unos golpes insistentes llamaron por fin su atención. Se dirigió a la puerta y la abrió de un tirón.

La joven sirvienta dio un paso atrás al ver la ira que ardía en el rostro de Clara. "¿Qué?"

"Disculpe, señorita. Alguien te vio llegar a la casa. Tu madre quiere saber de quién era el

mensaje..."

"Llévale esto". Clara sacó la carta arrugada del bolsillo y se la arrojó a la muchacha. Estaba a punto de volver a cerrar la puerta de un portazo, cuando la muchacha extendió una mano lastimera.

"Perdón, señorita. Preguntaba si tiene algo para ir... con el párroco Adams, ya que su hombre está esperando".

"No. Nada". La mano de Clara se agarró al borde de la puerta. "Pero hay algo que puedes hacer por mí".

El criado asintió preocupado y esperó.

"Averigua si el baronet ha vuelto. Si es así, que el cocinero prepare una cesta de picnic y pídele a Paul que prepare un carruaje. Él y yo vamos a dar un paseo".

"¿Y si no lo es?", preguntó nerviosa.

"Entonces ven a buscarme en cuanto esté".

Clara siguió sujetando la puerta incluso después de que la sirvienta desapareciera por el pasillo. Sus padres tenían razón, sobre todo su madre. Era una criatura demasiado refinada para un lugar tan tosco como Irlanda. Era demasiado hermosa y bien educada para no ser capaz de hacer un partido ventajoso para sí misma.

Nicholas Spencer no había pedido su mano; eso era cierto. Pero eso se debía a que, desde que había dejado Londres, se había esforzado por ocultar sus encantos, su actitud agradable, su inteligencia y su ingenio.

Ahora que ella había decidido que él sería su marido, el apuesto baronet no tenía ninguna posibilidad. Se casarían en quince días.

Su madre siempre tenía razón, pensó con amarga claridad.

Por fin, el sueño acogía a los niños en sus suaves brazos dorados. Los ojos de Daniel se cerraron durante un largo instante, pero enseguida se abrieron de par en par. Estaba claro que no quería perderse nada de la historia. Las dos pequeñas manos de Maire agarraban una de las de Jane, y los ojos verdes de la niña se agrandaron cuando Jane llegó a un momento especialmente emocionante del cuento.

A pesar de la importancia de la noticia que tenía que compartir, Henry Adams no se atrevió a inmiscuirse en esta serena escena. Los dos niños compartían la cama. Jane estaba sentada a su lado, contando un cuento irlandés en gaélico. La vio acercarse y acariciar el pelo de la pequeña.

Una nueva conciencia invadió a Henry, cogiéndole por sorpresa, cuando su mirada se fijó en el rostro de Jane. No recordaba haberse sentido nunca tan cautivado por su belleza. Parecía brillar desde dentro. Una suavidad, un lado maternal de ella que él nunca había conocido, le hizo doler el corazón y recordar lo cruel que su propia sociedad había sido con ella.

Era su derecho: ser mujer, ser madre. Había amado una vez y había sufrido mucho al perder a su amante. Pero la gente nunca olvidaba. Nunca miraban a la persona más allá de las habladurías y el escándalo.

Terminó la historia felizmente, con la paz y la armonía prevaleciendo para la buena gente que triunfó sobre el mal. Los ojos de Daniel ya estaban cerrados, pero el pálido rostro de Maire sonreía. Henry vio cómo Jane se inclinaba sobre la niña y le rozaba la frente con un beso. Las manos de la niña eran reacias, pero finalmente soltó su mano cuando Jane se levantó.

Jane apagó la vela que había sobre la mesa, cerca de la cama. Cuando se enderezó, se fijó en

él por primera vez. "¿Cuánto tiempo llevas aquí?"

Ella sonrió y Henry sintió otro tirón de calor en el corazón. Había sido su amiga durante tanto tiempo.

"El tiempo suficiente para ser arrullado e incluso encantado por la magia de tu lengua".

"Después de todos estos años, no puedo creer que nunca hayas aprendido a hablar gaélico, Henry", susurró, echándole una última mirada por encima del hombro antes de seguirle fuera de la habitación.

"¿Cómo sabes que no lo hablo?"

Ella le miró con desconfianza. "Porque nunca te he oído".

En el estrecho pasillo, cerró parcialmente la puerta de la habitación de los niños.

"Te sorprendería lo que podrías aprender de mí si vinieras más a menudo". Le cogió la mano y se la llevó a los labios. "¿Por qué siempre hueles tan bien?"

Hizo una pausa, y esta vez le dirigió una mirada extraña. "¿De qué vas esta noche, Henry Adams?"

Él se rió y, soltándole la mano, le rodeó cariñosamente el hombro con un brazo. Juntos se alejaron por el pasillo. "Usted siempre ve a través de mí, ¿no es así, señorita Purefoy?"

"Debería, considerando todos los años que te conozco". Se detuvo ante la puerta cerrada de la habitación de Bowie. "¿Cómo está?"

"Todavía tiene fiebre. Pero estaba despierto cuando lo vi".

Entusiasmada con este cambio, tenía la mano en el pestillo de la puerta cuando Henry la detuvo.

"Prepárate para una sorpresa".

Su expresión no revelaba nada, pero Jane recordó su actitud relajada de pie en la otra puerta.

"Esto sólo puede ser bueno". Empujó la puerta e inmediatamente jadeó de alegría. "Rita, estás aquí."

Bowie estaba despierto y agarraba con fuerza la mano de su madre. Aun así, la joven se puso en pie y sonrió con lágrimas en los ojos a Jane. "Acabo de llegar... hace un minuto más o menos".

Jane entró y la abrazó con fiereza.

"Gracias, E... señorita Jane", susurró la joven madre y lloró en voz baja. "Sabía que vendrías a por ellos. Sabía que nunca nos fallarías".

Detrás de ellas, la señora Brown entró en la habitación con una bandeja que llevaba un plato de sopa y una barra de pan. Jane soltó por fin a la joven.

"Maire podría estar todavía despierta al lado, Rita. Daniel está con ella".

Bowie buscó a su madre y Rita volvió a sentarse junto a su febril pero feliz hijo.

"Sí, señorita. Iré con ellos en un minuto".

Demasiado feliz para expresarlo con palabras, Jane se dio la vuelta y vio a Henry salir de la habitación. Lo siguió y lo alcanzó al final de la escalera. Cuando él oyó sus pasos y se dio la vuelta, Jane, abrumada por la magnitud de sus esfuerzos, lo abrazó.

"Gracias, Henry. Eres un buen hombre. Gracias por gestionar esto".

Los brazos que la habían rodeado a su vez, acariciaron suavemente su espalda. "Desearía merecer tus sentimientos. Pero no fui yo quien trajo de vuelta a Rita, sino el prometido de Clara... Sir Nicholas".

La cabeza de Jane se despegó inmediatamente de su hombro. Sus brazos lo soltaron y ella levantó la vista hacia su rostro solemne. "Pero creía que se había ido".

"Se fue a Buttevant esta mañana. Me dijo que tenía intención de encontrar a Musgrave.

Mencionó algo sobre una donación de monedas que había hecho con su ayuda a algunas familias necesitadas de la zona. Me dijo que iba a preguntar al magistrado por el motivo de la detención de Rita. Si tenía algo que ver con ese dinero, estaba decidido a exigir su liberación".

"No me dijiste nada de esto".

"No creí que tuviera muchas posibilidades de éxito". Se volvió para bajar las escaleras.

Le tiró de la manga para detenerle. "¿Qué tienes contra él, Henry?"

"¿Por qué haces esa pregunta?", dijo evasivamente, con el rostro desprovisto de emoción.

"Es obvio que ustedes dos no se gustan. ¿Por qué?"

"Si insiste en saberlo, puedo nombrarle una serie de razones por las que lo encuentro objetable para Clara, pero tendrá que *preguntarle* la razón de su hosco comportamiento hacia mí...".

Jane se culpó por la actitud de Spencer. No debería haber elogiado a uno antes que al otro. También podría haberle dado un hueso a un perro de pelea mientras el otro miraba.

"¿Dónde está ahora?"

"Creo que regresaba a la Casa Woodfield".

"¿No le invitaste a quedarse a comer algo? ¿O le preguntaste si deseaba verme?"

Se encogió de hombros. "No, pensé que estaría ansioso por volver con tu hermana".

"Oh, Henry. A veces puedes ser tan testarudo". Ella se deslizó junto a él en las escaleras, y él la siguió hacia abajo. "¿Cuánto hace que se fue?"

"No le cerré la puerta en la cara, Jane. Y él no pidió verte, en cualquier caso".

Jane le dirigió una mirada cortante. "¿Cuándo se fue?"

"No hace mucho tiempo. Pero no vas a ir tras él ahora, ¿verdad?"

"Vuelvo a la Casa Woodfield". Jane declaró cuando llegaron al vestíbulo de entrada. Se echó la capa sobre los hombros.

"¿Y Rita y sus hijos?"

"Diles que volveré mañana".

"Pero envié un mensaje a tu madre, diciéndole que te quedarías aquí esta noche".

"Ella no notará la diferencia". le aseguró Jane, dándole un ligero beso en la mejilla. "Buenas noches, Henry."

Encendió la mecha de una vela que había en la entrada y se dirigió al establo, donde su caballo había pasado la noche. Rápidamente, ensilló a Mab, apagó la pequeña llama y la condujo al exterior.

Nicholas había hecho esto por *ella*, pensó mientras lanzaba las riendas por encima de la cabeza del caballo. Había vuelto a los barracones de Buttevant... y muy probablemente había salvado la vida de la joven madre al hacerlo. Estaba impaciente por encontrarle y darle las gracias.

Jane estaba a punto de montar cuando vio la larga figura de Henry apoyada en un árbol junto a la casa parroquial, observándola en silencio. Y éste era otro hombre que tenía que oír su agradecimiento. Con una sonrisa culpable, se dirigió hacia él.

"Lo siento. No tenía derecho a ser tan crítico".

"Estás perdonada". Habló con solemnidad, pero ella detectó el rastro de una sonrisa en la comisura de sus labios.

"Y nunca te agradecí lo que haces por Rita y sus hijos. Doy tanto por sentado en ti, Henry, y..."

"Vete, Jane", dijo con un asentimiento cómplice. "Ve y alcánzalo".

Capítulo Dieciocho

"¿QUIZÁS deberíamos hacer que Sir Thomas envíe un grupo de búsqueda por él? Su hijo ha estado fuera *todo el día*".

Alexandra palmeó el brazo de Lady Purefoy. "Estoy segura de que eso es completamente innecesario. Conociendo a mi hijo, es probable que en este mismo momento esté desarrollando una entrañable amistad con varios de sus vecinos en alguna posada del pueblo. Mientras hablamos, probablemente estén bebiendo y arremangándose e intentando superar al siguiente con historias de guerra. Y dentro de unas horas, estarán apostando por una reyerta que tendrá lugar fuera... eso si Nicolás no es uno de los combatientes".

La expresión de horror en el rostro de su anfitriona era preciosa, pero pronto la mujer dejó escapar una risa incómoda.

"No siempre estoy preparado para su rápido ingenio, Lady Spencer. Muchas veces no puedo separar la verdad de la broma".

Alexandra arqueó una ceja inquisitiva. "¿Crees que hablaba en broma?".

Se sintió complacida al ver que la nube de confusión se posaba pesadamente en el rostro de la otra mujer. Casualmente, pero antes de que le preguntaran de nuevo por el paradero de Nicholas, Alexandra se dirigió hacia donde Fanny y la hija de lady Purefoy estaban enfrascadas en una especie de partida de cartas. El elegante y revelador vestido de Clara de esta noche era muy diferente a todo lo que había llevado antes. Pero había algo más diferente en la joven esta noche. Alexandra utilizó su ojo de artista para intentar descubrir qué podía ser.

Clara parecía tan tranquila como siempre. Pero el aire de ensoñación que había impregnado sus modales parecía haberse evaporado. Parecía alerta, incluso inteligente.

Alexandra se sentó en una silla cerca de ellos. "¿Qué opinas de un inglés bien nacido que se aburre mortalmente de pasar demasiado tiempo con la gente de su mismo rango?".

"Lo encuentro encantador. ¿Dónde podría conocer a un hombre así?"

"Frances," Alexandra regañó ligeramente. "Estaba hablando con Clara".

"Pero madre, necesitas ser más clara en tu descripción. Yo, por mi parte, tendría curiosidad por saber si este noble caballero resulta ser joven e increíblemente guapo y busca desesperadamente al amor de su vida". Los ojos azules de Frances bailaron con picardía cuando se encontraron con los de su madre. "Después de todo, no soy demasiado joven. Dieciséis es la edad perfecta para empezar la búsqueda de..."

"Esta discusión no te concierne, jovencita". Alexandra pronunció las palabras en voz baja y con dulzura, pero se aseguró de que hubiera puñales entrelazados en su tono.

"Oh, ahora lo entiendo. Te referías a *Nicholas*".

Lady Spencer fulminó con la mirada a su hija mientras la joven ocultaba una sonrisa.

Sabiendo que cualquier otro reproche sería completamente inútil con la pequeña alborotadora, se volvió hacia Clara.

"Y cuál es su opinión..."

Se sorprendió enormemente al ver que esta joven también intentaba reprimir una sonrisa, ocultando su rostro tras las cartas.

"Bueno, Srta. Clara, esta es una faceta suya que no habíamos visto".

Clara bajó las cartas y miró a Alexandra a los ojos.

"Mis disculpas, Lady Spencer. Pero encuentro encantador el don de honestidad y candor de su hija".

"Qué curiosa forma de describir una maldición".

Mientras las dos reían como dos conspiradoras que acabaran de robar el vino de la iglesia, Alexandra consideró con cierto asombro la transformación que se había producido también en la relación entre ellas.

"Los incorregibles y los corruptos", dijo con despreocupación, alejándose con una sonrisa arqueada.

Sin embargo, en su corazón se estaba asentando un gran peso. Era difícil admitirlo, pero había sido mucho más feliz *sin* gustarle Clara. A quien esta joven intentaba imitar, o en quien de repente se había convertido de nuevo, era una mujer que tenía muchas más posibilidades de éxito. Sin duda, volvía a ser la mujer con la que Nicholas había pensado casarse en algún momento.

Alexandra se acercó a la ventana, contempló la oscuridad y pensó en Jane. Había decidido no interferir. Había pensado que lo mejor era dejar que la fortuna girara a su antojo. Pero ahora no estaba segura de que fuera una buena idea. Con Clara obviamente empeñada en competir por la atención de Nicholas, la hermana mayor no tenía ninguna posibilidad de triunfar. Y aunque Jane no había mostrado ningún indicio de estar siquiera interesada en Nicholas, Alexandra había estado observando a su propio hijo. Luchaba con sentimientos que lo dejaban inquieto. Por cada comida que la hermana mayor de los Purefoy había estado ausente, la actitud de Nicholas había empeorado diez veces. No era de los que se dejaban afectar tanto por una mujer, a menos que hubiera algo más entre ellos de lo que nadie sabía.

La melancólica figura de Sir Thomas apareció en el umbral de la puerta y echó un vistazo al salón antes de posar una mirada ceñuda en su esposa. "Sir Nicholas aún no ha vuelto, supongo".

Catherine Purefoy dejó su labor de aguja y corrió hacia su marido. "He hecho que Cook espere la cena, pero se está haciendo tarde y..." bajó la voz, "-Lady Spencer cree que no deberíamos esperar".

El hombre asintió bruscamente. "Que me envíen una bandeja a la biblioteca".

Alexandra observó con disgusto el comportamiento grosero del hombre mientras se alejaba bruscamente. Una mirada a Clara mostró que el alegre comportamiento de la joven había vuelto en cuanto la conversación entre sus padres hubo terminado. Pero Jane. ¿Dónde estaba Jane?

Armada con un nuevo propósito, Lady Spencer supo que tenía que ayudar a la hermana mayor. La rueda de la fortuna a veces no giraba lo suficientemente rápido, decidió. Le correspondía a ella intervenir.

La luna creciente proyectaba largas sombras y hacía que las montañas a lo lejos parecieran cernirse sobre la tierra.

Nicolás trató de contener su ira y frustración y, en su lugar, centrarse en el paisaje iluminado por la luna. Gran parte de la tierra ya le resultaba familiar. El río Blackwater bordeado de granjas y pastos ondulados. Más al sur, el páramo cortado por profundos valles de marismas y bosques. La vista y los nombres de las montañas, las piedras paganas y los pueblos enclavados en las colinas se iban grabando en su memoria. Boggeragh, Banteer, Drommahane, Nad. Pero esta noche, mirara donde mirara, sólo veía el rostro de Jane.

La deseaba. Este anhelo feroz por una mujer en particular era una sensación nueva. Nunca antes la había experimentado. Y francamente, le parecía tan enloquecedora como mágica.

Quería pasar horas interminables con ella. Quería verla. Quería tocarla. Quería perderse en su sabor y su suavidad. Quería verla sonreír y ver cómo se volvía hacia él como lo había hecho esta mañana cuando salieron de la casa de Rita.

Pero no podía tenerla. Por 'sblood, estaría condenado si compitiera por su afecto si ella ya estaba enamorada de otro hombre. Nicholas se negó a jugar el papel de cualquier segundo. Quería su cuerpo, su corazón y su alma para él solo. Y no iba a compartirla con nadie.

Jane había dicho que no había nada entre Henry Adams y ella, pero él creía que no estaba siendo sincera consigo misma. Había querido llevar a los tres niños a casa del párroco. Había buscado la ayuda del párroco.

Había confianza, amistad... y algo mucho más, sospechaba, entre ellos.

Un sonido procedente de algún lugar a su izquierda hizo que Nicholas frenara a su caballo y mirara en la oscuridad. Era el único en el exterior hasta donde alcanzaba su vista. No veía a nadie a pie. No había luz en las casas ni en los pueblos cercanos. Puso la mano en la empuñadura de su espada y probó la conveniencia del cuchillo en su bota.

Confiado en que podría hacer frente a cualquier problema que acechara en las sombras de la luna, dirigió su mirada hacia la aparición de un caballo y un jinete que se acercaban por la cresta de una colina al este. Todavía estaban a unos metros de distancia, pero el tamborileo de su corazón en el pecho, más que la fuerza de su visión, le indicaba quién era el jinete.

La luna estaba sobre su hombro. La mujer y el caballo ofrecían un espectáculo magnífico, y Nicolás tragó saliva. Con su cabello oscuro suelto bailando al viento y su grácil cuerpo moviéndose en armonía con el animal, era sin duda una aparición de sus sueños. A medida que se acercaba, redujo la velocidad de Mab. A cada paso, la lengua de Nicholas se le anudaba más en la cabeza y el corazón le martilleaba más fuerte en el pecho. Sus hermosos ojos, brillantes en la oscuridad de la noche, lo estudiaron, lo evaluaron... y otra clase de opresión se formó en sus entrañas cuando ella detuvo a Mab justo a su lado.

"Usted da una persecución increíblemente buena, Sir Nicholas."

"Tienes ojos de gato". Su voz era ronca y grave. "¿Me ha estado siguiendo, señorita Jane?"

Su mirada estudió su rostro con un anhelo que lo abrasó, y luego se posó en su boca. Las manos de Nicholas se tensaron en torno a las riendas del caballo, pero no se movió.

"Lo he hecho".

"¿Qué quieres de mí?"

Se inclinó hacia él y le puso la mano detrás del cuello. Atrayéndolo hacia ella, se estiró hasta que sus labios se encontraron. Su boca era suave y su lengua juguetona mientras le provocaba y saboreaba. Nicholas saboreó el placer del beso, pero su contención duró poco. Hambriento de su sabor y su tacto, estiró los brazos hacia ella mientras sus bocas se enzarzaban en un duelo de pasión. Pero justo cuando estaba a punto de bajarla del caballo y subirla a su regazo, ella puso fin al beso. Mab retrocedió un par de pasos.

La miró a través del corto espacio que los separaba: "Estás jugando a un juego peligroso".

"Lo sé. Sonaba sin aliento y Nicholas tuvo que hacer un gran esfuerzo para no volver a cogerla.

"¿Para qué fue el beso?"

"Para agradecerle lo que hizo por Rita y por sus hijos".

¿Gratitud? Aquel no era un beso de gratitud. De repente, quiso que ella admitiera que el beso tenía más que ver con su deseo... pasión... con lo que sentía por él.

"¿Estabas igualmente agradecido al reverendo Adams? Él también está ayudando a esa familia".

"¿Oigo un atisbo de sospecha, incluso de *celos*, en tu tono?". Sonrió.

"Soy una simple persona que hace una simple pregunta".

"No hay nada simple en usted, Sir Nicholas Spencer". Sus suaves palabras acariciaron y calmaron. "Usted me ha asombrado, sorprendido y encantado desde el primer momento en que nos conocimos."

"¿Eso fue antes o después de que te derribara?"

"Muy divertido".

"¿Quieres decir que no besaste a Parson Adams?"

Ella se rió y a Nicholas le pareció que mejoraba su humor. "No te besé. No de la forma en que *te* besé, en cualquier caso".

Antes de que pudiera hacerle la pregunta sobre la forma en que había besado al ministro, Jane dio la vuelta a Mab y señaló las colinas al sur y al oeste.

"Si no tienes mucha prisa por volver a Woodfield House, entonces puedo agradecértelo adecuadamente mostrándote una de las vistas más interesantes de Munster. Y antes de que preguntes..." Ella le sonrió. "-Nunca he llevado a Parson Adams a las piedras de Knocknakilla."

"No se me habría ocurrido pedírselo". Nicholas acercó su caballo al de ella mientras partían. "Y, para serte franco, Jane, si no estás en Woodfield House, no tengo ningún interés particular en volver *jamás*".

Incluso en la oscuridad de la noche pudo ver cómo le afectaban las palabras. Ella le miró y, por un momento, él pensó que estaba a punto de tenderle la mano. Sin embargo, un búho ululó en algún lugar a lo lejos, rompiendo el hechizo. Ella sonrió y dirigió su mirada hacia las colinas occidentales.

"Intenta mantener el ritmo, Spencer", dijo, espoleando a Mab. "Es un buen viaje el que tenemos por delante, y necesito devolvarte a mi familia a una hora razonable".

Mientras sus caballos pastaban en el páramo azotado por el viento, caminaron juntos hacia el antiguo círculo de piedras. La quietud de la noche, tan perfecta y completa, no podía estar más en desacuerdo con la agitación que bullía en su interior.

La agitación que Jane sentía no tenía nada que ver con el hombre que caminaba a su lado. Tenía todo que ver, más bien, con volver a este lugar.

Había ciertas cosas que habían permanecido sagradas para ella durante los últimos nueve años. Seguía vistiendo de negro. Nunca se había permitido sentirse emocional o físicamente atraída por otro hombre. Había renunciado a la pasión. Y nunca había vuelto aquí.

Había otras cosas que también habían permanecido constantes, pues la vida de un rebelde suele ser corta. Nunca se permitió hacer planes o soñar con un futuro. Nunca deseó cosas que nunca podría tener. El amor, la familia, los hijos... nada de eso tenía cabida en la vida de Egan.

Y sin embargo, estar aquí ahora, rodeado por la noche y la magia de la tierra...

Por primera vez en tantos años, Jane sintió el creciente dolor de lo que podría haber sido.

Puso una mano sobre una de las piedras y la encontró caliente. En ella sintió el pulso de la vida.

"¿No es hermoso?" Se llenó los pulmones y, mirando hacia el manto de estrellas, dio la espalda a la brisa que se levantaba en ese momento.

"Impresionante".

Jane giró la cabeza y encontró a Nicholas mirándola sólo a ella.

"Eres impresionante", repitió, acercándose. A cada paso, el corazón de Jane latía más deprisa. Cada miembro de su cuerpo sentía un hormigueo cuando él la recorría con la mirada.

Se detuvo a sólo un suspiro. Su gran mano cubrió la de ella encima de la piedra. Un ritmo desconocido de necesidad comenzó a latir en su interior. Era tan aterrador como excitante.

Jane intentó concentrarse en la belleza de la tierra y no en el hombre. La luna se había alzado en el cielo. No lejos del círculo de piedras, una cabaña desierta se alzaba medio oculta entre la alta hierba del prado. A pesar del brillo de la luna, un millón de estrellas iluminaban la aterciopelada tela del cielo.

"Había olvidado cómo este lugar me hizo creer que podía tocar el cielo... convertirme en parte del viento". Le miró a los ojos. "Llevo demasiados años lejos de aquí".

"Vestir de negro-mantenerse alejado de aquí-jugar al ermitaño-sentir miedo de cualquier apego. Todo está relacionado, ¿no?"

"No me asustan los apegos", protestó inmediatamente, no del todo segura de estar preparada para desahogar su corazón... y su pasado.

"Pero lo eres, Jane". Los dedos de Nicholas le apartaron de la cara el pelo alborotado por el viento. Su cálido tacto permaneció en su piel. "Me tienes miedo. No me refiero a mi tamaño físico, ni a si puedo manejarte o no cuando me apuntas con un cuchillo. Y tampoco me refiero al conocimiento que pueda tener de tus actividades secretas". Le dedicó una sonrisa cómplice. "Tienes miedo del hombre, de nuestra atracción mutua y de lo que está pasando entre nosotros".

"No hay nada entre nosotros". Intentó apartarse de la piedra, pero la presión de su mano la mantuvo en su sitio. Aún no estaba dispuesta a abandonar la lucha. "Si crees que porque te besé me siento atraído por ti... te dije que era una expresión de gratitud... me conmovió lo que hiciste... y...".

"Pareces nerviosa, Jane". Rozó su boca con la de ella y se retiró antes de que ella pudiera apartarlo o fundirse contra él. "Quieres ignorar 'lo nuestro'. Pero no sabes qué hacer con todo lo que sientes aquí". Le puso un dedo en el corazón. "Y aquí". Le tocó suavemente la sien. "Podría enseñarte con mucho gusto dónde más estás confundida, pero no me tomaré tales libertades hasta que admitas de buen grado que te sientes tan atraída por mí como yo por ti".

"Esto es una tontería". Ella volvió la cara, sin querer que él supiera lo acertadas que eran sus palabras.

"¿Por qué me has traído aquí?" Nicholas le cogió la barbilla y le volvió la cara. "Hay algo aquí que quieres mostrarme o tal vez decirme".

"Sólo te traje aquí por la excelente vista".

"¿Por la noche?", preguntó en voz baja.

Ella se hizo la misma pregunta. La impulsividad de cabalgar tras él, y luego besarle, y luego querer compartir... este lugar en particular. ¿En qué estaba pensando? Estas piedras paganas de Knocknakilla ocupaban un lugar especial en su vida. Habían pertenecido durante tantos años sólo a dos jóvenes enamorados.

Mirándole, se preguntó con un momento de pánico si era sólo por este hombre por lo que estaba dispuesta a abrir esta puerta a su pasado. ¿Cómo podían cambiar tantas cosas tan rápidamente?

"Te he visto en acción, Jane. No temes arriesgar tu vida por esta gente, por tus creencias. Y sin embargo, ahora mismo tienes miedo".

Claro que tenía miedo. Conocía el dolor que inflige una herida en el corazón. Conocía el dolor desgarrador que llega por la noche, desgarrándote hasta que rezas por morir antes de que amanezca. Sabía lo que era estar acurrucada en un rincón de una habitación y ver cómo se desvanecía la luz del atardecer y no tener más lágrimas que llorar.

Sí, tenía miedo. Temía cómo actuaría él, cómo se sentiría, si supiera toda la verdad.

Pero también temía que Nicholas Spencer le importara mucho más de lo que podía expresar con palabras.

Las estrellas parecían desaparecer en el cielo. Todo a su alrededor se quedó quieto. Los pájaros. La brisa. La propia naturaleza parecía estar esperando a que Jane hablara.

"Es inevitable que oigas rumores escandalosos de mi pasado mientras estés en la Casa Woodfield". Habló rápidamente antes de perder el valor. "Yo misma he insinuado más de un par de veces mi arruinada reputación. Te traje aquí porque... porque pensé que en lugar de rumores, merecías escuchar la verdad... de mí". Ella respiró hondo y se encontró con su mirada. "Una vez que oigas lo que soy, entonces podremos replantearnos este asunto de tu... tu atracción por mí".

Entrelazó sus dedos con los de ella encima de la piedra. "Cuéntame eso tan horrible de tu pasado".

Habría sido mucho más fácil hablar de su pasado si no se hubiera enfrentado a la realidad del presente. Nicholas Spencer estaba a su alrededor.

"Aquí mismo, en este mismo lugar, entregué mi virginidad a un hombre al que amaba". Esperaba escandalizarle con la franqueza de la verdad. "Jugamos juntos de niños, nos enamoramos por accidente y, en muchas noches como ésta, nos paramos donde estamos y planeamos nuestro futuro juntos".

Jane miró a su alrededor y vio todas las imágenes de antaño impresas en la hierba y la piedra.

"Conor lo era todo para mí. Él era mi pasado, mi presente, mi futuro. Era mi vida y mis sueños. Era mi héroe y mi esperanza. Me ofreció el santuario que nunca había encontrado en mi propia familia". Miró a Nicholas a la cara. "No me arrepiento de lo que hice, y no me avergüenzo de hablar de él... ni contigo ni con nadie, nunca".

"Tampoco tú. Sus ojos oscuros y brillantes nunca se apartaron de los de ella.

"Pero era un granjero pobre. Un plebeyo. Un católico. Peor aún, Conor era un Shanavest que tenía un corazón lo bastante generoso como para amarme a pesar de los pecados de mi padre y de mi país contra su pueblo." No quería que se le saltaran las lágrimas. Por Dios, no quería. Pero le quemaban los ojos y se apartó de él, esta vez soltando la mano.

El viento empezó a levantarse de nuevo. Jane se ciñó la capa alrededor de los hombros y caminó hacia el centro del círculo de piedras.

"A diferencia de mi propia gente... -dijo con amargura-, que se pasa la vida juzgando a los demás con criterios estrechos e hipócritas y actuando de un modo que engendra odio, Conor me trató como a una persona viva, que respira... y no como a una figura de paja que representa a sus opresores ingleses. Se negó a juzgarme por el pasado. Se negó a dejarse intimidar por nuestras diferencias de posición social o por mi supuesta educación. Todos seríamos juzgados como iguales a los ojos de Dios, decía".

Miró a las estrellas entre lágrimas. El dolor seguía siendo profundo. Los recuerdos, aunque

borrosos, seguían punzándole el corazón.

"¿Dónde está ahora? ¿Adónde ha ido?"

"Fue ahorcado". El sabor salado de las lágrimas llegó a los labios de Jane. Intentó respirar hondo para estabilizar la voz. "Conor fue ahorcado por orden de mi propio padre. No lo mataron por ningún crimen horrible. Siempre fue el más pacífico de los Shanavest. El magistrado..." Ella apuñaló las lágrimas. "-Mi padre... dictó su sentencia de muerte por su relación con... *mí*."

Las lágrimas ahogaron las palabras en su garganta. Jane dejó escapar un suspiro entrecortado y trató de contener el sollozo que se le agolpaba en el pecho. Salió del círculo y se quedó mirando el valle. En su mente podía ver el cadáver de Conor balanceándose pesadamente. En el viento, casi podía oír sus propios gritos resonando en el pueblo.

Los brazos de Nicholas la rodearon y le cogieron las manos, y Jane agradeció su fuerza cuando la atrajo suavemente contra su pecho.

"Este es un mundo duro, Jane". Su barbilla le rozó el pelo. "Y lamento la injusticia que traemos a él".

Se apoyó en él. La fuerza de Nicholas le dio valor para encontrar de nuevo su voz.

"Íbamos a fugarnos al día siguiente. Pero de algún modo -creo que a través de uno de los criados- mi padre se enteró de nuestro plan. Me encerraron... pero me las arreglé para enviar un mensaje a Conor. Aun así, apareció... con la esperanza, supongo, de que yo pudiera escapar". Cerró los ojos para mitigar el dolor, pero no pudo evitarlo. Estaba dentro de ella. "Otros cuatro Shanavests -todos amigos de Conor- también fueron detenidos aquella noche, no lejos de Waterford. Ninguno de ellos, sin embargo, tenía idea de lo rápido que llegaría su fin".

Jane intentó liberar una mano para limpiarse la cara, pero Nicholas la giró suavemente en sus brazos y él mismo le quitó las lágrimas con cuidado.

"Ellos... mi familia... planeaban mantenerme encerrada. Querían ocultar lo que había hecho... lo que Conor y yo íbamos a hacer. En lo que a ellos concernía, nadie fuera de la casa sabría jamás de la vergüenza de su hija. Pero no pudieron retenerme. Me escapé". Se quedó mirando la solapa de la chaqueta de Nicholas, pero lo único que vio fueron cinco cuerpos colgando al viento. "Cuando lo encontré... a ellos... me aseguré de que todo el mundo lo supiera. Estaba loco, supongo. Forcé mi camino y corté esos cuerpos. Me arrodillé en esa horca y maldije a mi padre y a los otros responsables. Le dije a la multitud que se reunió que Conor era mi amante. Incluso afirmé que estaba embarazada de él".

"¿Eras tú?"

"Pensé que lo era. Recé ese día para serlo. Pero no pudo ser".

Nicholas le levantó la barbilla. El roce de su pulgar calloso contra su piel la hizo estremecerse involuntariamente. En su mente vio a otro hombre, apenas más que un niño, un pulgar rugoso que le quitaba las lágrimas. ¿Cuántas veces había llorado en los brazos de Conor, temiendo por su futuro?

"La única venganza que podía ejercer aquel día... sobre mi padre... sobre mi familia... era arruinar su nombre. Nunca pensé ni por un instante que sus iguales se compadecerían de ellos por la incomprensible maldad de una hija. En efecto, el mundo... y mi padre... me apartarían de la luz. Desde ese día, me convertiría en la hija que nunca tuvieron".

Simplemente la estrechó contra su pecho y la abrazó. Jane dejó que su dolor se derramara y sus lágrimas cayeron sobre la chaqueta de él. No supo cuánto tiempo permanecieron allí. No se dirigieron la palabra, pero con el roce ocasional de sus labios contra su pelo y la presión de sus manos sobre su espalda, empezó a producirse un cambio en su interior.

Durante demasiado tiempo había vivido esperando una venganza que no podía cumplir. En el

fondo, sabía que matar a un hombre -su padre- nunca le devolvería a esos cinco hombres ni aliviaría su dolor. Pero unirse al movimiento Whiteboy la había ayudado.

Algún tiempo después, Jane se dio cuenta de que había dejado de llorar. Como si acabara de despertarse de un sueño profundo, su mirada se centró en las formas oscuras de las piedras erguidas. Eran cinco.

Cinco piedras que llevan en pie más tiempo del que nadie sabe. Cinco piedras traídas hasta aquí y erigidas con algún propósito misterioso por gentes desaparecidas hace mucho tiempo. Cinco de ellas en pie contra los elementos. Contra el viento y la lluvia. Contra el sol y el hielo. Cinco de ellas.

Tal vez, pensó, los descendientes de esas personas aún vivían aquí. Aún trabajaban esta tierra y la reclamaban como suya. A pesar de las invasiones de vikingos, romanos e ingleses, estas personas, estas piedras, aún se alzaban desafiantes en el páramo. Cinco que permanecerían para siempre.

Jane respiró el olor a limpio del aire fresco de la noche. Miró las piedras y sintió que las interminables horas de soledad y angustia desaparecían en silencio. Ya no se dejaría aplastar por el dolor.

"Veo tragedia y dolor en tu pasado, pero no vergüenza", susurró Nicholas. Sus dedos se enredaron suavemente en su pelo y tiró de su cabeza hacia atrás hasta que ella le miró a la cara. "Admiro tu valor. Admiro la mujer en la que te has convertido a pesar de las adversidades de tu vida".

Había comprensión y compasión en su rostro... pero también fuego. Algo dentro de Jane se estremeció al descubrir que, a pesar de conocer la verdad de su pasado, él seguía deseándola.

"El presente y el futuro pertenecen a aquellos que lo aprovechan, Jane. Aprovechalo conmigo".

"La alta sociedad me rechaza. Será escandaloso para ti tener algo que ver conmigo".

"La sociedad gentil puede irse al infierno", gruñó. "Conozco la hipocresía del mundo. Y también sé lo que es bueno y decente cuando lo veo".

Su boca descendió, rozando la de ella, antes de obligarla a separar los labios. Las manos de Jane subieron por el pecho de él mientras la besaba profundamente. Al darse cuenta de que estaba cayendo demasiado profundo y demasiado rápido, sus dedos se aferraron a las solapas de su chaqueta y apartó la boca.

"Esperad. Está Clara... no podemos".

"He dicho esto antes Jane. *No hay nada* entre Clara y yo, y nunca lo habrá. Ya he hablado con tu padre". Las grandes manos de Nicholas enmarcaron su rostro y la miró fijamente a los ojos. "¿Cómo debo decirlo para que lo entiendas? ¿A quién más debo decírselo? ¿Qué hace falta para convencerte de que eres *tú* quien me fascina? *Tú eres a quien persigo*".

Jane se puso de puntillas y volvió a besarlo. Esta vez, trató de transmitir toda su frustración, todo el anhelo que la desgarraba, en la acalorada presión de los labios, el roce y la danza de las lenguas. La reacción de Nicholas fue inmediata. La rodeó con los brazos y su boca, tan ávida como la de ella, dio tanto como recibió. Jane se aferró a él, intentando mantener el equilibrio y una pizca de cordura.

Habían pasado demasiados años. Había pasado tanto tiempo que había olvidado lo que era perderse en una bruma de pasión. Pero a medida que las manos de Nicholas acariciaban y moldeaban la capa y el vestido contra su cuerpo, y a medida que cada centímetro del cuerpo de Jane cobraba vida con una conciencia sensual, ya no bailaban ante sus ojos imágenes de amor juvenil, sino la dura y ardiente realidad de aquel hombre y su propia admisión de lo que todo

aquello significaba.

Ya no se podía negar. Nicholas ya se había convertido en mucho más para Jane de lo que ella hubiera creído posible. Sin embargo, ya había recorrido ese camino una vez y había sufrido. Y lo que era peor, esta vez vio que el viaje sería aún más duro y doloroso.

Ella apartó la boca y le empujó el pecho. Él la soltó de inmediato. Jane retrocedió un paso, pero no se atrevió a mirarle a la cara.

"Deberíamos irnos. Es tarde. Estarán preocupados por ti". Dio unos pasos hacia sus caballos, pero se dio la vuelta cuando se dio cuenta de que Nicholas no venía.

No se había movido. Permaneció de pie entre las piedras, con la luna a sus espaldas y el rostro ensombrecido, observándola. El corazón le latía con fuerza en el pecho, y el hormigueo de su cuerpo pedía a gritos que la tocara. Necesitó todas sus fuerzas para no correr hacia él.

"Nicholas, yo... estoy planeando volver a Ballyclough mañana. Iré desde allí y también haré otras visitas. Si tú... si tú deseas venir conmigo..."

"Sí, quiero".

Intentó no distraerse con el alivio que la invadía.

"Entonces... te lo haré saber mañana por la mañana".

"Estaré esperando."

Patrick puso una mano firme en el brazo de Ronan, impidiéndole salir de la casa en ruinas.

"No, no tenéis nada que hacer ahí fuera. Volvamos a los caballos".

"Ya tengo bastantes negocios".

"No le pondréis una mano encima."

"No tengo nada en contra de Egan. Ese asqueroso bastardo inglés es otra cosa completamente distinta".

"No ha hecho nada para irritaros". Patrick observó cómo los dos empezaban a montar sus caballos.

"El perro ha hecho un pacto con Musgrave, ¿no?"

"No sabemos si lo ha hecho o no. Sólo sabemos que entró solo en los barracones de Buttevant y salió con la viuda de Seamus. No sabemos qué pasó allí, pero creo que tenemos tantas razones para estar agradecidos como para sospechar de él. Tal vez más. No sabemos qué hará ese magistrado por alguien como él".

Los dos hombres, que vigilaban el cuartel desde que se supo de la detención de Rita, habían seguido a Spencer y a la viuda hasta Ballyclough, y desde allí lo habían vigilado discretamente... hasta que Egan había alcanzado al hombre a medio camino de Woodfield House.

"Todavía quiero romperle el cuello al bastardo."

El tono amenazador de Ronan hizo que Patrick pusiera una mano en el musculoso brazo del luchador. "Quieres romperle el cuello, claro, pero ¿es porque estaba besando a Egan, tal vez?"

"El hombre se está aprovechando de ella", gruñó Ronan.

"Parece que olvidáis que fue ella la que vino a por él", replicó Patrick. "¿Cuándo te vas a meter en la cabeza que Egan es una mujer adulta? No necesita que alguien como tú ande detrás de ella como un cachorro enamorado".

"¿Qué quieres decir con 'como yo'?" El joven se volvió ferozmente hacia su compañera. "Los gustos de él es de lo que ella ha estado huyendo todos estos años. Ella... me tiene cariño. Sólo está esperando a que yo se lo pida... y me tomará en lugar de Conor... bendito sea".

Patrick sacudió la cabeza con incredulidad. "Creo que cuando te llama 'enano', debe estar hablando del tamaño de tu cerebro".

"Puedes ser mi amigo, Paddy, pero estás a punto de sentir mis nudillos en tu cabeza."

Patrick recibió la mirada de Ronan sin inmutarse. La edad y la experiencia le daban una ventaja que sabía que Ronan no pondría a prueba.

"Puedes hacer lo peor conmigo cuando quieras, Ronan, pero métete en la cabeza ahora mismo que nunca lo harás por ella. Nunca serás un Conor. Y tienes más posibilidades de convertirte en Lord Teniente de Irlanda que de hacer que te acepte como su hombre. Conozco a Egan desde que era una chiquilla, y te digo que *ella* hará su propia elección".

Patrick miró por encima del hombro y vio que Egan y el inglés habían desaparecido. Gracias a los santos.

"Yo digo que Liam debería saber todo esto".

El hombre mayor devolvió la mirada hostil de Ronan. "Y Liam lo hará. Pero recuerda, ni una palabra sobre este asunto de los besos, o yo mismo le contaré a Egan tus estúpidas ideas de convertirte en su hombre".

Ronan desoyó la amenaza y salió de la casa con Patrick pisándole los talones.

"Y que Dios te ayude entonces, enano".

Capítulo Diecinueve

EN CUANTO oyó el ligero golpecito en la puerta, Nicholas abrió de un tirón el pestillo y agarró a Jane por el brazo. Su grito de sorpresa se silenció al instante siguiente, cuando él volvió a cerrar la puerta y la apretó contra ella. Al instante siguiente, su boca devoraba la de ella con voracidad.

Pasó algún tiempo antes de que se apartara y dejara que ambos recuperaran el aliento.

"No recuerdo... haber estado nunca tan encantado con un saludo matutino". Ella le sonrió.

"Eso es porque tuve toda la noche para planearlo".

"Usted tiene un buen manejo de las palabras, Sir Nicholas."

Su cuerpo seguía apretando el de ella contra la puerta. El molde de las suaves curvas de ella contra los duros bordes de él era perfecto. "Anoche no me importó mucho tu insistencia en llegar a la casa Woodfield a distintas horas. No tuve oportunidad de darte un beso de buenas noches".

Los ojos oscuros de Jane bailaron con picardía, y sus brazos se apretaron alrededor de su cintura. "¿Me estás diciendo que la falta de un solo beso anoche es la responsable de tu saludo de esta mañana?"

"Muy bien. No fue sólo el beso... sino todo en ti lo responsable".

Su boca descendió. Esta vez con paciencia, la engatusó y volvió a separar los labios, introduciendo la lengua para probar, provocar y desatar su pasión. El cuerpo de Jane se arqueó contra el suyo. Sus manos frotaban la tela de la camisa contra la espalda de él y su cadera respondía al ligero pero seductor movimiento de la suya.

Nicholas arrastró la boca hasta la oreja de ella y mordió el lóbulo. "Toda la noche soñé que te hacía el amor".

Su mano presionó su pecho a través del vestido y sintió cómo el pico del pezón se endurecía al rozarlo con el pulgar. Jane recostó la cabeza contra la puerta y cerró los ojos, y él saboreó la piel de su cuello.

"Estabas aquí. Cerramos la puerta". Su mano bajó por la parte delantera del vestido. "Desprendí lentamente cada capa de tu ropa hasta que mi boca saboreó y se deleitó con cada centímetro de tu dulce carne".

Un leve gemido se escapó de sus labios cuando la mano de Nicholas le acarició el monte a través de las capas de tela.

"Hicimos el amor en esa cama, y luego en el suelo, y una vez allí en la silla, contigo montada sobre mí... y una vez más contra esta puerta".

Tenía la cara sonrojada. Sus ojos, increíblemente oscuros y grandes, se abrieron y lo miraron fijamente cuando él levantó la pesada tela de sus faldas y apretó los dedos contra sus pliegues húmedos.

"¿Qué dices a eso, Jane?" Rozó sus labios con los de ella mientras sus dedos la acariciaban

por debajo. "¿Qué piensas de mi sueño?"

No esperó respuesta y deslizó la lengua entre los labios entreabiertos. Sintió el gemido de placer cuando sus dedos copiaron el movimiento de su lengua.

Ya no había tiempo para preguntas ni respuestas, y él se deleitó con las respuestas del cuerpo de ella mientras su suave administración de su carne la hacía arder. Lenta y expertamente, manipuló el centro de placer y dulce tormento, elevándola cada vez más, deleitándose con sus gritos de liberación cuando por fin se deshizo en sus brazos.

Luchando por ignorar su propia necesidad, Nicholas apreciaba sentirla entre sus brazos. Le encantaban la suavidad y la fuerza, la lucha y la entrega, la belleza y la inteligencia. La abrazó con fuerza mientras las olas de la liberación seguían recorriéndola. La besó con ternura.

El sonido de dos voces femeninas en el pasillo frente a su puerta devolvió a Nicholas a la realidad. Jane descendió como una piedra de su lugar de dicha, y él no pudo evitar sonreír ante sus esfuerzos por centrarse en el presente. Le soltó las faldas y la empujó detrás de él cuando llamaron a la puerta. Nicholas se rió para sus adentros, pensando que era una suerte no haberla arrastrado directamente a su cama, pues ni siquiera había echado el pestillo de la puerta. Con una mirada tranquilizadora a Jane, la abrió un poco.

Las caras de sorpresa de dos jóvenes sirvientes le saludaron.

"Oh, señor... discúlpeme, señor. Vimos a su valet y... nosotros..."

"Pensábamos... que ya estabais... abajo... desayunando... abajo..."

"Estábamos haciendo los dormitorios y... y..."

"Volved dentro de media hora", les dijo. "Luego podéis hacer con la habitación lo que queráis".

Ambas hicieron una reverencia apresurada y desaparecieron por el pasillo. Nicholas esperó un momento y echó un rápido vistazo al pasillo, ahora vacío, antes de cerrar la puerta.

"No sabes lo sorprendida que estoy de mi propio comportamiento", susurró Jane desde la pared. Una mano temblorosa empujó mechones sueltos de pelo detrás de una oreja. "Actuar como lo hice... caer tan deliberadamente en tus brazos... permitirte..."

"Sí, un momento así puede dejarte escandalosamente satisfecha". Nicholas la apartó de la pared y la estrechó entre sus brazos. "Si no fuera porque esos dos vuelven, mostraría el significado de la lujuria".

Rozó sus labios con los de ella y sintió cómo su cuerpo se fundía de nuevo en su abrazo.

"Dime, mi amor. ¿A dónde me llevas?"

Ella tardó un momento en concentrarse en sus palabras, pero él vio cómo sus ojos se aclaraban mientras ella ponía las manos en su pecho.

"Resulta que sólo fue a Ballyclough a ver cómo estaban Rita y sus hijos, y volvió".

"¿Nada después de eso? ¿Ningún obispo que robar? ¿Ningún reino que derrocar?"

"Los días que paso en Woodfield House... que son muchos... aprovecho las tardes pintando".

"¿Y dónde pintas?"

"En mi área de trabajo, en los áticos".

"¿Me llevarás allí?"

Jane le dirigió una mirada irónica. "¿Siempre eres tan exigente?"

"Sólo cuando puedo salirme con la mía".

"¿Por qué tengo la sensación de que hay mucho de lo que te sales con la tuya".

Ella le sonrió y Nicholas la abrazó con fuerza, acariciando el latido salvaje de sus corazones.

"Te llevaré allí, alguna vez. Pero tenemos deberes más importantes que atender primero".

Nicholas no se atrevía a dejar pasar este momento. "Dime, ¿vas a obligarme a esperar cinco

minutos después de que te hayas ido para que pueda enfrentarme a la casa? No tendré que ir a desayunar por Cork City, ¿verdad?".

"De hecho, voy a insistir en que vayas a desayunar con mi familia sin mí". Consiguió soltarse de él. "Al parecer, mi madre se quejaba incesantemente ayer por no haberte visto. Puedes reunirte conmigo en los establos cuando termines".

La cogió del brazo cuando se acercaba a la puerta. "Sólo bajaré a esa guarida de leones si vienes conmigo".

"¿Hablas en serio?", le regañó por encima del hombro antes de asomarse al pasillo. "¿Quieres que se derrumben las pirámides? ¿Que se sequen los océanos? No, señor. Si me uno a ellos, pensarán que se acerca la Segunda Venida".

"Jane, *no* bajaré si no me acompañas. Podemos ir a Ballyclough ahora".

"Pero no podemos irnos sin más", insistió ella, con expresión cada vez más seria. "A pesar de todo lo que digas sobre tus planes de no casarte con Clara, allí tienen grandes expectativas puestas en ti, y es..."

"Entonces ven conmigo".

"Cielos, es usted testarudo, señor."

"Ven Jane. Bajaremos por separado y nos comportaremos como perfectos extraños".

Mientras ella se quedaba mirando la puerta, pensativo por un momento, Nicholas tuvo que contenerse para no inclinarse y depositar un beso en su largo y hermoso cuello.

"Sólo quiero mirar a través de la habitación y ver tu hermoso rostro ante mí".

"Bueno, eso es mucho pedir". Ella le lanzó una mirada cruzada.

"¿Qué? ¿Sentado frente a mí?"

"¡No! Embellecer mi rostro".

Él se rió y depositó aquel beso en su cuello para demostrarle exactamente lo hermosa que ya le parecía. Jane suspiró satisfecha, pero luego le puso una mano en el pecho.

"Muy bien. Pero haré mi entrada ante ti. Y ni una mirada... ni un toque, tampoco..."

"Te doy mi palabra". Le robó otro beso antes de que ella saliera silenciosamente de la habitación.

Nicholas se abrochó la camisa, se anudó el corbatón y cogió la chaqueta. Se miró una vez en el espejo y se asombró de la cara de ojos estrellados que le devolvía la mirada. Se dio cuenta de que había visto a otros hombres con ese aspecto.

Hombres enamorados.

"¿Qué quieres decir con que ha desaparecido?" Sir Robert Musgrave apoyó las manos en el escritorio y se puso en pie. "Ayer me dijo que la mujer es vieja y ciega. ¿Hasta dónde puede llegar una anciana ciega?"

"Hemos puesto la casa del revés".

El capitán de los dragones estaba sentado como un poseído en su silla. Era un idiota, por supuesto, pensó Musgrave, pero también era el hermano menor de la esposa del conde de Kildare.

"Hice que mis hombres recorrieran los alrededores del lugar. Incluso hice que sacaran a algunos de los granjeros de la zona y les preguntaran por ella. Naturalmente, nadie sabe nada de su paradero. Anoche estuvo allí, Sir Robert, pero esta mañana ya no está".

Musgrave se acercó furioso a la ventana. Debería haber seguido su intuición y haber hecho

venir a la mujer mayor ayer, inmediatamente después de que el baronet se marchara con la otra. Toda esa bazofia que Spencer le había soltado sobre su deseo de ayudar a los pobres seguía sentándole mal.

Había hecho detener a Rita porque era la viuda del miserable que había sido asesinado el mes pasado. Sabía cómo trabajaban los Whiteboys y sabía que cuidaban de sus mujeres y niños. Así que había puesto a sus espías a vigilar a la viuda. Y tal como esperaba, la mujer había aparecido con dinero para gastar en el mercado.

"¡Al diablo con Spencer!" Musgrave murmuró para sí. Debía de haber alguien más... alguien de aquella maldita banda de matones... que había estado en contacto con ella. Estaba decidido a averiguar quién.

Rita, sin embargo, se había mostrado terca como una mula a la hora de responder a cualquiera de sus preguntas. Pero había pensado que el tiempo era su aliado. Unos días en el agujero con sus solitarios dragones para hacerle compañía, y la mujer estaría cantando como una alondra.

Cómo empezaba a odiar a Sir Nicholas Spencer. El arrogante bastardo había aparecido, amenazándole con el serio disgusto del Lord Teniente, que *casualmente* era un querido amigo de la familia del canalla.

Mientras yacía en cama la noche anterior, la situación le había dado vueltas en la cabeza una y otra vez. Sabía que había soltado a la viuda demasiado deprisa, pero nunca se es demasiado prudente con la influencia de los *amigos de la familia*. Pero había algo más que le atormentaba. Había visto tantas veces en su mente el chal andrajoso que Jane había llevado al cuello el día anterior. Siempre vestía de negro, pero nunca andrajosa. Pero ¿por qué iba a tener algo así en su poder, a menos que fuera un regalo de alguna mujer papista? Debía de ser de la mujer de la viuda. Sir Nicholas no lo había mencionado, pero quién sino Rita se lo habría dado. ¿Y por qué se lo daría Rita a Jane y no el propio Sir Nicholas, a menos que estuviera muy agradecida por algo más que unas monedas?

Se volvió hacia Wallis, que estudiaba atentamente sus pulgares.

"¿Aprendió algo más, Capitán?"

"Sí, Sir Robert. Confirmamos que Sir Nicholas y la Srta. Purefoy fueron quienes se llevaron a los hijos de la viuda ayer".

El magistrado se volvió bruscamente hacia su capitán. "¿Y adónde se los llevaron?"

"Nosotros... er, aún no lo hemos comprobado, señor".

"¿Me estás diciendo que no hiciste que alguien siguiera a Spencer y a la viuda ayer? Estoy seguro de que habría llevado a la mujer a donde están sus hijos".

Un tono oscuro de rojo subió por el grueso cuello del oficial. "Le ruego me disculpe, Sir Robert, nunca se me ocurrió que usted..."

"¿Tengo que pensar *todo* por usted, capitán Wallis?". Musgrave se llevó las manos a la espalda con disgusto y caminó hacia el avergonzado oficial. "¿Es absolutamente necesario que le dé órdenes minuto a minuto? Su liderazgo, capitán, es un reflejo no sólo de usted, sino también de mí. Y es un reflejo de su familia, señor. ¿He sido claro?"

"Mis disculpas, señor", dijo rápidamente el hombre. "Supuse... erróneamente, al parecer... que estaba satisfecho con su reunión con el baronet y... y claramente me equivoqué al no hacerles seguir. Pero me equivoqué, Sir Robert. Nunca volveré a hacer tal suposición".

El despecho de Musgrave exigía más arengas a su subordinado, pero su sentido común le recordaba que siempre había que tener en cuenta algo más que la situación inmediata.

"Hay otro asunto -un asunto relacionado- que quiero que atienda, Capitán".

"En efecto, Sir Robert", respondió el oficial, poniéndose de pie. "No le fallaré".

"Estoy seguro", dijo Musgrave, asintiendo solemnemente. "Este asunto es de la máxima importancia, y quiero que se asegure de que a sus hombres no se les escapa nada. Y quiero que usted dirija el interrogatorio personalmente".

El capitán de dragones esperó atentamente.

"Sí... interrogatorio. Quiero que todos los que *hayan estado* en contacto con el rebelde, Egan, sean traídos aquí e interrogados. Por todos, me refiero a sus propios dragones, así, que podrían haber echado un vistazo de él. Me refiero al clero de la zona. Los terratenientes y sus inquilinos. Incluso el invitado de Sir Thomas".

"¿Y el obispo, Sir Robert?"

"Yo me encargaré del obispo... pero quiero que hables con ese oficinista gordo suyo". Musgrave miró fijamente a los ojos de su hombre. "El interrogatorio, esta vez, será diferente. En lugar de qué pasó y cuántos y todas esas cosas inútiles que solemos tratar de averiguar, quiero que preste toda su atención a ese tal Egan. Quiero su descripción. Su complexión. El color de su pelo. El color de sus ojos. Su peso y altura. Quiero saber todo lo que podamos saber sobre él. También quiero saber detalles sobre el caballo que monta. ¿Es siempre el mismo o monta diferentes corceles? ¿Viaja alguna vez a pie? ¿Qué idioma habla normalmente? ¿Habla inglés con acento? ¿Entiende lo que quiero decir, capitán?"

"Perfectamente, Sir Robert. Usted quiere conocer la identidad del cur".

"Quiero la cabeza de ese canalla, Capitán."

"Sí, señor."

"Entonces haz que tus hombres se muevan. Quiero resultados, y los quiero ahora".

Para gran decepción de Jane, todos los miembros de su familia estaban aún desayunando cuando entró en el salón matinal. Saludó en voz baja a lady Spencer y a Frances, ignoró la mirada suspicaz de sir Thomas y se sentó en una silla junto a su sorprendida madre.

"Qué agradable sorpresa verte esta mañana, Jane", soltó emocionada la joven señorita Spencer. "Nos acaba de decir Lady Purefoy que estabas visitando a unas personas en Ballyclough, y nadie sabía cuándo volverías".

"Ya veo. Bueno, decidí que volvería anoche... tarde". Jane asintió agradecida a la joven sirvienta que le sirvió un poco de té. "No había forma de que nadie lo supiera".

"¿Y cómo estuvo el buen párroco Adams?" preguntó interesada Lady Spencer.

"Muy bien, creo. Tanto la señora Brown como el párroco Adams le envían saludos". Escondió la cara tras la taza y dejó que su mirada se desviara hacia Clara, que estaba sentada junto a las visitas. Una expresión claramente petulante en los labios de su hermana hizo que Jane se preguntara qué había irritado tanto a Clara esta mañana.

"Espero que no te moleste mi insistencia, Jane", continuó Lady Spencer. "Pero esperaba robarte un poco de tu tiempo por la egoísta razón de que las dos charláramos sobre..."

"A Clara le encanta charlar". Lady Purefoy interrumpió.

"En efecto, Lady Purefoy", respondió el invitado con despreocupación. "Sin embargo, encuentro que Jane y yo tenemos bastantes intereses en común, y esperaba pasar algún tiempo en su compañía".

El énfasis de su invitada en la palabra "su" silenció inmediatamente a Catherine. Pero Jane sintió un momento de lástima por su madre. Si supiera el daño que infligía a las posibilidades de

Clara cada vez que la empujaba hacia delante con tanto descaro.

"Gracias, Lady Spencer. Me... encantaría pasar algún tiempo con usted", respondió en voz baja. "Pero prometí volver a Ballyclough esta mañana para ver a un amigo enfermo. Tal vez... tal vez esta tarde cuando regrese".

"Como quieras, querida."

La aparición de Nicholas en la puerta sembró el caos en todo el salón. Lady Purefoy se puso inmediatamente en pie, ordenando a los criados que volvieran a la cocina a por platos calientes de todo. Clara también se puso en pie. Frances hizo algunos comentarios burlones sobre su hermano mayor durmiendo toda la mañana y, de no ser por la interferencia de lady Spencer, la joven habría contado una historia relacionada con su hermano que, obviamente, no era demasiado halagadora. Sir Thomas incluso hizo algún comentario casual acerca de que la excursión solitaria de Nicholas de ayer era una señal segura de que debía de sentirse como en casa en Irlanda.

La reacción de su hermana, sin embargo, fue la más inquietante para Jane. A diferencia de la primera noche, esta mañana la atención de Clara estaba completamente centrada en Spencer. Y su humor de un minuto antes había cambiado considerablemente.

Jane observó cómo su hermana le traía una taza y un platillo, cogía el té del criado y se lo servía ella misma antes de sentarse cerca de él. Asombrada, contempló cómo Clara hacía algún comentario privado que le arrancó una sonrisa. Sin embargo, cuando su hermana alargó la mano y le tocó la manga, riéndose de forma encantadora ante su vaga respuesta sobre lo que había cenado la noche anterior, Jane se echó hacia atrás, estupefacta.

Clara estaba interesada.

El resentimiento que se apoderó de Jane la horrorizó. Rechazó el ofrecimiento de comida de uno de los criados y trató de ocultar su rostro sonrojado tras una taza de té mientras a su alrededor se sucedían animadas conversaciones. Sin embargo, cuando recuperó el control de sus sentimientos de ira, se preguntó con horror si tal vez se había equivocado al adivinar el verdadero interés de Clara. Al darse cuenta de que ella misma podría estar teniendo una aventura ilícita con el futuro marido de su hermana, su consternación no hizo más que aumentar.

Viéndolos, sin embargo, Jane sabía que podía vivir con la vergüenza, pero no creía que pudiera soportar el dolor desgarrador en su corazón que los celos le estaban causando en ese momento.

"Lleva aquí menos de una semana, señor, y ya conoce el campo mejor que la mayoría de los que llevan años".

"Sólo con las posadas, Sir Thomas", corrigió Nicolás en tono jocoso. "Creo que para conocer la tierra hay que conocer a sus habitantes. Ahora bien, qué mejor lugar para conocerlos que donde se reúnen para comer, beber y... lo demás".

"Pero esa es una de las razones por las que vamos a celebrar el baile el viernes, Sir Nicholas", ofreció Lady Purefoy con entusiasmo. "Será una oportunidad perfecta para que conozcas a todos los que son alguien".

"Pero difícilmente serán ellos los que sean uno con esta tierra, señora".

Jane no tuvo que levantar la vista para saber que Nicholas la miraba con cada frase que pronunciaba.

"¿Por qué iba a dejar Londres si mis intereses sólo estaban con la alta burguesía?"

"Bien dicho". Clara habló en voz baja desde su silla. Jane levantó la vista y se encontró con la mirada de admiración de su hermana en el rostro de Nicholas. "Pero tan importante como es para alguien como tú conocer a la gente y sus vidas, es fundamental que también tengas una

visión adecuada de la tierra. Hay unas vistas muy bonitas que rodean Woodfield House. Y ahora que conozco la profundidad de su interés, me asigno a mí mismo para ser su guía. Podemos ir en carruaje o a caballo, como prefieras. Y, a partir de esta mañana, le garantizo que todo lo que le enseñe le encantará".

"Es usted muy amable, señorita Clara, pero lamento tener que rechazar su oferta".

Las palabras de Nicholas dejaron estupefactos a los que escuchaban. Jane sintió que le temblaba la mano mientras dejaba el platillo de té y escondía las manos en el regazo.

"Me temo que tengo un compromiso previo para hoy. Pero quizás en otra ocasión".

"¿Cuándo?" Lady Purefoy intervino de inmediato. "¿Cuándo? Salidas como ésta deberían planearse con antelación".

"Si me disculpan", murmuró Jane mientras se ponía en pie. "Como mencioné antes, me esperan en Ballyclough esta mañana".

Evitando las miradas de todos los presentes, se dirigió a la puerta. No esperó. Ni siquiera se detuvo. Segura de que el nudo en la garganta seguramente la ahogaría, salió corriendo de la casa y corrió a ciegas hacia los establos.

Capítulo Veinte

SUS EXCUSAS de que se le había pasado el día sonaron tan huecas como un barril de cerveza después del Primero de Mayo. Sus respuestas a las preguntas sobre su "compromiso anterior" eran vagas y bruscas. Sin embargo, Nicholas sólo tenía una cosa en mente: ir tras Jane. Y le importaba un bledo lo que todos pensarán de su apresurada salida.

Si era demasiado obvio que iba a por ella, que así fuera.

"¿Dónde está la señorita Jane, Paul?" preguntó Nicholas, divisando al domador en el prado. Uno de los mozos de cuadra estaba sacando a la reina Mab al prado de atrás. Su pelaje negro brillaba a la luz del sol. "Iba a ir con ella a Ballyclough esta mañana. ¿Se ha ido?"

El mozo de cuadras sacudió la cabeza y señaló un edificio más allá de los establos. "La encontrará en la cochera, señor. La señorita Jane tiene un montón de ropa, mantas y otras cosas que Fey preparó para la viuda y sus pequeños. Puede pasar por el establo".

Cuando Nicholas pasó junto al hombre, Paul le puso una mano en el brazo.

"Una advertencia, señor. No fue una muchacha feliz la que pasó por aquí hace unos momentos. Así que no le digas que te envíe por allí, porque me dijo en términos inequívocos que desea ir sola a Ballyclough hoy. Sin mozo para el carruaje... y sin Sir Nicholas, tampoco."

"No te meteré en problemas con ella, Paul", le aseguró Nicholas antes de caminar rápidamente en esa dirección.

Con techos altos y compartimentos divididos para diez carruajes de distintos tipos, pudo ver que la casa de carruajes era obviamente una nueva adición a los establos de Woodfield House. Faltaba un carruaje, y Nicholas lo encontró en el camino junto al edificio. El faetón de dos caballos, moderno y atractivo con sus ruedas sobredimensionadas y sus muelles amortiguadores, ya estaba cargado y listo para Jane.

Uno de los mozos de cuadra sujetaba las cabezas de los caballos.

"Las cocinas, señor", respondió a la pregunta de Nicholas sobre el paradero de la señorita Purefoy.

Se dirigió rápidamente hacia la casa y la encontró saliendo por la puerta de la cocina con una gran cesta de comida en las manos. Tuvo la ventaja de estudiarla un momento antes de que ella le viera, así que vio los ojos enrojecidos y la tristeza que se reflejaba claramente en sus hombros. Inmediatamente se acercó a ella y cogió la cesta.

"¿Puedo ayudarte con esto?"

Pareció sobresaltarse un instante antes de apartar la cesta de un tirón. "Puedo encargarme yo. Gracias".

Su tono no era agudo ni enfadado, sólo cansado y derrotado. Se acomodó a su lado. "¿Quieres que monte a caballo y finja que me dirijo al sur? Podría alcanzarte en el camino a

Ballyclough más tarde".

"Deseo ir sola hoy".

"Pero me dijiste..."

"Un cambio de planes. Lo siento."

Frunciendo el ceño, Nicholas la miró de reojo. En sus ojos oscuros brillaban lágrimas no derramadas. Rozó suavemente el dorso de su mano con la de ella. Ella retrocedió y se apartó.

"¿Qué pasa?", preguntó en voz baja.

"No pasa nada". Sacudió la cabeza y volvió la cara.

A excepción del muchacho que esperaba junto al carruaje, no se veía a nadie más en los alrededores. El muchacho cogió la cesta de Jane y la colocó firmemente en el asiento. Ella le pidió que condujera el vehículo hasta el camino más allá del prado, y Nicholas le puso una mano en el brazo mientras el carruaje se alejaba. "¿Podemos hablar?"

"Me temo que ahora no tengo tiempo".

"Esto no llevará mucho tiempo".

"He dicho que no tengo tiempo". Ella trató de zafarse de su contacto, pero él sólo apretó más fuerte. En sus ojos brilló un temperamento agudo. "*Suéltame*."

"No hasta que me dediques un momento de tu tiempo".

"Te veré en el infierno antes de permitir que tú o cualquier otro me intimide".

Habría estado preparado por si ella volvía a sacarle la daga, pero no lo estaba para el sólido puñetazo que ella le asestó en el tercio medio. Ocultando su momentánea incapacidad para respirar, mostró una amplia sonrisa a Jane, que estaba flexionando el puño con evidente malestar.

"¿Eso es lo mejor que puedes hacer?"

"No lo es".

Vio venir la siguiente andanada. Cuando su temperamento estalló, se desencadenó una ráfaga de patadas y puñetazos. Sabiendo que su mejor oportunidad de evitar lesiones era atacar, Nicholas se movió rápidamente hacia delante, consiguiendo inmovilizar sus brazos a los lados y levantarla del suelo. Se dirigió enérgicamente a la cochera.

"Suéltame, tú... grosero... canalla". Retorciéndose como una serpiente, luchó contra él a cada paso. "Voy a cortarte en mil pedazos. Te destriparé como a una liebre y daré tu corazón a mis perros".

"Esto ha mejorado mucho respecto a la primera vez que nos vimos, Jane". Nicholas sonrió, sujetándola con fuerza contra una de las butacas para minimizar el daño que pudiera estar infligiéndole. "Pero quizá no, teniendo en cuenta que sólo pude entender la mitad de las maldiciones que me lanzaste en gaélico aquel día".

"Nadie se sale con la suya con lo que tú..."

Su boca capturó la de ella, y sintió las vibraciones de su siguiente queja desvanecerse en un murmullo mientras él profundizaba el beso. Los tibios forcejeos de ella contra él sólo duraron un instante más, y Nicholas trató de controlar el impulso de su propio cuerpo de hacerle el amor aquí... ahora. En el momento en que ella se fundió con él, sintió que sus deseos se disparaban y casi lo abrumaban. Por su mente pasaron imágenes de su suave carne esta mañana, húmeda y viva, dándole la bienvenida. Se apretó contra ella, saboreando la sensación de su boca y su cuerpo, deseosos de recibirlo.

Su cuerpo sujetaba el de ella contra la pared y sus manos palpaban bajo la capa. Los pechos de ella estaban firmes a través del vestido y sus manos tiraban de él con creciente ardor, atrayéndolo. Y entonces ella se detuvo.

El sabor salado de sus lágrimas se mezcló con el beso y él apartó la boca. A través de la

bruma de su pasión, vio sus ojos cerrados y las gotas de cristal que rodaban por sus mejillas.

"Jane", susurró contra sus labios. "Jane, hálame. ¿Qué pasó esta mañana antes de que viniera a la Sala de la Mañana?"

Ella volvió la cara, pero él le agarró la barbilla y se la devolvió. Ella abrió los ojos y él se sintió ahogado por la tristeza que veía en ellos.

"Deberías haber... aceptado la oferta de Clara", consiguió decir. "Deberías pasar tiempo con ella y no... no conmigo".

Se detuvo un momento, aturdido por su propia ceguera. Por supuesto que ella estaría molesta por el constante empuje de su hermana sobre él. Pero nada había cambiado.

"No hay nada entre Clara y yo, Jane. *Nada*."

"Ella te invitó y..."

"¿Debo aceptar todas las invitaciones que me hacen? ¿*Aceptas* todas las peticiones de tu tiempo?"

Sacudió la cabeza. "Pero esto es diferente. Verás... me permití... interesarme porque pensaba que Clara no lo estaba".

"¿Nunca tuve nada que decir en esto?" Intentó mantener un tono ligero. "Ya se lo he dicho antes. Nunca la perseguí. Mi interés sólo ha estado en *ti* desde que llegué aquí".

"No es eso. Mi propia reacción es lo que me horroriza ahora". Se le escaparon nuevas lágrimas. "No importa... en quién pudieras haber estado interesado... nunca me habría permitido... enredarme... contigo si hubiera sabido que mi hermana tenía el más mínimo interés... o esperanza. Fue... es un error por mi parte estar cerca de ti, pasar tiempo contigo, caer en la tentación".

Miles de argumentos se formaron en la cabeza de Nicolás, aunque expresiones como "*¿A quién le importa* si Clara está interesada?" le quemaban en la lengua. Sentía crecer su frustración y su ira. La hermana menor tenía todo lo que podía desear en la vida: unos padres que la adoraban, riqueza suficiente para garantizar un matrimonio excelente, belleza y un intelecto bien escondido que no intimidaría a muchos maridos potenciales entre la gentilidad. Nicholas quería sacudir a Jane y despertarla. Su preocupación por su hermana era innecesaria. En cambio, necesitaba mirar en su interior y ver lo *que* quería de la vida. Pero Nicholas ya sabía que este tipo de conversación sólo empujaría a Jane más lejos de él.

La miró profundamente a los ojos. "He estado involucrado con suficientes mujeres para saber que el aparente interés de Clara esta mañana era todo un espectáculo. No hay sustancia en esta repentina atracción hacia mí".

Cuando Jane negó con la cabeza y volvió la cara, él volvió a sujetarle la barbilla y la obligó a mirarle. "¿No ves que actuaba en beneficio de tus padres? Está intentando ser una buena hija y demostrarles... especialmente a tu padre, creo... que está poniendo de su parte para conquistarme. Sé cuál es el propósito de este baile este viernes por la noche. No estoy ciego a los gastos y problemas que están pasando. Y todo es con el único propósito de conseguir que mi cabeza de vueltas lo suficiente como para cambiar de opinión y pedir la mano de Clara en matrimonio".

"Parece que ahora también lo quiere".

"No lo hace", corrigió con dureza. "Si no hubiera nadie más esta mañana, ni siquiera se habría quedado para hacerme compañía. En pocas palabras, ya me ha dicho que soy demasiado viejo para ella. Parece intimidada por mí. Incluso asustada, a veces. ¿Qué clase de matrimonio sería éste?"

"¿Un elegante matrimonio inglés?"

Enfadado, se apartó de ella. "No estoy dispuesto a desperdiciar mi vida con gente como

Clara. Conozco docenas y docenas como ella en Inglaterra. ¿Por qué debería tenerla cuando ya he conocido a alguien que me conviene mucho más? Alguien que tiene un corazón y un alma que ya aprecio". Se alejó unos pasos, pero luego se dio la vuelta. "Es cierto que hace unos meses estaba en la nieve de Londres y pensaba que casi cualquiera con un aspecto agradable y una fortuna razonable me valdría... pero ya no pienso de un modo tan limitado. No, Jane. No aceptaré a cualquiera... y me niego a dejarme manipular por tus padres".

Nicholas se dirigió furioso hacia la puerta de la casa de carruajes. ¡Por su sangre, amaba a esa maldita mujer! Pero admitirlo... pero decirle esas palabras... no conseguiría nada hasta que ella pudiera quitarse la venda de los ojos y empezar a *verle*.

"Me gustaría..." El roce de sus dedos con los de él le hizo detenerse bruscamente junto a la puerta. Su voz era suave y tentativa. "Me gustaría mucho... que vinieras conmigo esta mañana."

"¿Cabalgamos juntos o por separado?"

Vio cómo la lucha se reflejaba en su rostro mientras miraba hacia la puerta. Cuando volvió a mirarle a la cara, sus ojos estaban decididos.

"Juntos".

Fue a media mañana cuando Alexandra sorprendió a Fey sola y sin la tropa de sirvientes que siempre pululaban a su alrededor. La visitante aprovechó inmediatamente la oportunidad y entró en el Salón Azul, cerrando parcialmente la puerta tras de sí. El ama de llaves levantó la vista de la chimenea.

"Lady Spencer, ¿puedo ayudarla en algo?"

"Sí, puede hacerlo". Alexandra sonrió alentadora y se acercó más a la pelirroja, para que sus voces no fueran escuchadas inadvertidamente por alguien que pasara por el pasillo. "¿Fue mi imaginación, Fey, o Lady Purefoy ha dispuesto que una modista se aloje en Woodfield House esta semana?"

"Así es, milady. La mujer ha sido traída desde la ciudad de Cork. Es una costurera muy capaz, debo decir".

Alexandra se acercó más. "Qué atenta es Lady Purefoy al estar siempre pensando en sus hijas. Supongo que está aquí para hacer vestidos de baile para Clara y Jane".

"Sólo la señorita Clara", dijo Fey, girándose para quitar una mota invisible de polvo del reloj de la chimenea.

"¿Pero por qué no Jane, también? Puedo ver que ella favorece el color negro, pero seguramente para algo tan grandioso como lo que está planeado, Lady Purefoy querría que su hija mayor fuera vestida a la última moda."

"No creo que la señorita Jane tenga un lugar en los planes de la señora para la noche."

"¿Sus planes o sus esperanzas?"

La pregunta susurrada de Alexandra atrajo la mirada inteligente del ama de llaves. Un momento de silencio precedió a la respuesta de la mujer. "No me corresponde suponer que puedo saber lo que piensa la señora. Tampoco me corresponde entrometerme, milady. Sin embargo, si hay algo que pueda hacer por vos..."

Lady Spencer cogió distraídamente un libro que había sobre una mesa junto al asiento habitual de Clara. *Sermones de Sternwood*. Espantoso, pensó, dejándolo de nuevo en el suelo. Entendía perfectamente la respuesta de Fey. También pudo percibir la frustración que se escondía bajo la superficie de sus palabras. Levantó la vista y vio que Fey la esperaba con una

expresión de tenue esperanza en el rostro.

"De hecho lo hay, Fey. Debes tener una buena idea de cuánto trabajo Lady Purefoy le ha dado a esta mujer-esta modista-para esta semana. Ahora, ¿crees que si yo deseara tener algo hecho... digamos, un vestido... podría la mujer arreglárselas?"

"¿Sería esto para... alguien que ambos conocemos, milady?"

"Así sería, en efecto".

"Tendría que preguntarle, milady", respondió Fey con entusiasmo. "Pero creo que ella podría hacerlo. Pero hay un asunto de telas y accesorios que habría que atender..."

"Creo que mi hija Frances y yo haremos un viaje rápido a Cork City esta tarde para comprar exactamente esas mismas cosas". Alexandra se acercó de nuevo al ama de llaves y bajó la voz. "Ahora, ¿crees que esta modista podría ser lo suficientemente inteligente si yo trabajara con ella... y le dijera exactamente qué es lo que estoy buscando?"

"Sí, señora. Creo que podría."

"Por supuesto, este vestido que tengo en mente no podrá probarse la talla hasta que esté terminado.

"Tengo una chica trabajando en la cocina que podría ser de su talla, milady.

"Excelente. Y por supuesto, haré que valga la pena para la modista... más allá de lo que Lady Purefoy le esté pagando".

"Es una mujer trabajadora. Creo que hará lo que le digáis".

"Muy bien. Alexandra sonrió, dándose la vuelta para irse. "Habla con ella, y volveré esta tarde con todo lo que necesite."

"¿Hay algo, milady...?" La pregunta de Fey la detuvo. "¿Hay algo más que pueda necesitar de mí?"

"De hecho, la hay". Evaluó la expresión de la mujer durante un largo momento. "Esperaba que esta pequeña discusión quedara entre nosotros".

Fey asintió, el rastro de una sonrisa en los labios del ama de llaves. "Si insiste, milady".

"Perfecto". Lady Spencer sonrió ampliamente y se dirigió a la puerta. No había nada como una pequeña sorpresa para alegrar un gran baile, y ella estaba decidida a hacer de esta sorpresa -y de este baile- el más brillante y grandioso que esta gente hubiera visto jamás.

Rita esperó a que la señora Brown, siguiendo a una sirvienta que llevaba una bandeja vacía, saliera de la habitación antes de llevarse una de las manos de Jane a los labios.

"Dios la bendiga, señorita", susurró, cayendo de rodillas. "Dios sabe que no se me ocurren palabras para agradecerse".

Jane tiró de la joven para ponerla en pie. La condujo a las dos sillas junto a la ventana y la sentó a su lado. "Te mereces mucho más, Rita, después de las penurias por las que habéis pasado". Miró a Bowie, pálido y débil. Había motivos suficientes para alegrarse. Le había bajado la fiebre y ahora miraba a sus hermanos que jugaban en el suelo junto a la cama. "Y espero que las cosas mejoren un poco de aquí en adelante. El párroco Adams me ha dicho esta mañana que te ha ofrecido una casita que está libre en el pueblo de aquí."

"Sí. Lo ha hecho". Lágrimas frescas rodaron por las mejillas de la madre. "Será una bendición volver a tener un techo sobre nuestras cabezas. Y con todo lo que nos habéis traído esta mañana, viviremos mejor que cuando mi Seamus estaba con nosotros."

"Lo siento, Rita. Sé que nada lo reemplazará. Pero por la forma en que tuvieron que huir de su casa, pensé que necesitarían estas cosas".

La joven asintió y se secó las lágrimas. "Tienes un corazón generoso, Egan". Su voz era tranquila. "Y valiente."

Jane se agarró a los dedos de Rita.

"Sabes, mucho antes de conocerte, escuchaba estas historias salvajes de Egan. El pequeño fuego, os llamaban los ancianos". Ella le dio una sonrisa llorosa. "Egan podía volar sobre las montañas, decían. Egan podía atravesar el fuego... podía desaparecer en el resplandor del mediodía. Pero Egan siempre llega a tiempo, cuando una madre grita en la oscuridad de la noche". Se sonrojó ligeramente. "A decir verdad, nunca presté mucha atención a lo que se decía, porque conozco la forma de ser de los irlandeses. Necesitamos cuentos maravillosos que nos ayuden a sobrellevar el sufrimiento de nuestra vida cotidiana".

"Pero *eran* cuentos. Hiciste bien en no creerlos". Jane palmeó suavemente las manos de la mujer y las miró. Las palmas estaban duras y callosas, con la suciedad tan profundamente arraigada en ellas que San Pedro seguramente la reconocería como una trabajadora cuando llegara a las puertas del cielo. "Rita, la gente de por aquí siempre me ha dado mucha más importancia de la que merezco. Sólo soy una mujer... como tú".

Rita negó con la cabeza. "Pero eso es todo, ¿no lo sabes? *No* eres como los demás. Y sabiendo ahora quiénes sois realmente... sabiendo el sacrificio que habéis hecho... el amor que lleváis aquí -se tocó el corazón- por gente pobre como nosotros... me hace creer en vosotros más que en todas las leyendas e historias de ángeles y santos. Tú eres *nuestra* alegría, Egan. Nuestro propio ángel enviado por el Señor mismo para velar por nosotros".

Jane luchó contra las lágrimas que le quemaban los ojos. "Yo... no soy digna... de todo lo que dices, Rita. No fui elegida... ni enviada... por el Señor... sólo soy una simple mujer. Eso es todo".

La joven madre volvió a estrechar la mano de Jane entre las suyas. "Esta es una tierra de creyentes, Egan. Y no importa lo indignos que os creáis, yo creo en vosotros. Creemos en ti".

Jane deseaba tener la fuerza para discutir con ella. Ojalá tuviera el valor de ser todo lo que esa gente quería que fuera.

"Pero no importa tanto lo que hagáis por nosotros en el futuro, sino lo que ya habéis hecho". Rita comenzó de nuevo. "Nos habéis dado valor... un héroe al que llamar nuestro. Y debemos protegeros a vosotros también. Y esta es la razón por la que estoy contando todo esto ahora..." Bajó la voz. "Te persiguen, Egan. El magistrado y sus dragones son cada vez más brutales al interrogar a todos sobre ti. Pero no podemos dejar que te descubran".

"No me descubrirán". Incluso para sus propios oídos, su tono carecía de convicción. Necesitaba tiempo para pensar y volver a centrarse en su propósito.

"No se ponga en peligro, señorita. Si te cogen, todos sentiremos el látigo aquí dentro", dijo suavemente, apretando la mano de Jane contra su corazón.

"No dejaré que me lleven".

"Me alegro de ello, señorita. Porque, hágame caso, sería mejor que Egan desapareciera invicto que verla colgando de la horca en Cork City". Los ojos de Rita brillaron con su creencia. "Nuestros recuerdos nos mantienen fuertes, pero perderla a manos de esos brutos sin duda nos rompería la espalda".

Aunque Nicholas caminó a lo ancho y largo del pueblo de Ballyclough, no vio nada de lo que pasó. Encontrándose sentado en un bajo muro de piedra que rodeaba un cementerio situado en una colina desde la que se dominaba el pueblo, se sacudió la bruma y contempló el pequeño

castillo en ruinas y la capilla cercana. Siguiendo el arroyo con la mirada, consideró las humildes casitas del extremo inferior. Las cubas de madera abandonadas y los tendederos en diversas condiciones de deterioro indicaban que, evidentemente, el pueblo había prosperado en otro tiempo gracias a la industria del curtido. Pero ya no.

Las cosas cambian, pensó.

Frunció el ceño con fiereza y arrancó un mechón verde de sus pies. Unas plantas verdes de tres hojas que parecían pequeños tréboles estaban entrelazadas con la hierba. Mirando las raíces, se preguntó si se podrían separar las dos plantas, una vez unidas así, y que ambas sobrevivieran. Empezaba a tener sus dudas.

La atracción entre Jane y él era innegable. Nicholas ya había admitido que estaba enamorado de ella. Una vez que fue consciente de ello, no le resultó difícil admitirlo.

Pero había muchas complicaciones en su camino.

Ella era un miembro activo de este movimiento Whiteboys. Por el diablo, ella era uno de sus líderes.

A Nicholas le importaba un bledo la reputación que había destruido años atrás, pero era obvio que a ella le importaba, y por tanto afectaría a cualquier decisión futura que tomara sobre ellos dos.

Además, estaba preocupada por el futuro de Clara.

Por mucho que intentara aparentar indiferencia, Jane se sentía profundamente herida por el rechazo de sus padres.

Si se lo propusiera, se le habrían ocurrido más cuestiones. El anterior rechazo de Jane y el silencio que se había establecido entre ellos *de camino* hacia aquí esta mañana habían indicado sus propias dificultades. Pero Nicholas no se dejaba disuadir tan fácilmente. La amaba y estaba decidido a resolver todos los problemas.

Pero necesitaba su ayuda.

Apretando el mechón verde contra la tierra, se levantó y siguió el camino de vuelta hacia el pueblo y la casa parroquial.

Un joven criado condujo a Nicholas al salón de la casa parroquial. Mientras se quitaba el sombrero y los guantes, Henry Adams apareció en la puerta.

Ah, sí. Y luego estaba el asunto del buen párroco.

"¿Tuvo un paseo agradable, Sir Nicholas?"

"Sí, lo hice."

"Me temo que la señorita Jane no ha concluido su visita esta mañana", anunció el párroco, permaneciendo en la puerta. "Me he dado cuenta de que ha compartido carruaje al bajar. Si desea volver a Woodfield House, puedo hacer que uno de mis mozos le prepare un caballo".

Nicholas se erizó. "No tengo prisa por volver, párroco, pero le agradezco su preocupación".

"Pero tenía la impresión de que pasarías la tarde con la Srta. Clara".

"¿Eras tú?" Nicholas se dirigió al centro de la habitación. "¿Sabe usted algo, Reverendo Adams, que yo no sepa?"

"Tal vez sí. Con las manos entrelazadas detrás de él, Henry entró en el salón, con una mirada de desaprobación pintada claramente en sus rasgos mientras estudiaba a Nicholas. Adams era fácilmente tan alto y ancho como el baronet, y la habitación de repente se hizo mucho más pequeña. "Tal vez encuentre su comportamiento... extraño. Pasar las mañanas en compañía de una hermana y las tardes en compañía de la otra. Me parece impropio, señor, verle encantando a estas dos jóvenes al mismo tiempo. Me pregunto si está considerando las implicaciones... y las posibles consecuencias para una de ellas".

"Va por mal camino, señor", gruñó Nicholas.

"¿Lo soy?" El ministro dio otro paso hacia él.

Independientemente de la profesión del hombre, Nicholas se dio cuenta de que estaba a punto de llamarle la atención. No le gustaban sus insinuaciones. No le gustaba su tono. Y, francamente, empezaba a no gustarle su aspecto.

Pero por el bien de Jane, refrenó su temperamento por el momento. "Y me pregunto si estás haciendo estas preguntas en tu calidad de consejero espiritual de estas jóvenes".

"Ahora eres tú quien está pisando peligrosamente".

"¿Lo soy?" Nicholas se cruzó de brazos y se giró sólo ligeramente, midiendo al hombre. "No sé si es asunto suyo, pero hablé con Sir Thomas al día siguiente de mi llegada para corregir cualquier confusión respecto a mi supuesto interés por la señorita Clara. No va a haber ninguna propuesta. Nunca ha habido planes de matrimonio, y no tengo ningún deseo de casarme con la hija menor. Y, una vez aclarado ese punto con los padres, *no* paso ningún tiempo en su compañía".

"¿Y cómo se siente Clara al respecto? ¿Acerca de ser llevada, quiero decir?"

La pregunta acusadora del hombre aguijoneó la contención del visitante. Con mirada amenazadora, Nicholas dio un paso hacia el párroco. "La señorita Clara nunca fue inducida por mí, y le advierto ahora que sus insinuaciones me parecen una afrenta intolerable a mi honor".

"Si sus intenciones han sido tan honorables como afirma, señor, entonces no hay nada por lo que ofenderse. Lo que, a su vez, me lleva a sus intenciones con respecto a Jane". Estaban a un brazo de distancia, la mirada feroz de Adams coincidía con la de Nicholas. "La he conocido y valorado durante demasiados años como para permitir que un extraño entre hoy y salga mañana, causándole dolor. Me niego a permitir..."

"Lo que hay entre Jane y yo no es de tu incumbencia."

"Lo hago de mi incumbencia".

"¿Interrumpo algo?"

La pregunta en voz baja de Jane desde la puerta detuvo a los dos hombres. Pero como dos toros listos para el combate, ninguno se movió ni apartó su mirada asesina hasta que ella repitió su pregunta.

Henry Adams fue el primero en girarse y mirarla. Una mirada de ternura pasó entre los dos, y algo en el vientre de Nicholas se cuajó cuando el párroco le cogió la mano y se la llevó a los labios.

"Y aquí está Jane. ¿Interrumpiendo? No, estaba practicando mi hospitalidad".

Su brillante sonrisa mientras le rozaba la mejilla con un beso fue otro golpe en el estómago de Nicholas. Estaba a cinco segundos de romperle la mandíbula al buen párroco, y se encontró dando un paso hacia los dos.

"¿Está listo, Sir Nicholas?" Ella dirigió su mirada mágica hacia él, y él sintió que la habitación se calentaba a su alrededor. "Para evitar que nuestro anfitrión tenga la tentación de envenenarle con su hospitalidad, rechazo la insistencia del párroco Adams en que nos quedemos a cenar con él".

Adams no les había pedido que se quedaran, y Nicholas deseó poder sonreír ante su intento de aligerar la tensión entre los dos hombres. Pero tenía la mandíbula demasiado apretada para moverse.

"En efecto, creo que nos iremos inmediatamente", dijo, bendiciendo a Adams con otra sonrisa mientras enlazaba su brazo con el de Nicholas. "Estoy segura de que esta casa sólo puede albergar a un número limitado de invitados a la vez".

Capítulo Veintiuno

POR ENÉSIMA VEZ, Jane miró el rostro melancólico de Nicholas y pensó en la mejor manera de actuar. Estaba claro que el hombre necesitaba desahogarse. Lo que había visto en el salón de la casa parroquial no había sido una ilusión. Tanto si habían recurrido a los puños como a las espadas o las pistolas, Nicholas y Henry estaban claramente dispuestos a luchar. Y teniendo en cuenta su relación y amistad con cada uno de esos dos hombres, Jane se sintió profundamente perturbada al pensar que *ella* podría haber sido la razón de su evidente hostilidad.

"¿Estás tratando de darme a probar de mi propia medicina?"

También podría habérselo preguntado al arrendajo azul que salía del seto cuando ellos pasaban. Nicholas seguía mirando al frente mientras conducía el carruaje. Ni siquiera dio muestras de haber oído lo que ella le había preguntado, aparte de sacudir las riendas hacia la pareja.

"Sé que no estuve muy hablador en nuestro viaje a Ballyclough. Pero necesitaba tiempo para pensar y considerar todo lo que había entre nosotros. Necesitaba pensar en todo lo que me dijiste antes de irnos". Un bache en la carretera hizo chocar a Jane contra el costado de Spencer. Ella se apartó sólo un poco. "He llegado a aceptar que nada entre tú y yo puede ser sencillo. Nuestros pasados, nuestras vidas, incluso las personas que nos importan parecen hacer todo lo posible por interponerse entre nosotros."

Se quedó mirando el paisaje familiar. "Aunque pueda parecer imprudente para alguien que mire desde fuera, esta vida que he elegido para mí entre los Whiteboys y los lugareños satisface alguna necesidad en mí. Es una necesidad profundamente arraigada de justicia... y de aventura, supongo. Hay seguridad en aquello con lo que uno se siente cómodo... incluso en esto. A pesar del peligro, considero que el suelo que piso es sólido... y bueno".

Le lanzó una mirada penetrante. "¿Me estás diciendo que no quieres lo que está pasando entre nosotros?"

Ella pasó su brazo por el de él y le miró a los ojos. "Sería mucho más sencillo si pudiera decir que no lo quiero, pero no puedo decirlo". Una capa de oscuridad desapareció de su expresión. Ella rozó con la mejilla la lana de su chaqueta cuando su mirada volvió a centrarse en la carretera. "Ojalá supiera cuánto puede durar esto entre nosotros, pero no tengo el don de ver el futuro. Sin embargo, lo que siento por ti... la forma en que has desordenado mis emociones y mi vida, no puedo simplemente darle la espalda".

Se acercó más a él, intentando tomar fuerzas de su presencia. "La mayoría de la gente busca toda su vida y no encuentra ni una sola vez lo que yo he tenido la suerte de encontrar dos veces en mi vida. Estoy dispuesta a correr el riesgo".

"¿Qué tal Adams?"

Ni siquiera la había mirado para hacerle la pregunta, y Jane comprendió su frustración. Al fin y al cabo, a ella también le había asaltado la misma incertidumbre esta mañana... sobre Clara.

"Es un amigo querido y de confianza. Nada más".

Nicholas frunció el ceño mirando a los caballos. "Tal vez a su manera de pensar. Pero hay mucho más en su extremo".

Jane buscó las palabras adecuadas para explicar qué era lo que hacía tan diferente y especial la amistad que compartía con Henry. "Nos conocemos de toda la vida. Hemos estado tan unidos como pueden estarlo un hermano y una hermana de la misma edad. Hemos compartido los mismos intereses y creencias. Y durante muchos años, desde la muerte de Conor, Henry se ha encargado de llenar el vacío que el trato de mis padres ha creado en mi vida. Siempre está ahí si lo necesito. Y es tan protector conmigo como tú lo serías con Frances".

"No me enfrentaría a alguien que estuviera esperando a Frances como él se ha enfrentado hoy a mí".

"Creo que lo harías", desafió Jane. "Ponte en su lugar. ¿Qué sabe exactamente de ti? Cree, como todos creíamos, que viniste a Irlanda para casarte con Clara. Ahora descubre que pasas muchas horas en mi compañía".

"Se lo he explicado hoy. Pero no ha cambiado su hostilidad".

"Eso es porque Henry es un hombre de razón y lógica. Conoce el escándalo de mi pasado. Sabe que ese pasado no permite ninguna posibilidad de futuro en tu sociedad. Por lo tanto, concluye que tú y yo no tenemos ninguna posibilidad de encontrar un futuro juntos... no uno honorable, en todo caso". Cuando él abrió la boca para hablar, ella negó con la cabeza y continuó. "También es consciente de lo que siento por ti... de lo mucho que me importas... y eso le perturba. Está decidido a intervenir, porque no quiere que me vuelvan a hacer daño. No puedes decirme que no harías lo mismo por Frances... o por cualquier amigo que haya sufrido en su vida. Creo que intervendrías si pensaras que están a punto de tomarse decisiones mal concebidas".

Jane se quedó mirando su perfil robusto y apuesto. Él apartó la mirada y murmuró un nombre en voz baja. Ella volvió a acercarle la barbilla.

"¿Te importaría repetirlo?", dijo ella, rozándole la mejilla con un beso.

"Stanmore". Esta vez habló más claro y le dedicó una media sonrisa de mala gana. "Es mi amigo más antiguo. Y metí las narices en su vida privada el año pasado cuando tuve mis dudas sobre la mujer con la que iba a casarse".

"Ya veo. ¿Y qué pasó?"

"La mujer resultó ser inocente de toda sospecha. Desde entonces se han casado. Y ahora, me alegra decirlo, Rebecca y yo somos las mejores amigas".

Jane lo rodeó con los brazos y lo abrazó con fiereza. "Verás... con el tiempo, tú y Henry también podríais acabar siendo amigos".

"Lo dudo".

"Oh, malhumorado, cabeza de toro..." Abandonó las palabras, atrajo su cara hacia ella y puso toda su frustración y pasión en un beso.

Mientras lo besaba, Jane sintió que el carruaje se detenía bruscamente y se encontró sentada en el regazo de Nicholas. Su boca se inclinó sobre la de ella con un beso lo bastante profundo y ardiente como para incendiar todo su cuerpo.

"Te deseo", susurró entrecortadamente cuando su boca abandonó la suya.

Sus labios rozaron y acariciaron la piel enfebrecida de su garganta, y sus manos ya estaban bajo la capa, acariciándole los pechos.

"Quiero hacerte el amor, Jane."

Pensó por un momento que el prado que atravesaban les serviría tan bien como cualquier cama, y entonces se le ocurrió una idea.

"¿Cuánto tiempo puedes tener paciencia?", le preguntó con una sonrisa, bajándose de su regazo y tomando ella misma las riendas del carruaje.

"¿Adónde me llevas?"

"Ya lo descubrirás".

"Muy bien. Entonces asegúrese de prestar toda su atención a la conducción, porque voy a estar ocupado de otra manera.

Mientras el faetón atravesaba la campiña a una velocidad de vértigo, la boca y las manos de Nicholas continuaron su juego burlón. Jane disfrutó de sus atenciones hasta que la presión de su cuerpo fue tan abrumadora que pensó que perdería la cabeza si no llegaban pronto a su destino.

El castillo de piedra en ruinas estaba situado en lo alto de un saliente que daba al río Blackwater. Desierto por la gente y el tiempo, Jane -como Egan- se había refugiado allí muchas veces contra las inclemencias del tiempo.

"Pensé que nunca llegaríamos aquí", dijo Nicholas, retirando de mala gana sus atenciones cuando el edificio quedó a la vista. "¿Dónde estamos?"

"Sólo es un pequeño lugar que guardo en el campo", bromeó, instando a los caballos a subir una cuesta hacia la muralla del castillo. "Lo llaman 'El asiento de Cuchulainn'".

Nicholas contempló la impresionante elevación de las murallas y luego el valle ondulado. Los dos agacharon la cabeza cuando ella hizo pasar el carruaje por la estrecha y antigua puerta y detuvo a los caballos.

"¿Vienes?", preguntó, bajando del carruaje y cogiendo la cesta de comida que la señora Brown había enviado con ella. Retrocedió hacia la puerta de una torre cuadrada que formaba la mayor parte del muro occidental.

La intensidad de la mirada azul de Nicholas sobre ella hizo que Jane se estremeciera de expectación. Lo vio coger una manta del asiento y empezar a cruzar el patio tras ella. Estaba oscuro en la escalera de caracol que conducía al piso superior de habitaciones que seguramente habían sido habitadas en algún momento por el señor de este castillo y su familia. Cerca de la cima, tropezó una vez, casi perdiendo la cesta de comida, pero Nicolás estuvo a su lado en un instante. Mientras la volvía a poner en pie, le reclamó un beso por su esfuerzo.

Le condujo a la única habitación del piso superior que aún conservaba parte de un tejado y tres paredes en pie. El muro que daba al valle, sin embargo, hacía tiempo que se había derrumbado a la orilla del río.

"Este es uno de los escondites secretos de Egan", dijo en voz baja, observando cómo la habitación se llenaba con la presencia de Nicholas al entrar. "Si se lo mencionas a alguien, habrá un precio que pagar".

Su silencio sólo hizo que su piel ardiera más. Cuando él dejó caer la manta al suelo y se acercó a ella, se dio cuenta de que aquello no iba a parecerse en nada a la experiencia que había compartido tantos años atrás con Conor. Aquello no fue más que el descubrimiento del fuego de la pasión por parte de dos jóvenes inocentes. Ahora se enfrentaba a un hombre. Y Nicholas Spencer era un hombre que había pasado su vida en compañía de mujeres mundanas. Ella estaba segura de que había pocas cosas que él no supiera sobre los caminos del amor. Los miedos y las inseguridades ensombrecieron su estado de ánimo, pero él se apresuró a estrecharla.

"Quédate conmigo". Gruñó contra sus labios mientras sus manos desataban la corbata de su capa. La prenda se acumuló a sus pies. La abrazó y la apoyó contra la pared mientras sus manos

empezaban a desabrocharle los botones de la espalda.

"Tengo miedo", susurró, apretando la frente contra la fría piedra.

"Yo también".

Ella sintió el aire, tan fresco sobre su piel, mientras él le abría la espalda del vestido.

"Deseo tanto que esto esté bien. Que pueda demostrarte... lo mucho que te quiero".

Aturdida por sus palabras, Jane se giró en sus brazos, sólo para sentirse abrumada por la profundidad de la emoción que encontró en sus ojos azules.

"Nicholas..." Las palabras se le atascaron en la garganta. Las lágrimas le quemaron los ojos.

"Es verdad. Te quiero, Jane". La besó profundamente, a fondo, mientras sus manos le bajaban el vestido hasta la cintura. La sensación de sus manos sujetando sus pechos a través de la delgadez de la camisa la hizo arquear la espalda en busca de más. Dejó de respirar cuando él le bajó los tirantes de la camisa por los brazos. Cuando retrocedió, vio que sus ojos se oscurecían al contemplar sus pechos antes de volver a su rostro.

"Eres tan hermosa".

Ella soltó un grito ahogado cuando él bajó la boca y se llevó su carne a la boca. Ya no había duda, sólo necesidad en su alma. Sintió que se derretía, que se humedecía. Sus brazos lo rodearon. Su cuerpo estaba listo, ansioso por aceptarlo. La tiró sobre la manta, le bajó la ropa por las caderas y la ayudó a separar las piernas.

Rápidamente se despojó de su propia ropa, y un instante después las paredes resonaron con el grito de éxtasis de ella al unir sus cuerpos. Ella sintió que el cielo los envolvía, elevándolos a ambos sobre una nube de infinito azul.

Te quiero.

Su susurro resonó en su mente una y otra vez, pero Jane trató de borrarlo, intentando por una vez perderse en aquel momento milagroso.

Pronto desaparecieron todos los pensamientos racionales y sólo quedó el palpitante pulso de la danza del amor. Incluso el tiempo quedó suspendido, contado sólo por el latido de sus cuerpos golpeándose mientras dos almas se elevaban hacia aquel gozoso momento de liberación.

Más tarde, mientras yacía en sus brazos, Jane volvió a pensar en la declaración que no podía hacer. No importaba lo que sintiera, "amor" era una palabra que no podía pronunciar.

El amor, pensó, apartando una lágrima, era algo que su mundo nunca permitiría.

Patrick encontró a su hombre en el antiguo Mercado de la Mantequilla de la ciudad de Cork. El joven, que organizaba la mercancía en su carro antes de regresar a Woodfield House, lo vio y dejó caer una caja de té sobre el suelo empedrado.

Bajo el pretexto de ayudarlo a levantar la caja de nuevo en el carro, Patrick susurró el mensaje que tenía que ser entregado a Egan antes del anochecer. "...que se reúnan a la misma hora y en el mismo lugar que la última vez. Liam dice que Egan debe llegar temprano. Finn debe estar allí. Asegúrate de decírselo".

Patrick se levantó despreocupadamente y levantó a su hijo menor. El muchacho se había quedado un poco rezagado mirando un carromato gitano brillantemente pintado. Levantó al niño sobre sus hombros, satisfecho de que el mensaje hubiera sido entregado sin problemas.

Sin embargo, cuando padre e hijo se encaminaron hacia el río, Patrick no se percató de que los dos dragones les observaban atentamente mientras les seguían a una distancia prudencial.

Clara se movió un poco, obligándose a sentarse más recta en la silla. El extremo afilado de una de las varillas francesas se clavaba sin piedad en su carne. Habían sido necesarias dos criadas, que trabajaban bajo la supervisión de su madre, para meterla en la ropa interior. Sin duda, algún cruel odiador de mujeres debía de haber ideado aquel insidioso artilugio.

Frustrada, se miró los pechos, apoyados como almohadas en las varillas. Sus pezones apenas quedaban ocultos por el terrible escote del vestido. Estaba segura de que si se inclinaba un poco hacia delante o dejaba que algo tirara del vestido, se desbordaría como el agua de un manantial por encima de la presa.

¿Y para qué? pensó, con el calor subiendo a sus mejillas. El baronet no le había dedicado ni una mirada.

Clara no era ciega. Desde que se sentó a cenar, la atención de Nicholas se había centrado en Jane. Jane y su vestido negro de cuello alto, tan conservador que no dejaba ver ni un centímetro de piel. Jane, que se las había arreglado para aparecer por segunda vez hoy en una comida. Jane, que realmente participaba en las conversaciones de la mesa e incluso parecía no ofenderse por nada de lo que decían sus padres. Jane, que de hecho sonrió ante un intento de humor por parte de Sir Thomas.

A Clara le disgustaba mucho esta Jane.

"Lady Spencer, ha estado muy misteriosa hoy, llevando y trayendo a su hija a Cork City".

Clara volvió a moverse, tratando de ignorar la presión que sentía en las costillas. Era la segunda vez que su madre le hacía esa pregunta esta noche.

"En absoluto", respondió alegremente su invitada. "Sólo pensé que sería bueno que Frances viera lo que ofrecían sus tiendas. Por supuesto, no pudimos evitar comprar un poco de esto y un poco de aquello mientras estuvimos allí. Fanny escogió un precioso bonete".

"Bueno, si quieres ir otra vez, me encantaría acompañarte. Conozco la mejor sombrerería, no lejos de la nueva Bolsa de Mantequilla".

"Eso sería encantador".

"Pero, ¿y usted, Sir Nicholas?" Lady Purefoy dirigió su atención al baronet. "Díganos qué pequeño rincón de nuestra campiña estuvo explorando hoy".

"Fui a Ballyclough con la Srta. Jane."

Su contundente respuesta atrajo todas las miradas del comedor. Lady Spencer y Frances intercambiaron una rápida mirada. Sir Thomas, con la copa a medio camino de los labios, gruñó y se bebió el vino antes de volver a sentarse en su silla. Catherine se quedó boquiabierta un momento antes de recuperarse. Clara pensó que tal vez fuera la primera vez en su vida que su madre se quedaba muda. A Jane se le había subido el color a la cara y ahora tenía la mirada fija en su plato.

Clara empezó a hervir y disparó dardos con los ojos a su hermana. Llevaba casi todo el día dándole vueltas al hecho de que Jane iba cada vez más a Ballyclough. No le gustaba nada.

Enrique nunca había querido que la propia Clara fuera a visitarle todos los días. Henry nunca *le había pedido* que le acompañara en sus visitas a los feligreses. Henry nunca había compartido sus pensamientos o sus planes con ella. Claramente, todo se reducía a esto: Henry estaba encaprichado de Jane.

Y también Sir Nicholas.

Obviamente, tener una reputación manchada era lo que una mujer necesitaba para llamar la atención en estos días.

Sus propios pensamientos maliciosos conmocionaron y hirieron a la joven, y su barbilla se hundió en el pecho.

Pero la amargura seguía carcomiéndola. La desconsideración de su hermana al querer llevarse a *los dos* hombres era atroz... insondable. Por mucho que hablara de haber amado a *un solo* hombre en su vida, de su devoción por Conor, del dolor que aún sentía, todo aquello no era más que una mentira. Jane sólo buscaba compasión. Y atención. Y obviamente, pensó Clara, lo había conseguido.

"Supongo que deberíamos dejar a los hombres con su oporto y sus puros". Lady Purefoy finalmente logró salir. Se puso de pie, y todos los demás siguieron su ejemplo.

Clara no apartó los ojos de Jane. Había mensajes silenciosos entre el baronet y su hermana mayor. Incluso como observadora, podía sentir el calor en el aire entre ellos. Cuando Jane salió de la habitación antes que el resto de las mujeres, Clara vio el deseo apenas disimulado en los ojos del hombre.

Se apresuró a seguir a su hermana a la salida. Estaba lo bastante enfadada y resentida como para decir algo mientras las mujeres cruzaban hacia el Salón Azul. Pero mientras avanzaba, Clara vio a Jane desaparecer escaleras arriba.

Su bruto Shanavests debe estar llamando, pensó la joven. Al entrar en el salón con sus invitados, Clara empezó ya a planear la charla con su hermana. Ya era hora de que alguien aconsejara a Jane sobre la inutilidad de sus intentos.

Ya era hora de que alguien le dijera a Jane que no tenía ninguna oportunidad... con ninguno de esos hombres.

Aunque Sir Thomas había querido brindar individualmente por todos los miembros de la sociedad londinense, Nicholas se había excusado antes de que apareciera la segunda botella de oporto.

Ella no le había dicho nada, pero Nicholas sabía que se había ido. Un viaje a los establos lo había confirmado. La Reina Mab no estaba en su establo.

Subiendo de nuevo la colina hacia la casa, Nicholas no podía pensar en nada más agotador que reunirse con todos en el salón. Parecía que no podía pensar en otra cosa que no fuera Jane. Diablos, *no le importaba pensar en otra cosa* que no fuera Jane.

Ante sus ojos se repetían una y otra vez las imágenes de la tarde en que habían hecho el amor. La mirada atormentada de Jane cuando le confesó su amor era una imagen que nunca podría borrar.

Nicholas levantó la vista hacia las líneas oscuras de la casa e intentó adivinar dónde podría estar su cuarto de trabajo. Solo quería estar rodeado de ella.

"Pensé que te encontraría aquí". La voz de su madre salió de las sombras de la entrada arqueada. "Me decepciona, sin embargo, encontrarte solo."

"No más que yo". Hoy había hecho un pacto consigo mismo. No negaría sus sentimientos por Jane... ni en público ni en privado. "¿Qué *está* haciendo aquí, milady?"

"Me canso de beber vino con nuestra anfitriona, me temo. Y aunque Clara está ostensiblemente jugando a las cartas con tu hermana, parece que podría cortarle la cabeza a alguien".

Lady Spencer dio un par de pasos hacia la noche y miró al cielo lleno de estrellas. "Así que, con Jane rehuyendo nuestra compañía y Sir Thomas retirándose a su estudio hace unos minutos, he decidido que cualquier emoción que ofrezca Woodfield, debe estar aquí fuera".

"Y, por favor, ¿qué pensabas hacer si Jane y yo estábamos aquí solas?", preguntó, divertido

como siempre por la forma de pensar de su madre. "No planeaba espiarnos, espero."

"Cielos, no. Sólo vigilar en tu nombre". Sonrió con ternura. "Sé que no necesitas mi aprobación. Pero aún así, quiero que sepas que pienso muy bien de Jane. Es una joven muy especial".

"Lo sé", aceptó en voz baja.

Pasó junto a él y se detuvo al borde del jardín. Sus ojos escudriñaron el oscuro valle que había más allá. "La perfección no existe, Nick. La belleza es sólo una ilusión pasajera. La felicidad no es un principio ni un fin, sino toda una vida de compromiso. Es un viaje". Se volvió hacia él. "Amar es dar".

No era la primera vez que Nicolás oía estas mismas palabras. Representaban los principios en los que había sido educado para creer, para vivir. Las había oído muchas veces en su juventud, aunque se preguntaba dónde había empezado a sentirse indigno de la felicidad. En algún lugar de las Llanuras de Abraham, supuso.

"No lo he olvidado".

"Eso está bien", asintió ella, satisfecha. "Tendrás que recordarlos. Jane se lo merece".

Nicholas no dijo nada mientras su madre caminaba hacia él.

"Sin embargo, viendo que obviamente no tienes nada que hacer esta tarde, ¿te gustaría ver los mayores tesoros que guarda la Casa Woodfield?". Ante su sonrisa irónica, ella sacudió la cabeza y le dio una palmada en el brazo. "No, usted puede encontrar su propio camino a la habitación de Jane, querida. Me refiero a su taller. El estudio donde pinta".

"Su vasto conocimiento y sabiduría siguen asombrándome, milady". Le ofreció el brazo.

Capítulo Veintidós

"HABLÉ CON FINN HOY TEMPRANO, EGAN", dijo Liam mientras los dos esperaban a que llegaran los demás. "Me dijo que los dragones habían visitado esta mañana las granjas de John Stack y Denis Cahill. Y esta tarde han estado en Kilcorney, metiendo las narices en casa de Connell, en casa de Jock Dineen y también en casa de Ned Ryan. Estuvieron interrogando a todos sobre ti".

Intentó quitarle importancia a la preocupación de su amiga. "A menos que estén dividiendo y repartiendo trozos de cielo, no creo que esta gente diga nada diferente de mí de lo que dijeron la última vez... o cualquiera de las veces anteriores".

Los granjeros que Liam había mencionado se cortarían el brazo derecho antes de delatarla. Todas las familias mencionadas sabían perfectamente quién era Egan. Cada una de ellas había ayudado a los Shanavest o, en un momento u otro, había dado cobijo a familias desplazadas a lo largo de los años.

"Pero Finn cree que esto es sólo el principio", advirtió Liam. "Hay muchos otros ahí fuera que no serán tan leales... ni tan valientes... ni tan inteligentes para saber qué decir y qué no decir. Está preocupado por vosotros".

"¿Acerca de mí? En todo este tiempo, el hombre ha hecho un punto de no darse a conocer a mí".

"Sí... bueno, no puedo responder por él en eso. Pero estoy seguro de que el hombre está preocupado. Incluso nos hizo trasladar a la ciega, Bridget, a Charleville anoche porque habíamos hablado con ella. Y esta mañana al amanecer había dragones buscándola por todo Buttevant".

"Tú y yo llevamos demasiado tiempo involucrados en esta lucha como para asustarnos tan fácilmente", dijo Egan con seguridad. "No es la primera vez que nos buscan entre la paja".

Liam negó con la cabeza. "Siempre ha habido seguridad en los números, y en saber que cuando vienen a por nosotros, podemos dispersarnos en una docena de direcciones diferentes y darles esquinazo. Pero esta vez, parece que os persiguen a vosotros solos, mi alegría, y a ninguno de nosotros nos gusta".

Egan echó un vistazo al numeroso grupo que se estaba reuniendo. Miró más allá del ceño fruncido de Ronan, al otro lado del fuego, y buscó entre los rostros de la multitud hasta que encontró a Patrick. El rostro amable y leal de su amigo le recordó que debía dejar de lado su propia indiferencia y escuchar de verdad lo que le decían. Esta gente se preocupaba por ella, y ella por ellos.

"¿Qué recomienda Finn?"

"Quiere que permanezcáis en la sombra durante un tiempo. Con un pequeño periodo de calma y tranquilidad... sin rastro de Egan... cree que la búsqueda y el interrogatorio se calmarán pronto".

"¿Qué tal la reunión en Kildare?"

"Finn cree que deberíamos decidirnos por otra persona para que vaya por vosotros". Liam estudió a la multitud reunida. "Sería bueno que pudiéramos contarle a la gente el cambio de planes de esta noche".

Muy bien, pensó. Así que no iría al viaje. Tal y como estaban las cosas, y sobre todo después de lo de hoy, temía que sus sentimientos por Nicholas la distrajeran. Sus amigos necesitaban una mejor representación de su grupo que la que Egan podía ofrecer ahora.

"Entonces, ¿quién crees que debería ir por ti?". Liam volvió a insistir en la pregunta.

"Patrick". Egan respondió. "Él sería perfecto para ello".

Al ver el puesto vacío, las esperanzas de Sir Thomas cayeron como piedras en un orinal. Al mismo tiempo, la frustración avivó su temperamento.

Durante toda la noche, había supuesto que Jane estaba con el baronet. Al verlos desaparecer después de la cena, había pensado, más bien esperado, que ambos se escabullirían juntos a algún rincón oscuro y privado de la noche.

No se había equivocado. Por muy sutiles que fueran, las señales y los gestos habían sido demasiado evidentes. Spencer estaba enamorado de Jane... para mayor orgullo del canalla. Y, por los truenos, si el canalla era tan hombre como para ir tras ella incluso después de enterarse de su escandaloso pasado, ¿quién era él para interponerse? Sí, después de todo, podría salir algo bueno. A pesar de su reputación de pícaro, el baronet le parecía del tipo que actúa honorablemente cuando se trata de Jane. Tenía la mirada en sus ojos. Aquello tenía todos los visos de ser un encuentro amoroso, si es que tal cosa existía en este mundo de corazones duros y palmas irritadas. Pero enseguida supo que Spencer estaba hecho de otra pasta.

Sir Thomas volvió a echar un vistazo al puesto vacío.

¡Maldita Jane por intentar arruinarlo!

Salió furioso de los establos y subió la colina en dirección a la casa. Los malditos Whiteboys necesitaban volver pronto sobre sus pasos. Necesitaban tener a sus líderes bailando en la brisa de Cork. Necesitaban una buena dosis de miedo. Asustar a los cabrones, y Jane podría desanimarse lo suficiente como para abandonar la causa mientras hubiera esperanza de algo con Spencer.

Ya era suficiente, cuélgalo. Había dejado a Musgrave hacer su trabajo demasiado tiempo. Sir Thomas necesitaba involucrarse una vez más y mostrarle al dandi cómo un perro viejo va por la garganta.

La luz parpadeante de una docena de velas daba vida a las imágenes de los lienzos. Nicholas se apartó y contempló los cuadros que había descubierto y se puso de pie en todos los espacios disponibles.

Después de llevarlo al estudio del ático, Alexandra se había marchado sin decir palabra, dejando a Nicholas solo para mirar a través de esta ventana en la mente de Jane. Para ver por sí mismo el talento ardiente de una joven. Para sentir la vida que había producido ese trabajo.

Había estudiado sus cuadros con el fervor de un buscador de tesoros que acabara de encontrar las riquezas de Creso, ocultas durante mucho tiempo. Y al ir de lienzo en lienzo, sintió

una emoción inesperada que le obligó a sentarse y contemplar de vez en cuando. Se había sentido conmovido, impresionado, y sus ojos se habían abierto a las batallas y el dolor que habían desempeñado un papel tan importante en su vida.

Pero la revelación más inquietante había sido la magnitud del amor de Jane por Conor. Que una mujer renunciara a *tanto* de su vida, que se consumiera tanto por una causa para la que no había nacido, demostraba una gran devoción por ese hombre. Era desalentador pensar que alguna vez sería capaz de amar a otro... que alguna vez él sería capaz de conquistarla.

Pero diablos, pensó con fiereza, la toma de Quebec tampoco había sido fácil. Y esto era mucho, mucho más importante.

Se dirigió a su mesa de trabajo y abrió un estuche de cuero que contenía bocetos. Un dibujo suyo a carboncillo estaba encima de otros bocetos. Lo miró detenidamente. Era un dibujo rápido, pero inconfundible en su intención y su fuerza. Era una representación de él mirando atentamente a alguien a quien tenía cautivo bajo sus pies.

Era una representación del primer día que se habían conocido. Había captado la mezcla de sorpresa y calor en su rostro. El resto del dibujo, sin embargo, confundió a Nicholas hasta que se le ocurrió que el resto era obra de su imaginación. En el boceto, llevaba una camisa suelta, desabrochada, que dejaba ver los músculos de su pecho. Llevaba el pelo suelto y alborotado alrededor de la cara. Su mano salía del boceto y se dirigía hacia la artista.

Lo que estaba mirando era una evocación erótica de lo que podría haber sido... de lo que aún estaba por llegar. Se había sentido atraída por él desde el principio.

El crujido de la puerta que se abría al pie de la escalera devolvió a Nicholas al presente. Se asomó por los escalones y vio a Jane mirándole.

"Así que has encontrado este lugar", susurró. Su rostro estaba oculto por las sombras, y él no supo de inmediato si estaba contenta o enfadada.

Nicholas la vio entrar por la puerta y cerrarla. El deseo se apoderó de él al verla subir lentamente los escalones. Llevaba los calzones y la camisa negros -se había quitado el blusón blanco- y la imagen del boceto cobró vida en su mente.

"Volví por el camino del jardín desde los establos... pero como no estabas fuera, pensé que ya estarías durmiendo". Nicholas vio cómo sus ojos se fijaban en la chaqueta y la corbata que había dejado a un lado. Su mirada se detuvo en las mangas arremangadas y los brazos desnudos.

"El tiempo que pasamos juntos esta tarde fue demasiado breve". Le tendió la mano y ella la cogió. La subió al último escalón y la abrazó. "Debo advertirte que me has creado un apetito insaciable por lo que he probado hoy".

Sus labios se abrieron bajo los suyos y Nicholas saboreó su dulzura y sonrió mientras la besaba.

"Y yo que pensaba que era la única que sufría", murmuró.

Sus dedos le abrocharon los botones de la camisa. La sensación de sus manos frías en contacto con su piel caliente le provocó una nueva oleada de deseo.

Nicholas la condujo al centro del estudio del ático. Ella frunció ligeramente el ceño cuando su mirada se fijó en los cuadros que él había descubierto y expuesto por la habitación. La expresión de incertidumbre en sus ojos le dio un tirón en el corazón.

"Hay muy pocos que sepan que utilizo este lugar como estudio... y aún menos que hayan visto alguna de mis obras. No soy tradicional en lo que hago. Quizás, lo que me falta..."

"Me consideraría sólo un crítico bastante entendido en bellas artes, pero he visto suficientes obras aclamadas como para decir que su trabajo le sitúa fácilmente entre los más grandes de los artistas que pintan hoy".

"Estos son..." Jane sacudió la cabeza y habló en voz baja: "Te burlas de mí".

"Apenas". Le cogió la cara y la miró fijamente a los ojos. "Quiero hacerte el amor, Jane. Aquí, con estas obras de genio, con estas ventanas a tu pasado a nuestro alrededor".

La besó hasta que ella se inclinó hacia él y sus manos empezaron a bajar por su pecho. Le agarró la muñeca cuando le llegaba a la cintura.

"No debemos precipitarnos. No esta vez".

Los ojos de Jane se entornaron cuando él arrastró el estrecho catre hasta el centro de la habitación. A su alrededor, las velas parpadeantes y los cuadros relucientes proporcionaban luz y color, y él la atrajo hacia el catre. Una vez más, su boca se deleitó con la de ella. Ella se estremeció de expectación y se apoyó en los brazos mientras él empezaba a desabrocharle la camisa. Con una deliberación que esperaba que no fuera su perdición, acarició cada centímetro de piel expuesta... hasta que llegó a la parte superior de su camisa. Allí encontró no sólo la prenda interior de lino, sino también una camisa interior especialmente confeccionada, del doble de grosor y ajustada para atar y ocultar sus pechos. Sonrió ante la docena de pequeños ganchos que aparecieron cuando terminó de abrir la camisa exterior.

"¿Recuerdas el primer día que nos conocimos en el bosque?", preguntó en voz baja.

"Sí", respondió ella.

La tumbó en el catre y desabrochó con cuidado un gancho tras otro. Cuando terminó la tarea y la camisa interior quedó abierta, miró los botones del chemise.

"Sólo para atormentarme", murmuró. "Bueno, dos pueden jugar..."

Mientras desabrochaba cada botón, acercó sus labios a la piel recién descubierta, haciéndola respirar bruscamente y agarrarse a los lados del carro cuando llegó a las suaves curvas de su vientre. Levantó la cabeza y deslizó las camisas y los tirantes del chemise por encima de sus hombros. Deslizó suavemente las manos por las suaves líneas de la clavícula y trazó una línea con el dedo índice hasta el valle entre los pechos. Liberados de la restrictiva ropa, los perfectos orbes de carne de marfil con sus duras y extendidas puntas subían y bajaban. Ella arqueó la espalda cuando él le cogió un pecho y le pasó el pulgar por el pezón.

"Tan hermosa... y lista para ser degustada".

Una de las manos de Jane se deslizó sobre su cadera y tocó la incipiente virilidad atrapada en sus calzones. Él se deslizó a lo largo de su cuerpo, poniéndose fuera del alcance de su mano.

"No, mi dulce. No puedes moverte, y eres mía para atormentarte". Le dirigió una mirada de fingida advertencia antes de bajar la boca a su pecho. Ella gimió y él sintió que sus dedos se enredaban en su pelo cuando él empezó a provocarla y a chuparla.

Esta tarde no habían tenido tiempo de descubrirse mutuamente el cuerpo. Su sexo había sido apasionado, potente y directo. No había sido un momento para la seducción y la exploración. Pero Nicholas estaba decidido a dárselo ahora.

Dejó que su boca se deslizara hasta el otro pecho, donde se dio un festín hasta que ella respiró agitadamente. Bajó aún más y sus labios besaron su vientre suave y liso. Sus dedos, deliberadamente lentos, le desabrocharon los calzones y empezaron a pasárselos por las caderas.

"Nicholas..."

Las manos de Jane lo alcanzaron cuando él se bajó al catre y le quitó las botas y las medias y le despegó los calzones de las piernas.

"Ven a mí", susurró con voz ronca. "Te necesito ahora".

"Sí... y te necesito".

Sus miembros desnudos eran un destello de belleza eterna que brillaba ante sus ojos. No tenían parangón en el arte. Ni Miguel Ángel, ni Botticelli, ni Tiziano, ni ninguno de los maestros

modernos, habían captado jamás la curva de aquel pie que se arqueaba suavemente desde la punta hasta el talón. Lo levantó y posó sus labios en él. Deslizó los dedos por las líneas afiladas del tobillo hasta la pantorrilla suavemente musculosa y la perfecta maquinaria de la rodilla. Besó la piel con hoyuelos y sonrió al oír los jadeos de su respiración. Con el pie apoyado en su regazo, sus manos acariciaron con ligereza la firme carne del muslo hasta llegar al vértice de su recorrido, aquel tentador triángulo de vello y los húmedos pliegues que había debajo.

La vio respirar con dificultad, sus pechos subían y bajaban sin ninguna regularidad perceptible. Pero sus ojos oscuros observaban cada movimiento de él.

"Nicholas... yo nunca... yo..."

Era la respuesta que había estado esperando, así que acercó su boca a su carne húmeda. La oyó gemir cuando penetró en ella y la acarició con los dedos, los labios y la lengua, succionando el centro mismo de su feminidad hasta que supo que había entrado en un paraíso de dicha.

Cuando ella gritó suavemente, aferrándose al catre mientras su cuerpo se arqueaba y estremecía, él supo que ningún gozo artístico podría rivalizar jamás con las alegrías naturales que comparten los amantes.

Poco a poco, fue cediendo en sus atenciones a medida que sus oleadas de éxtasis se calmaban... por el momento.

"Nicholas", susurró, acercándose a él.

Se sentó fuera de su alcance y se quitó la camisa. "Todavía no, mi amor."

Sus ojos eran humeantes charcos de ébano mientras lo observaba levantarse y quitarse el resto de la ropa. Cuando se quitó los calzones, su mirada se entrecerró al contemplar su virilidad erecta.

Un suave rubor coloreó sus mejillas y se extendió por su cuello y sus pechos. "¿Es posible que tú... y yo..."

"Déjame mostrarte las posibilidades".

Volvió a colocarse entre sus piernas, la apretó contra el catre y la besó mientras la cabeza de su bastón penetraba en los resbaladizos pliegues. Ella respiró agitadamente cuando él la penetró, y él acalló sus gritos con la boca.

Cuando los espasmos de su apretada envoltura se cerraron a su alrededor, sintió una pasión jamás conocida. Cuando sus manos se aferraron a sus nalgas, sintió que ella lo atraía aún más profundamente, exigiéndole que la penetrara una y otra vez, llenando sus dulces profundidades con su propia carne palpitante. Juntos, encontraron el ritmo de la danza, y juntos se elevaron a lo que él estaba seguro que debían ser las mismísimas alturas del Elíseo.

Cuando ella se liberó, lo hizo con el dulce desenfreno de los inocentes, provocando una explosión equivalente en su cabeza y en sus entrañas. Él ahogó sus gritos contra la garganta de ella mientras seguía penetrándola, vertiendo su semilla en su cuerpo. Cuando se corrió, ella rodeó sus caderas con las piernas y lo mantuvo atrapado entre sus brazos y su cuerpo.

Pasó mucho tiempo antes de que ninguno de los dos pudiera hablar o recuperar el aliento.

"¿Cuánto tiempo podemos estar aquí arriba sin que nos descubran?", consiguió preguntar finalmente. Levantó la cabeza y miró su hermoso rostro sonrojado.

"Mucho, mucho tiempo. Meses probablemente. Nadie sube aquí, excepto yo".

"Bien. Con sus cuerpos aún unidos, sintió que se endurecía de nuevo dentro de ella. Rodó a Jane en el catre, hasta que ella estaba encima. La agarró por las nalgas y la atrajo hacia sí, provocando un jadeo de sorpresa. Contempló sus pechos llenos apretados contra él y los tirabuzones de pelo en cascada que enmarcaban su rostro sonriente. Volvió a estar completamente erecto.

"¿Quieres hacer el amor otra vez?"

"En realidad, esperaba una visita a esta magnífica galería de arte. Pero, por supuesto, necesitare pequeños alicientes entre las obras, para mantener mi atención y sostener mi autoestima. Mis talentos son muy limitados, ya sabes".

"Me temo que no puedo estar de acuerdo en ese aspecto por el momento", dijo, enarcando una ceja y luego sonriendo. "Pero, ¿qué tipo de seducción tenía en mente, señor?"

Dejó que su mirada recorriera el amplio espacio. "Déjame ver... después de que hayamos terminado con este catre, tendríamos que hacer el amor contigo en mi regazo en esa silla. Y quizás una vez contra la pared... y otra vez contigo de cara a la pared. Definitivamente necesitamos probar la fuerza de tu mesa de trabajo. Y luego esa viga ciertamente tiene un ángulo interesante, debería decir..."

Riendo, le golpeó ligeramente el pecho con el puño. "No estarás planeando aprovecharte ahora de un pobre artista, ¿verdad?"

"Claro que sí". Tiró de sus rodillas hasta que ella estuvo de pie y a horcajadas sobre él. Le levantó las nalgas y volvió a bajarla, penetrándola profundamente. "De hecho, pienso hacerte el amor muchas veces, de muchas maneras, hasta que me supliques que pare. Y entonces pondré una condición para parar... temporalmente... y te verás obligada a aceptar".

"¿Cuál... cuál es la condición?" preguntó ella vagamente, rotando sus caderas lentamente encima de él.

"Que te cases conmigo, Jane."

Apenas había despuntado el alba en el cielo del este cuando Jane echó una última mirada melancólica sobre su área de trabajo y empezó a bajar los escalones. Hacía una hora que había despedido a Nicholas, después de convencerle de que no tardaría en aparecer por las escaleras.

Había tardado más de lo que esperaba en poner en orden su lugar de trabajo en el ático, pensó, conteniendo una sonrisa.

Cásate conmigo, Jane. Cásate conmigo, Jane.

Su sonrisa desapareció. Como un canto litúrgico, las palabras de Nicholas se repetían una y otra vez en su cabeza. Había evitado responderle, pero no pudo evitar el poder de calentamiento que ejercía sobre su corazón y su mente. Incluso permitirse soñar con pasar el resto de su vida con él iba mucho más allá de lo que jamás se había permitido esperar.

Ella lo amaba. Lo sabía. Y de hecho, había encontrado los momentos más apasionados y satisfactorios de su vida en sus brazos. Pensó que esto sería todo. Era todo lo que podía esperar. Un momento y un recuerdo.

Pero casarse con él...

Jane aún sonreía cuando abrió la puerta de su dormitorio y entró en la penumbra de la habitación.

"Tarde por la noche para ti. O debería decir 'temprano por la mañana'".

Sobresaltada, Jane se dio la vuelta y encontró a Clara sentada en su cama. La joven tenía la espalda apoyada en el cabecero y el rostro oculto en las sombras. Sus pies resbaladizos estaban estirados sobre la ropa de cama intacta.

"Temprano sería correcto", contestó Jane alegremente. Sintió el impulso de correr a abrazar a su hermana, pero se resistió. Este vértigo tonto era una sensación tan nueva, pero no quería asustar a nadie. "Buenos días, Clara. ¿Por qué te has levantado tan temprano?"

Sin esperar respuesta, se puso ropa interior y un vestido. El agua de la palangana estaba fría, pero no le importó. Mojó una toallita en el agua y empezó a desvestirse.

"He estado despierto toda la noche."

"¿Te encuentras mal?" preguntó Jane por encima del hombro, agradecida por la oscuridad de la habitación, pues se le ocurrió que su piel clara podría mostrar las marcas de las atenciones de Nicholas.

"Podría decirse que sí".

"Entonces, ¿por qué estás aquí? Deberías haberte quedado en la cama. Iré a pedirle a Fey que traiga..."

"*Nada de lo que Fey pudiera sacar a relucir me haría sentir mejor*". Los pies de Clara se balancearon sobre la cama y tomaron contacto con el suelo.

Jane oyó el toque de tristeza y mal genio en la voz de Clara, e hizo una pausa en su lavado y se envolvió en un fular de lino.

"¿Qué ocurre?", preguntó en voz baja, acercándose a la mujer más joven.

"Tú eres lo que está mal".

Jane se detuvo bruscamente. "I...?"

"Sí... tú y tu desconsideración". Clara se levantó. "Tú y tu falta de consideración por los demás de esta familia".

Jane se erizó ante la acusación. "¿De qué me acusa Sir Thomas ahora?"

"No se trata de papá". Clara salió de las sombras. Las manchas de lágrimas y los párpados hinchados sorprendieron a Jane. "Y no se trata de mamá. Se trata de mí, Jane, tu única hermana, la única de esta familia por la que siempre has dicho que te preocupabas".

Jane abrió la boca para hacer más preguntas, pero la cerró de inmediato cuando una sensación nauseabunda se apoderó de su centro.

"¿Qué tienes contra mí?" Lágrimas frescas rodaron por las mejillas de Clara cuando se acercó a un paso. "¿Por qué... te opones tanto a verme feliz?"

"Yo... yo no..."

"Son celos, ¿no?" Clara atacó antes de que Jane tuviera oportunidad de encontrar sus palabras. "Has conseguido arruinar tu propia vida. Ahora no puedes aceptar el hecho de que yo pueda tener una oportunidad... una oportunidad de alejarme de la desgracia que trajiste a nuestra familia. Tienes celos de que alguna vez sea feliz".

"Eso no es verdad."

"Mientes", espetó la joven. "¿Por qué otra razón lo mantendrías intencionadamente alejado de mí? Sir Nicholas vino a Irlanda por *mí*. Me quería a *mí*. Pero no pudiste evitar hacerme daño. Tenías que *quitarme* la felicidad que debería haber sido *mía*".

"Fuiste *tú* quien le apartó". Jane pudo encontrar su voz mientras los argumentos se agitaban en su interior. "Tú... tú fuiste la que me obligó a ir contigo... y luego lo empujaste hacia mí".

"¿Así que estuvo bien que te aprovecharas de mi timidez? No podías dejarlo estar... o darme tiempo para... encontrarme a mí misma. Para acostumbrarme a él. Hiciste bien en llevártelo a Ballyclough ayer... y anteayer. No niegues nada de eso, Jane. No soy tonta. Sé que también estuvo contigo ese día".

El pensamiento que asaltó la mente de Jane en ese instante fue que Clara no sabía lo de anoche. No tenía forma de saber que las dos habían estado haciendo el amor toda la noche a sólo dos pisos por encima de donde se encontraban ahora.

"¿Qué esperas conseguir con todo esto, Jane?" La hermana menor se enfureció. "¿Crees que eres lo suficientemente buena para convertirte en su esposa? ¿Eres tan egoísta que no dudarás en

avergonzar el honor de otra familia? ¿Y qué hay de tu querido Shanavests? ¿Cómo te las arreglarás para mantenerlo mientras cabalgas por el campo hasta el amanecer... así... con grupos de rufianes, merodeadores y *traidores*?"

A Jane se le saltaron las lágrimas. Se sentó pesadamente en el borde de una silla. Intentó tragarse el doloroso nudo que tenía en la garganta y hablar.

"Pero no hubo propuesta de matrimonio. Me... me dijeron que él... no pidió..."

"No te lo ha pedido... *todavía*", espetó Clara. "Pero dado el momento, lo haría... aún lo hará... si le *dejas*".

Jane volvió la cara mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas. Sintió la mano de Clara en la rodilla cuando la joven se agachó a su lado.

"Nunca te he pedido nada, Jane, pero te pido esto. Por favor, no me arruines esta oportunidad". Su voz no era más que un suave susurro. "Si alguna vez me quisiste como a una hermana... si te importo aunque sea un poco... entonces, por favor, dame una oportunidad de ganarme su afecto". Clara apretó la mano de Jane. "Necesito esta oportunidad. Necesito que me lleve lejos de este lugar... de esta tierra dejada de la mano de Dios. Prometo hacerlo feliz, Jane. Seré tan buena para él como él lo es para mí".

Jane se dio la vuelta y miró a su hermana a través de las lágrimas. "No puedo decirle con quién casarse... o a quién amar. No es la clase de hombre que es".

"Entonces vete, Jane. Deja la Casa Woodfield y quédate con uno de las docenas de amigos que tienes por aquí. Deja *que* le convenza". Clara apretó con fuerza la mano de Jane. "Por favor."

Capítulo Veintitrés

LAS PUERTAS del estudio estaban cerradas y atrancadas. Por orden directa de Sir Thomas, la llegada de su visitante no fue anunciada a la dueña de la casa ni a nadie más. Este encuentro era sumamente privado.

El mensaje entregado a Sir Robert Musgrave poco después del amanecer había explicado el genuino interés de Sir Thomas y su voluntad de ayudar en todo lo que pudiera para arrestar a los líderes de la facción rebelde local. Además, el antiguo magistrado había insinuado métodos e incluso informantes que estaba dispuesto a compartir para garantizar el éxito.

A media mañana, Musgrave estaba en Woodfield House, y cualesquiera que fueran las diferencias de opinión que los dos hombres habían albergado antes, ahora no significaban nada. Ambos querían conseguir los mismos resultados.

Sir Thomas escuchó atentamente las novedades de Buttevant. Y se cuidó de no dar muestras de sorpresa cuando el magistrado le informó de que Jane y Sir Nicholas eran quienes habían trasladado a los hijos de la viuda papista. También le dijeron que el baronet había vuelto a por la madre.

"Un acto de caridad, no lo dudo", explicó Sir Thomas con un gesto desdeñoso. "Pero dígame... esta mujer... ¿dónde está ahora?"

"Tengo entendido que fue llevada al pueblo de Ballyclough."

"¿Ballyclough?" gruñó el hombre mayor. "¿Cómo lo sabes?"

"Parece que el doctor Forrest fue llamado por el párroco Adams... El doctor ha indicado que la madre... esta mujer Rita... ahora sí reside en la casa parroquial".

"¿Y realmente crees que esta mujer puede identificar a Egan?"

"Así es, señor", afirmó el magistrado. "La cuestión de quién dio exactamente el dinero a la mujer es insignificante comparada con el hecho de que ambos *debieron* conocerse. De lo contrario, los Shanavest no se tomarían la molestia de sacar a la otra mujer... la viuda ciega... de la casa de campo".

"Muy astuto, señor. Pero antes no has tenido éxito en conseguir la cooperación de Rita. ¿Qué cambia ahora?"

"Planeo ser más... persuasivo. Haremos que traigan también a sus hijos cuando la arrestemos". Una sombría sonrisa se dibujó en los labios del hombre. "He oído que tiene una hija pequeña. Si es necesario, se la daremos a uno de nuestros carceleros y dejaremos que la madre vigile. La mujer nos dirá más de lo que necesitamos saber".

"Insisto en que deje a los niños al margen", espetó Sir Thomas, poniéndose en pie. Luchando con su temperamento, se volvió y caminó hacia la ventana. "También se equivoca al arrestar a la madre mientras está en la casa parroquial. Henry Adams no verá con buenos ojos que saquen a la

gente de debajo de su propio tejado, y no queremos que nuestra propia gente se levante contra nosotros."

"Como magistrado, señor, tengo derecho a..."

"¡Mantened la paz!", rugió el anciano. "Tu trabajo es mantener al menos la apariencia de paz y justicia en nombre del Rey. Dejaste ir a esa mujer una vez. No puedes sacarla del cuidado del Reverendo Adams sin tener una maldita buena razón".

"Ella es mi conexión más fuerte con Egan en este momento."

"Eso no dice mucho de sus esfuerzos, ¿verdad, Sir Robert?"

Musgrave estaba rojo cuando se puso en pie. "Si su propósito al invitarme aquí hoy era insultarme, señor, entonces..."

"Reviente su fina piel, Sir Robert, y contrólese".

"¡Yo digo!"

"Concéntrate, hombre. Deja a un lado todo este esfuerzo inútil que seguramente no servirá para nada". Sir Thomas juntó las manos a la espalda y caminó hacia Musgrave. Para atrapar a estos zorros, debemos hacer planes más grandes. Mi sugerencia es ésta". Se detuvo, frunciendo el ceño hacia el hombre. "Pero tal vez usted no esté interesado en tener éxito".

"Por supuesto que deseo tener éxito", espetó Musgrave.

"Entonces este es nuestro plan. Llevar a cabo una incursión punitiva en uno de los pueblos más grandes. Usted tiene la autoridad para hacerlo. Pero antes del ataque, asegúrese ... de una manera discreta ... que la palabra de la incursión se filtre. Mientras tanto, que sus hombres vigilen. Prepare una trampa. Los Shanavest *aparecerán*."

"Pero no hay garantías de que ninguno de sus líderes vaya a estar allí".

"¡Tampoco hay garantías de que no te vaya a sodomizar esta noche el hombre de la luna mientras duermes!". Sir Thomas miró con desaprobación al magistrado. "Te diré el secreto para tener éxito aquí. Debes planear cuidadosamente y luego ejecutar esos planes rápidamente. Hoy es miércoles. Planea la incursión para mañana por la noche. La noticia no debe salir antes de mañana al mediodía y sólo después de que algunos de los tuyos se hayan colocado en lugares estratégicos dentro y alrededor del pueblo. Esto no dará a los Whiteboys mucho tiempo para reaccionar. Uno de sus líderes, si no más, *aparecerá* para ayudar a los aldeanos".

"En cuanto a esa gente que dices que debo ubicar en el pueblo". Musgrave se tiró de una oreja. "No tengo a nadie a quien pueda poner allí... sin levantar sospechas".

"Por eso quería que planeáramos esto juntos". Sir Thomas sonrió. "Puedo ser de ayuda".

El aire nocturno estaba cargado con la sensación de una tormenta inminente. Los dos hombres que estaban en el prado eran los únicos que estaban fuera.

"Estaba en la forja con el herrero cuando se fue. Ni siquiera la vi marcharse". El domador apoyó un hombro ancho en un poste e hizo ademán de atizar el tabaco de su pipa.

Nicholas estaba recibiendo las mismas respuestas de Paul que de todos los demás. En todas partes le daban largas con sus preguntas. Cada persona parecía haber sido preparada. Todos decían lo mismo. No sabían dónde había ido Jane.

Sin embargo, Nicholas no estaba convencido, y la forma en que todos le hablaban desencadenó en él una sensación de ansiedad de la que no podía desprenderse.

Cuando a media mañana no vio ni rastro de ella, bajó corriendo a los establos y descubrió que la reina Mab había desaparecido. Decidió que debía de estar en Ballyclough, ensilló su

caballo y corrió tras ella por la campiña irlandesa. Aunque el párroco Adams no estaba en casa, el ama de llaves le había asegurado que la señorita Jane no había venido a visitar la casa parroquial esa mañana. Pero, por supuesto, era bienvenido a quedarse y hablar con el reverendo Adams cuando regresara. Nicholas no se había molestado, y en su lugar se había apresurado a volver a Woodfield House, pensando que ella podría estar de vuelta.

En cualquier otra familia u hogar, habría logrado interrogar a los padres sobre el paradero de su hija. Pero la despreocupada respuesta de Lady Purefoy: "Hace tiempo que dejé de llevar la cuenta de las idas y venidas de Jane", había sido un oscuro recordatorio de lo *poco que se preocupaba* por ella aquella familia. Sir Thomas parecía tener incluso menos interés que su esposa, e interrogar a Clara sólo había conseguido agudizar su permanente sospecha de que algo había ido terriblemente mal. En lugar de responderle, la joven se había limitado a extenderle su anterior invitación de actuar como su guía, si Jane no estaba disponible. Cuando él declinó, ella hizo todo lo posible por entablar una conversación con él sobre caballos y carreras.

Había luchado, pero de alguna manera se las arregló para no ser grosero.

Y Paul estaba siendo igualmente inútil. "No está mal, señor, que se ausente así por un día o dos."

Nicholas se obligó a alejar los oscuros pensamientos de su mente y observó la corona de humo que rodeaba la cabeza de Paul. Intentó recordarse a sí mismo que era completamente razonable que ella hubiera recibido un mensaje después de que él la hubiera dejado esta mañana. Pero la ansiedad no se calmaba... porque estaba seguro de que ella le habría dejado alguna palabra. "¿Cuánto tiempo espera su familia antes de sentir curiosidad por saber dónde está?"

El arqueo de la ceja erizada del mozo de cuadra dio a Nicholas su respuesta.

"¿Cuánto *tardarás* en preocuparte?"

Paul volvió a prestar atención a su pipa, dándole a Nicholas su respuesta a eso también. El hombre sabía dónde estaba Jane, y no le preocupaba.

"He pasado la mayor parte de la vida de esa chica preocupándome por ella", dijo evasivamente.

"Al menos dime que no corre peligro", insistió Nicholas con tenacidad.

"Ojalá pudiera, señor. Pero la verdad, Sir Nicholas, es que debería resignarse a lo que siente hoy. La Srta. Jane no es como cualquier otra muchacha. Durante mucho tiempo, no ha respondido ante ningún hombre, ni mujer, tampoco. Ha tenido su propia cabeza durante tanto tiempo que creo que ni siquiera recuerda la sensación del bocado entre los dientes o el látigo en los flancos. Es feroz en su independencia, y eso es todo. Así que si os disponéis a cuidar de ella, también podéis daros cuenta de que no tendréis tranquilidad a este lado de la tumba. Es bueno que te enfrentes a esto ahora".

La mirada de Paul era pensativa cuando se encontró con la de Nicholas.

"Ahora, señor, si estáis buscando algo o a alguien seguro, entonces deberíais estar mirando colina arriba, porque parece que la señorita Clara ha renunciado a esperaros".

Nicholas miró en dirección a la casa, molesto al ver a Clara, con una vela en la mano, bajando la colina. Cuando se volvió hacia Paul, vio que el hombre ya estaba a mitad de camino hacia la puerta del establo, quitándose la gorra ante la joven.

"Debería haber sabido que tu amor por los caballos te atraería hasta aquí. Supongo que podrías pasar horas interminables con el entrenador de mi padre. Es un gran conocedor del tema". Clara sonrió alegremente al llegar hasta él. "Pero después de todo lo que he oído de su propia implicación e interés, Sir Nicholas, no es posible que le falte de nada".

El falso tono de adoración le pareció repelente, pero se guardó su opinión. "¿Buscaba a

alguien aquí abajo, señorita Clara? Si era Paul con quien deseaba hablar, aún puedo llamarle antes de que se escape".

"No. No deseaba hablar con Paul". Se pasó la mano libre por el brazo desnudo. "Debería haber traído un abrigo. La noche es mucho más fría de lo que pensaba".

Pero, por otra parte, pensó sombríamente, una envoltura habría anulado el propósito de los vestidos tan reveladores que Clara empezaba a llevar. Sé justo, se reprendió. Toda su frustración por la ausencia de Jane estaba sacando lo mejor de él. Sabía que tenía que escapar.

"Si me disculpa, señorita, estaba volviendo a la casa".

No esperó a que ella respondiera antes de dirigirse a la puerta del prado.

"¿Te importa que camine contigo?", preguntó un poco sin aliento, poniéndose a su altura. "No hemos tenido mucho tiempo a solas desde que llegaste, y he echado de menos..."

"No hagas esto, Clara", ladró Nicholas, deteniéndose bruscamente y volviéndose hacia ella. "Me parece un juego muy engañoso y totalmente indigno de ti".

"¿Pero qué quieres decir?"

"No finjas que hay algo romántico entre nosotros... o que podría haberlo". Sus ojos eran grandes e inocentes y brillaban a la luz de la lámpara. Pero Nicholas no sintió lástima. "No me cabe duda de que tu padre ya le habrá contado lo esencial de nuestra conversación. Y a pesar de lo que tu madre pueda estar planeando, *no estoy* interesado en ti, Clara, y no puedo expresar mis sentimientos más claramente que eso."

Le tembló la barbilla, pero mantuvo la cabeza alta. "Pero eso es ahora, señor. Si nos diera una oportunidad..."

"No." Impaciente, se alejó un paso, pero luego volvió a darse la vuelta, encarándola. "Sé que eres joven, pero debes intentar comprender que dar 'una oportunidad' a dos personas tan diferentes como nosotros no cambiará las cosas. No te quiero como esposa. Y a pesar de cualquier tontería que esté pasando por tu cabeza en este momento, sé que tú tampoco me quieres. Pero esto no significa que mi rechazo deba ser el final de todo para ti. Eres una joven hermosa e inteligente. Tienes una gran promesa. Y deberías elegir por ti misma, en lugar de dejarte guiar por los caprichos de tus padres".

Las lágrimas resaltaban en sus ojos azules, y Nicholas suavizó la voz.

"Hay muchos hombres ahí fuera, mucho más merecedores que yo. Con el tiempo, conocerás a alguien que será tu pareja perfecta. Hasta entonces, no tires por la borda tu orgullo conformándote con alguien a quien nunca podrás amar."

"Hay muchas clases de amor, Sir Nicholas."

"Sólo hay un tipo de amor adecuado para un marido y una mujer", respondió bruscamente. "Y yo, por mi parte, pienso tenerlo".

Clara se dio la vuelta y Nicholas frunció el ceño al oír su tono áspero.

"Te mereces algo mejor, Clara", le dijo tan amablemente como pudo. "No te conformes con nada menos que el hombre adecuado".

Sin decir nada más, Nicholas subió por el sendero. Cuando llegó a la casa, se volvió para mirarla. Ella había apagado la luz de su lámpara, y él sólo podía distinguir la ligera tela de sus faldas donde permanecía inmóvil en la oscuridad.

Lo que no pudo ver fueron los sollozos incontrolables que sacudían su cuerpo mientras lloraba.

Habían pasado dos días enteros y Jane seguía sin volver.

Alexandra se sentó en la cama y pasó los dedos por la delicada tela de la bata que Fey había llevado a su habitación sólo unos minutos antes. La confección era excelente. El diseño era exactamente como ella había deseado. Pero, ¿de qué serviría esta prenda si la persona para la que había sido confeccionada no se encontraba en ninguna parte?

Ah, pero ¿dónde podría estar?

Aquí, mañana por la noche era el baile, y aun así a nadie parecía importarle adonde había ido la hermana mayor de los Purefoy... ni cuando regresaría. Y por si eso no fuera suficientemente angustioso, Alexandra se había visto obligada a buscar excusas para la silla vacía de Nicholas en la cena.

Oh, ella sabía que estaba en Woodfield House cuando no estaba fuera peinando el campo. Él también estaba buscando a Jane. Estaba segura de ello. Sus rasgos se habían convertido en una máscara inexpresiva, sin mostrar nada de lo que ella sabía que debía estar sintiendo en su interior. Sus palabras revelaban aún menos.

En los últimos años, cuando había pensado en que Nicholas sentara la cabeza y se casara, nunca se había planteado que la situación pudiera conllevar también alguno de estos dolores por los que estaba pasando ahora. Las mujeres, en general, habían abundado en la vida de Nicholas. Tontamente, había supuesto que dar el siguiente paso sería tan sencillo como elegir a una del rebaño de herederas elegibles. Se había equivocado.

Alexandra salió de su dormitorio y se dirigió directamente al estudio abuhardillado de Jane. Cuando se había cruzado con Nicholas antes de cenar, lo había visto ir en esa dirección.

El silencio de los pisos superiores le oprimía los oídos como el frío de enero. Al parecer, todos los criados de la casa estaban abajo, trabajando bajo la atenta mirada de lady Purefoy mientras la casa se preparaba para el baile de mañana por la noche.

Llamó a la puerta antes de abrirla. Nicholas apareció al final de las escaleras, con el rostro esperanzado por un momento antes de ver de quién se trataba. No llevaba chaqueta ni corbata. Llevaba las mangas remangadas hasta los codos y la camisa blanca carecía de la nitidez con la que siempre se presentaba.

"¿Puedo subir?", preguntó en voz baja.

"Supongo que no ha regresado".

Sacudió la cabeza y subió las escaleras. Alexandra deseaba ser portadora de buenas noticias, pero aparte de querer estar aquí con él, no sabía cómo podía ayudar.

Al subir las escaleras, se detuvo, sin intentar ocultar su asombro ante la exposición de las obras de Jane. A diferencia de la primera vez que había estado aquí, cuando todo estaba oculto bajo mantas, ahora casi todos los cuadros estaban dispuestos para ser vistos, y el espacio ardía con la luz de docenas de velas. Si pasaba por alto el acabado tosco e inadecuado de la sala, podía imaginarse fácilmente que se encontraba en una de las mejores galerías de Europa.

"Cuánto talento", murmuró. "Me alegro mucho de que haya decidido al menos exponer su trabajo aquí arriba".

Nicholas se había trasladado al extremo opuesto de la habitación y no respondía, si es que la había oído. Lo vio destapar otro lienzo y mirarlo detenidamente, antes de colocarlo contra una pared junto a otros de color y tema similares. Alexandra se dio cuenta de que había sido él quien se había encargado de descubrir su increíble don. Cogió una vela de una de las mesas.

"Es una pintora tan prolífica". Admiró la cantidad de obras. Había mucho aquí que ella no había visto en ese primer día. "Nunca tuve la oportunidad de hablar con Jane sobre venir aquí y ver más de su trabajo. Espero que no le importe..."

Las palabras murieron en la garganta de Alexandra al oír una maldición en voz baja. Nicholas estaba agachado ante un lienzo que acababa de destapar. Quería acercarse a él y ver por sí misma qué le había afectado tanto. Sin embargo, se contuvo, silenciosa como la muerte mientras su hijo permanecía sentado durante lo que le pareció una eternidad.

Alexandra recordó su propia reacción ante los lienzos que Jane había pintado sobre el paso de las estaciones y la destrucción de un pueblo irlandés. Finalmente, no pudo esperar más y rompió el silencio.

"Si alguien convenciera a Jane, le hablara del genio tan evidente en su obra. Si alguien pudiera transmitirle la poderosa sensación de realidad que plasma en cada cuadro. El equilibrio, la estructura, el colorido, el uso de la luz y la sombra. Todas estas cosas. Tal vez estas pinturas podrían proporcionarle un nuevo comienzo en algún lugar más allá de las paredes de Woodfield House".

Permaneció absorto en el trabajo.

"Esta familia no la merece. No tienen aprecio por la persona y la artista que es". Susurró sus sentimientos. "Estos cuadros deben ser expuestos en la Real Academia de Londres. O, si no, en el continente entonces".

Alexandra no sabía hasta qué punto había progresado la relación entre Nicholas y Jane. Aunque estaba segura de que los comienzos estaban ahí, no tenía forma de saber su nivel de compromiso mutuo. Comprendiendo la naturaleza independiente y rebelde de su propio hijo, no podía presionarle ni preguntarle sus intenciones, pero al mismo tiempo decidió explicarle los planes que poco a poco se habían ido desarrollando en su mente durante la mayor parte de esta semana.

"Me gustaría invitar a Jane a volver a Inglaterra con nosotros. Desde allí, si quiere, puede volver conmigo a Bruselas". No hubo reacción a sus palabras, y Alexandra se acercó lentamente a Nicholas. "Creo que debería ser introducida en los principales círculos artísticos de la Corte. Estoy segura de que a Sir Joshua Reynolds, tu vecino de Leicester Square, le encantaría acogerla bajo su protección. Es una fuerza poderosa en la Real Academia. También es tremendamente celoso de otros retratistas, por supuesto, pero tengo gran confianza en su trabajo y sé que él y otros verán su genio. Después de toda una vida sin recibir ningún estímulo aquí, le vendría bien algún elogio genuino..."

Se le escapó un suspiro cuando miró por encima del hombro de Nicholas el lienzo que tenía en la mano. Su vela parpadeó y se quitó una lágrima de la cara.

El pequeño lienzo representaba cinco cuerpos colgados de horcas en la plaza de un pueblo. El fondo de rostros entre la multitud y los edificios que enmarcaban la escena eran sólo pinceladas apagadas, un efecto que resaltaba la espantosa realidad de los ejecutados. Su condición clamaba en el lienzo. Era evidente que se trataba de una obra terminada mucho antes que cualquier otra que Alexandra hubiera visto, pero aun así Jane había conseguido captar la trágica emoción de la escena con fuerza y estilo.

"Le he pedido que se case conmigo".

La voz de Nicholas atrajo su mirada hacia su perfil solemne.

"Creo que le asustó la oferta, y quizá mi insistencia. Debería haberle dado tiempo a acostumbrarse a la idea antes de presionarla. Ahora la he ahuyentado". Sus dedos tocaron la vista de tres cuartos del cuerpo del hombre que colgaba en primer plano. "Lleva muerto nueve años y ella sigue enamorada de él".

"Dedicada a él", corrigió suavemente Alexandra. "Y siempre tendrá un sentimiento de pérdida cuando piense en él. Pero estoy segura de que ahora piensa menos en él que entonces. Y

eso no significa que sea incapaz de volver a amar".

Se puso en pie y ella vio que la duda nublaba sus facciones.

"Debemos recordar que la vida no ha sido amable con ella", continuó. "Ha estado sola, responsabilizada de un acto escandaloso desde tan temprana edad. Independientemente de lo que sienta por ti, sin duda ve muchos obstáculos que se interponen entre vosotros dos."

"Maldita sea su reputación y la de todos los presentes".

"Puedes permitirte ignorar la opinión de la sociedad sobre tu vida y tu futuro. Eres un hombre, ante todo, y has trabajado intencionadamente para labrarte una reputación de temerario. En lo que respecta a la *tonelada*, una vez que se establecen, que recordarán sus maneras pícaras sólo como salvajismo juvenil. Pero Jane no sabe nada de cómo funciona tu sociedad. Todo lo que sabe es que eras lo bastante reputado como para ser considerado el marido ideal para su hermana, pero ahora estás interesado en ella". Le siguió cuando se alejó. "Si fuera cualquier otra mujer, habría aceptado tu oferta. Clara lo habría hecho. Pero Jane no".

"Al menos podría decirme cómo se siente... entonces sabré lo que hay que hacer".

"Pero lo es". Puso una mano en el brazo de Nicholas. "Nick, tienes toda la ciega terquedad de tu sexo. ¿No lo ves? A su manera, te está demostrando su amor huyendo. No quiere arruinar tu reputación relacionándote con ella..."

"¡Ja!", rió amargamente. "He pensado en lo que ella tendría que soportar por *mi* culpa".

"¿Pero no lo ves? Te valora más que a su propio futuro y felicidad". Su mano hizo un movimiento de barrido sobre los cuadros de la habitación. "Mira este lugar, todo este trabajo. Estos cuadros son una ventana al alma de esta mujer. La compasión con la que pinta estos lienzos es el corazón de la propia mujer. Y sin embargo, ¿qué hace con este talento? Lo esconde en un ático. Lo cubre con telas. No llama la atención sobre sí misma ni sobre sus dones". Se encontró con la mirada ardiente de su hijo. "Tienes un gran reto por delante, Nick, pero eres el hombre adecuado para afrontarlo".

"¿Cómo?"

Su pregunta le dio un vuelco al corazón. Hacía mucho tiempo que no le pedía consejo sobre nada.

"Debes estar aquí por ella. No puedes rendirte. Debes intentar comprender los motivos que hay detrás de cada una de sus acciones... del mismo modo que intentas comprender el mensaje que hay detrás de cada uno de estos cuadros". Puso la vela sobre la mesa de trabajo. "Todo saldrá bien. Estáis hechos el uno para el otro. Sólo tienes que hacérselo ver. Demuéstraselo".

Mientras Alexandra bajaba las escaleras y se dirigía a su habitación, sabía que el mayor reto aún lo tenía por delante. Si quería que los dos tuvieran alguna posibilidad de encontrar un futuro, tenía que localizar a Jane ahora y traerla de vuelta.

El pueblo, apaciblemente encaramado a un rizo del río Backwater, estalló en una explosión de actividad menos de una hora después de la puesta de sol. Estaban llegando.

El cielo occidental aún brillaba con los últimos retazos de naranja y rojo cuando media docena de enmascarados Whiteboys salieron silenciosamente de la oscuridad a pie, guiados por un solo jinete vestido todo de negro excepto por el blusón blanco de los Shanavests. La noticia corrió por el pueblo como el viento, y todas las casas cobraron vida cuando sus habitantes se despertaron.

Todo el pueblo iba a sentir el filo de la justicia del Rey por su historia de ayuda a los

Shanavest. Efectivamente, los dragones estaban llegando.

La incredulidad se desvaneció rápidamente mientras el pánico helaba sus almas. Los aldeanos sabían cuál sería su destino si no escapaban. Habían oído hablar de la barbarie que se había infligido a otros pueblos más grandes que el suyo. Los horrores eran casi indescriptibles.

Ahora no era el momento de empaquetar los tesoros de toda una vida. No era el momento de demorarse. Estaban llegando, y la conmoción de la noticia dio paso rápidamente a la acción.

Los aldeanos más pobres -los que tenían menos de qué desprenderse- eran los primeros en bajar por el camino del río hacia el lugar donde la tierra pantanosa ofrecía la mejor protección. Todos podían esconderse allí durante semanas, si era necesario, en las profundidades de los pantanos que se inundaban cada primavera con la crecida del río. Si los dragones decidían dejar sus caballos en las orillas de los turbios pantanos y seguirlos, entonces los aldeanos irían más allá, abandonando las ciénagas en la oscuridad de una noche sin luna, subiendo a las colinas y abriéndose camino hacia el sur.

Pero ¿adónde irían entonces, se preguntaban mientras reunían a sus hijos y las pocas pertenencias que podían llevar? ¿Adónde irían?

Las antorchas de un centenar de hombres a caballo iluminaban el camino al otro lado del río. Mientras el líder de los Shanavest conducía al último y más resistente de los fugitivos, los asaltantes se acercaron a una o dos leguas de la aldea desierta. Mirando hacia atrás, el Shanavest montado vio a los jinetes avanzados llegar al puente de la aldea, y fue sólo un momento después cuando los gritos comenzaron a atravesar la noche.

"La cabaña del viejo Rohane", jadeó alguien del grupo.

"Fui a su puerta, pero no había nadie dentro", explicó otro hombre.

"No están con nosotros", gritó una voz desde la oscuridad.

"Mi pequeño Kevin también está con ellos", gritó una mujer.

Egan tocó a otro miembro de Shanavests en el hombro. "Que sigan adelante. Volveré a por los que faltan".

Sin prestar atención a la objeción inmediata del hombre, Egan espoleó a Mab para que regresara a la aldea. El grueso de los dragones aún estaba a unos minutos de distancia, y los gritos, que ahora se reconocían como los de una mujer, continuaban. Parecían proceder de la caballeriza situada en la orilla del río, junto al puente. Sacando su pistola del cinturón, desmontó entre las sombras del edificio contiguo y corrió hacia él.

Cuando abrió la pesada puerta, la recibió el acre olor del humo. El ganado, presa del pánico, se apresuró a escapar por la misma abertura. Egan se abrió paso entre ellos y se adentró en la humeante oscuridad.

El primer destello frío de miedo la arañó cuando se dio cuenta de que los gritos de la mujer en realidad se alejaban de ella. Tanteó rápidamente el suelo del establo y vio a dos personas escabullirse por la puerta que daba a la forja del herrero. Llegó a la puerta en cuestión de segundos, sólo para descubrir que ya estaba atrancada desde el exterior.

Ya no oía gritos de auxilio y un escalofrío nauseabundo le recorrió la espalda. Sintió la presencia de otras personas en el establo. Era una trampa.

Egan se giró y vio soldados saliendo de todos los rincones del oscuro establo. Las pistolas y las espadas brillaban en la penumbra. Podía oír más fuera, y sabía que los dragones del otro lado del río llegarían en un momento. Una vez que rodearan el edificio por completo...

Alguien apagó una manta encendida en un rincón cercano a la puerta por la que había entrado. Otro gritó a los que estaban fuera.

"Lo tenemos. Tenemos a Egan".

Apretó la espalda contra la puerta enrejada y miró frenéticamente a su alrededor en busca de algún medio de escapar. Alguien con una linterna entró por la puerta de su izquierda.

Apuntando con su pistola a uno y luego a otro del círculo que se cerraba constantemente, se dio cuenta de que su única vía de escape consistía en disparar a uno y luego intentar correr entre la docena de armas desenfundadas. No era un buen plan, pensó, teniendo en cuenta que probablemente había bastantes más esperando fuera.

Egan desenvainó su daga con la otra mano. Mataría primero antes de que la derribaran. Dio un paso hacia el grupo que se acercaba.

"Orden del magistrado", gritó alguien, entrando por el otro extremo del establo con otro farol. "Lléváoslo vivo. Debe ser capturado vivo".

La distracción fue todo lo que Egan necesitó, y saltó a la acción. Mientras atacaba a los dos hombres situados más a su izquierda, vio una cuerda que colgaba de las altas vigas y conducía a un altillo. Tal vez si pudiera llegar desde allí a... ¿a dónde?

Gritando maldiciones gaélicas mientras atacaba, asestó una fuerte patada en la ingle del primero, giró en redondo y lanzó un tajo a la mano del hombre que sostenía la antorcha. Éste gritó de rabia y sorpresa, pero la antorcha cayó al suelo y Egan saltó junto a él mientras la paja seca crepitaba y se incendiaba bajo sus pies.

Guardándose la pistola en el cinturón, saltó a la cuerda y trepó un par de metros. Los gritos resonaban a su alrededor y sintió que la mano de un soldado le agarraba la bota. Antes de que pudiera arrastrarla, consiguió desenfundar la pistola y disparar. El hombre gritó y cayó hacia atrás cuando la bala impactó en su pie. Otro ya la tenía agarrada por el cuello, pero ella blandió la pistola con fuerza, golpeándole en la cara y haciéndole caer sobre varios soldados que tenía detrás.

Las llamas se extendían rápidamente a sus pies y los soldados estaban totalmente desorganizados. Aprovechando su oportunidad, Egan trepó por la cuerda lo más rápido que pudo, esperando que una bala pusiera fin a su huida en cualquier momento. La máscara y el sombrero le colgaban de la espalda, pero no se detuvo ni miró atrás. En lugar de eso, tiró de sí misma mano sobre mano hasta que pudo trepar al desván.

El humo era denso y podía oír los gritos de los dragones. Abriéndose paso entre los montones de heno, encontró una ventana enrejada que abrió de una patada. En un momento salió a la paja inclinada del tejado.

Egan subió rápidamente, intentando no pensar en lo que pasaría si una parte del tejado cediera. El humo salía por las rendijas de la paja. Se levantó y echó un vistazo al caos que rodeaba el establo. Los dragones, a pie y a caballo, corrían de aquí para allá, claramente desordenados porque el pueblo estaba vacío.

O porque Egan les había eludido... hasta ahora.

Sabía que los soldados no tardarían en llegar al desván y luego al tejado.

En algún lugar, oyó el relincho de la reina Mab. Corrió hasta el final del tejado, se asomó y vio a su caballo levantándose sobre las patas traseras y dando zarpazos furiosos al aire y a los soldados que intentaban capturarla.

Las llamas aparecieron a través del humo, lamiendo la paja seca y lanzando chispas crepitantes al aire. Egan subió a la cima. Había un edificio más bajo con tejado de pizarra al otro lado de un estrecho callejón, pero también vio a tres dragones que ya esperaban junto a ese edificio.

"Salta, Egan. ¡Salta!"

Reconoció el grito de Patrick y un estremecimiento de esperanza le levantó el ánimo. Al

cruzar un descampado a las afueras de la aldea, una docena de Shanavest a caballo corrió hacia ella.

Las llamas que se aproximaban empezaban a iluminar el tejado como un infierno, y se dio cuenta de que no tenía más remedio que saltar al otro lado. Retrocedió un par de pasos y saltó al tejado de pizarra del edificio contiguo. Aterrizó con fuerza sobre el tobillo, pero no era el momento de ser delicada. Mientras se acercaba al borde, oyó un intercambio de disparos. Al asomarse por el lateral del edificio, vio que los Shanavest montados se abalanzaban sobre los soldados y Mab. Mientras una docena de ellos luchaban ferozmente con los dragones, dos de ellos apartaron a su caballo.

Volvió a saltar sin vacilar, sintiendo de nuevo el tobillo al chocar contra el suelo. El dolor la quemó, casi la abrumó, pero cojeó hasta el caballo y se subió al lomo de Mab.

Se oyeron silbidos y gritos. Rodeados por el grupo de enmascarados, Egan y los demás se retiraron con la misma rapidez con la que habían llegado, galopando por los campos y alejándose del pueblo. Sin embargo, tras atravesar la primera línea de setos, se dividieron en grupos de dos y tres sin mediar palabra y tomaron distintas direcciones.

Egan se encontró en compañía de dos Shanavests enmascarados, Patrick y otro a caballo que no reconoció. Frunció el ceño al ver la espalda del hombre. Era un desconocido, pero un experto en el uso de la espada... que ella conocía. Aunque hablaba en gaélico, su acento le resultaba desconocido. Sin embargo, había algo claramente familiar en su voz.

Sin embargo, lo que más le desconcertaba era que le estuviera dando órdenes.

"Después de cruzar el río, Patrick, quiero que la llesves al este. Atraeré a cualquiera que venga tras nosotros hacia el norte. Tienes un lugar para esconder tus caballos".

"Sí, en los mismos sitios donde siempre los escondemos".

"Finn", susurró. Intentó ver mejor, mirando a través de la oscuridad. El gran sombrero de tres picos y la máscara frustraron sus esfuerzos.

"¿Eres Finn?", preguntó finalmente.

"Ya ves, Egan, nuestro Finn no es un fantasma creado por Liam, después de todo". respondió Patrick, cabalgando a su derecha.

Antes de que pudiera hacer otra pregunta, chapotearon en los bajos del río y siguieron vadeándolo. No había señales de seguidores. Le dolía mucho el tobillo.

Volvió a mirarle fijamente. Conocía a Finn desde hacía varios años. Liam había utilizado su nombre a menudo para transmitir información clave a su grupo. Al parecer, tenía muchos contactos en los regimientos ingleses, así como en las milicias de voluntarios. A veces, incluso parecía saber cosas que tenían que venir de alguien cercano al mismísimo Lord Teniente de Irlanda. A pesar de su participación en los combates de esta noche, nunca había sabido que se saliera de su papel habitual.

De hecho, nunca lo había conocido, ni visto, hasta ahora.

"Actúa como si no hubiera pasado nada", le dijo Finn mientras se preparaban para separarse en la orilla más lejana. "Reanuda tu otra vida. Finge que no sabes nada de esta noche. Están empeñados en capturarte y no debes permitir que lo consigan".

Se dio la vuelta y ella le vio desaparecer rápidamente en la oscuridad. Patrick la instó a moverse, y ella procedió. Pero la mente de Egan se agitaba con las palabras de Finn.

Reanuda tu otra vida... Reanuda tu otra vida...

¿Qué otra vida? Ya no tenía otra vida. Al igual que el duro tejado de pizarra del establo le había lastimado el tobillo, las palabras de Clara habían destruido el ya inestable equilibrio que sentía en Woodfield House.

Aunque el dolor que le subía por la pierna desde el tobillo le dolía muchísimo, el dolor de su corazón era mucho peor.

Entre las dos heridas, Jane sabía que no tenía nada en lo que apoyarse.

Capítulo Veinticuatro

EL AMA de llaves vio las miradas curiosas de las cocineras, los criados y los novios -algunos trabajando, otros desayunando- cuando entró en la sala de los criados con la insistente invitada pisándole los talones. Tenía que poner fin a todo aquello. Se dio la vuelta y salió de la habitación con la mujer aún persiguiéndola.

En el estrecho pasillo, aún oscuro a la luz de la mañana, se dio la vuelta. "No puede seguirme así, milady. Y menos en una mañana como ésta... con tanto que hacer antes de que el resto de la casa se levante. Se lo dije una vez, y se lo diré cien veces, si es necesario, pero no puedo ayudarla a encontrar a la Srta. Jane".

"Pero tú *sabes dónde está*", insistió Alexandra. "Y por Dios, no me rendiré hasta que me digas dónde está... o al menos que alguien me lleve hasta ella. Es absolutamente urgente que la traiga aquí para el baile de esta noche".

"Pero está claro que no le interesa volver, milady. No daría una bota de mendigo por nada de esta fantasía. Te lo digo, mamá, no le importa oír sus risitas a sus espaldas".

"Esto será diferente, Fey". Alexandra bajó la voz y miró a la otra mujer a la cara. "Haré que todos ellos se coman sus palabras. No nos hemos tomado tantas molestias para que se rían de ella. Después de esta noche, tu alta burguesía se lo pensará dos veces antes de ridiculizarla".

"Un buen vestido no es suficiente, milady". La tristeza brilló en los ojos de la gentil mujer. "Ya la han herido demasiado antes. No creo que quiera enfrentarse a esas cosas otra vez".

"Pero debe hacerlo. Debe salir de su escondite y enfrentarse a ellos". Puso una mano en el brazo de Fey. "¿Crees que ella es realmente feliz donde está, o cómo es tratada por... bueno, por ciertas personas cercanas a ella? ¿No se merece algo mejor de lo que está recibiendo?"

"Lo que pienso y lo que sucederá no son lo mismo, milady".

"Pero *pueden* serlo... con nuestra interferencia", intervino rápidamente Lady Spencer. "Los conozco. Son como loros... esperando a que uno diga algo para repetirlo todos. Y eso es lo que funcionará a nuestro favor. Eso es lo que Jane necesita. Alguien que empiece a hablar de ella de forma que destaque sus nobles cualidades".

Fey miró al suelo, poco convencida.

"Hay algo más que estoy planeando hacer también, pero necesito el permiso de Jane para hacerlo".

Fey arqueó las cejas con interés.

"Sin revelar mucho a Lady Purefoy, he recibido su permiso para rehacer uno de los salones con un tema de mi elección". Alexandra bajó la voz. "Deseo convertirlo en una galería, pero necesito el permiso de Jane para usar sus cuadros".

"¿Sus cuadros, milady?"

"En efecto. Quiero bajar algunos de sus lienzos del ático y exponerlos en la sala".

"Pero la señorita Jane nunca muestra su trabajo a nadie". Fey se retorció el delantal entre las manos.

"Pero Jane tiene un talento tremendo. A menos que sean unos completos patanes, sus cuadros les impresionarán mucho más que cualquier otra cosa que podamos hacer". Lady Spencer asintió con convicción. "Estoy diciendo la verdad absoluta, Fey, cuando te digo que el trabajo de Jane es igual a algunas de las más grandes obras maestras de nuestro tiempo."

"Pero algo de lo que pinta..." El ama de llaves frunció el ceño y sacudió la cabeza. "No soy una experta, mamá, pero algunas cosas revelan un poco su vida privada".

"Por eso exactamente la necesito... por eso debes ayudarme a encontrarla. Sólo Jane puede decidir qué mostrar y qué no". Alexandra cogió la mano de la sirvienta. "Si mis elogios hacia ella como persona no tienen peso entre esta gente, sé que su talento cambiará las tornas. Esta es una oportunidad perfecta para que Jane se presente ante sus iguales. No habrá otra oportunidad como ésta en un futuro próximo". Suavizó el tono y se encontró con la mirada pensativa de la mujer. "Por favor, llévame con ella para que pueda explicarle estas cosas. La decisión será suya, pero hay que decírselo mientras quede algo de tiempo".

Al cabo de un momento, una expresión de resolución substituyó a la indecisión en el rostro del ama de llaves. "Nadie más puede ir con vosotros".

Alexandra asintió.

"Y tendréis que esperar hasta el mediodía, cuando pueda encontrar a alguien que me preste unas horas".

"Sólo dime cuándo y estaré listo".

Con un libro bajo el brazo, Clara volvió a refugiarse en los jardines. Toda la casa seguía alborotada por la terrible experiencia de esta noche, y la joven incluso había visto invadida la intimidad de su dormitorio por las modistas, costureras y sirvientas que estaban dispuestas a bañarla y peinarla y cualquier otra cosa que Lady Purefoy les hubiera ordenado.

Y se avergonzaba de todo ello.

Clara no podía perdonarse a sí misma por aquella locura, por suponer que era capaz de seducir a Sir Nicholas y conseguir que cambiara su anterior decisión de pedir su mano. Los cortantes comentarios que le había dirigido hacía dos noches habían sido tan mortificantes como aleccionadores. En lugar de aprender del anterior rechazo de Henry e intentar dar un giro a su vida, ahora más que nunca intentaba ser la marioneta de sus padres.

Clara se adentró en el jardín y pensó en la injusticia que había cometido con su hermana mayor. Jane se había marchado sin decirle adónde iba ni cuánto tiempo iba a estar fuera. Su hermana mayor había hecho lo que ella le había pedido. ¿Y para qué?

Henry tenía razón. Ella era egoísta. Fue Jane quien se comportó desinteresadamente... y merecía algo mejor.

Las lágrimas corrían por su rostro cuando Clara se acercó a su lugar favorito junto al prado. A medida que se acercaba al seto, las voces de dos hombres que mantenían una tensa conversación al otro lado de la valla se hicieron sentir.

"No lo entiendo en absoluto, capitán", le decía su padre en tono enfadado pero en voz baja. "He sido lo bastante generoso como para ofrecerle un plan para capturar a esos líderes de los Whiteboys. No es demasiado, creo, esperar que Musgrave sea franco con lo que pasó anoche".

"Como le he dicho antes, señor, le envía saludos y dice que tiene intención de darle un informe completo esta noche". La voz del otro hombre era de disculpa. "Me han ordenado que no diga nada más".

"Pero esta noche estoy entretenido". Sir Thomas se enfureció. "Mi esposa tiene planeado un maldito baile que debo atender. Vamos, Capitán... me sirvió bien cuando era magistrado. ¿Qué encontré o a quién arresté que requiera tanto secreto?"

"Me temo, Sir Thomas, que el actual magistrado debe dar sus propias explicaciones, señor."

"Fuera con eso, Wallis. Tú estabas allí. ¿Qué pasó?"

Clara se encogió ante el tono amenazador de su padre. Sólo podía imaginar que el hombre que se enfrentaba a Sir Thomas debía de estar aún más afectado por su creciente furia.

"I..."

"Que el diablo te lleve. ¿Tuvimos éxito o no, hombre?"

Hubo una larga pausa.

"Esto... esto debe quedar sólo entre nosotros, Sir Thomas."

"Como quieras", gruñó impaciente el hombre mayor.

"Sólo te lo digo por respeto a nuestros esfuerzos juntos".

"En efecto, Capitán. Hacíamos un buen equipo, tú y yo".

"Anoche no hicimos arrestos, pero pudimos desenmascarar al rebelde Egan. Es todo lo que puedo decir. Nuestros problemas están lejos de haber terminado, pero el magistrado -como planea explicarles esta noche- confía en que estemos cerca de capturar al... al rebelde."

Clara se tapó la boca con la mano mientras todo lo que acababa de oír seguía dándole vueltas en la cabeza. Habían *desenmascarado a Egan*.

"Ya veo." La voz de Sir Thomas era mucho más tenue cuando volvió a hablar. "Entonces, aparte de venir aquí y ocultarme cualquier cosa de importancia, ¿por qué queréis registrar mis establos? ¿Cree Sir Robert que escondo rebeldes en el pajar?"

"El magistrado desea saber si anoche faltó algún caballo de los establos de alguno de los terratenientes. Buscamos, en particular, un caballo negro grande... uno parecido a la yegua que suele montar su hija, la señorita Jane."

Clara no podía esperar ni un minuto más. Agarrándose el estómago en un esfuerzo por ahuyentar el mareo que le subía por la garganta, corrió frenéticamente hacia la casa. Tenía que coger su capa. Tenía que encontrar a Jane... para advertirle de lo que los dragones ya sabían de ella. Si la habían desenmascarado, eso significaba que ya conocían su identidad. Vendrían a por ella... aquí... posiblemente esta noche.

No podía permitir que esto le ocurriera a Jane. Al ver a un jardinero en el camino, se quitó las lágrimas y le ordenó que fuera a pedirle a Paul que le preparara un *buen* caballo. Tenía que encontrar a su hermana... de alguna manera.

La sangre de Conor ya estaba en sus manos. No podía soportar ir por la vida con la sangre de su hermana también en ellas.

La casita de Jenny constaba de tres habitaciones. Por su tamaño y su mobiliario, era mucho más confortable que el cuchitril de muchos inquilinos. Pero aun así, tratándose de alguien de la calidad de lady Spencer, normalmente se consideraría poco adecuada para recibir invitados.

Jane, sin embargo, se sintió aliviada al ver que la visitante se encontraba tan a gusto en la casita. No insinuó que encontrara nada ofensivo en la casa de Jenny. De hecho, mientras Jane

observaba a las dos mujeres charlando amistosamente ante el pequeño fuego de turba, se sintió sumamente complacida por la afabilidad y el encanto natural de Alexandra en su trato con la tía de Conor.

Jane esperó, impaciente por conocer el motivo de tan inesperada visita. No podía pasarle nada malo a Nicholas, o Lady Spencer no estaría tan tranquila, decidió. Pero tenía que haber una buena razón. En circunstancias normales, Fey y Paul no revelarían a nadie el paradero de Jane. Sin embargo, Alexandra había sido traída aquí por indicación de ellos.

Jenny no tardó en excusarse y dejarlas a solas. Lady Spencer volvió sus ojos brillantes hacia Jane.

"He visto sus cuadros".

"¿Sí?", respondió ella, sorprendida.

"Sí. Jane, tienes un talento tremendo. No puedo decirte lo impresionada que quedé al verlos. Tu trabajo es... inspirador".

"No sé si..."

"Pero tengo que pedirte un favor", dijo, y continuó explicando su elaborado plan de exponer algunos de los cuadros de Jane durante el baile con el fin de recuperar el respeto de la alta burguesía inglesa local. Jane trató pacientemente de escuchar todo lo que decía la buena señora.

"Pero nada de esto me importa un bledo", interrumpió finalmente, sin querer dar falsas esperanzas a lady Spencer con su continuo silencio.

"Es la inclinación natural de un artista temer compartir su trabajo con los demás. Todos tememos el rechazo del público. Nadie quiere sentirse avergonzado por una crítica, ni siquiera por un comentario fuera de lugar. Creo que es bastante normal querer mantener nuestro trabajo y a nosotros mismos a salvo en la reclusión. La mayoría afirmamos que sólo nos gusta pintar para nosotros mismos".

"No *pretendo* eso, Alexandra. Pinto para mí mismo. Para mí, llevar un pincel al lienzo o el carboncillo al papel no es por crear una obra de arte. Lo hago para dejar salir las emociones que están atrapadas en mi interior". Jane habló con pasión. Siguió la mirada de la otra mujer hacia la tableta de dibujo que había en el alféizar de la ventana, junto a ella. Jane había estado dibujando cuando llegó lady Spencer. "Espero que perdone mi franqueza, milady, pero aunque tuviera el más mínimo deseo de compartir mi trabajo con otros, estas personas serían de las últimas que elegiría. Ganarme el respeto de los amigos de mi padre no es algo que desee hacer con mi vida".

Jane deseaba poder levantarse y pasear por la habitación. Se sentía frustrada, abarrotada. Pero su tobillo magullado se lo impedía.

"Pero, querida, la gente necesita algo de lo que hablar. En lugar de parlotear sobre el pasado una y otra vez, ¿no sería mucho más agradable si tuvieran algo tan emocionantemente poderoso como tu arte para discutir?".

"No me importan sus galanterías". Jane negó con la cabeza. "Nunca me ha importado lo que piensen de mí, pero me niego a tener que soportar sus críticas en público. No los necesito y ellos no me necesitan. Me resigno a que las cosas sean como son".

"Comprendo tu amargura". Alexandra se inclinó hacia delante en su silla, bajó la voz y tocó suavemente a Jane en la rodilla. "¿Pero no ves que lo que intento hacer tiene un propósito mucho más grandioso que permitirte hacer las paces con unos cuantos esnobs provincianos que se aferran a los anticuados prejuicios de ayer?".

El corazón de Jane empezó a latir más deprisa en su pecho. Había temido que el verdadero propósito de Lady Spencer hoy no tuviera nada que ver con los cuadros.

"Mi propósito es mucho más egoísta. Intento hacer esto por Nicholas... y por ti", continuó la

mujer mayor. "He observado lo que tu ausencia en los últimos días le ha hecho a mi hijo. Por primera vez en su vida, Nicholas parece... bueno... perdido. Su espíritu, su *alegría de vivir*... todo parece haber disminuido drásticamente desde que te fuiste de Woodfield House. Y ahora, aquí estoy, y encuentro el mismo tipo de melancolía afligiéndote".

Jane parpadeó y contuvo las lágrimas que de repente le quemaban los ojos.

"Ustedes dos simplemente *deben* resolver sus diferencias". Apretó la mano de Jane. "Y aunque sé que nada de tu pasado le importa en absoluto a Nick, también sé *que* estaríais mucho mejor resueltos a un futuro juntos si fuerais capaces de alejaros de parte de la oscuridad de vuestro pasado".

Jane había hecho el amor con Nicholas. Le había entregado su cuerpo y su corazón. Pero mirando ahora su propia ropa negra, sabía que aún le quedaba mucho por hacer para dejar atrás su pasado.

"Querida, estoy aquí para ayudarte en lo que pueda. Tengo contactos en Inglaterra, ya sabes, y siempre hay una manera de mejorar los asuntos del pasado". Los intensos ojos azules eran suplicantes cuando se encontraron con los de Jane. "Por favor, permítame marcar la diferencia".

La joven miró sus propios dedos aferrados a la mano de Alexandra como un marinero aferrado a un salvavidas. Una desesperación la sacudía en cuerpo y alma. Por todos los santos del cielo, necesitaba ayuda en más sentidos de los que podía enumerar. Jane creía que su única oportunidad de volver a encontrar la felicidad residía en Nicholas... y en su amor por él. A pesar de las interminables lágrimas que había derramado desde que llegó a la casa de Jenny, no necesitaba recordarse a sí misma que seguía allí por petición de su hermana. No podía arruinar las oportunidades de Clara cuando su propio futuro era tan incierto.

"Nadie puede cambiar las cosas". Jane negó con la cabeza, evitando la mirada de la mujer mayor. "Y le agradezco sinceramente que crea en mí. Pero hay demasiado escándalo en mi pasado... en mi vida actual...".

Soltó la mano de Alexandra y se quedó mirando el fuego.

"Nicholas y yo no tenemos ninguna posibilidad de ser felices. Debería haberlo parado antes de que empezara nada. Es culpa mía. Soy culpable de su situación. Lo siento."

A pesar del dolor en el tobillo, Jane se levantó y se colocó junto a la ventana. La vista era borrosa, pero contuvo las lágrimas, negándose a derrumbarse ante aquella mujer. No después de todo lo que acababa de decir.

Lady Spencer no dijo una palabra más, pero Jane la oyó levantarse de la silla y salir de la habitación. Sólo después de que la puerta se cerrara tras la visitante, Jane permitió que brotaran las lágrimas. Eran lágrimas amargas, lágrimas de impotencia, lágrimas de rabia... porque sabía que nunca habría otra oportunidad para ella. Ahora era cautiva de su propio pasado y de su familia de por vida. Nunca podría escapar.

Jane se secó rápidamente las lágrimas de la cara cuando oyó que Jenny entraba poco después.

"Siento, Jenny, que te hayas visto obligada a entretener esta tarde. Nunca pensé que alguien vendría aquí así".

"No te preocupes, muchacha. No me importa. De hecho, diría que Lady Spencer me caía muy bien. En muchos aspectos, me recordaba a ti, mi alegría. Sí, es la clase de mujer en la que me gustaría verte convertida cuando llegues a su edad".

Jane miró a la anciana por encima del hombro e intentó sonreír. Pero la pequeña piedra alojada en su garganta no se lo permitió.

"¿Por qué te haces esto, niña?" la regañó Jenny. Al ver la cara de Jane, corrió a su lado y la abrazó. "¿Cuándo vas a dejar de castigarte?"

"No sé a qué te refieres".

"Basta de lamentos. Déjalo ir, paloma mía. Nueve años es más que suficiente. Conor está muerto, y vosotros debéis vivir. ¿Me oís? Debes vivir". La voz de Jenny era cada vez más urgente, impaciente. Se echó hacia atrás y miró a Jane a la cara. "No fue culpa tuya que lo ahorcaran. El muchacho sabía lo que hacía. Comprendía los peligros y los riesgos, tanto con los Shanavest... como queriéndote a ti. Vivió cada día de su vida como quiso. Yo era su pariente. Lo crié como si fuera mío. Y os digo ahora que mi Conor no tendría nada que ver con vosotros si viera cómo os desvanecéis sin él".

"No me estoy desvaneciendo". Jane se acercó a la chimenea. La turba arrojaba muy poco calor, pero ella notaba que le ardía la cara. "He continuado donde él lo dejó. He mantenido nuestra banda de Shanavests al curso..."

"No, mi alegría. Has perdido el espíritu de Egan. Creo que ya no eres el 'pequeño fuego' de Conor". Jenny se movió a su lado. "Egan sabría cómo dejar descansar la memoria de ese muchacho. Habláis de culpa. ¿Cómo os sentiríais si vuestra situación cambiara? ¿Y si, después de tantos años, estuvierais mirando desde la mano derecha de Santa Brígida, sólo para ver tanta tristeza *afligiéndole*? ¿Creéis que le haría feliz veros desperdiciar una oportunidad como la que acabáis de desperdiciar con Lady Spencer? ¿De verdad creéis que nuestro Conor os guardaría rencor si llegara a un acuerdo con el hijo de esta mujer y empezara a vivir por fin?"

Por supuesto, pensó, teniendo en cuenta el tamaño de la casa de campo, sería natural que Jenny oyera todo lo que se había dicho. "Yo... Sir Nicholas..."

"Tengo oídos, niña". Jenny volvió a poner una mano suave en el hombro de Jane. "Con la boca de Ronan parlotando, todo el mundo, desde Cork a Limerick, sabe que el baronet está enamorado de ti. Y todos saben que tú también sientes algo por él".

Antes de que Jane pudiera decir una palabra, Jenny continuó. "Y así es como debe ser. Por fin ha venido alguien que merece mi Egan". La mujer mayor sonrió. "Sólo saber que no te delató aquel primer día. Y más tarde, al oír lo que hizo por Rita -vieja tonta que soy-, seguro que no puedes culparme por esperar que ocurriera algo entre vosotros dos. Y hoy, después de conocer a su madre... bueno, cariño, sólo puedo preguntarte a qué podrías estar esperando".

"No puedo". Jane sacudió la cabeza con firmeza. "Hay más cosas que nos dividen que Conor y los Shanavest y...". Respiró hondo. "Es inútil, Jenny. Él y yo... simplemente no podemos".

La mujer mayor la miró con el ceño fruncido durante un largo rato antes de hablar.

"Esto tiene algo que ver con tu hermana, ¿no es así?" preguntó, su desaprobación evidente en su tono. "Todo, sin duda".

"Deja a Clara fuera de esto". Jane se pasó las manos por los brazos. "Por favor, acepta lo que te digo y déjame en paz".

Se hizo un largo silencio en la habitación mientras Jane volvía a sumirse en sus propios pensamientos. El tono de Jenny era mucho más suave cuando volvió a hablar.

"Aún debes volver para los actos en Woodfield House esta noche."

Jane miró con sorpresa el rostro de la mujer. "Pero yo..."

"Liam me envió un mensaje. Finn quiere que vuelvas. Debes hacerte visible, dice. Debes asistir al baile de tu madre. Debes fingir que no pasa nada y que no sabes nada de lo que pasó anoche".

Tras sus años con los Shanavest, Jane había dominado la habilidad de bloquear de su mente los peligros de las incursiones y sus secuelas. A excepción de atender a su tobillo hinchado, esta mañana no había pensado mucho en la trampa ni en su desenmascaramiento de anoche. Sin embargo, había oscurecido y nunca se había encontrado cara a cara con nadie después de que le

arrancaran la máscara.

Frunció el ceño. La reina Mab, sin embargo, había sido vista de cerca por varios soldados. Y era posible que alguien hubiera adivinado que Egan era una mujer. "¿Ha habido alguna noticia importante? Estoy segura de que nadie me vio".

"Todo lo que sé es el mensaje que envió".

Finn le había dicho lo mismo anoche... sobre retomar su otra vida.

"Pero las complicaciones de volver... no puedo simplemente entrar con esa bola esta noche". Sin mencionar que tendría que enfrentarse a Nicholas de nuevo. Tal vez había sido un camino cobarde, pero no se había creído capaz de enfrentarse a él. Sabía que no podría explicarle las cosas después de su encuentro con Clara.

"No es para ustedes que hablo ahora. Debes hacerlo por el resto", insistió Jenny. "Incluso la más pequeña sospecha cayendo sobre ti, y más de unos pocos de nosotros estaríamos atados a la banda a través de ti. Eso incluye a los de Woodfield House. Jane, no tienes elección".

Jane se sentó en la silla más cercana. El martilleo de su cabeza era ahora cien veces peor que el dolor de tobillo. No podía discutir lo que decía Jenny. Con las afiladas garras de Musgrave sobre ella, era muy posible que él hiciera las conexiones. "Yo... desearía haber pensado en esto... cuando Lady Spencer aún estaba aquí".

"Todavía está aquí". Jenny se encogió de hombros ante la mirada inmediatamente suspicaz de Jane. "Le pedí que esperara en su carruaje y me diera la oportunidad de hablar con vosotras. Sabía que teníais que iros. Y mientras escuchaba, pensé: 'Qué mejor treta que esta...'"

La mujer mayor siguió explicando, pero Jane tuvo la incómoda sensación de que la habían engañado.

Capítulo Veinticinco

NO HABÍA TIEMPO QUE PERDER.

Jane no estaba en la casa parroquial de Ballyclough, y la señora Brown dijo que no había visto a su hermana en los últimos días. Clara preguntó por el paradero de Parson Adams, pero luego rechazó la oferta del ama de llaves de esperarle allí. Saliendo en la dirección que le indicaban hacia la parte baja del pueblo, caminó tan rápido como le permitieron sus piernas hasta que lo vio llegar por la loma, más allá de la carretera de Mallow.

Su reacción habitual al verlo -la imposibilidad de respirar, el martilleo de su corazón en el pecho, las imágenes de ellos juntos en su mente- todo esto desapareció rápidamente a medida que la naturaleza apremiante de su búsqueda lo borraba. Clara corrió hacia él unos pasos, aminoró la marcha y volvió a correr hasta alcanzarlo sin aliento.

"Henry, tienes que ayudarme. Estoy buscando a Jane, pero... pero... no tengo ni idea... ni idea... de dónde más... buscar... ¡Es tan urgente!"

Apoyando una mano en el pecho para calmar la respiración y encontrar la voz, le miró a la cara por primera vez y le sorprendió la tristeza que veía en ella. Su corazón se hundió. Le puso una mano desesperada en el brazo.

"No, por favor, no me digas que ha pasado algo. Por favor... ¡no!" Las lágrimas cayeron rápidas y furiosas, y la negación le hizo un nudo en la garganta. "Jane no".

Clara sintió que él la cogía del brazo y la alejaba del camino y de los ojos curiosos de los aldeanos. Vagamente, fue consciente de que avanzaba por un sendero que cruzaba el pedregoso arroyo y luego ascendía a través de verdes campos. Sin embargo, las lágrimas seguían cayendo.

"Todo es culpa mía", hipó. "Si no hubiera..."

"A Jane no le ha pasado nada", le aseguró con calma.

Clara le miró incrédula a los ojos enrojecidos. "Pero... tú... pareces... que has estado... que estás disgustada".

"Acabo de salir de un funeral". Los ojos grises miraron hacia la parte baja del pueblo. "La esposa del curtidor Darby O'Connell, que descanse en paz. Dios sabe que ella nunca conoció ninguna hasta ahora".

"Oh. Lo siento mucho", susurró, secándose la cara. "¿Era joven?"

"Mucho".

"¿Y dejó hijos?"

"Uno murió durante el parto que la mató. Quedan tres crías más".

Clara se enjugó más lágrimas. "¿Y... el... marido?"

"Casi loco de dolor, pobre diablo."

Sus lágrimas no se detenían y las derramaba sin cesar. No conseguía dominar sus emociones.

En un momento, Henry puso un brazo suavemente alrededor de sus hombros. Sólo empeoró las cosas, ya que ella se derritió contra él.

"Lo... siento mucho", sollozó. "Aquí, ni siquiera conocía a la mujer. Pero es tan triste y estoy tan preocupada por Jane. Pero no puedo encontrarla... y sé que está enfadada conmigo. Puede que ni siquiera crea lo que tengo que decirle... a ella. Pero escuché... al Capitán Wallis hablando con el padre... y... tengo que encontrar a Jane para advertirle".

Clara ni siquiera se había dado cuenta de que estaba balbuceando hasta que Henry la giró en sus brazos. Se detuvo bruscamente. Su rostro enrojeció de calor cuando la mano de él le levantó la barbilla hasta que la miró a sus intensos ojos grises.

"Empieza por el principio. ¿Qué fue exactamente lo que escuchaste?"

Clara respiró hondo y soltó palabra por palabra todo lo que había oído en el prado.

"El capitán Wallis no ha dicho que crean que Jane es la rebelde Egan, pero si están buscando un caballo como el de Jane... y si vienen esta noche y la detienen, yo...". Clara se derrumbó bajo el peso de su propia miseria. Ni siquiera podía intentar controlar los sollozos que le robaban el aliento. Las lágrimas siguieron cayendo incluso cuando Henry la atrajo hacia sí. Sus fuertes manos acariciaron su espalda. Su cabeza se acurrucó bajo su barbilla.

"No puedes permitir que te desmorones así. No podemos darles la confirmación de algo que sólo pueden sospechar".

"Por favor, Henry. Tengo que encontrarla". Se agarró a la solapa de su abrigo y volvió a mirarle a la cara. "No podemos dejar que la atrapen. Por favor".

"No dejaremos que se la lleven", le aseguró solemnemente el párroco. "Quiero que vuelvas y te prepares para el baile como si todo fuera como debe ser. Haz como si no hubiera pasado nada".

"Pero no puedo. Debo encontrarla..."

"Todo esto no es más que un gambito de apertura. Musgrave está tocando los tambores del rumor, y luego esperando a ver quién corre. Si tuviera pruebas de que Jane es la rebelde, ya tendría al capitán Wallis y a sus dragones poniendo patas arriba Woodfield House".

"Pero no lo sabes con certeza. Henry, no puedo arriesgarme a que ella..."

"Debes confiar en mí, Clara". La agarró por los hombros. Sus ojos grises se clavaron en ella. "Estaré allí esta noche... e intentaré hasta entonces encontrar a Jane. Ella también debe estar presente. Musgrave es un cobarde, y debe ser enfrentado".

Unas punzadas de duda todavía rasgaban las entrañas de Clara. "¿Pero qué hacemos si decide arrestarla esta noche?"

"Por respeto a tu padre, Sir Robert no se arriesgaría a hacer una escena durante el baile. Pero te doy mi palabra de que se me ocurrirá una manera de frustrarlo si es tan tonto como para actuar. No le pasará nada a tu hermana, Clara. Nada.

Las garantías de Henry sirvieron para calmar las preocupaciones de Clara. Pero la creciente conciencia del tacto de sus manos y la mirada en su rostro reavivaron otro dolor más profundo. Puede que todo fuera culpa de su esperanzada imaginación. Pero la presión de los dedos de él sobre el brazo de ella. La proximidad de sus cuerpos. La sensación de su cálido aliento tan cerca. Y entonces vio su mirada posarse en sus labios.

Rezó a Dios para que la besara.

"Vete", susurró Henry con voz ronca. Sus manos cayeron de los hombros de ella. "Debemos estar lo mejor posible, esta noche."

A Clara no le importó lo más mínimo lo apropiado de todo aquello. Le rodeó el cuello con los brazos y posó sus labios en los suyos durante un interminable instante... antes de darse la

vuelta y alejarse. Pensó que él no había respondido al beso y miró hacia atrás al llegar a las afueras del pueblo. Él seguía de pie donde ella lo había dejado, con la mirada perdida en los verdes campos.

Pero tampoco la había alejado.

"Ella *está* aquí, Nicholas. De verdad que *está*". Frances le asintió enfáticamente desde su caballo. "Vi a Jane con mis propios ojos. Volvió con mamá no hace ni media hora".

Nicolás desmontó, entregó las riendas de su corcel a un mozo de cuadra y se dirigió rápidamente hacia la casa solariega.

"Pero no puedes ir con ella", advirtió la joven, instando a su yegua a subir por el sendero que bordeaba el jardín. "Los invitados empezarán a llegar en menos de tres horas. Mamá y Jane están en medio de un pequeño plan relacionado con algunos de sus cuadros. Y justo antes de bajar de la casa, oí a Fey ordenar que le subieran un baño a Jane. Y después de eso, todavía tiene que vestirse y peinarse y todas las demás cosas para estar lista. Y tú también tienes mucho que hacer para prepararte, Nick". Frances miró desde la punta de sus botas llenas de barro hasta la camisa manchada y la cara sin afeitar. "Estás absolutamente horrible. Por cierto, tu ayuda de cámara ya está esperando en tu habitación y..."

Se dirigió hacia el arco. Frances detuvo su caballo.

"Y mamá me dijo que te advirtiera que no volvieras a asustarla", llamó tras él.

Se detuvo ante la puerta y se volvió para mirarla con el ceño fruncido. "¿Quieres decir que Jane se mantenía alejada por mi culpa?"

Frances sopesó cuidadosamente sus palabras antes de volver a hablar. "No. No lo sé exactamente. Pero oí a Jane decirle a Fey que si pedía verla... bueno, que dijera que no estaba disponible".

Sin decir nada más, Nicholas giró sobre sus talones y abrió la puerta de un tirón.

Todas las familias importantes en quince millas a la redonda parecían haber acudido al baile. El ruido de la multitud, mezclado con los ritmos armónicos de la música, subía las escaleras y llegaba hasta su dormitorio.

Los invitados habían llegado. El resto de la familia Purefoy ya estaba haciendo su papel de anfitriones. Pero Jane seguía sentada rígidamente en el borde de su cama, dubitativa e inquieta mientras devolvía la mirada al desconocido que se reflejaba en su espejo.

Se había opuesto a la insistencia de los peluqueros en usar penachos de plumas y jardines enteros de flores en el pelo. Luego se negó a ponerse la peluca alta y empolvada que Lady Spencer había traído. Sin embargo, como compromiso con todos, permitió que recogieran y arreglaran su propio cabello oscuro, sin talco, de modo que unos pocos tirabuzones enmarcaran su pálido rostro, mientras el resto se amontonaba con seguridad detrás.

Con el pelo podía vivir, pero el elegante vestido que apareció fue un calvario para el que no había estado preparada.

Al mismo tiempo, no había podido evitar llevarlo. No podía herir los sentimientos de Lady Spencer... no después de todo lo que había hecho por ella. Desde los bordados de la suave seda

amarilla y blanca hasta el corpiño entallado con encajes y fruncidos, pasando por las enaguas acolchadas con dobladillo de encaje y flecos, era quizá el vestido más elegante y hermoso que Jane había visto, por no decir llevado. Pero este estilo tan elevado apenas ayudaba a aliviar la tensión que se enroscaba en su interior.

En la Sala y en los salones había gente a la que había detestado toda su vida. Había otros que esperaba que volvieran a respetarla, pero que nunca habían sido capaces de pasar por alto sus transgresiones. ¿Y su familia? Por lo que sabían, Jane no asistiría al baile esta noche.

Y luego estaba Nicholas. Su mano se llevó inconscientemente a su garganta expuesta. Al sentarse y mirar la amplia piel que se le veía por encima de los pechos, Jane se dio cuenta de que lo que más temía era la reacción de él.

Llamaron suavemente a la puerta y Jane se levantó de inmediato. Lanzó una última mirada en dirección al espejo que le habían traído antes a su habitación. Sólo deseaba poder sentir algo de la aparente confianza de la mujer reflejada. Era increíble lo que la ropa y los polvos podían ocultar.

La sonrisa alentadora de Alexandra ayudó un poco.

"Encantador", susurró confidencialmente la mujer mayor. "Es tarde, querida. No quiero que te pierdas ni un momento más de la admiración que se desborda en el Salón Azul. Casi todo el mundo ha pasado ya al menos una vez. Y algunos de los invitados han decidido no moverse ni un milímetro hasta que revele el nombre del artista. Es de lo más emocionante".

Hasta que descubran que soy yo. Jane no expresó su preocupación y acompañó en silencio a Alexandra escaleras abajo. El tobillo seguía doliéndole horrores cada vez que lo apoyaba, así que trató de tomarse su tiempo. Sin hacer preguntas sobre la naturaleza de la lesión, Lady Spencer había sido muy considerada al principio de la tarde y seguía siéndolo ahora.

Las escaleras eran angustiosas, pero a medida que Jane descendía -y las miradas curiosas de algunos invitados que se mezclaban en el vestíbulo se posaban en ella-, se sentía cada vez más entumecida. Cuando Alexandra y ella llegaron al final, Jane estaba segura de que nadie la había reconocido, pues los rostros seguían siendo amistosos, incluso admirativos.

"Lo peor ya ha pasado", susurró Lady Spencer en voz baja, tocándola en el codo y señalando con la cabeza hacia el salón y donde una pequeña multitud de personas bloqueaba el umbral de la puerta, esperando para entrar. "¿Entramos y revolvemos un poco la olla?"

Sin embargo, cuando las dos mujeres pasaron junto a la puerta principal, Jane se encogió al ver entrar a un invitado que llegaba tarde y se interpuso en su camino. Sir Robert Musgrave no tuvo dificultad en reconocerla.

"Señorita Jane, no puedo creer lo que ven mis ojos."

El silencio que se apoderó de los transeúntes fue seguido inmediatamente por susurros urgentes. Casi podía sentir cómo la noticia se propagaba por los salones y la Sala.

"Sir Robert". Asintió cortésmente, intentando disimular todo rastro de hostilidad en su voz y ocultar también la inquietante sensación de que todos los ojos estaban puestos en ella.

"Srta. Jane, debo decir que está absolutamente impresionante". Se acercó tanto a ella que su presencia invadió el aire que necesitaba respirar. Se llevó la mano a los labios, pero su sonrisa era fría. "Realmente apruebo el peinado que has elegido... y este vestido. Eres una maravilla, debo decir. El estilo es elegante y el corte provocativo... dentro de los límites de la corrección, por supuesto". Bajó la voz. "Tan parecida a ti."

Jane intentó no mostrar nada ante su mirada depredadora.

"Debo admitir, sin embargo, que me he quedado sin palabras al verte vestida con algo que no sea ese temido negro".

"Veo que no se *ha* quedado sin palabras, señor", respondió Jane con naturalidad. "Ahora, si nos disculpa, Lady Spencer y yo necesitamos hablar con su hija."

"Pero no puedo dejar que simplemente desaparezca, Srta. Jane. No hasta que me prometas el placer de un baile".

"Me temo, señor, que no puedo prometerle tal cosa". Ella miró impacientemente a su lado. "Por favor, perdónenos, pero creo que acabo de ver a la Srta. Spencer pasar por la puerta del salón."

Rodeándole, Jane asintió cortésmente a su compañero y ambos se dirigieron al salón.

"Tienes un porte maravilloso". Alexandra susurró un momento después, cuando Jane pasó entre las miradas abiertas de los invitados con la cabeza bien alta. "Estoy muy orgullosa de conocerte."

Estas últimas palabras casi atravesaron la armadura emocional de Jane, pero se resistió. El gentío que se agolpaba junto a la puerta del salón se separó y Jane siguió a Alexandra al interior de la sala, abarrotada pero ahora silenciosa.

Los lienzos que Lady Spencer y ella habían elegido anteriormente se habían colocado en caballetes de madera provisionales en diversos lugares de la sala. Ahora, sin embargo, todas las miradas estaban fijas en ella y no en los cuadros que las habían atraído inicialmente al salón. Jane buscó las expresiones de los desconocidos y de los conocidos. Vio a Henry de pie junto a Clara, junto a la ventana. La mirada de su hermana se posó en el suelo enmoquetado, pero el ministro envió a Jane un gesto de aliento. Ahora no podía preocuparse por la reacción de Clara a su llegada. Frances la saludó con entusiasmo desde el otro lado del salón. A su lado, Jane encontró al que había estado buscando todo el tiempo. Su corazón latía con fuerza y su estómago bailaba al verlo.

"No puedo estar más satisfecha con esta calurosa acogida", comenzó Lady Spencer, dirigiéndose con voz clara a todos los presentes. Jane se dio cuenta de que le costaba concentrarse en las palabras de su amiga, pues ahora sólo existía Nicholas.

Iba impecablemente vestido, pero Jane pensó que parecía cansado. Sostenía un vaso de oporto en una mano mientras apoyaba despreocupadamente un hombro en la repisa de la chimenea. Incluso desde aquella distancia, Jane podía ver cómo sus ojos estudiaban cada centímetro de su cuerpo, desde la punta de sus zapatos hasta su pelo. Su atención era el calor que le faltaba. Esperó a que sus ojos se cruzaran con los suyos, pero se sobresaltó al ver el dolor en ellos. Un dolor que sabía que ella misma había causado.

"Y así el tesoro yace entre ustedes." Lady Spencer tomó la mano de Jane. "Señorita Purefoy. Sí, efectivamente, la Srta. Jane Purefoy es la artista de estas espléndidas obras que todos hemos estado contemplando con tanto aprecio."

Hubo un breve momento de silencio y luego alguien empezó a aplaudir desde algún lugar a su izquierda. El aplauso de esa persona se extendió rápidamente y Jane observó con asombro que todas las personas de la sala y de alrededor de la puerta se unían a él. Cuando se volvió para mirar a Alexandra, un fuerte murmullo de conversación estalló a su alrededor.

Jane no sabía qué decir ni cómo actuar. La buena acogida de su obra fue totalmente inesperada. Pero lo que fue aún más asombroso fue la forma en que los invitados se acercaron inmediatamente a ella con comentarios de felicitación y preguntas sobre su estilo y su temática.

Intentando responder lo mejor que pudo, Jane buscó a Alexandra a su lado y encontró a la mujer mayor luciendo una sonrisa orgullosa y apartada de ella junto a una serie de cuadros que le gustaban especialmente. Miró de nuevo en dirección a Nicholas y lo encontró levantando su copa en un brindis por ella.

"¿Y de qué va todo esto?" El tono alegremente quejoso de Lady Purefoy sonó desde el pasillo. "¿Qué clase de baile es éste en el que todo el mundo abandona la pista de baile y se amontona en los salones? ¿Se está jugando a las cartas aquí? Vamos..."

Algunos invitados se movieron y otros siguieron a la anfitriona.

"Oh, sí", dijo. "Un arreglo especial de Lady Spencer. Casi lo había olvidado. ¿Qué tenemos aquí?"

Catherine agitó el abanico que sostenía y miró a su alrededor, sorprendida.

"¡Oh, vaya! Lady Spencer, ¿está ahí?"

"Estoy aquí."

La multitud que rodeaba a Jane se separó y Catherine Purefoy palideció ligeramente al ver a su hija mayor de pie en el centro de la multitud.

"¡Vaya, Jane! ¿Qué estás...?" Rápidamente intentó recuperar la compostura y miró a su invitada. "Lady Spencer... pensé que cuando dijo que quería usar esta habitación... nunca imaginé que se refería a..."

La anfitriona hizo un gesto vago con la mano hacia los cuadros y fracasó miserablemente en su intento de ocultar su confusión. Sacudió la cabeza e intentó empezar de nuevo.

"Ah, pero Jane... querida... no sabía que habías vuelto", consiguió decir por fin.

Jane dio un paso hacia su madre para explicárselo, pero la voz del magistrado junto a la puerta le erizó el vello de la nuca.

"¿Estuvo fuera, Srta. Jane?"

No había motivo para aquella pregunta en voz alta y en público, y ella deseaba decírselo exactamente a Musgrave, pero la respuesta de su madre le cortó la oportunidad.

"En efecto, Sir Robert. Jane ha estado fuera tres días". Catherine sonrió avergonzada al grupo. "Este fue el motivo de mi sorpresa... mi *deleite* al verla. No tenía ni idea de que pensaba regresar a tiempo para el baile. Quiero decir, siempre es una alegría para una madre ver a sus hijos, pero como no sabía a dónde había ido, y no recibí ningún mensaje sobre su hora de regreso..."

Un murmullo de desaprobación recorrió la sala, aunque Jane no tenía claro a quién iba dirigido. Cogió la mano de su madre y miró suplicante a Clara, esperando que su hermana la ayudara a controlar la situación. Pero el rostro sonrojado de Clara estaba vuelto hacia Henry Adams y le susurraba algo al oído.

"Y me doy cuenta de que ha sufrido una lesión, señorita Jane." Musgrave se abrió paso entre la gente y se acercaba. "Díganos, ¿es su rodilla o su tobillo?"

"No te encontrabas mal cuando te fuiste, Jane", afirmó Lady Purefoy.

"Y eres tan buen jinete que dudo que te hubieras caído del caballo. Ahora bien, no te habrías hecho semejante herida saltando desde la azotea de un edificio, ¿verdad?"

Ahora estaba ante ella. Sus ojos grises observaban todos sus movimientos.

"Hace mucho tiempo que estoy acostumbrada a subir por las escaleras, señor", dijo ella ácidamente, con la esperanza de acortar esta investigación tan pública.

"¿Y la causa y naturaleza de la lesión?"

"Eso no le concierne, señor", respondió secamente. "Pensaría que alguien con sus responsabilidades difícilmente tendría tiempo para preocuparse de forma tan continua de mis tontos percances".

El magistrado abrió la boca para responder, pero Jane vio que sus ojos se entrecerraban y se centraban en alguien que estaba detrás de ella.

"Si nos disculpa, Sir Robert, Lady Purefoy mencionó que esto es, después de todo, un baile.

Y ya llevo demasiado tiempo esperando ese baile que la Srta. Jane me prometió antes".

El calor que la invadió cuando oyó la voz de Nicholas a su espalda la animó de inmediato. Sus mejillas ardían y sus ojos se empañaron de afecto cuando se volvió y se encontró con su intensa mirada azul. Las lenguas volvieron a agitarse, pero a Jane no le importó mientras deslizaba la mano por el brazo que él le tendía.

"¿Estás lista?", susurró suavemente mientras se dirigían hacia la puerta.

"Más de lo que sabes. Más de lo que yo nunca fui". Le puso la mano en el brazo y ella se acercó. Él intentaba darle apoyo para su tobillo, pero ella quería fundirse contra él, besarle, explicarle todo lo que había pasado y decirle el alma perdida que era sin él.

Jane se sorprendió al ver a su padre de pie justo en el umbral de la puerta cuando se acercaban. Inmediatamente se encrespó, esperando ver su desaprobación. Pero su mirada era reflexiva, misteriosa.

"Si tiene un momento, Srta. Jane, hay algunas preguntas que aún debo hacerle".

Por el ceño fruncido de Nicholas, se dio cuenta de que la insistencia de Musgrave le enfurecía tanto como a ella. Sin embargo, le apretó la mano para tranquilizarla y se volvió sin soltarla.

"De verdad, Musgrave. ¿Esto no puede esperar?" preguntó Nicholas con impaciencia.

"Me temo que no, Sir Nicholas. Mi deber como magistrado, actuando en nombre de la Cr..."

"¿Está usted aquí como invitado o como funcionario del gobierno?". El tono cortante y la pregunta de Nicholas silenciaron a la multitud y se abrió un camino entre los dos hombres.

"Me temo que mi deber siempre debe reemplazar..."

"Eso es muy malo para usted, señor. Sin embargo, el resto de nosotros no sufrimos la misma carga. ¿Le importaría permitírnos disfrutar de las diversiones y hospitalidad de nuestro anfitrión?"

"Lo haría si pudiera, señor". El magistrado se acercó a ellos. "Le aseguro que no hay necesidad de una conversación privada... a menos que necesite la oportunidad de pensar en una excusa para la lesión de esta buena señora".

Las palabras del baronet fueron frías y mesuradas. "No es el momento, señor. Pero le aseguro que usted y yo tendremos una discusión privada en un futuro muy próximo".

"¿Qué fue la última vez?" preguntó Musgrave, ignorando la amenaza de Nicholas. "Le golpeaste la cara con la puerta del establo, ¿no es así?". Se rió sin alegría. "Quizá esta vez deberíamos decir simplemente que la empujaste del caballo, causándole así la pronunciada cojera que padece esta noche".

"Sir Robert", jadeó Lady Purefoy. "¿Qué estás diciendo?"

Nicholas se llevó las manos a los costados, con un tono gélido. "Sea claro, señor. ¿Me está acusando?"

"¡No, claro que no!" Volvió a reír, aunque a nadie más parecía divertirle la confrontación. "Rodeado de todo este magnífico arte, simplemente intento ser creativo".

Jane no podía soportarlo más. Comprendía la amenaza de las palabras de Musgrave y no deseaba que Nicholas fuera víctima de ella. Le puso una mano en el brazo y se enfrentó a su enemigo.

"Creo que este malestar es totalmente innecesario". Miró a su alrededor, a la sala llena de gente. "Si tiene preguntas oficiales que hacerme, señor, ¿por qué no proceder en privado? Seguramente no hay razón para privar a los invitados de mis padres de su velada de disfrute".

"¿Pero no es esto tan entretenido como cualquier paseo o cena o botella de oporto, para el caso?"

"Para ti, tal vez", respondió ella. "Pero no para nadie más".

"¿Ha estado bebiendo mucho, Sir Robert?" Lady Purefoy preguntó esperanzada.

"No, señora". Le dio la espalda a la anfitriona. "Y resulta que no estoy de acuerdo, señorita Jane. ¿Cuántas veces tendrá esta buena gente la oportunidad de presenciar al magistrado del rey actuando para resolver un crimen?"

"Muy bien, señor", respondió fríamente. "Haga sus preguntas y termine con esto".

"Como desee". Se inclinó con una floritura burlona. "¿Podría aclararnos dónde ha estado los últimos tres días?"

"Estaba visitando a un amigo."

"¿Cogiste un carruaje o montaste en tu fino caballo?"

"Como es mi costumbre, monté a caballo".

"¿Y este amigo vive cerca del pueblo de Banteer?"

Hizo una pausa, considerando su respuesta. "Creo que sería seguro decir que mi amigo vive en esa dirección general".

"¿Qué hiciste mientras estuviste allí?"

Se encogió de hombros. "Nada fuera de lo normal. Estuvimos de visita".

"¿Y qué estabas haciendo anoche?"

"Esto se está volviendo bastante tedioso, Sir Robert."

"¿Fuiste a Banteer anoche?" Caminó hacia ella.

"No se me ocurre ninguna razón para estar en Banteer, señor".

"Pero usted fue vista allí, anoche, Srta. Jane."

"¿Lo fui?" Se encontró con la mirada acusadora del hombre al mismo tiempo que sentía el roce del brazo de Nicholas contra el suyo. Su fuerza fluyó hacia ella y se sintió reconfortada con su presencia. "Estoy segura de que quien haya *imaginado* verme debe estar equivocado".

"¿Tiene a alguien que pueda confirmar su afirmación?"

Vaciló, reacia a utilizar el nombre de Jenny. Para el magistrado, no podía haber ninguna relación entre las dos mujeres. Aunque Jane escapara esta vez, la tía de Conor no conocería la paz mientras el magistrado siguiera en el poder.

"Sí."

La voz de Henry Adams atrajo la atención de todos hacia él. Un murmullo recorrió de nuevo la multitud.

"Estuve con la Srta. Jane anoche."

Jane sintió que Nicholas se ponía rígido a su lado.

"Párroco", empezó Musgrave, con evidente sorpresa en su voz. "¿Está diciendo que visitó a la señorita Jane en casa de su amiga anónima la pasada noche?"

"No." El ministro se acercó al lado de Jane, y ella se sintió de pronto empujada entre Nicholas y Henry. "No. Lo que digo es que la Srta. Jane ha sido huésped en la casa parroquial de Ballyclough durante los últimos tres días. Este amigo anónimo del que habla soy yo, Henry Adams".

Capítulo Veintiséis

"No sé a qué viene tanto secretismo. Pero sé que ella no estaba allí, Nicholas. Fui tras ella", susurró ansiosamente Lady Spencer. "Sé que no estaba con el párroco Adams".

Nicholas se las había arreglado para permanecer junto a Jane mientras las notas del escándalo se mezclaban con las de Purcell y Haendel. Había permanecido a su lado mientras Adams respondía a la pregunta de Musgrave sobre el paradero del caballo de Jane la noche anterior. Había escuchado con aprecio cómo el párroco había atacado verbalmente al magistrado acerca de la falta de orden en el distrito, evidenciada por el hecho de que los caballos desaparecían rutinariamente de los establos por la noche, y sólo algunos de ellos reaparecían unos días después. Si el caballo que se había visto era realmente el de Jane -aunque era dudoso, afirmó-, esto era obviamente lo que había ocurrido.

Musgrave había quedado claramente desconcertado por la chocante afirmación del párroco, y su queja -secundada por varios terratenientes que miraban- desorientó aún más al hombre.

Nicholas continuó de pie junto a Jane y Adams hasta que el magistrado dijo algo sobre la ineptitud de los dragones que le habían sido asignados y murmuró a regañadientes una disculpa por haber creado tan inoportuno alboroto. Una vez que Musgrave se hubo retirado, Nicholas también se había marchado.

No podía permanecer a su lado y fingir que no le afectaba el anuncio del párroco. Sabía que Jane no estaba en Ballyclough. Él mismo había ido a buscarla. Pero lo que más le molestaba era que Adams parecía saber más que él.

Nicholas había salido de la casa y estaba de pie en el campo, bajo el muro del prado, contemplando la negrura que cubría el valle, cuando su madre lo alcanzó. Detrás de él, los establos bullían de actividad mientras los carruajes seguían subiendo para recibir a los invitados, que ya se habían saciado de comida, bebida, baile... y algún que otro escándalo.

"Bueno, esta es una fiesta que nadie olvidará pronto", dijo. "Todo el mundo está engullendo la cena que ha preparado nuestra anfitriona y se dirige a las colinas. Y pensar que en Londres uno no tendría ninguna posibilidad de echar a nadie por la puerta. Los lobos estarían esperando alrededor, esperando un final sangriento".

"Puede haber sangre, todavía."

"No lo creo", respondió ella. "El párroco Adams y Sir Thomas se han encerrado en el estudio de nuestro anfitrión. Pero me inquieta bastante cualquier solución que se les ocurra a esos dos".

Nicholas no dijo nada, y Alexandra esperó un momento o dos antes de presionarle.

"Jane te necesita, Nick. Intenta ser lo más valiente que puede, pero sé que se derrumbará si no vuelves pronto con ella".

"Henry Adams ha estado haciendo un excelente trabajo ayudándola. Odiaría interferir".

"No puedes decir en serio lo que dices". Le tocó en el brazo. "Nada de lo que Musgrave le dijo, ninguna mirada de severidad de ninguno de los presentes, la alteró tanto como cuando usted salió de esa habitación. Está tan claro como las estrellas de este cielo. Ella *te necesita*, Nicholas. A ti".

"Y dime. ¿Ella dijo eso? ¿Te envió a por mí?"

"Jane lo habría hecho si lo hubiera creído posible. Pero, ¿cómo podría?" Alexandra se puso delante de él. "Cada movimiento que hace, cada palabra que dice, está siendo cuidadosamente escrutada por una docena de personas en cada momento. Los que aún no se han marchado la observan atentamente, a la espera de algo digno de mención que llevar al club, a la fiesta de cartas o a lo que sea que hagan aquí para socializar. Ella lo lleva bien, de momento, pero no sé por cuánto tiempo".

Seguramente, sería más fácil marcharse y olvidar que había conocido a esa mujer, pensó. Pero no podía. El viejo Nicholas podría haber hecho eso y no mirar atrás. Pero el nuevo Nicholas Spencer, el que ya estaba demasiado consumido por la señorita Jane Purefoy, no podía.

"¿Dónde está ahora?"

"En la biblioteca. Los músicos han recogido sus instrumentos y se han ido a cenar a la sala de la servidumbre. Creo que la casa estará vacía dentro de una hora. Lady Purefoy está todavía de un lado para otro, por supuesto, tratando de poner buena cara a todo y pareciendo tonta por sus esfuerzos. Pero las chicas y Jane están esperando en la biblioteca a que Sir Thomas y el párroco terminen su discusión."

Clara estaba consumida por la oscuridad al otro lado de la ventana. Frances fingía estar profundamente absorta en un libro que tenía abierto en el regazo, aunque hacía tiempo que no pasaba página. Lady Purefoy ladró más órdenes a los criados y volvió a sentarse pesadamente en el sofá. Sus dedos agitados abrían y cerraban el delicado abanico que sostenía.

Jane se levantó inmediatamente al ver entrar a Nicholas con Lady Spencer. Sin importarle la mirada de desaprobación de su madre, había conseguido llegar a mitad de camino hasta él cuando Henry Adams y Sir Thomas aparecieron en el umbral de la puerta.

Todos se quedaron mirando a los dos hombres.

La expresión de Henry era cautelosa y lanzó una breve mirada a Jane antes de centrar los ojos en Clara. Sir Thomas se dirigió directamente a un armario lateral donde había una botella de oporto y vasos. Se sirvió un vaso lleno y les hizo un gesto de ofrecimiento a los otros hombres. Ambos la rechazaron. Se bebió el vino y se sirvió otro antes de volverse hacia Jane y dirigirse al grupo.

"El reverendo Henry Adams ha pedido la mano de Jane en matrimonio."

A Jane se le cortó la respiración al oír el anuncio. Se volvió confundida hacia Nicholas, que seguía de pie junto a la puerta, y vio el destello de ira, dolor y traición incluso cuando él le devolvió la mirada. A Jane se le llenaron los ojos de lágrimas y negó con la cabeza, impotente. Henry seguía mirando a Clara. El rostro de la hermana menor se había vuelto completamente hacia la ventana.

"¡Qué *maravillosa* noticia!" dijo Lady Purefoy, rompiendo el pesado silencio. "El reverendo Adams y Jane... ¿quién lo habría pensado? Pero teniendo en cuenta lo que se ha dicho esta noche... y la excelente reputación del párroco Adams... tiene todo el sentido del mundo". El abanico se abrió con un chasquido de dedos y lo agitó ante su cara. "En realidad, será visto como

un acto de lo más leal y generoso. Absolutamente lo que hay que hacer... salvar a nuestra Jane de su escandaloso pasado".

"Por el caluroso recibimiento que ha tenido su hija esta noche -antes de que el buen párroco la salvara- habría esperado que se diera cuenta de que Jane es un premio por derecho propio".

La aguda réplica de Alexandra en su defensa hizo que las lágrimas cayeran por primera vez sobre las mejillas de Jane. Nicholas miraba a Henry con la fiera suficiente para cortarlo en pedazos.

"Oh, sabíamos desde el principio que Jane tenía talento". Catherine agitó su abanico desdeñosamente en el aire. "Pero una buena pincelada no arregla un buen matrimonio ni oculta el escándalo del pasado".

"Naturalmente, en eso también discrepamos, Lady Purefoy", insistió Alexandra. "Generalmente es el apoyo de la familia de uno hacia sus miembros -o la falta de él- lo que establece los límites de cómo se comportan abiertamente otros de su entorno en la mayoría de las situaciones".

"No es que esto le preocupe, dada la falta de interés de su hijo por Clara, pero yo no empujé a Jane a los brazos de ningún cur papista. Ella hizo el daño. Ella puede soportar sus consecuencias".

"Ninguno de nosotros, estoy segura, está completamente libre de alguna indiscreción juvenil en nuestra historia personal", dijo Lady Spencer burlonamente. "Y me pregunto qué habría sido de *nosotros* si todos hubiéramos sido bendecidos con unos padres tan justos e implacables como ella".

"Esto no tiene sentido". Catherine cerró su abanico con un chasquido. "Los anuncios serán enviados a los periódicos mañana. Fijaremos la fecha para dentro de un mes a más tardar, aunque si pudiéramos hacerlo antes, tanto mejor. Si no tiene objeciones, Párroco, simplemente enviaremos avisos de la boda a nuestra familia de Inglaterra y a su hermano mayor y..."

"¿Qué piensas de esto, Jane?"

La brusca pregunta de Sir Thomas fue tan brusca y fuera de su carácter que Catherine continuó hablando unas palabras más antes de darse cuenta de que su marido había hecho la pregunta. Jane también estaba bastante asombrada. No recordaba la última vez que su padre se había dirigido directamente a ella.

"Yo... creo que todos estamos saltando a las sombras". Jane rápidamente encontró su voz. Se dirigió primero a Henry. "Me siento honrada y conmovida por su oferta. Pero estoy muy afligida, ya que tú y yo sabemos que nunca ha habido nada que pudiera interpretarse como impropio entre nosotros. *Nunca*. Hablaste ante el magistrado esta noche para protegerme de ciertas acusaciones. Sin embargo, no hay razón para que actuemos precipitadamente y alentemos así cualquier idea equivocada por parte de los que estuvieron aquí esta noche."

Jane se volvió hacia su madre. "Henry y yo hemos pasado muchos días juntos desde la infancia. En los últimos años -y desde su instalación en la casa parroquial- he pasado también muchas noches en Ballyclough como invitada suya y de la señora Brown. Mientras hablamos, estas buenas personas están ayudando a una amiga viuda y a sus hijos. Hay razones justificadas para que me quede en la casa parroquial. Si te tomaras tu tiempo y explicaras la situación de ese modo, no habría razón para que la reputación de Henry se viera manchada o vinculada de algún modo con la mía."

"Pero Jane, es una oferta excelente. No importa *cómo* se explique todo".

"¿Una oferta excelente para *quién*?" Jane arremetió contra su madre. "¿Castigaremos a Henry por ser noble y querer hacer lo honorable por mí? ¿Debo casarlo en contra de mi voluntad y, al

hacerlo, robarle toda oportunidad de ser feliz en el futuro con una mujer que podría merecerlo? Creo que la única que saldrá beneficiada de esta *excelente* oferta de matrimonio serás *tú*, madre... pues por fin te librarás de mí."

"Sir Thomas," Catherine volvió los ojos suplicantes hacia su marido. "Dile que debe casarse".

El ex magistrado no dijo una palabra, pero su mirada oscura se clavó en el rostro de su hija. Jane se sorprendió al verse capaz de mirarle a los ojos sin que la hostilidad de toda una vida nublara su visión. Lo encontró diferente del hombre que ella conocía. Algo inexplicable había penetrado las capas de dureza y arrogancia. Respondió a su pregunta no formulada.

"Me gustaría esperar y dejar que los rumores se desvanezcan". Jane se volvió hacia Henry y le sonrió agradecida. "Ya me entiendes".

Asintió con la cabeza.

Antes de que nadie pudiera moverse o decir nada más, Alexandra tomó la palabra. "Tal vez la distancia, así como el tiempo, puedan ser de ayuda en esta situación".

Hizo una pausa y luego dirigió su atención a Catherine. "¿Qué diría usted, Lady Purefoy, si me llevara a sus dos hijas conmigo a Inglaterra de vacaciones durante unas semanas? Tal vez, durante su ausencia, puedan circular las explicaciones y el rumor muera de muerte natural. Pero lo más importante es que tendrán la oportunidad de conocer mejor a mi familia".

"¡Oh!" La sugerencia sobresaltó claramente a la anfitriona. "¿Quiere decir que Sir Nicholas también la acompañará de vuelta a Inglaterra?"

Alexandra recibió una inclinación de cabeza de su hijo. "Por supuesto. Nicholas y Frances volverán con nosotros. E incluso dispondré que todos los escoltemos de vuelta a Irlanda dentro de un mes o así".

La sugerencia animó de inmediato el comportamiento de Lady Purefoy. Jane y todos los demás pudieron ver claramente que la alegría de la mujer se centraba en la perspectiva de que Clara y Nicholas pasaran tiempo juntos. Pero Jane estaba demasiado agotada para preocuparse por eso ahora. Había evitado un desastre con Henry, ahora le quedaban unas cortas vacaciones para convencer a Nicholas de que -aunque ella lo amaba- tenía que aceptar que nunca podría haber una posibilidad de futuro entre ellos.

"Sir Thomas," Catherine llamó jubilosa a su marido. "¿Qué piensa de la brillante idea de Lady Spencer?"

El ex magistrado asintió secamente. "Estoy de acuerdo. Jane necesita estar lejos de esta maldita Irlanda".

Capítulo Veintisiete

SENTADO en la espaciosa biblioteca de su casa adosada de Berkeley Square, el conde de Stanmore observaba con gran interés y curiosidad cómo su mejor amigo se enfurecía mientras se paseaba de un lado a otro de la habitación. Nunca había visto a Nicholas así.

Muy interesante, en efecto, pensó, ocultando una sonrisa.

Stanmore ya había averiguado que su amigo había zarpado de la ciudad de Cork el domingo, había llegado a Broad Quay, en Bristol, esa misma noche, y había cabalgado todo el día de ayer para llegar a Londres a última hora de la noche. Y ya esta mañana, Nicholas había localizado al lord teniente de Irlanda, que casualmente se encontraba en Londres de camino a una partida de tiro en Yorkshire.

Stanmore miró su reloj de bolsillo. Apenas eran las diez de la mañana, y Nicholas parecía tener el resto del día ocupado con reuniones con funcionarios de la Corona y quién sabía qué más. Por todos los diablos, nunca había visto a Nicholas levantarse antes del mediodía, a menos que fuera por alguna razón deportiva.

"Stanmore, sabes que nunca he tenido la costumbre de pedir favores a mis amigos. Pero esta vez voy a hacer una excepción". Nicholas se detuvo bruscamente ante el escritorio del conde. "Reúnete con él a mediodía. Recalque todo lo que le he dicho. Es esencial que se haga algo con Musgrave antes de que cause un daño irrevocable."

"Pero ya me ha dicho que el hombre fue muy comprensivo con sus preocupaciones y prometió investigarlo".

"Quizá lo haga, pero no puedo permitirme que el asunto se posponga. Es crucial que actúe de inmediato. Al oírlo de usted, uno de los distinguidos miembros de la Cámara de los Lores, además de oírlo del Inspector de Marina..."

"¡Maldita sea, Nicholas! ¿Has estado ya en casa de Nathaniel Yorke, también, esta mañana?"

"¡Claro que no! Fui allí anoche". Puso las manos sobre el escritorio del conde. "Esto es muy importante para mí, Stanmore. Más de lo que puedas imaginar".

Los rasgos cincelados del conde reflejaban su genuino interés mientras se reclinaba en la silla.

"¿Quién es ella?"

Clara no había soportado muy bien el duro viaje desde Irlanda y, como consecuencia de haberse quedado al lado de su hermana, Jane había visto muy poco a Nicholas durante el viaje. Sin embargo, incluso aquellos escasos vistazos habían sido mejores que su desaparición poco

después de que el barco atracara en Bristol. Sin embargo, no se atrevía a preguntar a su madre o a su hermana por su paradero o por su esperado regreso.

Curiosamente, tras pasar la noche en una posada del muelle de la ciudad portuaria, Lady Spencer había desarrollado un gran interés por visitar a una "antigua" amiga en Bath. Mientras desayunaban, había mencionado que una visita a la cercana ciudad balneario también tendría sus ventajas para Clara, que podría pasar allí un par de días recuperándose antes de que alquilaran un carruaje para Londres.

Y luego, por alguna razón inexplicable, Frances estaba impaciente por volver a Londres. Así que, tras una breve discusión, se acordó que Jane acompañaría a la joven a Londres y Lady Spencer la seguiría en unos días con Clara.

Durante el viaje, que se había dividido en cómodas etapas a lo largo de dos días, Frances había hablado sin cesar, contándole a Jane todo sobre la escuela a la que había asistido en Bruselas hasta su entusiasmo por instalarse en un colegio de chicas en Inglaterra. También se había asegurado de mencionar el nombre de Nicholas al menos en una de cada dos frases, elogiándolo de una forma que Jane sabía que sólo una hermana que se esforzaba por encontrar pareja para su hermano podía hacer. Jane se había sentido conmovida por el intento, sabiendo al mismo tiempo que no había nada que pudiera decir o hacer para que Frances comprendiera lo improbable que podía ser una unión así.

Esa sería una conversación para Jane y Nicholas a solas, y hasta entonces, ella guardaría sus penas para sí misma.

Por la tarde del segundo día, Frances se despertó de la siesta que se había echado cuando los ruidos de la ciudad anunciaron la llegada del autocar a Londres. Sonrió a Jane con ojos soñolientos y se estiró. Una vez más, Jane se sintió abrumada por la belleza y la inocencia de la joven... y por su gran parecido con Nicholas. Había intentado con todas sus fuerzas no pensar en la charla que ambos *tenían* que tener. No había tenido ocasión de explicarle nada desde el día en que ella había huido de Woodfield House a primeras horas de la mañana. Sus últimos momentos a solas los habían pasado haciendo el amor en el pequeño catre de la zona de trabajo de ella.

No es un mal recuerdo, pensó Jane, parpadeando rápidamente para contener las lágrimas y levantando la persiana para mirar hacia las concurridas calles.

"No me puedo creer lo bien que lo hemos pasado", dijo Frances entusiasmada, colocándose en el asiento frente a Jane y mirando también hacia fuera. "Quizá después de cenar, si no te importa, pueda invitar a mi amiga Elizabeth a que venga un rato. Su familia tiene una casa en Leicester Square, muy cerca de la de Nicholas. Y aunque es un año más joven que yo, disfrutamos mucho de nuestra mutua compañía. Es realmente encantadora".

"No, no me importa en absoluto".

Frances puso su mano sobre la de Jane. "Y gracias por quedarte conmigo... con nosotros. Recuerdo, de la última visita de Clara a Londres, que tienes familia aquí. Pero estoy muy contenta de que hayas decidido quedarte con nosotros".

Jane sonrió cálidamente. "Nunca me habría ido de Irlanda si hubiera tenido que pasar mi tiempo aquí con la familia de mis padres. Me temo que las hermanas de mi padre nunca se han recuperado del escándalo de mi juventud. Y por parte de mi madre... bueno, tal vez deberíamos simplemente no mencionarlas".

"¿Cuándo fue la última vez que estuviste aquí?"

Jane hizo memoria. "Hace tres años. Estuve aquí cuando se casaba una de mis tías, la hermana menor de mi madre. Llegamos una semana antes de la boda, y me fui a Irlanda dos días después".

"¿Te pidieron que te fueras antes de la boda?"

Jane sonrió suavemente ante la expresión de sorpresa de Frances. "Fue una decisión mutua. Yo no iba a llevar nada que no fuera negro a la ceremonia, y esto no estaba de acuerdo con el ramo de flores que llevaba la novia."

Frances parpadeó una vez y se echó a reír. Jane no pudo evitar unirse a ella.

"Debo decir, Jane, que te has convertido en mi ideal", dijo la joven un momento después, con su sonrisa radiante iluminando el carruaje. "Admiro tanto tu valor, tu inteligencia, tu independencia... tu franqueza. Me esfuerzo por llegar a ser como tú algún día".

"Oh, Fanny." Jane agarró con fuerza la mano de la mujer más joven entre las suyas. "Al contrario de lo que piensas... soy alguien a quien evitar. Nada bueno saldrá de ser tan desagradable como me he vuelto".

"Siento no estar de acuerdo con eso". Se inclinó hacia delante y sonrió significativamente. "No sólo has conseguido captar el interés de Nicholas, sino que has reorientado su vida por completo. Yo diría -recordando al soltero imposible y pícaro que era antes- que has logrado una hazaña asombrosa."

"Hay formas mucho más fáciles de captar el interés de un hombre que el camino que yo he tomado".

"Pero dudo que haya muchos más emocionantes".

Antes de que Jane pudiera seguir discutiendo, Frances señaló una calle que se acercaba. "Y aquí estamos. Esa es la casa de Elizabeth. Y justo ahí... en ese lado de la plaza... está la de Nicholas".

Jane miró por la ventana la hilera de casas de moda que rodeaban una gran zona vallada de zonas verdes y paseos con un jardín y una estatua en el centro.

"La estatua dorada del hombre a caballo..." Frances señaló de nuevo. "Ese es el primer Rey Jorge."

La atención de Jane seguía centrada en la casa. No sabía si Nicholas estaba en Londres o en otra parte.

El carruaje rodeó la plaza y se detuvo frente a la casa. Al instante, lacayos y criados se alinearon ante la escalinata mientras Jane seguía a Frances a la calle. Era evidente que los esperaban, pues salieron corriendo más criados para subir el equipaje.

Era el olor de Londres lo que le llegaba a la memoria. A diferencia del aire puro de las granjas y el olor a turba, aquí el aire fresco del otoño traía consigo el aroma no desagradable de los fuegos de carbón.

Dentro, le presentaron al mayordomo de la casa, un bruto de aspecto más bien formidable llamado Charles, que parecía estar ciego del ojo izquierdo a causa de unas horribles heridas que había sufrido en ese lado de la cara. El ama de llaves, la señora Hannagan, fue una sorpresa para Jane, pues la mujer era de Dublín y tan alegre como aparentemente eficiente. Su recibimiento fue caluroso y, para su deleite, el ama de llaves respondió a la pregunta que llevaba ardiendo en la lengua de Jane desde ayer.

"Sir Nicholas ha estado fuera todo el día, señorita. Pero envió un mensaje hacia el mediodía diciendo que si llegaba temprano, debería descansar y estar lista para una cena tardía en casa del conde de Stanmore esta noche. Lady Stanmore insistió, señorita".

Jane recordaba a Nicholas mencionando el nombre y refiriéndose a ellos como sus mejores amigos.

"Oh, ¿están en Londres?" preguntó Frances con evidente regocijo.

"Sólo por unos días más, Srta. Fanny. Pronto partirán hacia Solgrave-esa es su finca en

Hertfordshire, Srta. Purefoy-pero Lady Stanmore ha insistido en conocer a la Srta. Purefoy y visitarlas a ambas."

Mientras les llevaban a sus habitaciones, Jane tomó la palabra. "Creo que sería mejor que me quedara. Soy una extraña y..."

"Ni se te ocurra". Frances le dedicó una brillante sonrisa. "Conociendo a los amigos de mi hermano, el principal propósito de esta cena de esta noche es *conocerte*". Sacudió la cabeza antes de que Jane pudiera hablar. "Ya has oído lo que ha dicho la señora Hannagan. Quieren conocer a la señorita Purefoy".

"Pero seguramente es Clara y no yo".

"Conocieron a Clara la primavera pasada". Frances palmeó la mano de Jane. "Acéptalo. Tendrás que pasar otra noche bajo la lente. Pero esta vez creo que no te importará".

"¿Y eso por qué?" preguntó Jane con suspicacia mientras la señora Hannagan indicaba a una criada que abriera la puerta de un dormitorio espacioso y bellamente decorado.

"Porque Stanmore es gallardamente guapo. Porque Rebecca tiene más o menos tu edad y es tan poco tradicional como cualquier condesa de Inglaterra. Y porque son el matrimonio más feliz que he conocido en mi vida. ¿No es así, Sra. Hannagan?"

El ama de llaves sonrió.

"Créeme, te encantarán". Fanny asintió con toda la convicción de una verdadera mujer de mundo. "Y ellos te amarán a ti."

No se había dejado piedra sin remover. De eso estaba seguro.

Como consecuencia, Nicholas llegó tarde a la casa de sus amigos en Berkeley Square para cenar. Sin embargo, Philip, el antiguo mayordomo de Stanmore, lo recibió con una calidez poco habitual en él, nada más cruzar la puerta principal.

"¿Y cómo estuvo su día hoy, Sir Nicholas?"

Nicholas lo estudió con suspicacia mientras entregaba su sombrero y sus guantes a un portero. En vista de la rígida indiferencia con que el portero solía dirigirse a cualquiera, la simple pregunta constituía una quincena de galanterías. Tal vez un mes.

"Muy bien, gracias. ¿Y cómo estuvo la tuya, Philip?"

"A pesar de que hace un poco de frío para ser septiembre, he podido acompañar a Lady Stanmore y a los jóvenes maestros a St. James's Park esta tarde. El señorito James empezará su curso en Eton este otoño con un mes de retraso, debido a la emoción de tener un nuevo hermano. Por supuesto, Daniel... ¿Recuerda a mi hermano Daniel, señor? ¿El mayordomo de Solgrave? Por supuesto, señor. Bueno, Daniel ya ha arreglado que el tutor del muchacho, el Sr. Clarke, se reúna con nosotros en Solgrave. Como ocurrió el año pasado, ya sabemos que el señorito James estará muy por delante de los demás alumnos cuando llegue a la escuela el mes que viene."

Muy bien, pensó Nicholas. Eso constituía aproximadamente un año de cháchara para Philip. Se mordió la sonrisa ante el cambio de la mayordoma. La influencia positiva de Rebecca durante el último año en Stanmore y en todos los que los rodeaban había sido lo más asombroso de observar. Pero este cambio drástico en Philip desde la última visita de Nicholas era inexplicable. Era un viejo hueso duro de roer, pero algo había conseguido ablandar su caparazón.

"¿Y dónde están todos, Philip?"

"Su señoría, su hermana y el señorito James están en el Salón Este, señor. Su señoría y la señorita Purefoy, sin embargo, subieron a acostar al señorito Samuel, ya que se estaba volviendo bastante asertivo, señor."

Nicholas se detuvo junto a las escaleras con la esperanza de ver a Jane. Todos los arreglos que había hecho con su madre para que Jane y Frances se adelantaran mientras ella llevaba a Clara a Bath habían funcionado a la perfección. Ahora tenía que sacar provecho de sus esfuerzos.

Estaba seguro de que el cambio de opinión de Jane y su desaparición de Woodfield House habían sido el resultado de alguna discusión con Clara. Cualesquiera que fuesen las palabras intercambiadas entre las hermanas, habían vuelto a sembrar en la mente de Jane la idea de que Nicholas estaba destinado a casarse con la hermana menor.

El barco que salía de la ciudad de Cork ni siquiera había pasado Knockadoon Head cuando se dio cuenta de que su única oportunidad consistía en separar a los dos. Así al menos tendría la oportunidad de hacer entrar en razón a Jane.

"¿Puedo atreverme a felicitarle, señor?"

Nicolás se volvió sorprendido y encontró a Felipe de pie a su lado. No había razón para negarlo. El significado del hombre era muy claro.

"Todavía no ha aceptado casarse conmigo".

"No tema, señor. Creo que sólo eres superado por su señoría en persuasión. Si él fue tan feliz como para tener éxito, entonces apostaré por usted".

Nicholas sonrió y se puso a la altura del mayordomo mientras se dirigía hacia la Sala Este. "Sé que me ha llevado mucho tiempo admitirlo, Philip, pero en realidad empiezas a gustarme".

"Su secreto está a salvo conmigo, señor."

Todo lo que Fanny había dicho sobre esta familia era cierto.

A pesar de que Jane estaba dispuesta a sentir antipatía por el conde de Stanmore, un apreciado miembro de la Cámara de los Lores, después de unas pocas horas en su compañía no pudo evitar que le cayera bien y lo respetara. Tranquilo y directo al hablar, Stanmore era un hombre elegantemente apuesto, además de manifiestamente inteligente y sorprendentemente abierto de miras.

Y la condesa era una joya poco común. Sin pretensiones de una manera distinta a la de cualquiera de la aristocracia que Jane conocía, Lady Stanmore tenía una belleza que irradiaba desde dentro. Rebecca, como insistía en que la llamaran, la había recibido como si ambas fueran amigas de toda la vida. Al final de la velada, Jane había caído tan rendida a sus encantos que se encontró deseando que fuera posible una amistad duradera entre ellas.

Incluso los hijos de esta pareja eran excepcionales. Su hijo mayor, James, que había cumplido once años el verano pasado, parecía ligeramente hipoacúsico de un oído y sólo tenía dos dedos en su deformada mano derecha. Pero ninguno de los dos problemas afectaba al espíritu del muchacho ni a su apego por su hermano pequeño.

El pequeño Samuel Fredrick Wakefield, de sólo dos meses, demostraba su fuerte personalidad a intervalos regulares. Sostener al bebé de cara redonda había hecho que el corazón de Jane se hinchara de emoción inesperada. Y más tarde, cuando había visto a Rebecca amamantar ella misma al niño y colocarlo en su cuna, Jane había descubierto un sorprendente anhelo maternal aferrándose a su pecho.

Lo único que había superado esas sensaciones había sido el calor agitado que había estallado en su interior al bajar las escaleras y encontrar a Nicholas de pie en la Sala Este. Sus ojos sonrieron cálidamente al verla entrar.

Aparte de algunas cortesías cordiales y públicas, no se habían dicho mucho más. Pero rara

vez le quitó los ojos de encima durante el resto de la velada.

Cuando se despidieron y se dispusieron a marcharse, Rebecca apartó a Jane para hablar en privado.

"Jane, ya he hecho todo lo que he podido para impresionar a Nicholas, pero ahora te lo pido a ti. Por favor, ven y quédate unos días con nosotros en Solgrave. Nuestra breve visita de esta noche sólo ha conseguido abrir mi apetito por conocerte mejor, y estoy deseando tener una visita más larga contigo."

Jane se alegró de la invitación y así lo manifestó. "Mi hermana y Lady Spencer llegarán a Londres mañana o pasado, creo. Debo decirle que estoy bajo su dirección durante nuestra corta estancia en Inglaterra."

"Muy bien". Rebecca sonrió y enlazó su brazo con el de Jane. Juntas, caminaron hacia la puerta principal abierta. "Entonces enviaré una carta a Lady Spencer al respecto y me aseguraré de que todos vengan a Solgrave".

"Yo, por mi parte, estaría encantada". Devolvió la cálida sonrisa de la condesa y se despidió de Stanmore antes de seguir a Frances hacia la noche agradablemente fresca. Un carruaje y un mozo de cuadra les esperaban en la calle, así como varios lacayos de los Stanmore.

"Tuve el mejor de los momentos". La alegre sonrisa de Fanny se transformó en un bostezo que apenas intentó ocultar. "Pero creo que mañana debería pasar la mayor parte del día en la cama".

La subieron al carruaje primero, pero justo cuando Jane empezó a subir tras ella, Nicholas la sujetó firmemente por el codo y la retuvo. "Ve a la casa, Fanny. Jane y yo caminaremos unas manzanas hasta casa".

El estómago de Jane dio un agradable respingo y su corazón empezó a latir con fuerza en su pecho, pero no estaba tan cegada como para no notar el destello de la sonrisa traviesa de Fanny cuando la joven se hundió de nuevo en el asiento del carruaje. "Espero que no pienses que soy descortés, Jane, pero no voy a esperar levantada".

Cuando el carruaje se hubo alejado, la mano de Nicholas se apretó a su brazo. "Espero que no tengas miedo de caminar conmigo".

Sacudió la cabeza, pero no se atrevió a mirarle a la cara. Su tacto, su voz, la promesa de que volverían a estar juntos a solas hicieron que un hormigueo recorriera su piel. Él le soltó la mano, pero siguieron el mismo paso mientras caminaban por la calle.

"Qué descuido por mi parte no preguntar. ¿Cómo está tu tobillo?"

"Perfectamente bien, gracias." Miró a su alrededor con satisfacción. "Son una familia encantadora."

"Parece mentira que lleven ya más de un año casados". Lanzó una mirada de despedida hacia la casa. "El tiempo pasa tan rápido".

"Lady Stanmore me contó cómo ella y James habían estado viviendo en las colonias americanas durante casi diez años antes de volver a Inglaterra y conocer al conde".

"No comparte la historia de su vida con mucha gente. Obviamente le gustas".

"El sentimiento es mutuo. Creo que soy muy afortunado por haber tenido la oportunidad de conocerles. Gracias".

"Bueno, después del implacable interrogatorio al que Stanmore me sometió esta mañana - durante el cual me obligó a no hablar de otra cosa que de la misteriosa y bella señorita Jane, en la que estaba tan absorto-, no había forma de salirse con la suya".

Sorprendida, levantó la vista hacia él y se quedó estupefacta ante la expresión de ternura de su mirada azul.

"Te he echado de menos, Jane."

La fuerza de aquellas palabras hizo que el corazón se le atascara en la garganta. No pudo pronunciar las palabras, pero su mano se movió por sí sola y se deslizó por el brazo de él. Las calles de la siguiente manzana estaban más oscuras, con una sola lámpara colgando de una casa cerca de cada extremo. Él la estrechó contra su costado.

"Aunque conocí el horrible caos de la guerra en mis años de ejército e incluso busqué los placeres de la confusión más tarde, en mi impredecible e inescrupulosa vida de pícaro, nunca había comprendido realmente la dolorosa alegría de la confusión hasta que me enamoré de ti". Se detuvieron en la oscuridad. "Nadie podría habérmelo descrito. No importa cuáles hayan sido mis experiencias pasadas con las mujeres, no estaba preparado para los altibajos de lo que hemos pasado esta última semana."

"Lo siento, Nick", susurró con culpabilidad. "Sé que he hecho muchas cosas que necesitan explicación, pero nada en mí ha sido nunca sencillo. Debería haber hecho un mejor trabajo protegiéndote..."

"No." La mano de Nicholas apretó la suya en su brazo. "Tal vez suene tonto, pero estoy tratando de convertirme en un hombre mejor -un ser humano más digno- gracias a ti. Y finalmente, me doy cuenta de que soy capaz de sentir, de amar, de planear, de querer un futuro para nosotros. Y todo gracias a ti. No me arrepiento de nada de esto. Mi único problema es que estoy impaciente por empezar a tenerte a mi lado el resto de mi vida".

Giró bruscamente la cabeza para ocultar las súbitas lágrimas. Un carruaje pasó junto a ellas por la calle y el conductor las miró con desconfianza al pasar. Siguieron por la acera con pasos medidos, pero Jane estaba demasiado entumecida para sentir el suelo.

"Me había prometido que no volvería a meterte prisa. Y aquí estamos, nuestros primeros momentos juntos a solas en días, y estoy haciendo precisamente eso". La acercó a su lado hasta que sus brazos y caderas se rozaron y sus cuerpos se movieron al unísono. Giraron hacia Leicester Square. "Intentaré ser mejor. ¿Me perdonas?"

Se rió entre lágrimas y se quitó la humedad con la mano libre. "Sí, eso creo".

"Entonces está decidido", dijo más alegremente. "Siendo el dechado de cortesía que soy y sabiendo que debes estar bastante cansado por el día de viaje, te permitiré dormir bien esta noche".

"Es *muy* generoso de su parte, señor".

"Pero mañana es otra cosa", advirtió.

"¿Y cómo es eso?"

Su voz bajó, su tono bajo y confidencial. "Porque mañana necesito que te levantes temprano. Planeo llevarte por Londres y mostrarte algunos de los elementos desagradables de la vida de Sir Nicholas Spencer".

"¿Me estás diciendo que no eres *perfecto*?"

"Ni mucho menos, mi amor". La acompañó escaleras arriba hasta la puerta principal de su casa. Después de que un portero de aspecto algo cansado les abriera la puerta y los saludara, Nicholas la acompañó hasta el final de la escalera. "Ahora sube y cierra la puerta antes de que salga otra parte desagradable de mí".

Jane sonrió, pero antes de que pudiera apartarse, él rozó sus labios con los de ella. Fue un beso casto. Curiosamente, era totalmente diferente de todo lo que habían compartido anteriormente. Pero también era un recordatorio de la pasión que se encendía entre ellos cada vez que se tocaban, y del amor que acechaba más allá de la niebla.

Capítulo Veintiocho

JANE SE DETUVO ante el baúl, contemplando las capas de ropa separadas por delicados papeles. Cómo lo había conseguido Fey, Jane no estaba muy segura, pero no había ni un solo vestido negro en aquel trasto.

Sonrió. ¿Cómo podía estar enfadada? Fey acababa de saber intuitivamente que los pocos días que Jane pasaría en Londres no tendrían nada que ver con su pasado. Era un momento para el color, la seda y el encaje.

Frances aún no se había despertado cuando Jane bajó hacia las siete, pero para su alegría Nicholas ya estaba levantado y listo para empezar el día. Su cansancio había desaparecido y parecía renovado y animado.

"Estoy muy contento de que te hayas despertado tan temprano. Tengo mucho que enseñarte".

"¿Y tu hermana?"

"Supongo que estará durmiendo la mayor parte de la mañana. Después, querrá visitar a algunos de los muchos amigos que, según Charles, han estado llamando a mi puerta desde que nos fuimos a Irlanda".

No se le ocurrió ninguna razón para oponerse, teniendo en cuenta que estaba deseando pasar el día en su compañía.

Una vez que hubieron desayunado, su anfitrión la acompañó a su faetón y la ayudó a subir.

"Para dos noctámbulos como nosotros", comentó con una sonrisa mientras cogía su látigo, "salir tan temprano es todo un logro".

"¿A dónde me llevas esta mañana?"

"Haces demasiadas preguntas. Paciencia, mi amor". Le tocó cariñosamente la rodilla. "Pronto lo sabrás".

Con un mozo de cuadra montado detrás de ellas, Jane se encontró rodando por estrechas calles laterales. Bordeando Covent Garden, muy pronto se adentraron en el denso tráfico de Strand y se dirigieron hacia Temple Bar y la City londinense. Carruajes y carros se disputaban el espacio y los peatones arriesgaban sus vidas en la atestada vía pública, y muy pronto Nicholas se desvió por una callejuela tan estrecha que Jane se preguntó cómo había podido verla. Pronto se hizo evidente que lo conocía bien, ya que condujo con confianza a través de una madriguera de callejuelas y callejones serpenteantes.

Mientras su anfitriona maniobraba entre carros y una silla de manos volcada a la que habían despojado de lo esencial, Jane se dio cuenta de que aquél no era el Londres de moda que recordaba. Los barrios se empobrecieron rápidamente. La luz y el aire se volvieron oscuros y pesados por la humedad y los olores de la pobreza. Muchas de las casas, meros esqueletos sin ventanas ni puertas, parecían apoyarse unas en otras para sostenerse. Algunas simplemente se

habían derrumbado sobre sí mismas por el abandono.

Y dondequiera que mirara, al parecer, Jane veía personas que igualaban a las casas en evidente necesidad.

"Sigues sin decirme a dónde nos dirigimos".

"Lo verás en unos momentos".

Fiel a su palabra, en el sombrío recodo del callejón se toparon con un mísero río o canal. Jane no estaba segura de lo que era, pues estaba lleno de un líquido de color antinatural que se movía lentamente, y Nicholas frenó a su equipo. El curso de agua, bordeado de casas en ruinas que colgaban sobre él en ángulos extravagantes, contenía restos cubiertos de musgo de objetos indeterminados y apestaba a aguas residuales. Un puente desvencijado conducía al otro lado, y decenas de habitantes del barrio se detuvieron para mirar con sorpresa el carruaje... hasta que reconocieron al conductor.

Se oyeron gritos de "¡Halloo, Sir Nicholas!" o "¡Si es nuestro Sir Nicholas!" o "Oy, Nick, no te hemos visto mucho últimamente", y él devolvió el saludo mientras empujaba cuidadosamente a su equipo a través del puente.

"Esta gente te conoce", susurró asombrada. Más gente les saludó al llegar al otro extremo.

"Tengo la mala costumbre de dar vueltas". Detuvo el faetón junto a un almacén desierto de ladrillo desvencijado y bajó. Pasaba gente harapienta en ambas direcciones, pero sólo las legiones de vagabundos se detenían a echarles más que una mirada curiosa. A lo largo de los edificios que bordeaban la calle, hombres y mujeres permanecían de pie y agazapados en la ociosidad que engendra la pobreza.

Incluso cuando se volvió para sonreírle alentadoramente, a Jane se le ocurrió que no conocía a nadie de su clase que se atreviera a pisar barrios mejores que éste, pero Nicholas no mostró ningún atisbo ni de miedo ni de disgusto. Cuando le tendió la mano a Jane y le indicó que bajara, ella no dudó.

"A pesar de su aspecto más bien desagradable", dijo, pareciendo leerle el pensamiento, "mientras estés en mi compañía, puedes pasear por este barrio con total seguridad".

"No me preocupa". Le dedicó una sonrisa confiada.

"Lo sé. Nada es demasiado amenazador para el célebre Egan. No obstante, agárrate fuerte al pañuelo y al bolso". Él sonrió, aferrando su mano en la suya de todos modos mientras la hacía girar por el estrecho callejón. "Ahora puedo llegar al propósito de por qué te he traído aquí".

Bien podrían haber estado paseando por St. James's Park. Parecía tan parte de este mundo como de aquél.

"Probablemente ya lo sepan, pero en Inglaterra, en opinión de la mayoría de mis contemporáneos acomodados, la pobreza es una situación lamentable pero necesaria. Los pobres deben trabajar para alimentar la maquinaria de la sociedad".

"No es diferente en ningún sitio".

"En efecto. Y aunque los trabajadores pobres son esenciales para un país, su trabajo y sus vidas no se consideran honorables. Incluso desde los púlpitos oímos decir que hay algún defecto en su carácter que les ha hecho y mantenido pobres. Sus pecados les llevan a la pobreza y la pobreza les obliga a realizar el trabajo penoso que mantiene al resto de nosotros".

Jane contuvo su propia opinión, pues dudaba que esas fueran las opiniones de Nicholas.

"Hay muchos miembros distinguidos de nuestra sociedad que aún creen que las clases en las que nacemos fueron establecidas por Dios. Es un sistema establecido con el propósito de poner orden. Para tener superiores, pues, hay que tener inferiores. Unos existen para servir y obedecer, y otros para mandar".

"Este es el pensamiento que permite una represión tan brutal en Irlanda".

"Y en otros sitios también". Sus ojos azules se encontraron con los de ella. "Y por eso te traje aquí. Quería que vieras que el sufrimiento no se limita a Irlanda. Aquí mismo, en Londres", hizo un movimiento de barrido hacia la gente que le rodeaba, "hay pobres y hambrientos. Hay sufrimiento delante de nuestras omnipotentes narices, pero nuestra respuesta es la misma".

"La sociedad *elige* no verlos". ofreció Jane. "Los de arriba consideran que esta gente sólo sirve para limpiar sus casas y barrer sus calles, para arar sus tierras, para excavar sus canteras y servir en sus ejércitos y en sus barcos".

"Y eso es sólo el trabajo honesto."

"Y se preguntan por qué se amotinan los que viven en barrios marginales como éste. Y se preguntan por qué gente como la de Irlanda y las colonias de América se resienten bajo el pesado yugo".

"Sí". El agarre de Nicholas se tensó. "Pero no todo el mundo es tan despiadado. No todos estamos ciegos".

Le devolvió el saludo de un anciano tullido apoyado en los tablones desnudos de una casa antes de volver a centrar su atención en ella. "Te he traído aquí porque quería mostrarte mi causa, Jane. Hacer algo por esta gente, especialmente por los jóvenes y los sin techo, ha sido mi forma de aliviar mi culpa personal. Y aunque esto no es tan heroico como cualquier cosa que hayas hecho en Irlanda, es un punto de partida para mí".

Sacudió la cabeza. "Puedes marcar la diferencia aquí. La mera inmensidad de la pobreza de las ciudades hace que cualquier contribución sea mucho más heroica que cualquier cosa que yo haya hecho".

"Pero hay tanto que hacer".

Miró hacia un callejón tan enmarañado que ninguna luz llegaba al suelo. Jane pudo ver movimiento al final del callejón, pero si era humano o animal, no podía saberlo.

"Te traje aquí para que supieras que, vayas donde vayas, vivas donde vivas o decidas pasar el resto de tu vida, hay gente que te necesitará. En este país no todo el mundo es un Musgrave. Hay malos y buenos. Hay quien quiere dominar y quien quiere compartir la abundancia. Y luego hay uno que te quiere a su lado en la vida y en el amor... para toda la eternidad".

Estaba tan afectada por sus últimas palabras que el ruido y la gente a su alrededor se habían vuelto borrosos. Lo único que veía era a Nicholas. Sin embargo, un tirón de su falda atrajo su atención hacia una niña que los miraba con sus enormes ojos marrones.

"Le ruego me disculpe, Sir Nicholas, señor."

Soltó la mano de la falda de Jane cuando su atención se volvió hacia ella. Iba vestida con un sucio y desgarrado vestido estampado y una cofia negra rota. Jane vio que la niña no llevaba zapatos. "No me conoce, señor, pero soy la hermana de Bessie".

"¿Bessie, dices?"

"Oy, señor. Solía compartir habitación. Era sólo un agujero, señor, de verdad. Pero Bessie y yo vivíamos con mi hermano. En Drury Lane. Y entonces el irlandés y su puta vinieron y nos echaron, señor".

"Es toda una historia para alguien tan pequeño, señorita... señorita..." Nicholas se agachó hasta quedar a la altura de la niña. "Ya que me conoces, tal vez deberíamos presentarnos adecuadamente".

Un suave rubor subió por sus mejillas sucias. "Me llamo Sally, señor". Hizo una tímida reverencia y se metió el largo pelo oxidado bajo la cofia mientras miraba a Jane.

"Encantado de conocerla, Srta. Sally. Y ella es la Srta. Purefoy".

"Encantada de conocerte, Sally". Ante la sonrisa de Jane, la chica se sonrojó más y frotó la palma de la mano sobre su delgado vestido.

"¿Conozco a tu hermano?" preguntó Nicholas.

Sacudió la cabeza. "Pero puede que conozcas a Bessie... o puede que no. Es dos años mayor que yo, y el invierno pasado, después de que nos echaran, la encontrasteis y la llevasteis a una de vuestras casas... la del mercado".

"¿Por qué no viniste con ella?"

Se sonrojó de nuevo. "Tenía miedo, señor... corrí y me escondí. Pero ya no tengo miedo. ¿Te acuerdas de ella?"

"Seguro que me acordaré de ella en cuanto la vea".

"El verano pasado, Bessie y yo solíamos ir por las calles vendiendo watercreases."

"¿Lo hiciste?" preguntó Jane alentadoramente.

"Sí, señorita. Decíamos: 'Cuatro racimos por un penique... ¡cremas de agua!' Nuestra madre nos enseñó a coser y tejer cuando éramos pequeñas. Yo también iba a la escuela. Pero no estuve mucho tiempo. Ahora lo he olvidado todo. Fue hace mucho tiempo". Los dedos de la niña se retorcían nerviosos ante ella. "Pero mi madre murió hace unos inviernos, y mi hermano se fue el mes pasado, y tuve que mudarme de aquí...". Señaló vagamente hacia un callejón cercano.

"¿Dónde vives ahora, Sally?" preguntó Nicholas amablemente.

"Se miró los pies descalzos. "Llevo un tiempo en la calle, señor. Pero no he pasado hambre. Trabajo... voy a casa de una mujer hasta las once los sábados por la noche. Todo lo que tengo que hacer es apagar las velas y atizar el fuego. Son judíos, señor, y tienen su domingo el sábado, y no tocan nada; así que me dan mis vitales y un penique más." El niño arrastraba los pies por el suelo. "Pero se acerca el invierno, lo sé, y echo de menos a Bessie".

"Entonces te mudarás a la misma casa con Bessie."

Nicholas siguió hablando con la joven, pero Jane se encontró concentrada en él mientras luchaba contra sus propias emociones. Ya lo había amado antes, pero ahora, al ver su trato amable y cariñoso con Sally, su afecto por él crecía aún más.

Cuando regresaron al carruaje y subieron, se llevaron a Sally con ellos. Sin embargo, todo lo demás que Nicholas tenía intención de enseñarle quedó a un lado. Resultó que Bessie no estaba en la casa "junto al mercado", por lo que Jane visitó varias de las casas que Nicholas había creado para acoger a los niños de la calle. Fue casi al mediodía cuando encontraron a la hermana e instalaron a Sally con personas que la cuidarían.

Cuando por fin regresaron a la casa de Nicholas en Leicester Square, era temprano por la tarde, y les dijeron que Frances estaba visitando a su amiga Elizabeth y que no la esperaran para cenar.

"Gracias por lo de hoy", dijo Jane bajo la atenta mirada del mayordomo de aspecto feroz. Había mensajes esperando a Nicholas cuando llegaron.

"Tengo que ver un par de correspondencias en la biblioteca", le dijo Nicholas. "¿Por qué no intentas descansar y bajas y nos vemos allí más tarde... cuando estés preparada?"

Asintió y se dirigió a su habitación. Una vez dentro, sin embargo, descansar fue lo último en lo que pensó. Esta faceta de Nicholas, su parte filantrópica, le había abierto los ojos al resto de su carácter. Por primera vez, pensó, podía verle de verdad. Comprenderle. Al igual que ella, Nicholas sólo presentaba una faceta de sí mismo a la sociedad. La suya era la actitud de un rastrillo empedernido: deportista, independiente, despreocupado y egocéntrico. Era franco, arrogante y desdeñaba abiertamente el sistema que le imponía cómo debía vivir su vida. Pero en privado, podía perseguir sus propios intereses sin la presión de las restricciones de la sociedad.

Su generosidad estaba al servicio de los necesitados y no dependía de *la* veleidosa filantropía de moda.

A través de las personas que había conocido hoy se había enterado de que Nicholas había creado hasta el momento casi una docena de casas seguras para niños en todo Londres.

De pie ante la ventana, supo que le admiraba y le quería por el hombre que era, y se moría de ganas de decírselo.

Una hora fue todo lo que pudo ausentarse. Vestida con un suave vestido amarillo que una vez más se preguntó cómo se las había arreglado Fey para mandar confeccionar para ella, Jane se echó una última mirada en el espejo antes de bajar. De todo lo que había en el baúl, ésta era la prenda menos conservadora, y mientras bajaba los escalones, el estómago de Jane ya bailaba con los recuerdos de sus encuentros amorosos en Irlanda.

No se podía negar. Ella lo amaba. Le respetaba. Le deseaba.

Las visitas de ayer parecían haber dado resultado. Las cartas que había recibido esta mañana eran muy alentadoras. Nicholas selló las últimas respuestas y se las entregó al mayordomo que le esperaba.

"Que los entreguen esta tarde, Charles."

"Lo haré, señor". Le aseguró el fornido hombre de mediana edad. "¿Y cómo fue su paseo con la señorita Purefoy esta mañana?"

"Estuvo bien", respondió Nicholas, ordenando los papeles de su escritorio.

"Espero que no la hayas cansado demasiado".

"No lo hice."

"Jack me dice que te perdiste más de unos pocos de los famosos lugares de visita en nuestra bella ciudad".

Nicholas levantó la mirada ante el tono jocosos de su mayordomo. "La señorita Purefoy ya había visto toda esa basura antes. Y antes de que pregunte... sí, parecía haber disfrutado de nuestra pequeña excursión. Y sí, puede informar de todo esto a la señora Hannagan".

"Estará encantada... aunque supongo que ya lo sabe". El hombre sonrió torcidamente, mostrando un diente que le faltaba y logrando parecer sólo un poco menos feroz. "Todos pensamos que la señorita Purefoy es una guardiana, señor. Sólo pensamos que necesitaría que se lo dijeran".

"Gracias, Charles. ¿Mencioné que quería que esas cartas fueran entregadas hoy?"

"Sí, señor". Con una cortés reverencia el mayordomo salió de la habitación sólo para llamar un momento después para anunciar el deseo de Jane de verle.

Nicholas se puso inmediatamente en pie. Se sintió casi tonto, por la forma en que su corazón se hinchó en su pecho cuando vio su rostro.

"¿Molesto?", preguntó tímidamente cuando Charles cerró la puerta al salir.

"No. Ya he terminado". Se acercó a su escritorio. "¿Cómo estuvo tu hora de descanso? ¿Recuperado de nuestra excursión?"

"Estaba demasiado inquieta para acostarme". Miró hacia la puerta y sonrió. "Cometí el error de decirle lo mismo a la señora Hannagan, y la dulce mujer estaba dispuesta a llamar a un médico para que me hiciera sangrar. Tengo que agradecer a Charles que viniera y la tranquilizara".

"Esos dos son toda una pareja. Llevan años conmigo y pueden ser muy divertidos". Dejó

vagar su mirada sobre el vestido que llevaba. "La Sra. Hannagan se pone nerviosa con facilidad, pero Charles recibió demasiados golpes en la cabeza en su juventud como para dejar que nada le afecte".

"¿Golpes en la cabeza?"

"Era boxeador. Uno muy bueno, también, hasta que un astuto zorro le cegó el ojo izquierdo en Wetherby's, en Drury Lane. Después de eso, el pobre diablo recibió una buena paliza por ese lado durante varios años".

"Así que lo tomaste a tu servicio".

"Tuvo que hacerlo. Le habrían matado si hubiera seguido luchando".

Ella siguió de pie junto a la puerta, así que él se acercó a ella.

"Pero no quiero hablar de Charles ahora".

Su mirada oscura destellaba de conciencia. "¿Qué quiere hacer, señor?"

Le cogió las dos manos y le besó las suaves palmas. "¿Dónde dejamos nuestra conversación esta mañana?"

En lugar de responder, ella liberó sus manos y las deslizó alrededor de su cuello. "No tengo muchas ganas de hablar ahora".

El deseo surgió en sus entrañas. "Entonces, ¿qué quiere hacer exactamente, señorita?"

Se puso de puntillas y rozó sus labios con los de él.

"Esto". Repitió el beso, esta vez con mucho más calor.

Nicholas se perdió en el seductor juego de sus bocas en cuanto ella apretó su cuerpo contra el suyo. Era todo mujer y fuego, y él no podía saciarse de ella. Su boca se inclinaba profundamente sobre la de ella y sus manos se mostraban posesivas cuando le acariciaban la espalda, los pechos, le acariciaban las nalgas y la apretaban con fuerza contra él.

"Te quiero, Jane. Por 'sblood, te he echado de menos."

"Yo también te he echado de menos".

Las manos de ella se movieron bajo su chaqueta mientras él saboreaba la piel de su cuello. Sus manos empezaron a aflojar los cordones del vestido.

"Deberíamos subir."

"No. Aquí." Ella tiró de él hacia la silla más cercana.

Estaba demasiado concentrado en el momento como para objetar nada. Tiró la chaqueta al suelo. Se abrió la parte delantera de los calzones y se sentó en la silla. Jane se levantó las faldas y él la atrajo hacia su regazo, empalándola de un solo empujón mientras ella se sentaba a horcajadas sobre él.

Nicholas se hizo eco de su gemido cuando los músculos de ella se cerraron en torno a su miembro en el más apretado de los arrebatos.

"Eres tan exquisitamente perfecta", murmuró. Tiró del escote del vestido, liberando sus pechos de marfil. La sintió contener la respiración cuando su lengua empezó a recorrer en círculos uno de sus pezones. Con el gemido de placer de ella, él se la metió en la boca con avidez.

Jane hundió los dedos en su pelo y guió la boca de él hacia su otro pecho mientras sus caderas se levantaban y se movían a su alrededor.

Luchó por un momento para mantenerla firme e intentar salvar algo de su contención. Pero cuando la cabeza de Jane cayó hacia atrás, parecía una diosa cabalgándole, y él perdió todo el control.

Su liberación fue rápida y gozosa, y cada uno estrechó al otro entre sus brazos mientras el cumplimiento de sus deseos unía sus cuerpos y sus almas.

Durante unos instantes, cada uno de ellos luchó por recuperar el aliento. Sus cuerpos seguían unidos en lo más íntimo. El vestido de ella era un caos, medio puesto, medio quitado. La camisa de él estaba parcialmente desabrochada y la mejilla de ella apoyada en el hombro de él.

"Ha sido una sorpresa muy agradable". Susurró contra su pelo algún tiempo después, una vez que encontró su voz. La suave risa que oyó le hizo sonreír.

"No puedo creer que te haya seducido", susurró, suspirando satisfecha.

"Así que intentas llevarte todo el mérito, por lo que veo", se burló, deslizándose las manos por debajo de su falda y por la suave piel de su muslo. "¿Quieres decir que te niegas a reconocer lo estratégicamente que planeé todo esto?".

Antes de que pudiera responder, un suave golpe en la puerta sacudió a Jane de su pecho. Lo miró frenéticamente antes de intentar apartarse de su regazo.

"Un momento, Charles", dijo, sonriendo a su pesar. Se subió los calzones mientras trataba de ayudarla a ajustarse el vestido. "El pobre diablo estará terriblemente conmocionado".

Llamaron por segunda vez, pero antes de que Nicholas pudiera volver a llamar, la puerta se abrió ligeramente y apareció el rostro de Clara.

Capítulo Veintinueve

LA CONMOCIÓN la había hecho mirar un momento más de lo debido. La vergüenza la hizo tropezar hacia atrás, darse la vuelta y correr frenéticamente escaleras arriba.

Clara necesitaba un lugar donde esconderse, pero al llegar al final de la escalera miró a su alrededor sin saber adónde ir ni qué habitación era segura.

Todavía no habían llegado oficialmente. Lady Spencer seguía fuera charlando con una dama que había pasado en un carruaje abierto por la calle. Los criados corrían de un lado a otro, ya fuera ocupándose del equipaje, ya dentro preparándose para recibir a los invitados. Uno de ellos le dijo que la señorita Purefoy estaba en aquella habitación, la biblioteca, así que Clara llamó a la puerta. Al no oír respuesta, simplemente se asomó.

Se llevó una mano a la boca. Era obvio lo que habían estado haciendo. Demasiado... demasiado obvio. Se le pasó por la cabeza la loca idea de fingir que todo aquello no había ocurrido. Volvería a salir con Lady Spencer, pensó, y esperaría a entrar en la casa oficialmente con ella. Clara bajó corriendo las escaleras, pero no llegó a dar ni un paso, pues Jane estaba frente a ella en el último escalón.

"Nosotros... llovía sin parar... en Bath", tartamudeó Clara. "Así que decidimos volver a Londres... antes de lo previsto".

"Ven conmigo, Clara". Había lágrimas en los ojos de Jane cuando cogió a Clara del brazo y la arrastró otro tramo de escaleras.

La joven subió sin oponer resistencia. Al llegar arriba entraron en una alcoba que ella comprendió que era la de Jane.

"Una habitación preciosa", susurró. "El sol brillante entra por esas..."

"Por favor, no me hagas esto".

Clara se volvió y observó a su hermana apoyada en la puerta cerrada.

"No finjas que no ha pasado nada, o que no nos has visto abajo". Jane se apartó de la puerta y dio un paso hacia ella. "Sé sincera conmigo, Clara. Déjame cargar con la culpa. Libera tu ira, de alguna manera, en lugar de verterla".

"Jane, eres una mujer adulta. Lo que hagas con tu vida..."

"Lo que he hecho con *tu vida* que estamos discutiendo ahora", dijo entrecortadamente la hermana mayor. Sus mejillas estaban sonrojadas. "Clara, sé que me pediste, me rogaste que dejara en paz a Nicholas. Dijiste que estabas interesada en él. Que de alguna manera planeabas convencerlo... de que se casara contigo".

"Pero no pudiste hacerlo".

"No, no podría. El hecho es que yo... nosotros... nos amamos. Y aunque sé que no hay ninguna posibilidad de que tengamos un futuro juntos, si realmente lo quisieras... si lo quisieras

aunque fuera cerca de lo mucho que yo lo quiero... si supieras el hombre que es... entonces me alejaría". Jane se sacudió las lágrimas que le corrían por la cara. "Pero se merece algo más que un simple contrato. Se merece a alguien que se preocupe de verdad. Y *tú también* mereces encontrar a un hombre que te quiera".

Clara se sentó en el borde de la cama y luchó contra sus propias emociones en respuesta a la feroz tristeza de Jane.

"Estar enamorado es lo más asombroso, Clara. A pesar de lo desesperada que pueda parecerte mi vida -a pesar del hecho de que puede que nunca tenga un futuro estable-, amar a Nicholas y ser amada por él me ha dado algo que nunca antes había tenido. Me ha dado algo que nunca sentí con Conor".

El rostro de Henry estaba tan claramente grabado en su mente que a Clara no le resultaba difícil evocar su imagen. Ella sí sabía lo que era amar... y sentir su dolor. "Pero no todos hemos nacido para ser fuertes. No todos podemos simplemente ir tras lo que queremos y conseguirlo".

"Pero naciste fuerte". Jane se agachó ante ella. "Tú y yo somos hermanas, estamos hechas de la misma pasta. Mientras que yo he llevado mi vida como una rebelde, tú te has esforzado por conformarte y obedecer, por ser la hija perfecta de nuestros padres. En el proceso, sin embargo, has enjaulado tu propio espíritu". Las manos de Jane estrecharon las de Clara. "No puedes seguir cargando con la culpa por mí, ser la pacificadora siempre obediente en casa de nuestros padres. No puedes seguir siempre diciendo y haciendo lo que les gusta a los demás y olvidarte de ti misma".

Un recuerdo enterrado durante mucho tiempo hizo que los ojos de Clara se llenaran de lágrimas. Miró sus manos unidas.

"La culpa es de quien ha pecado, Clara. Mi pasado es obra mía. La vida que he llevado ha sido por mi propia elección. Las diferencias de nuestros padres son tan antiguas como el tiempo, y puede que nunca haya forma de resolverlas. Pero esa es su vida, no la tuya". Jane bajó la voz, con un tono lleno de convicción. "Rompe el cascarón, Clara. Déjame ver a mi propia hermana. Creí ver un atisbo de ella aquella mañana cuando me pediste que abandonara Woodfield House y la vida de Nicholas. Pero ahora sé que en realidad no eras tú. Tu reacción a lo que presenciaste hace unos momentos lo confirmó. No te preocupas por él ni siquiera para luchar".

"Es verdad. No amo a Nicholas. Ya te lo dije. Creo que nunca lo haré". Clara susurró. "Y no estoy enfadada contigo por nada de eso."

"Pero estoy enfadada conmigo misma". Jane respondió. "Y no es por ningún remordimiento por lo que Nicholas y yo hemos compartido, sino por los años que te he permitido esconderte dentro de tu caparazón".

Alargó la mano y levantó la barbilla de Clara hasta que sus miradas, llenas de lágrimas, se cruzaron. "Dime cómo te sientes. *Ayúdame* y déjame *ayudarte*. Clara, es hora de que dejes a un lado esta fachada de indiferencia".

"A veces temo que no haya nada dentro de ese caparazón". Un grito ahogado escapó de la garganta de la hermana menor y apartó la mirada. "Duele demasiado cambiar".

"¿Por qué? Tal como lo veo ahora, te hace más daño seguir igual". Jane atrajo de nuevo el rostro de su hermana. "Estás muy triste, Clara. Y no estoy hablando de hoy. Has estado tan triste durante tanto tiempo... y no puedo recordar cuándo fue que cambiaste".

"Sé cuándo fue que cambié". Las palabras burbujeaban en su interior. Había llegado a su límite, y no había forma de detener la verdad oculta durante tanto tiempo. "Mi vida cambió para siempre cuando entré en ese pueblo hace nueve años y vi a mi hermana llorando sobre el cadáver de su amante. Cambié el día que te vi maldecir a todos los responsables de la muerte de Conor..."

aunque no sabías lo suficiente como para maldecirme a mí. Elegí guardar un secreto y ocultar mi propio pecado".

El rostro de Jane estaba ensangrentado cuando Clara levantó la vista.

"Fue mi culpa que Conor fuera arrestado esa semana. Fue culpa mía por no hacer lo que me pediste. Si le hubiera entregado tu mensaje, no habría venido esa mañana. No le habrían capturado... ni matado". Clara sollozó desdichadamente. "Tenía demasiado miedo de hacer algo en contra de los deseos de Padre incluso entonces, así que te mentí y te dije que había entregado tu mensaje. Y entonces vi lo que hizo mi mentira. Le costó la vida a Conor. Y con ella, destruí tu futuro".

Clara enterró la cara entre las manos y lloró. "Lo siento mucho, Jane. Nunca supe... nunca pensé lo horribles que podían ser las consecuencias. Y durante todos estos años... esta cosa ha estado en mi corazón... y... y entonces volví a ser tan despiadada contigo... pidiéndote que dejaras a Nicholas cuando realmente no quería casarme con él. Estaba tan confundida después de que Henry me lo propusiera... antes de huir y arruinarlo todo otra vez. Yo sólo... soy la persona más odiosa... y tú nunca lo ves. Me he arruinado por dentro, como si un horrible gusano se hubiera comido mi alma... dejándome hueca. Sí, hueca... con sólo la cáscara para que el mundo la vea. En vez de intentar ayudarme, deberías odiarme".

El colchón se movió. Un momento después, Clara sintió que las manos de Jane la estrechaban contra sí.

"Nunca te odiaré. ¿Me oyes? Jamás. Eras un mero niño cuando te hice llevar ese mensaje. Padre me tenía encerrado, pero estuvo muy mal de mi parte poner ese peso sobre ti". Sus palabras eran tranquilizadoras. "Y conociendo a Conor, nunca habría cambiado sus planes, sin importar el mensaje que yo enviara o el peligro que le esperara. Estaba decidido a que pasáramos por esto. Su decisión estaba tomada".

Jane acarició suavemente el pelo de Clara mientras hablaba. "Verás... la culpa fue mía por involucrarte en todo... y de nuestro padre... y de este país... y también de Conor y mía por estar tan poco preparados y tan ciegos". Quitó la humedad de la mejilla de Clara. "Pero una cosa he aprendido recientemente... llega el momento en que todos debemos separarnos del pasado. No importa de quién sea la culpa, por fin he decidido vivir lo que me queda de vida. Es hora de entregar el dolor de lo que salió mal. Y Clara, tienes que intentar hacer lo mismo. La vida es demasiado preciosa. Eres demasiado importante para mí. Debemos cambiar las cosas". Depositó un beso en la frente de la hermana menor.

"Pero durante tanto tiempo... sólo he sido el mismo miserable farsante. No sé cómo cambiar".

"Oh, sí que lo sabes". Jane sonrió suavemente. "Y con un poco de tutoría intensiva de mi parte, todavía puedes ganarte el título de la segunda chica malvada Purefoy".

Clara sintió un vértigo surgir en su interior. Abrazó a Jane con fuerza y dejó que la tristeza se abriera paso fuera de su cuerpo.

"Gracias. Gracias por estar siempre ahí para mí. Y gracias... por tu oferta de hacerme malvada". Se apartó y se limpió las lágrimas de la cara. "Realmente lo necesito."

"Muy bien." Jane apretó su mano. "Pero antes de empezar nuestra primera lección, ¿qué fue lo que dijiste sobre la proposición de Henry Adams? No creí que fuera mi imaginación que había algo peculiar entre ustedes dos".

"¿Qué demonios le dijiste? No me miró mal ni una sola vez durante la cena. De hecho, diría que

Clara parecía inusualmente alegre esta noche".

Apenas se habían retirado todos a dormir, Nicholas llamó a su puerta. Estaba realmente preocupado por lo ocurrido esta tarde, y Jane y él no habían podido hablar en privado en toda la noche.

Pero hablar simplemente había resultado demasiado difícil para ambos.

"¿De verdad esperas que revele una conversación confidencial entre dos hermanas?", se burló ella, poniendo a Nicholas boca arriba y estirando su cuerpo sobre el de él. Le besó el cuello y saboreó el hueco de su garganta. "¿Sabes que era la primera vez que hacíamos el amor en una cama de verdad?"

"Estás cambiando de tema". Sus brazos rodearon a Jane, impidiendo sus movimientos. "¿Qué le dijiste a Clara sobre nosotros, Jane?"

"Le dije que te amo".

El cambio en su rostro fue impresionante. La intensidad de sus ojos azules la abrasó. Se dio cuenta de que era la primera vez que realmente declaraba sus propios sentimientos.

"¿Y las dijiste sólo por ella?"

Ella negó con la cabeza. "Te quiero, Nicholas."

Jane oyó la breve respiración que escapó de sus pulmones. Le cogió suavemente la cara y tiró hacia atrás.

"¿Qué más le dijiste?"

"Le dije que tú también me quieres".

"¿Qué más?"

Ella negó con la cabeza, confundida. Los hizo rodar de nuevo sobre la cama hasta cubrirla.

"¿No le has dicho que te he pedido que seas mi esposa?"

No lo había hecho, pero no hubo necesidad de respuesta, ya que él pareció leer su silencio.

"Jane, sé que no te merezco, pero..."

"Es exactamente lo contrario... y lo sabes". Lo rodeó con los brazos y lo miró a los ojos. "Te quiero, Nicholas, y estoy dispuesta a pasar el resto de mi vida contigo... pero no en matrimonio".

"¿Por qué no?" Su temperamento se encendió.

"Ya lo he dicho antes, pero parece que no quieres oír nada". Suspiró. "Hay escándalos en mi pasado. No quiero manchar el nombre de tu familia con..."

"Maldita sea". Se levantó y se cernió sobre ella. "Desde luego, eres la mujer más testaruda que jamás haya nacido. ¿Por qué no puedes meterte en la cabeza que nada de tu pasado tendrá el más mínimo efecto en nuestro matrimonio... o en la forma en que la gente te trate en el futuro?"

"Y tú eres el hombre más testarudo", replicó ella. "¿Qué hay de malo en que los dos sigamos como hasta ahora? Incluso podría plantearme dejar Irlanda y venir a vivir a Londres. Podría convertirme en tu amante... o concubina... o como sea que llamen a esas mujeres hoy en día. Mistress, eso es".

"No puedo creer que puedas ofenderme tan a la ligera". Se separó de ella y se sentó. Se pasó una mano cansada por el pelo largo y suelto.

Jane le tocó la espalda, se incorporó y le dio un beso en el hombro. "No pretendía ofenderte. Al contrario, estoy siendo útil".

"Entonces no lo estés", le espetó, mirándola fijamente.

Una punzada de vulnerabilidad le atravesó el corazón. Su rostro debió de mostrarlo, porque él alargó suavemente la mano y le tocó la cara.

"Te amo, Jane. ¿Me entiendes? Te quiero a ti. Quiero pasar el resto de mi vida contigo como marido y mujer". Su mano se movió hacia abajo y se apoyó en su suave estómago. "¿Te das

cuenta de que, después de lo que hemos compartido, podrías estar ya embarazada de nuestro hijo?". No esperó respuesta. "Pero tanto si tenemos el nuestro como si cuidamos de todos los niños que vagan por las calles sin hogar ni familia, ¿no sería maravilloso trabajar juntos para cambiar el mundo?".

"Sí, quiero". Acercó las rodillas a su pecho y apoyó la espinilla en él. "Pero es tan complicado. Debo hacer lo correcto por ti..."

"Pero, ¿y nosotros?", le preguntó, rodeándole el hombro con un brazo y atrayéndola contra él. "Te guste o no, ya somos *nosotros*, Jane, y podemos hacer lo correcto juntos".

Volvió a besarla, y ella sintió en él toda su pasión y frustración. Podía perderse fácilmente en el calor de su boca, en la caricia de sus manos. Pero él se apartó. La estiró sobre la cama, subió las sábanas y se las puso alrededor del cuerpo.

"¿No te quedas?"

Sacudió la cabeza.

"Necesitas tiempo para pensar, para ordenar las cosas en tu mente. Y yo necesito tiempo para enfriar mi sangre". Sus dedos le revolvieron un mechón de pelo. "Te deseo demasiado, Jane, y temo estar asustándote con tanta presión".

Ella abrió la boca en señal de negación, pero él le puso un dedo en los labios. "Por favor, esta noche, sólo piensa en nosotros".

Capítulo Treinta

JANE SE SORPRENDIÓ GRATAMENTE cuando la señora Hannagan anunció la llegada de Lady Stanmore a la tarde siguiente. Le encantó aún más la calidez del saludo que recibió de Rebecca.

"Siento mucho que esta tarde no haya nadie más que yo". Jane acompañó a la otra mujer de vuelta al salón, donde había estado cavilando y haciendo bocetos durante la mayor parte de la tarde. "Lady Spencer se llevó a mi hermana y a la señorita Frances a visitar a unos amigos, y no he visto a Sir Nicholas en todo el día".

"Bueno, no hace falta que te disculpes, porque he venido sólo para verte". Rebecca miró el boceto inacabado sobre la mesa auxiliar antes de tomar asiento. "Veo que Nicholas no presume de ti sin fundamento. Eres *muy* buena".

A Jane le daba vergüenza dejar su trabajo al descubierto. El dibujo expuesto era un intento de captar el rostro de Nicholas, pero por muchas veces que hubiera trabajado el boceto, seguía sin poder quitarle la expresión de dolor de los ojos.

"Yo... he tenido muy poco entrenamiento formal, y me temo que se nota terriblemente".

Tomó asiento junto a Rebecca cuando llegó la Sra. Hannagan, haciendo pasar a la habitación a una sirvienta que llevaba una bandeja con té y galletas. Mientras servían el té, Jane observó cómo las dos mujeres charlaban agradablemente sobre las pruebas de la nueva maternidad. Un momento después, el ama de llaves y la sirvienta las dejaron solas y cerraron la puerta al salir.

"¿Sabes que es la primera vez que me separo de Samuel desde que nació?". Rebecca volvió a centrar su atención en Jane. "A Stanmore le gusta burlarse sin parar de mi apego a nuestros hijos".

"Parecen chicos tan felices".

"Eso es cierto mientras tengan toda mi atención. Por supuesto, no puedo culpar a nadie más que a mí misma". Sonrió. "Supongo que ésta es una de las pruebas de la maternidad tardía. Tienes más experiencia en la vida, pero al mismo tiempo estás menos dispuesta a arriesgarte".

Jane bebió un sorbo de té. Nicholas le había dicho que Rebecca sólo era tres años mayor que Jane.

"Pero seguro que te preguntas qué hago aquí".

"Quizás un poco. Pero sea cual sea la razón, me alegro".

"Yo también", contestó Rebecca de todo corazón, cogiendo su propia taza. "Hace más de un año que Stanmore y yo nos casamos. Pero a pesar de toda la vida social que conlleva que mi marido sirva en Lords, hay muy pocas mujeres en Londres a las que consideraría buenas amigas."

Rechazó la oferta de galletas.

"No es que tenga un gran problema con eso. Mi vida es tan plena y -esto puede parecerte

extraño- mi marido y yo nos hemos convertido en los mejores amigos el uno del otro. Pero aún así, cuando el destino me dirige a alguien especial como tú -alguien cariñosa e inteligente e independiente, alguien que no encaja del todo con las expectativas de la sociedad para las mujeres- no puedo evitar querer perseguir esa amistad."

Si aquellas palabras hubieran procedido de cualquier otra persona, si se hubieran pronunciado de cualquier otra forma que no fuera como Rebecca las dijo, Jane podría haberse sentido ofendida. Sin embargo, tal como estaban las cosas, se sintió completamente cómoda con la mezcla de franqueza y amabilidad de la mujer.

"Tienes el don de hacer que la gente se sienta muy especial". Jane sonrió. "Tu felicidad es envidiable".

"Debo admitirte que no siempre fui tan feliz". Rebecca dio un sorbo a su té y dejó la taza y el platillo sobre la mesa. "Hice todo lo que pude con James durante los diez años que vivimos juntos en Filadelfia, pero hubo tantos momentos difíciles como buenos. Durante esos diez años los temores de mi pasado, mezclados con las incertidumbres del futuro, siempre rezaban en mi mente."

Desde el primer momento en que se conocieron, Jane se dio cuenta de que esta mujer era mucho más de lo que parecía.

"E incluso cuando regresé a Inglaterra", comenzó Rebecca de nuevo. "Y después de que Stanmore y yo nos volviéramos... íntimos... seguía teniendo serias dudas de encontrar una felicidad duradera. Verá... Stanmore quería permanencia... matrimonio... estabilidad, pero yo me creía indigna de su atención... de su nombre".

"Pero Nicholas me dijo que eres media hermana de Lord North."

"Ni Stanmore ni yo lo sabíamos entonces. Y aunque lo hubiera sabido, no habría supuesto ninguna diferencia para mí". Miró en dirección a la puerta cerrada antes de volverse de nuevo hacia Jane. "Yo había huido de Londres diez años antes porque estaba segura de haber matado a un hombre -en defensa de mi virtud-, pero había matado igualmente. Pero a pesar de mi negativa, Stanmore no estaba dispuesto a renunciar a nuestro futuro. Amenazó con abandonar su vida en Inglaterra y regresar conmigo a las colonias. Y como yo me negaba a permitirselo, estaba seguro de que acudiría al rey si era necesario, para conseguir un indulto y que yo me quedara".

"¿Qué ha pasado?"

"El abogado de Stanmore y Nicholas descubrieron la verdad sobre el supuesto asesinado. Según me dijeron más tarde, sólo había conseguido herir al monstruo. Unos años más tarde fue asesinado por un marido furioso".

Jane intentó detener el temblor de su mano mientras colocaba la taza y el plato sobre la mesa. Aunque sus orígenes eran muy diferentes, la similitud de sus sentimientos -no querer herir al hombre que amaba- era tan sorprendente.

"A pesar de la conexión con Lord North, el anuncio del matrimonio de Stanmore y mío no estuvo exento de chismes e insinuaciones. Pero conseguimos sobrevivir a ello muy bien, creo". Sonrió con orgullo. "Sabiendo lo que sé ahora, habiéndome enfrentado a la élite en el transcurso de docenas y docenas de ocasiones sociales, puedo decirte que lo que digan no significa nada cuando un matrimonio es sólido".

Rebecca tocó suavemente a Jane en la rodilla. "Sé que puedes pensar que es fácil para mí decir estas cosas, ya que todo esto ha quedado atrás. Pero si pudiera ofrecerte un pequeño consejo... escucha a tu corazón y no temas por lo que otros puedan pensar".

"¿Te pidió Nicholas que vinieras a hablar conmigo hoy?"

"No, no lo hizo. Pero verte en nuestra casa hace dos noches me trajo a la mente recuerdos

míos". Su mirada era directa pero tierna. "Cualquiera que os observe puede ver que él está tan indefensamente enamorado de ti... y que tú estás tan mortalmente asustada".

Jane cerró los ojos un instante y dejó escapar un largo suspiro. "Mi miedo no es a él. Le quiero más de lo que puedo expresar con palabras".

"Y por eso intentas hacer lo que es correcto para él". Completó sus pensamientos.

La cabeza de Jane nadaba con todas las dificultades que les esperaban, pero también se atrevía a imaginar todas las posibilidades. La segunda superó con creces a la primera. Pasó un rato antes de que volviera a centrar su atención en Rebecca.

"Te agradezco lo que intentas hacer por mí... por nosotros".

Apretó suavemente la mano de Jane. "No he venido aquí en busca de respuestas, sólo como una mujer que hace una visita a una nueva amiga". Rebecca sonrió, poniéndose de pie. "Pero será mejor que vuelva antes de poner a prueba la paciencia de la enfermera del pequeño Samuel".

"¿Cuándo vas a bajar a Solgrave?". preguntó Jane mientras seguía a la otra mujer hasta la puerta.

"Mañana por la mañana. Y la invitación sigue en pie. Por favor, venga a vernos".

"Lo intentaré". Jane devolvió el afectuoso abrazo de Rebecca. "Y gracias."

La señora Hannagan se les unió junto a la entrada principal y también se despidió de lady Stanmore. Cuando el carruaje de la condesa se hubo alejado, Jane volvió a entrar con el ama de llaves.

"No pretendo ser entrometido, Sra. Hannagan, pero ¿sabe por casualidad cuándo se espera que Sir Nicholas vuelva hoy?".

La señora Hannagan dedicó a Jane una cálida sonrisa. "Claro que sí, señorita. Ha vuelto hace sólo unos minutos, pero le he dicho que usted y lady Stanmore estaban teniendo una charla privada, así que ha subido a cambiarse para la cena en lugar de ir a interrumpirlas a ustedes, señoras."

Nicholas acababa de quitarse la chaqueta y la corbata y se disponía a quitarse la camisa cuando llamaron a la puerta. Suponiendo que era su ayuda de cámara, lo llamó para que entrara. Se sorprendió y alegró al ver el rostro de Jane asomarse por la puerta.

"¿Puedo pasar?"

"Por favor, hazlo", dio un paso hacia ella, pero luego se detuvo. Anoche había sido una lucha alejarse de ella y marcharse esta mañana antes de que se despertara. Era demasiado fácil para ambos entregarse a sus pasiones cada vez que se encontraban. Pero no era así como él quería compartir su vida con ella. Había mucho más entre ellos que la mera satisfacción física de sus deseos corporales. Estaba decidido a mantener las distancias y darle tiempo para decidirse.

Jane entró en la habitación y cerró la puerta, apoyando la espalda contra ella. Seguía sin fuerzas para resistirse a ella, así que se dirigió al otro extremo de la habitación para coger una camisa limpia. "He oído que Rebecca y tú estabais de visita abajo".

"Estábamos".

Rápidamente se despojó de su camisa y empezó a ponerse la nueva. "¿Y cómo fue tu visita?"

"Sí."

Sus dedos se detuvieron. Nicholas luchó por mantener la voz firme. "¿Qué has dicho?"

Jane se apartó de la puerta y se dirigió hacia él con pasos medidos. "He dicho que sí".

"Sí... es decir... ¿tuviste una visita agradable?"

Ella negó con la cabeza, y luego sonrió y asintió. "Tuvimos una visita muy agradable".

Se detuvo ante él. Tenía las manos entrelazadas a la espalda. Levantó la barbilla y su mirada oscura estaba cargada de emoción.

"Pero en realidad estoy diciendo 'sí' a tu propuesta. 'Sí' a pasar el resto de mi vida contigo".

Nicholas no le dio la oportunidad de tomar aliento antes de levantarla en brazos y hacerla girar en un arrebato de excitación. "Dios mío, te amo, Jane. Me has hecho el hombre más feliz del mundo".

"Y tú me has hecho la más feliz de las mujeres". Ambos se detuvieron. Ella le cogió la cara con las manos y le miró fijamente a los ojos. "Todavía hay mucho que tenemos que resolver".

"Lo haremos... juntos".

"Y puede que pase algún tiempo antes de que pueda solucionarlo todo en Irlanda".

"Entonces lo solucionaremos todo juntos, pues no te dejaré demasiado lejos de mi alcance".

"Habrá muchos que se escandalizarán con la noticia de nuestro matrimonio".

"Pero hay otros que estarán encantados". Besó sus labios. "Pero ninguno de ellos importa, de todos modos."

Jane lo abrazó con fuerza, sintiendo en su mejilla el fuerte latido de su corazón. No dejaría que las dudas le nublaran la mente. Se había cansado de adivinar cómo era posible que todo se resolviera por sí solo.

Por primera vez en su vida, se atrevía a vivir más allá de los sueños.

Capítulo Treinta Y Uno

CUANDO JANE REGRESÓ a Irlanda una semana antes de lo previsto, se dio cuenta de que nada había cambiado y, sin embargo, todo había cambiado.

Sólo Frances, ya matriculada en un colegio femenino de Londres, se había quedado atrás mientras Nicholas y lady Spencer habían viajado con ella y Clara de regreso a Woodfield House.

Aunque Jane no sentía ninguna conexión con su padre -y desde luego no le importaba buscar su aprobación para este matrimonio-, había decidido respetar por una vez la etiqueta de la sociedad educada. Incluso había animado a Nicholas a que no anunciara su futura unión hasta que hubieran tenido la oportunidad de informar a sus padres. Por supuesto, los abogados de Nicholas habían enviado con antelación una carta a los Purefoys con instrucciones para redactar los documentos necesarios, y los Spencer fueron informados, al igual que los Stanmore y un pequeño pero selecto número de amigos íntimos de Nicholas. Para cuando el anuncio oficial se publicara en los periódicos, Jane esperaba que todo aquello no fueran más que noticias muy antiguas.

A pesar de la excitación del círculo inmediato de familiares y amigos de Nicholas en Inglaterra, Jane no estaba en absoluto preparada para la calurosa acogida que recibieron a su regreso a Woodfield House. Todo el mundo se comportó como si no hubiera nada raro en que el baronet le propusiera matrimonio a Jane. Era casi como si su nombre nunca hubiera estado asociado al escándalo. Su madre estaba completamente exultante, y su padre más cordial que nunca en la vida de Jane.

"Los anuncios correspondientes se enviarán a más tardar mañana por la mañana". anunció alegremente Lady Purefoy a las mujeres que habían dejado a Sir Thomas y Nicholas en el comedor la noche de su llegada. Jane nunca había visto a Nicholas más entusiasmado por hablar a solas con su padre que esta noche. "Si puede ayudarme, Lady Spencer, con los nombres y direcciones de aquellos a quienes desea notificar, podemos hacer que todos salgan mañana".

"Estaré encantada de ayudar en lo que pueda", se ofreció la otra mujer.

"Y yo diría que esta boda exige absolutamente dos recepciones elaboradas: una aquí, después del servicio nupcial, y otra en Londres". Catherine sonrió ante la perspectiva. "Tal vez podamos organizarlas con sólo un mes de diferencia".

"En efecto, y cuanto antes mejor", convino Alexandra. "Antes de salir de Londres, advertí a la señora Hannagan -es el ama de llaves de Nicholas- que empezara...".

Las dos mujeres siguieron charlando como las mejores amigas que planeaban el acontecimiento más importante de sus vidas. Jane se apartó discretamente de la conversación y se unió a Clara junto a la ventana.

"Creía que vendría esta noche", susurró Clara a su hermana. Su mirada no se apartaba de la

carretera que serpenteaba por el valle hacia los establos de Woodfield House.

"Yo también lo pensé". Jane miró en la misma dirección. "Yo misma le envié un mensaje en cuanto llegamos. Madre no parece muy preocupada por las habladurías que rodearán a Henry en relación con lo que dijo en mi favor la noche del baile. Pero es importante que se entere de mi compromiso con Nicholas por nosotros, en lugar de que le pille desprevenido otra persona."

"Los abogados ya llevan aquí casi una semana". La mirada de Clara parecía preocupada cuando se volvió para encontrarse con la de Jane. "Quizás ya lo sabe... y está molesto... incluso celoso... y..."

"Hay pocas posibilidades de ese asunto de los celos, hermanita. Antes de aceptar la propuesta de Nicholas, tuve que desprenderme de mis incertidumbres y temores. Tú debes hacer lo mismo". Jane puso una mano reconfortante en el brazo de su hermana. "Conociendo a Henry, probablemente esté ocupado ahora mismo con algún acto de caridad, o alguna emergencia".

"Entonces, puede que no le veamos esta noche, en absoluto". Clara se abrazó al medio y volvió a mirar con nostalgia por la ventana. "Por Dios, le he echado de menos. Y hay tantas cosas que quiero decirle. Usted... ha dejado salir un monstruo en mí. Ahora que sé lo que quiero... y he decidido cómo hacer para conseguirlo... esperar pacientemente se ha convertido en una tortura".

Jane sonrió ante el amor y el entusiasmo que habían transformado a su hermana. Una vez que habían hablado y Clara le había explicado lo de la primera proposición de Henry y su rechazo, todo había cobrado sentido. Haciendo memoria, recordaba con claridad todas las señales que deberían haber delatado a su hermana.

"Si pudiera escapar, caminaría hasta Ballyclough... descalza, si fuera necesario", susurró Clara con impaciencia. "Esta espera puede matarme, Jane".

"No hace falta que vayas a pie". Miró a su hermana con complicidad.

Clara lanzó una rápida mirada a su madre. Lady Purefoy seguía inmersa en una conversación con Alexandra sobre los preparativos de la boda. "¿Me ayudarás?"

"Por supuesto, pero sólo si prometes pedirle a Paul que consiga un carruaje y un par de novios fuertes y de confianza".

"Lo haré". Clara apretó con entusiasmo la mano de Jane. "Gracias."

Clara se deslizó silenciosamente hacia la puerta, pero los agudos ojos de Lady Purefoy advirtieron de inmediato el movimiento de la hija. "¿A dónde vas, Clara?"

"Vamos a dar un paseo por el jardín". Jane se unió inmediatamente a su hermana. "Estás haciendo un trabajo tan fino con tu planificación que pensamos -si no te importa- que podríamos salir y disfrutar un poco de esta hermosa noche de otoño".

"Por supuesto, no nos importa". Catherine sonrió agradablemente. "Pero poneos un abrigo o algo, vosotros dos. No quiero que ninguno de los dos se resfríe antes de las próximas celebraciones. Y que Fey os envíe un sirviente con una antorcha. Y..."

Codo con codo, las dos jóvenes salieron de la habitación. Una vez fuera, un ataque de risa se apoderó de Clara. "No puedo creer lo divertido que es... escabullirse así".

Jane estaba *segura de que había* creado un monstruo. "Creo que bajaré a los establos contigo, sólo para asegurarme de que no haces lo que acabas de amenazar... caminar a Ballyclough, quiero decir".

En ese preciso momento, una Fey angustiada apareció de la sala de los sirvientes. Agarrada del brazo de Jane, le suplicó que le concediera un momento con ella... a solas. Demasiado excitada para esperar, Clara volvió a susurrar su promesa a Jane y corrió hacia los establos.

Jane se volvió hacia el ama de llaves, que obviamente se devanaba los sesos buscando las

palabras adecuadas. Pero ninguna de ellas podía atenuar el impacto de la noticia que tenía que comunicarle.

Egan fue uno de los últimos en llegar a la reunión urgente de Shanavest.

El número de hombres y mujeres que habían acudido era sorprendentemente grande. Pero como Jenny le dijo en cuanto se agachó a su lado, el propósito de la reunión no tenía nada que ver con las terribles noticias que Fey le había transmitido. Sacudió la cabeza ante la mirada interrogante de Egan y le hizo un gesto para que se uniera a Liam, que estaba de pie en un extremo del ruinoso granero.

Por Fey, Egan ya sabía que el magistrado había detenido a las familias -esposas e hijos- tanto de Patrick como de Liam a primera hora de la mañana, sólo unas horas antes del regreso de los dos hombres de Kildare.

La noticia era devastadora, y mientras Egan se abría paso entre el grupo, su mente buscaba diferentes soluciones. Sin embargo, ninguna era reconfortante.

Liam hablaba con alguien que estaba de pie a la sombra de un poste toscamente tallado, mientras Patrick estaba agazapado ante un pequeño fuego de turba no muy lejos. Su rostro mostraba la profundidad de su tormento y no levantó la vista cuando ella le tocó el hombro encorvado al pasar.

Cuando Egan se acercó, Liam interrumpió su conversación con el desconocido.

"Lo siento mucho". Puso una mano sobre el brazo de Liam. Demasiados remordimientos la recorrían. Patrick se había visto obligado a marcharse por su culpa. Si ella se hubiera quedado en vez de ir a Inglaterra...

Sacudiéndose, se obligó a reprimir la culpa y trató de concentrarse en el presente y en cómo podía ser útil. "Vine en cuanto supe la noticia".

La expresión del líder mostraba lo agradecido que estaba de verla. "Será mejor que empecemos".

Ella asintió y dio un paso a un lado. Miró al hombre que estaba a su lado en la sombra y se dio cuenta de que era Finn. No le sorprendió que estuviera aquí ni que llevara una máscara y se mantuviera en la sombra. Era más forastero que ella... y no podía reprocharle a un hombre que intentara protegerse. Después de todo, alguien había identificado a Liam y Patrick.

Los asistentes se callaron cuando Liam pronunció unas palabras de saludo y luego comenzó a explicar lo que había ocurrido en la reunión de Kildare.

"Todas las partes de Irlanda estaban representadas. De hecho, no todas llevan el nombre de Shanavest, y hubo algunas quejas por eso, para empezar. Pero las quejas son todas las mismas. Desahucios, malos tratos a los inquilinos por parte de los terratenientes y sus agentes con cara de perro, acaparamiento de tierras, la creciente brutalidad de las tropas del rey".

Egan no pudo evitar sentirse impresionado de que, a pesar de la angustia de su propia familia, Liam fuera capaz de transmitir con tanta claridad lo que había visto y oído.

"Aunque fue esclarecedor ver un espectáculo tan bueno de irlandeses luchando contra esta tiranía en todas partes de este país por la misma causa, fue angustioso para mí y para Patrick".

"¿Y Ronan?", interrumpió alguien. "Parece que lo habéis perdido por el camino".

"Buen trabajo deshaciéndose de él". Unos cuantos rieron.

"No sabía que Ronan iba con ellos", le dijo Egan en voz baja a Finn.

"Una vez que te fuiste a Inglaterra, no pudo mantener su bebida o su lengua bajo control. Era

demasiado problemático tenerlo cerca. Sugerí a Liam que se lo llevara. Efectivamente, después de conocer a algunos de los grupos del norte, decidió despedirse y dirigirse al norte, donde la lucha es más de su agrado". Las palabras, pronunciadas en inglés y no en gaélico, hicieron que Egan volviera bruscamente la cabeza hacia el hombre que estaba a su lado.

"¿Henry?", murmuró.

"Finn, por favor". Le apretó la mano cariñosamente. "No eres la única persona en Irlanda que resulta ser otra persona también".

"Yo... durante tanto tiempo... no me lo has dicho. ¿Por qué ahora?"

"Escucha lo que Liam tiene que decir. No importa mucho después de mañana por la noche".

Confundida, Egan volvió a centrar su atención en la reunión.

"...en el extremo norte y en los alrededores de Dublín, la violencia se está convirtiendo en parte de su vida cotidiana. Los asesinatos, la quema de casas, la mutilación del ganado han sustituido al relleno de zanjas y el derribo de setos y muros". Liam habló con convicción. "Se está creando un círculo vicioso. Ellos creen que funciona. Pero para nosotros, la gente sencilla y amante de la paz que somos, que trabajamos juntos por la paz que queremos para nuestras familias..."

Le dolió el corazón cuando la voz de Liam se quebró. Tuvo que tomarse un momento para serenarse antes de volver a hablar.

"Lo que Liam está tratando de decir", Patrick se puso de pie. "Es que nos ha quedado claro que los Shanavest van por un camino diferente al que siempre hemos querido. Ellos buscan sangre... nosotros sólo la hemos derramado cuando lo hemos creído necesario. Decimos que este grupo...nuestro grupo...de Shanavests debe disolverse...al menos, por ahora. A pesar de todo lo que esta gente del norte y del este está haciendo, no hay pruebas de que nada de eso esté funcionando."

"En todo caso", comenzó de nuevo Liam. "Hay más represalias contra los inquilinos y los aldeanos de esas zonas".

"Si nos disolviéramos", dijo Jenny desde su rincón. "Y si corriéramos la voz de que lo hacemos como una ofrenda de paz, ¿creéis que el magistrado dejaría marchar a vuestras familias?"

La pregunta provocó un alboroto de preguntas y comentarios en la multitud reunida. Todos conocían a las familias de los dos hombres.

"No lo sé", dijo Liam en voz baja. "Pero Patrick y yo decidimos decírtelo mucho antes de enterarnos de nuestra... nuestra..."

"Merece la pena intentarlo", dijo alguien, comentario secundado por otros.

"Soy demasiado viejo para seguir luchando", anunció un hombre mayor ante los vítores de algunos otros.

"No he perdido el estómago para ello", dijo una joven.

"Yo tampoco", añadieron otros.

"No tenemos nada que perder". anunció Jenny después de darse cuenta de que Liam no tenía confianza para dar una respuesta. "Y siempre podemos volver a formar nuestras filas".

Se hizo el silencio en el granero hasta que el cuñado de Patrick tomó la palabra. "¿Pero qué pasa con el plazo? ¿Vamos a quedarnos de brazos cruzados viendo cómo cuelgan a nuestras mujeres e hijos?"

"Sí, el plazo es en dos días".

Las palabras de Patrick agudizaron la atención de Egan. No sabía nada de ese plazo ni de cuáles eran las condiciones.

Jenny miró a la multitud. "Difundiremos nuestras intenciones. Incluso enviaremos un mensaje al magistrado. Hablaremos tan duro como ese bastardo sin sangre de Musgrave. Les diremos que queremos que liberen a esas mujeres y niños. No puede colgar inocentes en esas condiciones".

Muchos expresaron su acuerdo.

Egan se volvió hacia Finn. "¿Qué es eso de una fecha límite?"

"El magistrado pretende repetir la demostración de fuerza que su predecesor empleó hace nueve años. Si ciertos líderes de los Whiteboys no se entregan a los dragones en Buttevant en un plazo determinado, colgará a sus familias".

Jane sintió que se le helaba la sangre. "Quiere a Liam, Patrick y a mí".

"También quiere a Finn. Todos debemos entregarnos al Capitán Wallis antes del amanecer, pasado mañana, o esas mujeres y niños morirán".

"No puede".

"Sabes que puede, y lo hará".

Egan dejó escapar un suspiro inestable. "La recomendación de Jenny no funcionará. Además, Musgrave sabe que nos tiene. *Nos entregaremos* para salvar a estas familias".

Finn asintió solemnemente. "Sí, lo sé. Por eso dije antes, no importa mucho después de mañana por la noche".

Una última reunión. Un último paseo a medianoche. Una última noche para estar con él.

Qué rápido cambian las cosas, pensó. Finalmente, de forma violenta, irrevocable. Rodeada de una nube de fatalidad, Jane se tomó su tiempo para volver a Woodfield House.

Después de que todos los demás se hubieran ido, los cuatro líderes rebeldes se habían quedado hablando. Finn ya había intentado averiguar adónde se habían llevado exactamente a las dos familias, pero no había tenido suerte. Liam y Patrick, ambos angustiados por la noticia, no habían tenido más éxito. Lo único que habían podido descubrir era que, durante su ausencia, los dragones parecían haber estado realizando una búsqueda exhaustiva de los desaparecidos de la zona. La suerte quiso que, de algún modo, la atención se centrara en ellos.

Egan no había tenido nada que ofrecer esta noche. De repente, el motivo de su felicidad se había disipado. De hecho, todo lo que ella y Nicholas habían planeado *era* tan insustancial como el aire.

Los cuatro habían acordado esta noche que no habría sustitutos. Todos se habían mostrado dispuestos a reunirse de nuevo mañana por la noche después de medianoche y llevar a cabo el intercambio.

La única complicación consistía en organizar un lugar seguro para las familias de Liam y Patrick una vez que fueran liberados. Cuando los dos hombres cayeron en manos de Musgrave, Liam y Patrick querían saber que sus seres queridos estarían a salvo.

Jane supuso que ya había pasado la medianoche cuando devolvió a Mab a su establo. La casa de la colina estaba oscura y silenciosa, pero sabía que Nicholas estaría despierto y esperándola. Moviéndose en la oscuridad del establo, se dirigió hacia el pasadizo oculto que salía del guadarnés. No había tenido ocasión de decirle adónde iba esta noche ni cuándo volvería. Y ahora que sabía la verdad, Jane también sabía que, de todos modos, no podía decirle ni una palabra sobre lo que estaba por venir.

"Luna clara. Buena noche para cabalgar".

El corazón de Jane dio un salto en su pecho. Se llevó la mano a la daga que llevaba a la cintura antes de reconocer que la voz era la de Sir Thomas. Conmocionada, se volvió y vio a su padre saliendo de las sombras del cuarto de las tachuelas.

"En efecto", respondió ella con sencillez. El hecho de que él la viera vestida con calzones en lugar de falda -que saliera a cabalgar sola mucho después de que todos los demás se hubieran instalado por la noche- o que él pudiera adivinar alguna de sus actividades secretas, ya no la preocupaba. Ya no tenía nada que perder.

"Esto estaba muy tranquilo sin que salieras y volvieras a todas horas de la noche".

Se mordió la sorpresa.

"Pero también fue muy gratificante saber que durante todos los días que estuviste fuera, en Londres, estuviste a salvo". Se llevó las manos a la espalda y miró por una ventanita hacia la casa. "Nicholas y yo tuvimos una extensa charla. En realidad, 'batalla' sería una mejor manera de describirla".

Con cada frase conseguía confundirla más, y a Jane le costaba mantener su fingida indiferencia.

"No quiere nada de tu fortuna".

No sabía que tenía.

"Insiste en no aceptar tierras, ni dinero, ni ningún tipo de acuerdo de dote. Y es testarudo, por los truenos".

Jane se emocionó, aunque ya sabía lo desinteresado que era el amor de Nicholas por ella. Fue su pérdida lo que hizo que una lágrima resbalara por su rostro.

"Pero puedo ser tan testarudo como él, que el diablo se lo lleve. Tú eres mi hija mayor. Por derecho, la mayor parte de lo que tu madre y yo tenemos debería ir para ti y tus futuros hijos". Se rió entre dientes. "Pero no temas. Arreglamos con éxito nuestras diferencias, pero no sin antes obligarle a ser más flexible. Este viejo soldado no se deja vencer tan fácilmente".

Jane se aclaró la garganta, asegurándose de que tenía voz. "No puedo entender el lío en el que se está metiendo. Él ya sabe cómo me percibe mi familia. Nada de lo que digas o hagas cambiará su opinión".

"No me confundas. Me cae bien. Pero me importa un bledo su opinión. Eres tú la que..."

"¿Por qué?" La pregunta se arrancó de su pecho. "¿A qué viene todo esto? De repente actúas como si te importara".

"Siempre me has importado, Jane". Dio un paso hacia ella.

"Eso es mentira."

"No me hables en..." Sir Thomas se obligó a detenerse y se pasó una mano cansada por la cara. "Jane... lo admito... sé que cometí un horrible error hace nueve años. Sabía que... debería haber sabido que mi acción... al ordenar que colgaran a ese chico... no me devolvería a mi hija. ¡Ah, Jane! Desde que eras una niña eras diferente. Amabas, te preocupabas... formabas parte de la gente que te rodeaba. Tu madre y yo vinimos a Irlanda cuando apenas tenías cuatro años, y ni un año después corrías descalza por aquellas colinas con el mismo aspecto que los hambrientos mocosos arrendatarios irlandeses."

Se dijo a sí misma que no tenía tiempo para escuchar nada de esto. Pero sus pies se habían quedado permanentemente clavados en el suelo.

"Cuando tenías ocho años, enfermaste de muerte. ¿Te acuerdas? Todo porque uno de los inquilinos había vendido a su hija menor a los caldereros para pagar los honorarios de un médico cuando la fiebre se abatió sobre el resto de la familia." Se acercó aún más. "Catherine y yo pensamos que íbamos a perderte".

Jane se miró las botas, conteniendo las lágrimas.

"Tú la trajiste de vuelta". Entonces tenía corazón.

"Fue una desgracia que la niña muriera al año siguiente, cuando la fiebre volvió al valle. Y la lloraste como si hubieras perdido a tu propia hermana". Su voz era suave, comprensiva. "Sé que has estado involucrado durante años con estos Whiteboys. Podrías pensar que... ese chico... Conor fue la razón... o quizás fui yo y tu voluntad de ir en contra de cualquier cosa que haga o diga. Pero incluso sin nosotros, tú eras... tú eres una persona que tenía que involucrarse. Ves la injusticia y tienes que reaccionar".

"Si sabías *que* colgar a esos hombres era una injusticia, ¿por qué no hiciste nada al respecto? ¿Por qué no haces algo por los irlandeses ahora?"

"Cuando me abrieron los ojos, ya se había hecho mucho daño. Hice lo único que podía, dimitir de mi cargo".

"Qué conveniente". No se molestó en ocultar su hostilidad cuando sus miradas se cruzaron. "Pero no me queda tiempo para echar culpas o intentar reformarte... o educarte sobre lo mucho que queda por corregir".

"¿Quién mejor que Egan para ofrecer visión a un ciego?"

Sus palabras le impidieron alejarse.

"Conocía tus actividades con tus malditos Shanavests, pero nunca supe que eras Egan, el intrépido líder de esta gente, hasta la mañana del baile". Su mirada era realmente admirativa. "Debería haber sabido que no podías seguir ningún camino a medias. Contigo siempre ha sido todo o nada".

La estaba confundiendo más de lo que tenía derecho.

"Sir Nicholas me dice que ustedes dos planean dividir su tiempo entre Inglaterra e Irlanda. No estoy preguntando qué va a ser de Egan, pero le pido que saque tiempo para mostrarme... para educarme... para hacerme entender dónde un cambio aún podría marcar la diferencia."

¿Por qué ahora? pensó. *¿Por qué tiene que llegar tan tarde?*

"Créeme cuando te digo que mi motivación no es tender una trampa a los demás... o...".

Su mirada se entrecerró. "Pero la trampa ya está tendida". soltó con amargura. "Incluso en vísperas de la disolución de los Shanavest".

"¿Qué trampa?"

Sacudió la cabeza, alejándose.

"Llega demasiado tarde, Sir Thomas. Llega muy, muy tarde".

Capítulo Treinta Y Dos

FINN ACABABA de cerrar la verja del establo de la casa parroquial cuando una mujer que llevaba una pequeña lámpara se acercó a la puerta. Pensando con rapidez, metió el sombrero y la máscara bajo una vieja manta de silla de montar tirada en el suelo.

"¿Eres tú, Henry?"

"¿Clara?" Se enderezó, sorprendido. Pero tardó un largo minuto en encontrar el resto de sus palabras. Como un mendigo hambriento de sustento, sus ojos la miraron hambrientos. "¿Qué haces aquí a estas horas?"

"Esperándote". Dejó la lámpara fuera del establo y entró. "Llegué justo cuando la Sra. Brown se iba a la cama. Tomamos una taza de té antes de hacerla subir, y luego esperé un rato en su salón. Después pasé un rato en su estudio... luego volví al salón... después salí y esperé en su jardín".

Se detuvo a un suspiro de él. Su mirada se fijó en su ropa de lana, áspera y casera, y en sus botas altas.

"¿Todavía no me has dicho por qué estás aquí?"

Sus dientes blancos destellaron bellamente mientras sonreía en la oscuridad. "Sr. Adams, usted parece más un salteador de caminos que un ministro respetable".

"No sé de qué vas esta noche, pero está claro que tengo que encontrar la forma de llevarte a casa". La cogió del brazo y empezó a conducirla fuera de los establos, pero ella plantó los pies.

"He estado fuera más de quince días".

"Lo sé.

"Entonces también deberías saber que esta no es forma de saludar a alguien a quien has echado mucho de menos".

Respondió a su mirada desafiante y juguetona. "¿Cuándo he dicho..."

Ella acalló su pregunta deslizándose fácilmente entre sus brazos y capturando su boca en un beso.

A Henry se le escapó un gemido gutural y, antes de que pudiera contenerse, profundizó el beso. Sus manos apretaban con avidez cada curva de su cuerpo contra el suyo. Ella gimió suavemente en su boca cuando la palma de la mano de él le acarició el pecho a través del vestido.

Terminó bruscamente el beso, apartando las manos de ella como si le quemaran.

"No, esto está mal". Intentó dar un paso atrás, pero Clara le siguió, tendiéndole las manos.

"No te atrevas a negar que no sientes nada por mí, Henry Adams. Y no mientas acerca de no desearme. Las falsas negaciones y las mentiras también están mal. ¡Más mal!"

Ella se agarró a las solapas de su chaqueta y, cuando él retrocedió contra la verja de la caseta, su cuerpo lo atrapó.

"Era joven, estúpida, impresionable de la forma más ingenua, pero ya entonces te quería. Cometí un error horrible al creer que mis padres sabían lo que era mejor para mí. Pero me equivoqué". Se puso de puntillas y le miró a los ojos. "Te lo he dicho antes y te lo vuelvo a repetir. *Te* quiero. Quiero casarme *contigo*. Con nadie más. Y no me importa si tengo que llevar el mismo vestido durante los próximos veinte años, o si tenemos que vivir en un cuchitril de una habitación el resto de nuestras vidas. Mientras esté cerca de ti, seré feliz. Y te haré feliz a ti también".

Le dio otro beso en los labios y dejó caer las manos. "Y no voy a rendirme. Seguiré persiguiéndote, Henry. Te molestaré, seguiré siendo una espina en tu costado, hasta que estés preparado para afrontar la verdad". Se alejó entonces, pero se volvió hacia la puerta de los establos. "Ahora, usted de todas las personas, un hombre que constantemente predica el perdón, podría considerar practicar un poco de eso, usted mismo."

"Clara, yo..."

"Volveré."

El fuerte golpe en la puerta del magistrado hizo que el hombre levantara la cabeza.

"Maldita sea. ¿Y ahora qué?" Musgrave murmuró antes de llamar irritado: "Adelante".

Al abrirse la puerta, Sir Robert se apresuró a cubrir la correspondencia que había estado leyendo una y otra vez durante los últimos tres días. No le sorprendió en absoluto encontrar a Sir Thomas Purefoy acompañando al capitán Wallis.

"Qué alegría encontrarle aquí a una hora tan temprana de la mañana, señor". Musgrave dijo, poniéndose de pie. "Planeaba pasar por Woodfield House más tarde para saludar a la Srta. Jane. He oído que ha vuelto de Inglaterra".

"Lo es". Sir Thomas rechazó la oferta de una silla.

"¿Y tuvo una estancia agradable?"

"Mucho. Gracias".

"Ya puede dejarnos, Capitán". Musgrave dijo, despidiendo al hombre.

"Espero que no tenga objeciones, Sir Robert, pero le pedí a Wallis que se quedara. Esta no es una visita social".

Musgrave asintió secamente y se sentó de nuevo en su silla detrás de su ornamentado escritorio. "¿En qué podemos ayudarle hoy, Sir Thomas?"

El ex magistrado sacó de su bolsillo una hoja cuarta doblada, barata y sin marca. Abriéndola, la arrojó sobre el escritorio de Sir Robert.

"Circulan por todo Munster. Este fue encontrado en el escritorio del director de la nueva Bolsa de Mantequilla en la ciudad de Cork. ¿Está usted al tanto?"

"Sí, así es". Musgrave apartó el papel con desdén. "No encuentro nada de valor en él. Ninguno de los impresores de Cork admite haberlo impreso. Creo que no vale ni el papel en que está impreso".

Sir Thomas cogió el papel, resumiendo su contenido como si Musgrave no fuera capaz de comprenderlo por sí mismo. "Es un llamamiento a la paz por parte de los Whiteboys. Por los truenos, estos avisos dicen que los Shanavest se están disolviendo".

"Sé lo que dice, Sir Thomas." Se reclinó en su silla. "Pero como dije antes, no les encuentro ningún valor".

"¿Y eso por qué, señor?"

"Porque lograré lo mismo sin ninguna noble ofrenda de paz de su parte".

"¿Y cómo es eso?"

"Arrestándolos y ahorcándolos uno a uno... empezando por sus líderes". Musgrave sonrió con orgullo. "Esta basura que sostienes demuestra que han sido derrotados. Y ahora, los aplastaré. Sin líderes, no habrá banda de rufianes. Sin banda de rufianes no hay resistencia. Las lecciones que me ha enseñado han sido inestimables, Sir Thomas. Por fin estoy aprendiendo".

"Intentaste cogerlos antes pero no tuviste éxito".

"Esta vez es diferente. Tengo cebo, ya ves, y ellos vendrán a mí".

"¿Qué estás usando como cebo? ¿O debería preguntar, a quién?"

"Me temo que debo abstenerme de responder".

"¿No confía en mí, Sir Robert?"

"No es una cuestión de confianza, señor, sino lo delicado del tema". Cansado de que el otro hombre se cerniera sobre él, Musgrave se puso en pie y se encaró con el hombre mayor al otro lado del escritorio. "Cuando ahorcó a esos cinco Whiteboys hace nueve años, prácticamente aplastó la resistencia en esta zona durante años. Antes del amanecer de mañana, colgaré a cuatro de los líderes rebeldes más activos y comenzaré mi campaña para erradicarlos por completo."

"Pero entonces no había ninguna oferta de paz. No habría ordenado la matanza si hubiera habido una opción".

"Eso dices ahora, pero creo que no". Musgrave se encogió de hombros. "Todos queremos dejar un legado. Me gustaría ser recordado como el que ahorcó al maldito Liam... y a Patrick... y a Finn... y a Egan. Sí, me gustaría mucho más que ser recordado como el tonto magistrado que accedió a que se dispersaran, mientras les conviniera".

Sir Thomas se inclinó amenazador sobre el escritorio. "Estamos hablando de vidas humanas. Si matas a esa gente ahora, provocarás la rebelión de otros. La venganza lleva a la gente a hacer locuras, Musgrave. El curso que está eligiendo traerá peligros innecesarios a las vidas de nuestra propia gente".

"Qué diferente melodía oigo ahora, Sir Thomas, de la que silbábais hace apenas un mes".

"Habla claro, Musgrave."

"Disculpe, Sir Thomas, pero todos tenemos derecho a cometer nuestros propios errores antes de aprender de ellos". Hizo un gesto a Wallis para que abriera la puerta. "Ahora, si me disculpan, me queda mucho trabajo por hacer antes de los arrestos y las ejecuciones de mañana por la mañana".

Purefoy tenía la cara llena de ira cuando salió de la habitación delante del capitán Wallis, pero a Musgrave no le importó lo más mínimo. Sacó la carta familiar de debajo de las otras hojas de papel.

La correspondencia oficial en su había llegado del Lord Teniente de Irlanda hacía tres días. Musgrave había sido llamado de vuelta a Inglaterra. Fue relevado de sus funciones... inmediatamente.

No era tonto. Sabía que Nicholas Spencer era el responsable de esto. El perro insolente había sido el único que había amenazado su autoridad, y Spencer había sido completamente encantado por la hermosa puta, Jane Purefoy. Debió haber actuado rápidamente cuando llegó a Inglaterra.

El magistrado volvió a arrojar la correspondencia sobre su escritorio. Bueno, el Lord Teniente tendría que esperar, pues no iría a ninguna parte hasta que hubiera terminado con sus planes. De hecho, el interés de Sir Nicholas por los Purefoy haría que su ahorcamiento fuera mucho más satisfactorio.

Sí, algunos tuvieron que morir -sobre todo Egan- antes de que Musgrave obedeciera

cualquier orden instigada por algún engreído granuja londinense.

Y sí, a pesar del ilustre pasado del ex magistrado, Sir Robert no confiaba en Sir Thomas Purefoy más allá de la longitud de su propia espada.

Los brazos de Nicholas se cerraron instintivamente en torno a Jane cuando ésta trató de deslizarse fuera de la cama. Se volvió y lo encontró profundamente dormido. Un nudo más apretado creció en su garganta, estrangulándola, pero de nuevo luchó contra las lágrimas. Se obligó a apartar lentamente la mano de su estómago mientras se deslizaba por debajo de ella.

Jane sabía que estaba a punto de desmoronarse, así que se puso la ropa a toda prisa. En la puerta, miró por última vez su brazo extendido sobre el lado de la cama donde hacía sólo unos minutos había estado fingiendo dormir.

Hoy se había negado a involucrarse en anuncios y planes de boda. Este día sólo les pertenecía a ellos dos. Esta noche habían hecho el amor con hambre. Ella le había tocado y besado y se había entregado a él como si no hubiera un mañana.

Y, efectivamente, no habría mañana.

Él había querido hablar del futuro, pero ella no podía soportarlo. Sólo deseaba el éxtasis, el gozo puro y simple de ahogarse en el momento, en la noche, el uno en el otro.

Le dedicó una última mirada y una sonrisa. Luego salió de su habitación, dejando caer las lágrimas, marcando su despedida final.

Jane tuvo que parar en su habitación y ponerse la ropa que significaba que era Egan. Aunque al amanecer no habría duda de que ambos eran el mismo, se negó a darle a Musgrave la satisfacción de arrestar a Jane Purefoy. No, sería a Egan a quien colgaría... Jane Purefoy permanecería en el corazón del hombre que acababa de dejar...

El ritual de ponerse cuidadosamente el sombrero y bajárselo hasta los ojos, de deslizar la daga en su vaina, de guardar la pistola en el cinturón, se realizó lenta y cuidadosamente. Cada movimiento le devolvía el propósito de la causa por la que había estado luchando. Cada movimiento, completado por última vez, fortalecía su espíritu de que estaba muriendo para que otros vivieran.

Utilizó el pasadizo secreto para dirigirse a los establos. Ya era más de medianoche, y los sonidos y olores familiares de la vieja y oscura estructura la golpearon de lleno esta noche. Eran cosas que también quería grabar en su memoria. Se dirigió en silencio hacia el establo de Mab.

Aparte de perder una vida con Nicholas, tenía un gran pesar. Musgrave. El hombre probablemente sería venerado en las Cámaras del Parlamento por su atención al deber, vitoreado en las oficinas del Lord Teniente, brindado en las casas de los terratenientes ingleses.

Pero no sentía empatía por los irlandeses. Nunca sentiría remordimientos por su brutalidad. A Egan le costaba creer que cumpliría su promesa de liberar a las familias de Liam y Patrick en un intercambio. Lo había dicho la noche anterior. Pero los otros tres hombres habían estado dispuestos a confiar en el honor de Musgrave.

Tuvo la desagradable sensación de que *todos* iban a sufrir esta noche.

Egan frunció el ceño cuando miró el establo vacío de Mab. Confundida, buscó su silla de montar y descubrió que tampoco estaba. Esperando que Paul hubiera sido avisado de cuándo iba a necesitar a la yegua, se dirigió al prado, donde posiblemente estaría esperando el mozo de cuadra con su caballo.

Allí también estaba todo tranquilo. Ni caballo, ni Paul, ni nadie.

Empezando a sentirse un poco nerviosa, pues el tiempo apremiaba, se dirigió apresuradamente a otro establo y ensilló en su lugar uno de los caballos de su padre. En todos estos años nunca había ocurrido nada parecido. Paul sabía que Mab no debía ser movida ni montada por nadie más. Todo el mundo lo sabía.

Unos minutos después, dejó atrás Woodfield House y galopó a través de la noche. Cuanto más pensaba en ello mientras cabalgaba, Egan se sentía realmente aliviada de que la reina Mab, al menos, no cayera en manos de Musgrave.

El golpe seco en la puerta hizo que el magistrado se incorporara en la cama. Su mente y sus ojos necesitaron un momento para adaptarse a la repentina perturbación. La llamada urgente de un soldado le hizo apartar las mantas y correr hacia la puerta. Su infeliz criado sostenía una vela detrás de un joven dragón.

"¿Qué?", le gritó al joven, que se dispuso a llamar de nuevo a la puerta.

"Es el Capitán Wallis, señor." El soldado dio un paso atrás. "Él... ha... abandonado los barracones. Vine aquí directamente para avisarle".

"¿Irse a dónde?" Musgrave estalló.

"Al Asiento de Cuchulainn".

La confusión y la pregunta debieron de reflejarse en el rostro de Musgrave cuando el joven volvió a explicarse rápidamente.

"El capitán y dos docenas de su Guardia personal se llevaron a todos los prisioneros...para el intercambio con los rebeldes. El capitán le dijo al cabo Evans que el lugar y la hora de reunión habían cambiado, y... y que usted ya estaba al tanto".

"¿QUÉ?" El rugido de Musgrave hizo retroceder otro paso tanto al soldado como al criado.

"Nosotros... no... teníamos... forma... de saberlo... señor... hasta que... el sargento Powers volvió de servicio... y dijo... que si usted no iba con ellos... entonces no lo sabía. Rogando su par..."

"¿Cuándo se fueron?" gritó Musgrave mientras corría por su habitación, vistiéndose a toda prisa.

"Poco más de una hora, señor."

"Despierta a quien quede en los barracones". Mientras el hombre saltaba para ir a hacer lo que le decían, al magistrado se le ocurrió un pensamiento prohibitivo. "*¡Espera!*"

Después de pensárselo un momento, le dio al dragón instrucciones específicas sobre a quién debía buscar... incluido su propio hombre, el sargento Powers.

El capitán Wallis era mucho más influyente con estos soldados de lo que él mismo había sido capaz de conseguir. Y si el traicionero oficial de dragones había decidido cosechar unos cuantos laureles para sí mismo, Musgrave dudaba que fuera capaz de conseguir que todos los hombres de Wallis lucharan contra él.

Pero siempre hubo unos pocos elegidos que se mantuvieron leales a una causa.

Sí, estos pocos elegidos serían todo lo que Musgrave necesitaba para sofocar esta inoportuna muestra de independencia.

Capítulo Treinta Y Tres

LA LUZ de las antorchas sobre los muros en ruinas del castillo podía verse fácilmente desde la distancia. Cuando Musgrave y sus hombres se acercaron, aparecieron dos dragones que cabalgaban hacia ellos. El magistrado no ordenó a su propia tropa que se detuviera hasta que los jinetes les hubiesen alcanzado.

"¿Dónde está el Capitán Wallis? ¿Qué significa esto?"

"Le está esperando en el Asiento de Cuchulainn, señor", respondió uno de los hombres. "El intercambio se ha hecho".

Musgrave sofocó su arrebato de ira. "¿Tiene a los rebeldes?"

"Sí, señor", respondió el segundo soldado.

Maldiciendo abiertamente, el magistrado espoleó su caballo por delante de los demás. A mitad de la colina, otra media docena de dragones custodiaban varios caballos. Se detuvo un momento junto al grupo. La briosa yegua de Jane brincaba entre los demás.

"¿De quién era ese caballo?", preguntó bruscamente.

"La rebelde Egan. Ella está en grilletes allí con los otros tres".

Con su temperamento algo controlado, Musgrave ordenó a sus propios hombres que tomaran posiciones a lo largo del camino de la colina con el resto de los dragones. Ahora que los tenía, no habría forma de llevárselos. Después de todo, ésta podría ser una situación salvable.

El capitán Wallis saludó con elegancia pero, obviamente, evitó mirarle directamente mientras el magistrado permanecía encima de su caballo.

"No hubo espera, Sir Robert. Los blackguards enviaron el mensaje de que no confiaban en nosotros para liberar a sus mujeres y niños en Buttevant. Querían hacer el intercambio aquí. Eso se logró fácilmente. Enviamos a sus mujeres y niños colina abajo, uno a uno, mientras los líderes subían por el mismo camino." Wallis hizo un gesto a un soldado para que cogiera la brida del caballo del magistrado cuando éste finalmente desmontó. "Este es el tipo de acción que ha estado alentando durante algún tiempo, señor. Sé lo mucho que significa para usted la detención de estas personas. No quería perder la..."

"Llévame hasta ellos". Musgrave le espetó al hombre.

Por supuesto, los bastardos irlandeses tenían razón. No tenía planes de liberar a esas familias. Cuánto más dramática sería la ejecución final con las esposas y los hijos mirando y llorando. Cuánto más feroz sería su reputación cuando condujera a las familias directamente a los muelles y a un barco con destino a Australia.

Se puso a la altura de Wallis. Por supuesto, una de las familias deshonradas permanecería. Qué revuelo causaría en la oficina del Lord Teniente. No podían hacerle nada a él, el héroe que había descubierto a la hija del gran Sir Thomas Purefoy.

"Ahí están, señor". El capitán señaló hacia lo que debió de ser el gran salón de la torre del homenaje. Un enorme agujero mostraba que el suelo estaba sólo ligeramente por encima del patio del castillo.

Mirando a través de los muros de piedra desmoronados, pudo ver a las cuatro personas agachadas con las manos a la espalda atadas unas a otras formando un círculo. Musgrave apartó a Wallis y subió la media docena de escalones hasta la entrada.

Todos vestían de negro. Observó que hoy no llevaban camisa blanca. Todos llevaban una capucha de lana en la cabeza. Musgrave arrancó bruscamente la capucha del primero. La cabeza del hombre se echó hacia atrás y Sir Robert estudió la serena impresión del rebelde. No mostraba miedo, a pesar de la sog a que le esperaba.

"Este se hace llamar Patrick". Wallis ofreció rápidamente desde la puerta.

Musgrave pateó al segundo hombre antes de quitarle la capucha de la cabeza. El rostro de éste mostraba su odio, y gruñó algo en gaélico.

"Liam". Dijo el capitán.

Musgrave propinó otra fuerte patada al rebelde y siguió adelante. Estaba a punto de quitarle la capucha al siguiente cuando se le ocurrió algo. De los dos que quedaban, uno tenía que ser Egan. Wallis había conocido y visto a Jane Purefoy en varias ocasiones en los últimos años. ¿Por qué, se preguntó, el capitán no había mencionado la captura de la hija del ex magistrado?

Por las largas piernas y el tamaño de las botas, Musgrave pudo deducir que el siguiente rebelde era un hombre. Pasó junto a él y se situó junto a la última figura encapuchada.

Debajo del saco de lana sin forma, pudo ver que asomaban mechones de pelo oscuro.

"¿Estoy en lo cierto al asumir que este es Egan?"

"Lo es, señor. No puede imaginar nuestra sorpresa al descubrir que la conocíamos".

Su euforia regresó y le arrancó la bolsa de la cabeza. Cuando los ojos oscuros de la mujer se clavaron en los suyos, Musgrave la miró fijamente sólo un instante antes de sacar la daga de su bota.

"No habrá ahorcamiento para éste."

Poniéndose a su lado, le puso rápidamente el cuchillo en la garganta.

"Suéltala ahora... o morirás". Con la punta del cuchillo apretada contra la garganta de la mujer, Musgrave levantó la vista sorprendido por la pistola que le apuntaba. La rabia hirvió en su interior cuando se encontró con la fría mirada de Sir Thomas.

"¿Qué te importa si se muere?"

"Si una gota de su sangre es extraída, eres hombre muerto."

"Muy inteligente por tu parte esconder a tu hija y cambiar a ésta en su lugar". La mano de Musgrave no vaciló. "Pero independientemente de lo que creas que estás haciendo, como magistrado puedo hacer lo que me plazca..."

"Usted fue formalmente relevado de los deberes y la autoridad de magistrado hace casi una semana."

"Eso es mentira". Musgrave lanzó una rápida mirada al número de dragones que se habían reunido detrás de Wallis. "Arresten a este hombre. Está interfiriendo con..."

"Tanto el Capitán Wallis como yo recibimos copias de la misma carta que le envió el Lord Teniente. Teníamos nuestras propias órdenes adicionales adjuntas".

"Esto es un truco". Miró con enfado a los soldados que observaban. "Sólo quieres ejecutar a

estos cuatro tú mismo. Así podrás quedarte con la zorra de tu hija y aumentar tu gloria".

"Como traté de hacerles entender ayer, con los Whiteboys aquí ofreciendo disolverse, nuestro mejor camino es dejarles. Nuestros propios terratenientes y comerciantes en la propia ciudad de Cork están cansados de las injusticias con las que el Parlamento nos aflige a todos. Nuestra propia gente pide a gritos un cambio".

"Te refieres a tu hija".

Sir Thomas ignoró el comentario y habló clara y metódicamente. "Matar a estas personas sólo avivará el caldero de la violencia. Cuélgalos y podrían pasar otra docena de años antes de que tengamos la oportunidad de traer una paz real a esta región. Ahora suelta ese cuchillo".

La atención de Musgrave se desvió hacia el hombre que entraba en el vestíbulo desde una cámara lateral con uno de los dragones de Wallis detrás. Spencer.

"¡Tú!"

El ex magistrado vio cambiar la expresión del rostro de Musgrave. Cuando el hombre tiró hacia atrás de la cabeza de la mujer para hacer el corte letal, Sir Thomas disparó su pistola. El cuerpo de Musgrave se sacudió con el impacto de la bala, y mientras su daga caía inofensivamente en el regazo de la mujer, él cayó como una piedra al suelo.

Inmediatamente estalló el pandemónium en el castillo y colina abajo. El capitán Wallis lanzó gritos y órdenes.

Nicholas se guardó la pistola en el cinturón y apenas miró a Musgrave mientras pasaba por encima del cadáver. Sir Thomas estaba comprobando el cuello de la mujer mientras Nicholas quitaba la capucha de la cabeza del último rebelde. La cara sonriente de Paul fue la que le miró.

"Creo que esa bala estuvo un poco cerca", dijo riéndose.

"Más cerca de lo que crees", respondió Nicholas con una inclinación de cabeza hacia Sir Thomas. Rápidamente, liberó las manos del hombre y cortó las cuerdas que sujetaban a los demás.

Siguiendo las órdenes de Sir Thomas y del capitán Wallis, el mozo de cuadra había dispuesto que él y los otros tres sirvientes sustituyeran a los rebeldes. Las instrucciones del Lord Teniente eran claras. Los dos debían evaluar la respuesta de Musgrave al ser relevado antes de actuar para desalojarlo por la fuerza. Nadie sabía, sin embargo, hasta dónde llegaría.

"Tienes que alcanzarlos", ordenó Sir Thomas a Nicholas. "Antes de que atraviesen las puertas de los barracones en Buttevant."

"¿Vienes? Tú fuiste quien hizo que esto funcionara. Creo que deberían saberlo".

Sacudió la cabeza. "Hasta que el Lord Teniente envíe a otro magistrado debo actuar para la Corona". Bajó la voz. "Que el diablo me lleve, no deseo estar en posición de identificar a ninguno de estos rebeldes si el sustituto de este loco me lo pide".

Cuando Nicholas se dio la vuelta para marcharse, Sir Thomas le detuvo.

"Pero..." El rostro de su guerrero se suavizó ligeramente. "Pero dile que lo intento".

Aún faltaban dos horas para el amanecer cuando los cuatro rebeldes se acercaron a la última colina. Sabían que más allá estaba el río Awbeg y el pueblo de Buttevant.

La luna, aún alta en el cielo, iluminaba al jinete solitario que les esperaba en la cresta de la colina. Jane lo reconoció de inmediato. Lo reconocería en cualquier parte.

"No se lo dije", dijo rápidamente, al ver la mirada aguda de Henry. "No se lo dije a nadie".

Sin esperar respuesta de los demás, espoleó a su caballo hacia Nicholas. Él también, habiéndolos reconocido, cabalgó en su dirección. No podía enfadarse con él por estar aquí. Pero

verle por última vez no hacía más que aumentar el dolor punzante de haberle perdido.

Las lágrimas ya bailaban en su rostro cuando llegó hasta él. "¿Qué estás haciendo aquí?"

"Diles que vuelvan", instó, señalando con la cabeza a los tres hombres que habían refrenado sus caballos. "Ya no hay necesidad de un intercambio".

"Nicolás, *debemos* irnos, o morirá gente inocente".

"Sus familias fueron liberadas esta noche. Pero estos hombres deben regresar antes de que uno de los hombres de Musgrave los vea y decida terminar algo que su líder no pudo."

"No lo entiendo."

"Entonces ven conmigo para que pueda explicárselo a ellos también".

Algo aturrida, Jane vio cómo Nicholas empujaba su caballo hacia los otros jinetes. Se detuvo un segundo para cerciorarse de que estaba despierta y de que no era un sueño.

Ninguno de ellos se había molestado en llevar máscaras esta noche, y Nicholas se limitó a mirar un momento cuando se encontró cara a cara con Henry Adams.

Jane se dirigió a Liam y Patrick. "Sir Nicholas dice que sus esposas e hijos han sido liberados".

Nicholas continuó explicando que Musgrave había sido asesinado esta noche y que el nuevo magistrado temporal creía firmemente que debía corresponder a la oferta de paz de los Shanavest.

Patrick y Liam se miraron incrédulos.

"Pero como le decía a Jane, durante las próximas horas y hasta que se complete el cambio de mando, no te queremos cerca de Buttevant".

Evidentemente, ni Patrick ni Liam parecían capaces de comprender lo que estaban oyendo y miraron a Henry confundidos.

"Sir Nicholas no es de los que mienten", les aseguró el párroco con tranquilidad y seguridad.

El estallido de excitación de los dos hombres fue instantáneo. Patrick se inclinó sobre su caballo y estrechó a Jane en un afectuoso abrazo.

"Bueno, Egan... er, Srta. Jane. ¿Por qué no traes a ésta alguna vez? Algunos de estos ingleses pueden crecer en ti".

"Creía que os estabais disolviendo". Preguntó Nicholas, con el ceño fruncido por la aprensión.

"Patrick está hablando de levantar una copa o dos, si no me equivoco", dijo Liam.

"Sí. Ven cuando quieras. Mi esposa elabora la mejor cerveza de aquí a Limerick".

"Ahora mismo no estoy haciendo nada".

"Oh, sí que lo eres". Jane extendió una mano y agarró la brida del caballo de Nicholas... provocando comentarios burlones y abucheos por parte de los dos hombres.

Con unas pocas palabras de despedida, Patrick y Liam cabalgaron en la misma dirección por la que habían venido. Henry, sin embargo, se quedó y se enfrentó a la abierta diversión de Nicholas.

"Entonces tú debes ser..."

"Finn", dijo Henry en voz baja.

"¿Pero por qué?" preguntó Nicholas, con el rostro cada vez más serio. "¿Qué dijo Sir Thomas? '¿Qué haría un respetable eclesiástico inglés luchando por un puñado de descontentos campesinos papistas?'".

"La respuesta no es tan fácil. Puede que empezara a luchar por ellos porque fui testigo de una gran injusticia... o porque creo que la compasión no pertenece a una sola religión". Henry soltó una breve carcajada. "O quizá porque, como segundo hijo de un héroe naval inglés, llevo

demasiada lucha en la sangre".

"Ni siquiera sabía que Henry era Finn hasta hace dos noches", admitió Jane.

"Aunque Liam y Jenny lo saben desde hace tiempo, habría seguido guardando ese pequeño secreto si las circunstancias lo hubieran permitido".

Con sus caballos uno al lado del otro, Nicholas y Jane se habían cogido de la mano en algún momento. La mirada de Henry se posó ahora en sus dedos entrelazados. "La señora Brown me dice que hay planes de matrimonio en marcha".

Jane se volvió y sonrió a Nicholas. "Ahora sí".

"¿Nos haría el honor de casarnos en su capilla?" Nicholas le preguntó a Henry.

"El honor será mío", respondió agradablemente el párroco. "Por supuesto, eso si no consigo convencer a Clara de que debe casarse conmigo ese mismo día". Se frotó la barbilla pensativo y se encontró con la mirada atónita de Nicholas. "Verás, no soy más que un pobre pastor de parroquia y sólo tiene sentido que tú pagues el banquete nupcial de las dos hermanas".

"Estaré encantado de pagar una luna de miel en el continente para usted y su novia, párroco Adams, siempre que la boda se celebre en menos de un mes".

Los dos hombres sonrieron y se dieron la mano, y Jane no pudo recordar un momento más feliz en su vida.

Henry se marchó, dejando a Jane con los ojos empañados y abrumada por este repentino giro de los acontecimientos. Miró a Nicholas a los ojos. "Sabías que... me iba anoche. Gracias por no intentar detenerme".

Se llevó la mano a los labios. "Eras Egan mucho antes de conocerte. Tu dedicación y honor estaban en juego esta noche. Sabía que no me tendrías hasta que sintieras que habías cumplido con tu deber".

"Me ayudaste... nos ayudaste. Salvaste nuestras vidas".

"Pero no puedo atribuirme el mérito de los acontecimientos de esta noche".

"Recuerdo que Stanmore mencionó cierta correspondencia sobre Musgrave cuando estuvimos en Londres".

"Eso fue sólo un paso preliminar", admitió, sonriendo torcidamente. "A través de algunas personas que conozco, pude persuadir al Lord Teniente de Irlanda de que Musgrave se tambaleaba al borde de la locura. Sir Robert recibió una orden y fue llamado de vuelta a Inglaterra, pero cuando llegamos aquí, descubrí que el cur hacía caso omiso de la orden."

Empujaron sus caballos colina abajo y se alejaron de Buttevant.

"Alguien más influyó mucho más en lo que pasó esta noche".

Su mente se agitó, tratando de pensar a quién podía referirse, en vano.

"Sir Thomas", dijo.

A medida que el nombre iba calando, un centenar de sentimientos se apoderaban de Jane. Vergüenza mezclada con orgullo. Alivio mezclado con incredulidad. Gratitud mezclada con esperanza. Jane miró al frente sin comprender y cabalgaron en silencio.

"Me salvó la vida", soltó por fin. "Salvó las vidas de estos hombres y sus familias. Y, sin embargo, yo... no puedo enfrentarme a él... para darle las gracias".

"Creo que él lo sabía. Sólo me pidió que te dijera que lo está intentando".

Se arrancó una lágrima. "Era mucho más fácil odiarle, ignorar la posibilidad de que le quedara algo de compasión".

La mano de Nicholas volvió a buscar la suya. Volvió a acercarle los dedos a los labios. "No creo que espere que perdones y olvides de la noche a la mañana. Al mismo tiempo, creo que está intentando ser un hombre diferente. Quizá deberías dejarlo estar".

Jane miró al cielo que se iluminaba por el este. Comenzaba un nuevo día. Dejó escapar un suspiro y trató de limpiar su mente y su corazón de todo lo pasado. Se encontró con la mirada amorosa de Nicholas y pensó en el nuevo comienzo de su matrimonio.

"Nosotros. Me encanta esa palabra", bromeó. "Nosotros".

"Nosotros", repitió y luego sonrió. "Debo decir que fuiste bastante fácil de engañar para pagar la luna de miel de mi hermana".

Se echó a reír. "Pagaría una luna de miel para todos desde la ciudad de Cork hasta... ¿dónde dijo Patrick?"

"Limerick".

"Pagaría eso y más por esa sonrisa en tu cara".

Se inclinó hacia él. "Debería haber pedido más".

"Cualquier cosa, mi amor", dijo, apretando sus labios contra los de ella.

Se apartó, pero sólo por un momento.

"Bueno", susurró, sonriendo feliz. "Esto es todo lo que siempre he querido. Sólo nosotros".

Epílogo

Londres Nochebuena

PODRÍA HABER SIDO asesinada en Cheapside. Podría haberse ahogado en el Támesis. Podría haber sido secuestrada en Westminster.

Nicholas entró furioso por la puerta principal, quitándose la nieve de las botas. Había estado en casa de Stanmore y en la nueva casa de su madre. Nadie había visto ni rastro de ella.

Se quitó la capa y el sombrero cuando apareció Charles. "Hemos estado rastreando los barrios, Sir Nicholas. Nada. La Sra. Hannagan está a punto de tener un ataque por preocupación, señor, y los invitados llegan en una hora".

"Malditos sean los invitados". Se volvió hacia uno de los mozos. "¿Comprobaste de nuevo con la Sra. Cawardine?"

"Sí, señor. La señora pintora estaba segura de que su señoría había prometido venir a almorzar con Sir Joshua Reynolds en persona, señor, pero nunca llegó."

Nicholas miró su reloj de bolsillo. Ya eran más de las seis. El mareo se había apoderado de su estómago hacía una hora, cuando ella debería haber llegado a casa, y aún lo tenía. No tenía muy buen aspecto esta mañana. Debería haber sido más enérgico al pedirle que se quedara en casa.

Si le hubiera pasado algo, él...

"El carruaje, Sir Nicholas", gritó el lacayo en la puerta principal. "Está subiendo por la plaza, señor."

Nicholas salió por la puerta, empujando al hombre y mirando con el ceño fruncido al conductor, que parecía preocupado y que dirigía al equipo delante de la casa. Cuando el carruaje se detuvo, Nicholas abrió la puerta de un tirón y vio el rostro sonriente de su bella esposa. Estaba tiritando con su vestido de lana gris. Sin capa. Sin sombrero ni guantes, y Dios sabía qué más le faltaba. Al menos llevaba una manta.

"Los regalaste otra vez a algún pobre mendigo de la calle, ¿verdad? Por Dios, Jane, ¿cuántas veces tengo que decirte que si mueres de frío, yo...?"

"A ver, Nicholas, no hace falta que asustes a estos dos amigos míos". Bajó la manta que cubría su regazo y los rostros mugrientos de dos vagabundos asomaron a ambos lados de ella.

Inmediatamente subió al carruaje y cerró la puerta para protegerse del frío. "¿Quiénes son estos dos? ¿Y dónde los has encontrado?"

"Todavía no me han dicho sus nombres". Abrazó a cada uno de ellos a su lado. "Pero creo que las presentaciones adecuadas sólo se pueden hacer después de que tengan una comida caliente en sus estómagos y un baño más caliente."

Nicholas suspiró resignado. "¿Y le gustaría que la Sra. Hannagan y Charles entretuvieran a los invitados mientras llevamos a estos dos a Angel Court?"

"No, es Nochebuena, Nicholas". Ella le dirigió una mirada suplicante. "¿No pueden quedarse con nosotros? ¿Por un tiempo?"

A Nicholas le resultaba imposible negarle nada a su esposa. La envolvió con su abrigo e hizo un gesto a través de la ventanilla del carruaje para que Charles se acercara.

Los niños se envolvieron en la manta y se apresuraron a entrar en la casa, pero Jane le puso una mano en la rodilla, sujetándolo un momento.

"Nick, *está* bien, ¿no?"

La abrazó, agradecido de que estuviera en casa y a salvo.

"Las pobres criaturas estaban tan perdidas, solas y hambrientas. Todos a los que pregunté en la calle me dijeron que llevaban semanas durmiendo en un callejón y mendigando allí". Sus ojos brillaban con sus lágrimas. "No te importa que los traiga aquí, ¿verdad?"

Él negó con la cabeza y la estrechó contra su pecho. "No me importa en absoluto, mi amor".

Ella le agarró la mano con fuerza. "Pero ya me has dicho que generalmente es mejor que estos niños se muden a una de las casas, ya que allí puede haber otros niños que conozcan".

"Está muy bien traerlos aquí también", le aseguró, besando la humedad de sus mejillas.

"Y podemos criarlos a los tres juntos. Podemos cuidar bien de ellos".

"¿Tres?", preguntó mirando alrededor del carruaje.

Cuando ella le cogió la mano y se la llevó al vientre, se le atascaron las palabras en la garganta. Contempló sus propios dedos extendiéndose posesivamente sobre la vida que crecía en su interior.

"Jane..."

Ella asintió una vez. "¿Uno más no será demasiado problema?"

No podía luchar contra sus emociones.

"En absoluto, mi amor". Volvió a estrecharla contra él y dejó caer su propia lágrima de alegría. "En absoluto."

Gracias por leer *La Rebelde*. Si le ha gustado, no deje de dejar una reseña en línea.

No deje de echar un vistazo a nuestro próximo libro, *Sueños Prestados*, que estará protagonizado por Millicent Wentworth y el inolvidable Lyon Pennington.

Sueños Prestados

LA PROPUESTA

Impulsada a deshacer el mal causado por su difunto marido, Millicent Wentworth debe encontrar la manera de salvar su hacienda y liberar a los inocentes que él esclaviza. Su única esperanza es un matrimonio -sólo de nombre- con el notorio viudo, el Conde de Aytoun.

EL NOVIO

Devastado por el trágico accidente que mató a su esposa y le dejó gravemente herido, Lyon Pennington, cuarto conde de Aytoun, está atormentado por las acusaciones que le culpan de la catástrofe. Lleno de desesperación, deja que su madre lo atraiga a un matrimonio de conveniencia, por el bien de una mujer de buen corazón al borde de la ruina financiera.

EL DESEO

Bajo la dulce mirada de Millicent, Lyon empieza a recuperar fuerzas y su corazón herido comienza a sanar. Y pronto Millicent descubre que, bajo su barba rebelde y su actitud adusta, Lyon puede ser el hombre más apuesto y cariñoso que jamás haya conocido. Por primera vez en su vida, se da cuenta de que está viva, viva con un ardiente deseo por el único hombre al que amará para siempre...

Nota del autor

Desde el siglo XII, la pesada mano de Inglaterra ha atenazado el corazón de Irlanda.

Colonos pacíficos. Conquistadores. Colonizadores. Los ingleses han formado parte de la historia de Irlanda durante casi un milenio. Desde casi el principio, han intentado dominar y saquear esta tierra de artistas, eruditos y santos.

A principios del siglo XVIII, los gobiernos de los primeros reyes de Hannover empezaron a promulgar "leyes penales" destinadas a despojar a los irlandeses de todas sus tierras y derechos civiles. Las brutales y represivas políticas impuestas a los irlandeses se han descrito como un genocidio cultural. Sin embargo, a mediados y finales del siglo XVIII, los terratenientes y comerciantes ingleses establecidos en Irlanda desde hacía mucho tiempo también estaban irritados por las represivas políticas coloniales. Muchos se dieron cuenta de la injusticia de la situación para los irlandeses y solicitaron cambios. Sin embargo, no tenían voz en el Parlamento. La situación de los irlandeses era realmente desesperada y empezaron a organizarse en movimientos de resistencia desde Tipperary hasta el Ulster.

Los Whiteboys, sobre los que acaban de leer, formaban parte de esa resistencia. Por toda Irlanda, surgieron estos grupos. Los Ribbonmen. Los Defensores. Los Oakboys. Los Rightboys. Cada parte de Irlanda tenía su propia manzana de la discordia, y cada movimiento de resistencia tenía una respuesta organizada.

Queremos dar las gracias a Timothy O'Sullivan por su ayuda con el gaélico. También queremos dar las gracias a Miriam O'Sullivan -amiga, experta en Irlanda y extraordinaria agente de viajes- y a su marido Greg O'Sullivan, que no sólo nos ayudaron con nuestra investigación, sino también con ese "oso" bastante insistente que quería instalarse en nuestro garaje. Muchas gracias.

Como muchos de ustedes saben, hemos estado ocupados creando un vasto mundo interconectado de historias que abarcan siglos, desde las Highlands medievales hasta la Inglaterra y Escocia georgianas, de la Regencia y victorianas. Nuestra próxima novela es la galardonada *Sueños Prestados*, la primera entrega de la trilogía Scottish Dream. *Sueños Prestados* es también el comienzo de las aventuras de la familia Pennington, que continúa con la siguiente generación. Visite nuestro [sitio web](#) para obtener más información sobre *Romance con el Escocés*, *Sucedió en las Highlands*, *Sin Dormir en Escocia*, la novela navideña *Dulce Hogar Navidad en las Highlands*, *Querida Millie*, *Cómo Descargar un Duque* y, por último, *Un Príncipe en la Despensa*.

Como autores, nos encantan los comentarios. Escribimos nuestras historias para nuestros lectores, e intentamos darles cuentos que aprecien y recomienden a sus amigos. Suscríbase [para](#)

[recibir noticias](#) y [actualizaciones](#) y síganos en BookBub.

Por último, si le ha gustado *La Rebelde*, deje una reseña en línea.

Puede visitarnos en [nuestro sitio web](#).

Otras Obras de May McGoldrick

NOVELS BY MAY McGOLDRICK

16th Century Highlander Novels

[A Midsummer Wedding \(novella\)](#)

[The Thistle and the Rose](#)

Macpherson Brothers Trilogy

[Angel of Skye \(Book 1\)](#)

[Heart of Gold \(Book 2\)](#)

[Beauty of the Mist \(Book 3\)](#)

[Macpherson Trilogy \(Box Set\)](#)

[The Intended](#)

[Flame](#)

[Tess and the Highlander](#)

Highland Treasure Trilogy

[The Dreamer \(Book 1\)](#)

[The Enchantress \(Book 2\)](#)

[The Firebrand \(Book 3\)](#)

[Highland Treasure Trilogy Box Set](#)

Scottish Relic Trilogy

[Much Ado About Highlanders \(Book 1\)](#)

[Taming the Highlander \(Book 2\)](#)

[Tempest in the Highlands \(Book 3\)](#)

[Scottish Relic Trilogy Box Set](#)

[Love and Mayhem](#)

18th Century Novels

Secret Vows

[The Promise \(Pennington Family\)](#)

[The Rebel](#)

[Secret Vows Box Set](#)

Scottish Dream Trilogy (Pennington Family)

[Borrowed Dreams \(Book 1\)](#)

[Captured Dreams \(Book 2\)](#)

[Dreams of Destiny \(Book 3\)](#)

[Scottish Dream Trilogy Box Set](#)

Regency and 19th Century Novels

Pennington Regency-Era Series

[Romancing the Scot](#)

[It Happened in the Highlands](#)

[Sweet Home Highland Christmas](#) *(novella)*

[Sleepless in Scotland](#)

[Dearest Millie](#) *(novella)*

[How to Ditch a Duke](#) *(novella)*

[A Prince in the Pantry](#) *(novella)*

Royal Highlander Series

[Highland Crown](#)

[Highland Jewel](#)

[Highland Sword](#)

[Ghost of the Thames](#)

Contemporary Romance & Fantasy

[Jane Austen CANNOT Marry](#)

[Erase Me](#)

[Tropical Kiss](#)

[Aquarian](#)

[Thanksgiving in Connecticut](#)

[Made in Heaven](#)

NONFICTION

[Marriage of Minds: Collaborative Writing](#)

[Step Write Up: Writing Exercises for 21st Century](#)

NOVELS BY JAN COFFEY

Romantic Suspense & Mystery

[Trust Me Once](#)

[Twice Burned](#)

[Triple Threat](#)

[Fourth Victim](#)

[Five in a Row](#)

[Silent Waters](#)

[Cross Wired](#)

[The Janus Effect](#)

[The Puppet Master](#)

[Blind Eye](#)

[Road Kill](#)

[Mercy](#) (novella)

[When the Mirror Cracks](#)

[Omid's Shadow](#)

[Erase Me](#)

NOVELS BY NIK JAMES

Caleb Marlowe Westerns

[High Country Justice](#)

[Bullets and Silver](#)

[The Winter Road](#)

[Silver Trail Christmas](#)

Sobre el autor

Nikoo y Jim McGoldrick, autores superventas del *USA Today*, han escrito más de cincuenta novelas trepidantes y llenas de conflictos, además de dos obras de no ficción, bajo los seudónimos de May McGoldrick, Jan Coffey y Nik James.



Estas populares y prolíficas autoras escriben novelas románticas históricas, de suspense, misterio, westerns históricos y novelas juveniles. Han sido finalistas del Premio Rita en cuatro ocasiones y han recibido numerosos galardones por sus obras, como el Premio Daphne DuMaurier a la Excelencia, el Medallón Will Rogers, el Premio de la *Revista Romantic Times*, tres Premios Golden Leaf de la NJRW, dos Medallones Holt y el Premio del Club de Prensa de Connecticut a la Mejor Ficción. Su obra forma parte de la colección Popular Culture Library del Museo Nacional de Escocia.